

SOSPECHAS HERMAN KOCH



SOSPECHAS

HERMAN KOCH

Herman Koch

SOSPECHAS



Sospechas
Herman Koch

ISBN edición en papel: 978-84-9838-965-4

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-80-7

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación

Título original: *De Greppel*
Traducción del holandés de Maria Rosich

Fotografía de la cubierta: detalle de Martin Parr

Copyright © Herman Koch, 2016
Publicado originalmente por Ambo / Anthos Uitgevers, Ámsterdam
Con la colaboración de la Dutch Foundation for Literature
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

PRIMERA PARTE

1

La llamaré Sylvia. No es su verdadero nombre, pero es que su verdadero nombre llamaría demasiado la atención. La gente hace todo tipo de asociaciones a partir del nombre, especialmente si el nombre no es de aquí, cuando no tienen ni idea de cómo se pronuncia, no digamos ya de cómo se escribe.

Dejémoslo en que no es un nombre neerlandés: mi mujer no es holandesa. De dónde es, por ahora prefiero omitirlo. Nuestro entorno cercano lo sabe, por supuesto, y tampoco les habrá pasado por alto a quienes leen el periódico y ven las noticias con asiduidad. Pero la mayoría de la gente tiene poca memoria. Quizá lo ha oído alguna vez y después se le ha olvidado.

—Robert Walter está casado con una extranjera, ¿no?

—Sí, es verdad. Su mujer es de... de... A ver si tú te acuerdas...

La gente vincula todo tipo de cosas al país natal: a cada país se le asignan una serie de prejuicios. Cuanto más al sur o al este, mayores son los prejuicios. Algo que ya empieza en Bélgica. ¿Hace falta que recuerde los prejuicios sobre los belgas que tenemos en este país? ¿O sobre alemanes, franceses, italianos? Más al este y más al sur, la gente cambia gradualmente de color. Primero sólo es el pelo: cada vez más oscuro, y al final negro del todo. Y después sucede lo mismo con la piel. Al este se vuelve más amarilla; hacia el sur, más negra.

Y cada vez hace más calor. Al sur de París, la temperatura empieza a subir. Con calor, cuesta más trabajar: preferimos tumbarnos a la sombra de una palmera. Todavía más al sur, ya no trabajamos en absoluto, nos dedicamos sobre todo a descansar.

Originalmente, «Sylvia» fue la segunda opción de nombre para nuestra hija. El segundo de nuestra lista de tres, el nombre que le habríamos puesto si no la hubiésemos llamado Diana. O dicho de otro modo: si en lugar de una sola hija, hubiésemos tenido tres, se habrían llamado Diana, Sylvia y Julia. Para posibles hijos también teníamos tres nombres, pero no voy a nombrarlos aquí. No tenemos hijos. Tampoco hijas, así en plural: sólo a Diana.

Que quede claro que Diana tampoco es el verdadero nombre de nuestra hija. Esto es, principalmente, para proteger su privacidad: tiene que poder vivir su propia vida, algo que de por sí es ya bastante difícil con un padre como yo. Pero no es casualidad que los tres nombres tengan tres sílabas y acaben en *a*. Al elegir el nombre (el verdadero) de nuestra hija, hice una concesión. Pensé que mi mujer ya hacía suficiente al vivir en un país que no era el suyo y que sólo le faltaba que le endosara una hija con un nombre neerlandés. Le pondríamos uno de su país.

Un nombre de niña que pudiese pronunciar bien todos los días, un nombre familiar, un sonido cálido entre esos ruidos guturales, despiadados, esos carraspeos hostiles que llamamos neerlandés.

Lo mismo se aplica al nombre de mi mujer. Aparte de enamorarme de ella, también me enamoré desde el primer momento de su nombre. Lo pronuncio tantas veces como puedo, hace mucho incluso lo repetía en voz alta en plena noche, más solo que la una, en la pensión donde me alojaba porque en casa de sus padres no había sitio para mí. Es por cómo suena: algo entre chocolate que se funde y fuego de leña, tanto en el sabor como en el aroma. Si no la llamo por su nombre, la llamo «cariño», pero no en neerlandés; no, en neerlandés me costaría Dios y ayuda llevarme esa palabra a los labios, creo que como mucho sería capaz de pronunciarla irónicamente, como en: «Pues podrías haberlo pensado antes, cariño.»

Pero «cariño» en el idioma de mi mujer suena exactamente como debería sonar «cariño». Como el nombre de un postre dulce, o mejor, de una bebida caliente y acaramelada que te deja un rastro agradable y ardiente por el esófago, pero también como la calidez de una manta con la que tapas a otra persona: «Ven aquí, cariño.»

Mi mujer —¡Sylvia!, ya empiezo a acostumbrarme al nuevo nombre— es de un país que por ahora no voy a mencionar. Un país sobre el cual también pesan los prejuicios de rigor, tanto positivos como negativos. De «apasionados» y «temperamentales» a «irascibles» sólo hay un paso. El *crime passionnel* (ya lo dice el nombre) es algo que situaríamos antes en territorios del sur y del este que hacia el norte. Al fin y al cabo, en algunos países se les va la pinza con mayor rapidez que a nosotros; primero son sólo unos gritos en la noche, y de repente, la luz de la luna se refleja en la hoja de un cuchillo. Allí el estándar de vida es más bajo que aquí, las diferencias entre ricos y pobres son enormes, la gente es más comprensiva con los robos, pero menos con los ladrones, que pueden dar las gracias si acaban en manos de la policía antes de que las víctimas del robo aparezcan para pedirles explicaciones.

No es que yo esté libre de prejuicios, ni mucho menos. Y eso que, teniendo en cuenta mi cargo, debería estarlo: en todo caso, lo finjo bien. A estas alturas ya me he tomado una taza de té (o una cervecita, o algo más fuerte) con todos los grupos étnicos de la ciudad, me he mecido al son de músicas que no me dicen nada, he comido platos de carne indeterminada con las manos... Y aun así no estoy libre de prejuicios. Siempre los he tenido en alta estima; mis prejuicios forman parte intrínseca de mí. O mejor dicho: sin esos prejuicios, yo sería una persona distinta. En primer lugar, miro a los extranjeros con la expresión suspicaz por naturaleza del granjero que ve entrar a un forastero en sus campos. ¿Viene en son de paz, o debería soltarle los perros?

Pero ahora ha ocurrido algo que lo ha dejado todo en el aire. Algo relacionado con mi esposa. Algo que tal vez tiene que ver con su país de origen, su tierra natal, más de lo que me gustaría; con la debida cautela, lo llamo su trasfondo cultural, para no llevarme a los labios las palabras «carácter nacional». Por ahora, al menos.

Me pregunto en qué grado debo atribuírselo a ella personalmente, y en qué grado depende de su lugar de nacimiento.

No sé si se puede separar una cosa de la otra, ni si seré capaz de hacerlo alguna vez. Quizá yo habría reaccionado de otro modo si Sylvia simplemente hubiese sido holandesa. A veces un prejuicio sirve de atenuante, otras, de agravante: «Esta gente es así, lo lleva en la sangre.» Qué es exactamente lo que llevan en la sangre es algo que cada cual puede decidir a su antojo: robar, sacar navajas, mentir, maltratar a mujeres, apalear a otros grupos étnicos que no son bienvenidos en su pueblo de palurdos, llevar a cabo juegos crueles con animales, costumbres religiosas que requieren que se derrame sangre, automutilaciones deliberadas, demasiados dientes de oro, matrimonios concertados... Pero, por otro lado, también tienen comida que sabe mucho mejor que

la de nuestro país, fiestas que duran toda la noche, el espíritu de «sólo se vive una vez» y «mañana podríamos estar muertos», música que suena más animada, o más melancólica y cercana al corazón, hombres que se quedan prendados de una mujer y nunca más miran a otra, mujeres que desean a un hombre concreto, sólo a él, y se les nota en la mirada, en el fuego que les brilla en los ojos —sólo te quiero a ti, a ti, a ti, ven a verme esta noche, dejaré la ventana abierta—, pero que si pillan a su marido con otra, le clavan un cuchillo en las costillas o le cortan los huevos mientras duerme.

Y así es como debe ser, pienso en silencio, yo, que intento no tener prejuicios, pero los tengo y siempre los he tenido. Y ¿qué pasa si de repente esos prejuicios se te vuelven en contra? ¿Cómo reaccionas? ¿Como un holandés, para el que mostrarse comprensivo con otros pueblos y culturas es un motivo de orgullo? ¿O con una reacción más típica del país natal, del carácter nacional del otro?

Hasta ahora los he tenido siempre muy cerca. Noche tras noche, he compartido cama con mis prejuicios. Pero ¿qué pasa si te despiertas a primera hora de la mañana y resulta que en el otro lado de la cama no ha dormido nadie? Todavía está oscuro, un rayo de luz de una farola se cuele entre las cortinas y cae sobre el edredón echado. «Pero ¿qué hora es, por el amor de Dios? Ya hace mucho que debería haber vuelto.»

Aguzas el oído, oyes pasos descalzos en el pasillo, pero quien llama a la puerta del dormitorio es tu hija.

—¿Dónde está mamá? —pregunta.

—No lo sé —respondes, y es la verdad.

2

Fue en la recepción de Año Nuevo, el jueves 16 de enero. «¿Por qué tan entrado el año?», pregunté la primera vez tras mi nombramiento, y también un par de veces después. ¿Por qué tan entrado el año, cuando todo el mundo por fin puede respirar aliviado porque las fiestas de Año Nuevo no volverán hasta el año que viene? La respuesta exacta se me ha olvidado. Algo sobre la tradición. «Las cosas son como son», recuerdo que respondió vagamente el secretario judicial (el ex secretario judicial; una de nuestras primeras tareas de aquel nuevo año fue buscarle un sustituto adecuado). Lo dijo encogiéndose de hombros, pero en la mirada le leí otra cosa. «Porque sí», decían sus ojos, como si hablara con un niño que quisiera saber por qué tiene que subir a comer en lugar de quedarse cinco minutitos más jugando en la calle.

Estaba todo el mundo. Del «triángulo» —así llamamos al triunvirato que formamos el comisario en jefe de la policía, el fiscal jefe y yo—, al principio sólo vi al fiscal. Estaba al lado de la mesa de los aperitivos, metiéndose un puñado de cacahuetes o frutos secos en la boca. En la mesa había tablas con taquitos de queso y cuencos llenos de trocitos de arenque a los que habían clavado banderitas de color rojo, blanco y azul.

Según pude constatar de un vistazo, estaban todos los secretarios del ayuntamiento, así como la mayoría de los concejales. También había varios representantes del sector empresarial, gente del mundo del arte y el presidente del Ajax. Seguro que tarde o temprano iba a sacar el tema del homenaje. El de la temporada anterior, para ser exactos, que por tercera vez consecutiva se había celebrado en un solar cercano al estadio Amsterdam Arena, un terreno medio escondido entre el Heineken Music Hall y el bloque de oficinas del Deutsche Bank. Un lugar inhóspito y ventoso. El aire proveniente del Arena Boulevard desemboca ahí; la torre y el estadio hacen el resto. Los días de calma, remolinos y minitornados campan por el terreno a sus anchas. Arena, periódicos, bandejitas vacías de patatas fritas y cajitas de hamburguesa salen volando y revolotean sin parar hasta que el viento empieza a aburrirse y las suelta a un par de centenares de metros de distancia, a menudo sobre las cabezas de los clientes de Mediamarkt, Decathlon y Perry Sport.

Me abuchearon. Con toda la razón del mundo. Entendí que había cometido un irremediable error de cálculo, que me había dejado convencer con demasiada facilidad por los argumentos de los otros dos miembros del triángulo. La ciudad. El centro. Los riesgos de seguridad. Pero el homenaje a un club de fútbol que acaba de conseguir el título nacional tiene que celebrarse en el centro, sin duda. En el balcón del Stadsschouwburg, el teatro municipal, en Leidseplein; jugadores y entrenador levantan uno por uno el trofeo ante los aficionados que los vitorean. Sin embargo, en los últimos años estas celebraciones siempre habían derivado en disturbios: desperfectos en paradas de tranvía y autobús, escaparates rotos porque les habían tirado macetas. Saqueos.

Grupos de hinchas borrachos y drogados encaramados a los postes eléctricos. Y finalmente, como colofón —como en una peli del Oeste, cuando llega la caballería al fuerte sitiado por los indios—, las cargas de la policía montada. Se habían producido «situaciones que entrañan un peligro mortal», como destacaron los periódicos al día siguiente citando al comisario jefe. Y las cosas aún habrían podido salirse de madre mucho más. Heridos graves. Quizá algún muerto.

Por eso lo del solar de los remolinos. Ahí había poco que destruir. Un puñado de escuadrones antidisturbios podía cortar fácilmente el Arena Boulevard, con sus atractivos escaparates; en la ciudad, con tantas calles y callejuelas estrechas, era bastante más difícil. Pero la verdad es que la imagen que ofrecía era penosa, a pesar de las bengalas rojas y el humo, y *Three Little Birds* de Bob Marley perdiéndose sin remedio entre los edificios altos. Sobre todo por la noche, cuando volví a ver las imágenes en las noticias, imágenes que darían la vuelta al mundo. El Ajax quizá ya no fuera esa gran potencia que había dominado el fútbol europeo en los años setenta y a mediados de los noventa, pero todavía era un nombre legendario que se mencionaba con respeto. Ese día, todo el mundo vio al mejor club de fútbol de los Países Bajos celebrando el título en un aparcamiento miserable.

Mi mujer siempre me acompaña a la recepción de Año Nuevo, aunque lo odia; de hecho, odia todos los actos oficiales. Sylvia nunca ha querido ser «la mujer de», la mujer en la sombra; prefiere vivir su propia vida, y en la medida de lo posible, intentamos limitar al máximo sus apariciones públicas. Pero la recepción de Año Nuevo es una excepción. Sabe que me aburro soberanamente en este tipo de celebraciones. Es más fuerte que yo. La copa en la mano. Los cuencos con cacahuets. Tanta charla vacía. Seguro que se me nota a la legua que preferiría largarme cuanto antes.

—Si quieres que vaya, me lo dices —se ofrece Sylvia siempre—. Si de verdad quieres que vaya, lo haré. Por ti.

Así es como nos hemos repartido los papeles. Es nuestro pacto. Si pongo cara de pena y la miro con ojitos de súplica fingida que sólo utilizo en casos de emergencia, lo pillará enseguida. Nunca hace falta que le diga nada.

—Vale, vale —contesta—. Te acompaño. ¿Qué me pongo?

De jefes de Estado extranjeros, inauguraciones de estaciones de metro, despedidas de directores de museos o septuagésimos cumpleaños de directores de orquesta, me ocupo solo sin problema. Los jefes de Estado suelen llegarme con un aire un poco perdido, pues ya llevan medio día en La Haya en compañía de nuestro primer ministro. Después de ese medio día, al jefe de Estado que nos visita y al primer ministro claramente se les ha acabado la conversación. El aburrimiento flota en el ambiente como un gas inodoro pero letal. Me dan pena esos jefes de Estado. Yo también he tenido que pasar alguna vez medio día con el primer ministro. No, ni medio día, máximo un par de horas; durante una cena, un paseo en barco por los canales, el estreno de alguna película. Metes algo, y siempre sale algo, pero casi nunca algo que te sirva. Hay gente así: hablas con ellos y te contestan enseguida, quizá demasiado rápido, sin tomarse el tiempo para pensar. No sé, quizá les da miedo el silencio, e incluso un silencio de medio segundo les parece una eternidad. En todo caso, no soy el único: al cabo de un par de horas con nuestro primer ministro, el jefe de Estado extranjero al que acompaña también empieza a buscar a otra persona, aire fresco.

Antes de seguir, debo decir algo sobre mí mismo. Algo que sin más explicación podría

considerarse pura vanidad, pero que no lo es en absoluto. Intentaré ceñirme a los hechos. Es un hecho, por ejemplo, que conmigo nunca se aburre nadie. Veo que los jefes de Estado miran vacilantes a su alrededor; todavía están junto al primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores, pero quieren irse, ya no escuchan, se dedican principalmente a mirar al infinito. Quizá preferirían tumbarse un momento o, como eso es imposible, tomarse un vodka doble de un trago y fumarse un cigarrillo en el balcón. Sólo tengo que esperar a que esos ojos vacilantes que miran al infinito se posen en mí, y tarde o temprano ocurre, no falla. Es algo que transmito sin hacer nada, se me lee en la cara como en un libro abierto: que yo esto ya lo doy por visto también, que me estoy aburriendo soberanamente, tanto como ellos.

Entonces se desembarazan de su compañía y se acercan a mí.

—Alcalde... —empiezan.

Mi nombre ya se les ha olvidado, claro, eso no se les puede reprochar.

—Robert —digo yo, y señalo con la cabeza las puertas del balcón, en la parte trasera de la sala—. ¿Un cigarrillo?

Hace veinte años que dejé de fumar, pero siempre llevo un paquete y un mechero para emergencias.

De camino al balcón, hago señas a uno de los camareros que se pasean por allí con bandejas llenas de copas de vino tinto y blanco, agua y zumo de naranja.

—¿A usted también le apetece otra cosa? —pregunto al jefe de Estado—. ¿Vodka, whisky? ¿Un coñac, quizá? Para mí, un vodka doble —digo al camarero, para predicar con el ejemplo—. Del congelador, si puede ser. Si no, con hielo. Estaremos ahí, en el balcón.

No, para las visitas oficiales de presidentes, primeros ministros, alcaldes y realeza de otros países me las arreglo sin la presencia de mi esposa. Muy de vez en cuando hago una excepción: cuando ella misma me hace saber que le encantaría acompañarme. Cuando vino Barack Obama, por ejemplo.

—Tienes que prometerme que me llevarás si viene Obama —me había dicho.

—¿Y eso? —inquirí, mera pregunta retórica, porque en realidad ya sabía la respuesta.

—Es tan sólo que es un hombre de buen ver, cariño —dijo—. Para cualquier mujer, es un hombre de buen ver.

—¿Como George Clooney? —pregunté.

—Como George Clooney —respondió mi mujer—, aunque no me imagino a Obama protagonizando un anuncio de Nespresso.

En todo caso, siempre quiero tener a Sylvia a mi lado si alguien de nuestra Casa Real visita Ámsterdam. No sé por qué, pero me quedo literalmente sin palabras ante esa familia cuyos miembros tragan vino a raudales, se hinchan a cerveza y fuman como carreteros. Respiro de forma audible. Me pica algo en un punto que en ese momento no puedo rascarme. Una picada de mosquito debajo de la escayola. Empiezo a transpirar, manchas de sudor me calan la camisa, y ser consciente de ello sólo me sirve para sudar aún más intensamente. Voy al baño, me desabrocho la camisa, y en la medida de lo posible me seco el pecho, las axilas y la barriga con pañuelos de papel. Intento tardar lo máximo posible en volver, me encierro en el cubículo del retrete y reviso las noticias de la aplicación de teletexto en mi iPhone sin enterarme de nada de lo que leo. Susurro para mí mismo, «Dios mío, que se acabe este día», o algo por el estilo.

A veces pasa lo mismo con una película: a los diez minutos ya sabes que no va a valer la pena,

que tendrías que irte, pero te quedas un poco más de todos modos. A lo mejor después mejora, te dices para tus adentros, aunque todas las fibras de tu cuerpo ya se han tensado para la fuga inminente.

Con Sylvia a mi lado, aún se puede aguantar. Es buena conversadora. A todos sus compatriotas se les da bien charlar, les resulta tan natural como respirar. Pregunta a la princesa, ahora ya reina, dónde se ha comprado los zapatos. Con el príncipe, ahora ya rey, conversa animadamente sobre la caza del faisán. Ayuda el hecho de que en su cultura la caza se vea de otra manera. Como algo más común. En el país de mi mujer, la conciencia de que la carne de nuestros platos procede de animales vivos está más extendida que en el nuestro. A veces me permito imaginar que es porque hace menos que han dejado de depender de la caza para comer.

Lo que pasó en la recepción de Año Nuevo fue lo siguiente: efectivamente, el presidente del Ajax entabló conversación conmigo. Mi mujer anunció que iba a echar un vistazo a la mesa de los aperitivos.

—¿Queréis algo? —preguntó antes de irse, pero los dos negamos con la cabeza.

No había pasado ni un minuto —acababa de asegurar al presidente que este año el homenaje se celebraría en la ciudad sí o sí, independientemente de las posibles reservas que tuviesen los otros dos miembros del triángulo— cuando miré un momento a mi alrededor y la vi, no en las inmediaciones de la mesa de los aperitivos, sino más atrás, al lado de la puerta que daba al vestíbulo del ayuntamiento y a los lavabos. Su interlocutor estaba medio de espaldas a mí; vi que era un hombre, no pude distinguir a la primera de quién se trataba. Pero cuando Sylvia levantó su botellín de cerveza y brindó con él, y el hombre se dio la vuelta para mirar hacia la sala, reconocí al concejal Maarten van Hoogstraten.

—Nuestro club, por supuesto, estaría encantado de que pudiese volver a celebrarse en el centro —escuché que me decía al oído el presidente del Ajax—. Y haremos cuanto esté en nuestras manos para que todo transcurra lo más pacíficamente posible. Los disturbios tampoco son buena publicidad para la marca Ajax, por supuesto.

—Yo pienso en la ciudad también —dije—. Tenemos que ver qué pasa, pero sería el quinto título de liga consecutivo. Eso es algo que despierta una atención especial. En nuestro país y en el extranjero. En tal caso, no queremos imágenes de un aparcamiento penoso, sino canales, el Rijksmuseum, el Auditorio, el Teatro Nacional.

Conté hasta tres y volví a mirar a aquel punto cerca de la puerta, hacia el fondo de la sala. Justo en ese momento, mi mujer echó la cabeza hacia atrás y se rió; el concejal le había agarrado el codo con la mano y le cuchicheaba algo al oído.

—Mire, porque usted saca el tema —decía el presidente—. Pero habíamos pensado, justamente porque sería la quinta vez, hacer algo extra. Un paseo en barco por los canales, por ejemplo.

En ese momento Sylvia miró a su alrededor, escrutando a los presentes. ¿Me buscaba a mí? ¿O sólo quería asegurarse de que nadie les prestaba atención, a ella y al concejal? Nuestras miradas se encontraron durante medio segundo, de eso no había duda, pero un instante después Sylvia apartó la mirada. ¿Me había visto? ¿O sólo fingía no haberme visto?

—No voy a decir que eso ya se me había ocurrido —respondí—, pero un paseo por los canales es exactamente lo que yo tenía en mente. Miles de personas en las calles. Los telespectadores de Francia, Italia, China y América se llevan una imagen magnífica de

Ámsterdam. También tiene que haber helicópteros que graben la ciudad desde el aire. Pero discúlpeme, ya comentaremos todo esto más adelante, ahora tengo que... —Señalé un interlocutor imaginario, en algún punto en dirección a la mesa de los aperitivos, que al parecer había llamado mi atención.

—Por supuesto. Vaya, vaya. Usted haga lo que tenga que hacer. Con lo que hemos hablado ya me doy por satisfecho. ¿Puedo comentárselo ya a la junta, o todavía es muy pronto?

—Espere un poco. Tengo que hablarlo con el triángulo, para que no sea dicho. Pero le daré una respuesta cuanto antes.

Avancé un par de pasos en diagonal, en dirección a la mesa de los aperitivos, y después corté hacia la izquierda. Tan cabizbajo como pude, para impedir que nadie intentase detenerme, me abrí camino entre los presentes.

—Maarten —dije.

—Robert...

Me había acercado a mi mujer y al concejal sin que me vieran, me metí en su campo visual con un último paso.

—¿Te aburres? —preguntó mi mujer.

Analiqué su rostro buscando signos que se pudiesen calificar de inusuales: un ligero rubor, un pestañeo, o simplemente una indignación que no pudiese ocultar ante la interrupción de su conversación privada.

—Sí, me aburro —le respondí—. La verdad es que me gustaría irme ya a casa.

—Pero ¡si acabamos de llegar!

Maarten van Hoogstraten me miró; supuse que también miraría a Sylvia, pero no lo hizo.

—Voy a... —dijo el concejal—. Tengo que... En realidad iba a por algo de beber para Lodewijk. Está esperándome hace rato.

Llevó la mano al codo de mi mujer, la rozó un momento.

—Sylvia —se despidió. Después dio un golpecito con su botellín de cerveza contra el mío—. Robert.

Y se marchó.

—Nos vamos —dije.

—Pero ¿puedes irte así como así?

—Claro que puedo. Tú ve al lavabo, yo te sigo dentro de cinco minutos. Detrás de los baños está la escalera de servicio, sólo es bajar dos plantas y estaremos en la calle.

—¿Pasa algo, Robert? ¿No te encuentras bien?

—Me encuentro perfectamente. Pero ya me he hartado. No tengo el día, mira. Además, ya lo hemos hecho otras veces, Sylvia. ¿Te acuerdas, en la boda de Bernhard y Christine?

—Sí. Y el día de la coronación.

En la recepción posterior a la boda de mi mejor amigo y su tercera esposa, primero nos escondimos en una habitación. Después huimos al canal con cinco minutos de diferencia. Y en la coronación de Guillermo Alejandro, encontramos una puertecilla lateral. Salimos a la carrera y nos metimos en un bar de una callejuela.

El truco era no despedirse de nadie. Desaparecer de repente. Los asistentes daban por sentado que todavía estabas. A lo mejor habías ido a la cocina, o a la planta de arriba, donde sonaba música a todo volumen.

—¿Nos vemos dentro de cinco minutos? —pregunté a mi mujer.

—Sí.

3

Aquella noche, en la cama —mi mujer todavía trasteaba en el baño— me repetí la escena mentalmente unas diez veces. Primero de principio a fin, después de final a principio. A cámara lenta. Fotograma a fotograma. Intenté parar la imagen en el momento en que mi mujer había desviado la mirada de mí al concejal. El momento en que no lo había mirado, me corregí.

«Sylvia.» Con su mano libre, Maarten van Hoogstraten le había rozado levemente el codo, a modo de despedida. Era la segunda vez que le tocaba el codo; no podía dejar de pensarlo. ¡La segunda vez! En la otra mano llevaba la cerveza. Un botellín. Sin vaso. Para tener las manos libres, entendí de pronto. Y en ese momento, en la cama, con los ojos cerrados, lo vi claro: para tener, al menos, una mano libre y poder tocar a las mujeres. A la mujer del alcalde. La legítima esposa del alcalde, pensé por un instante, pero rechacé ese pensamiento tan rápido como había aparecido.

«Robert.» Entonces Van Hoogstraten me había mirado a mí, había levantado el botellín y golpeado suavemente el mío con la parte inferior del suyo.

Que se iba, había dicho. Yo apenas me había sumado a ellos cuando él se fue. Con una excusa un poco demasiado barata, simplona. Algo sobre ir a por una bebida para alguien. Nada que no pudiese esperar un par de minutos.

Había algo que no encajaba, pero no conseguía precisar qué exactamente.

Tras salir del ayuntamiento por la entrada principal, caminamos en dirección a la plaza Rembrandtplein.

—¿Crees que te estarán echando de menos? —había preguntado mi esposa mientras cruzábamos el puente Blauwbrug.

Una pregunta muy normal; demasiado normal, quizá. En realidad ya lo sabíamos; ambos sabíamos que nadie nos echaba de menos. «¿Dónde te habías metido? —pregunta la gente, a veces, un día después de una fiesta—. No volví a verte.» Lo mejor era dar la vuelta a la pregunta enseguida: «Y ¿tú? Te estuve buscando. Por el balcón y la cocina. Me tiré un montón de rato charlando en aquel cuartito donde estaban todas las chaquetas. Con... cómo se llama... aquella de los dientes grandes...»

—Creo que no —respondí, con el tono más neutro posible—. Sólo quien se cree demasiado importante piensa que lo echan de menos en todas partes.

Por debajo del puente pasaba un barco turístico con velas en las mesitas; daba un paseo nocturno, con toda probabilidad se servía a los pasajeros vino tinto barato y taquitos de queso con mostaza. En el puente reinaba tal silencio que me parecía oír el latido de mi propio corazón. Para resolverlo de una vez por todas, lo mejor sería preguntárselo directamente a Sylvia: «¿Lleváis

liados mucho tiempo?» Cuanto más directa fuera la pregunta, más fácil sería leer en la respuesta de mi mujer si era cierto o si me equivocaba. También podía empezar con más cautela: «Parecía que os lo estabais pasando muy bien, tú y Maarten. ¿De qué hablabais?» Pero yo sabía lo que me diría. Mi esposa se reiría de mí en la cara. «Por favor, Robert, ¡menuda tontería!» De tanto reír se le encenderían las mejillas, de modo que yo no podría distinguir si se ruborizaba.

Pero también podía reaccionar de forma muy distinta. Ofendida. «¿No lo dirás en serio, espero? Por favor, dime que no lo estás diciendo en serio. ¿Yo, con Maarten van Hoogstraten? ¿Por quién me tomas?» Podía echarse a llorar. Sólo un poco: bastaría con un par de lágrimas centelleantes. Yo no seguiría preguntando. Seguramente le diría que sentía haber pensado semejante estupidez. ¡Ella, con Maarten van Hoogstraten! La verdad es que era una estupidez sin ninguna base. Mi mujer había charlado con uno de mis concejales en la recepción de Año Nuevo. Por lo visto se lo habían pasado bien. Mi mujer había echado la cabeza hacia atrás y se había reído en voz alta de algo que le había dicho el concejal. Era difícil de imaginar, porque Maarten van Hoogstraten no era precisamente conocido por ser gracioso, pero en teoría esa posibilidad no podía descartarse del todo. El concejal se había esforzado, y con aquel esfuerzo había conseguido superarse a sí mismo. Había conseguido hacer reír a una mujer inteligente, lo cual no es una hazaña menor. Pero ¿qué había dicho exactamente? Descubrí que ahora yo también quería saberlo. ¿Qué demonios había sido tan gracioso que mi mujer había tirado la cabeza hacia atrás y se había echado a reír a carcajadas?

Cruzamos la Rembrandtplein y pasamos por delante del bar Schiller. Propuse tomar otra copa, intentando sonar lo más espontáneo posible, sin reducir el paso ni mirarla. Pero mientras tanto observaba atentamente su reacción. Si tuviese una aventura secreta con el concejal Van Hoogstraten, ¿no preferiría irse a casa lo más rápido posible? Meterse en la cama con un libro, o ver la última parte de un programa de entrevistas nocturno en la televisión. Cualquier cosa con tal de no tener que hablar, de que no le hiciesen preguntas a las que no pudiese responder sin sonrojarse. Aparte de que se riese de mí o se echase a llorar, si le preguntaba sin rodeos si tenía un lío con el concejal, también temía otra reacción muy distinta: que lo admitiese sin parpadear ni ruborizarse. Quizá incluso lo haría con esas palabras sobadas que normalmente sólo se oyen en culebrones y películas de sobremesa, pero que si todo va bien nunca te toca oír en directo: «Sí, Robert, Maarten y yo estamos liados. Ya hace un tiempo. Todavía no se lo ha dicho a su mujer, pero va a dejarla. Y yo a ti. Nunca pensé que te diría esto, pero es la verdad: me he enamorado de otro. Maarten y yo nos amamos.»

Una vez pronunciadas estas frases, mi vida se terminaría. Toda mi vida, todo lo que tenía. Pensé en nuestra hija, en Diana. Ese año le tocaba hacer los exámenes de acceso a la universidad. Me oí decir a mi mujer: «¿Esperamos a contárselo hasta que pasen los exámenes? Quizá la noticia la trastorne demasiado.»

Sí, mi vida se acabaría. Nuestra vida. La vida que habíamos compartido los tres hasta entonces. Mi hija se encerraría a llorar en su habitación. Su madre era la culpable principal, sí, pero a mí tampoco volvería a mirarme nunca del mismo modo. Éramos sus padres, la culpa del desaguisado era de los dos. Era así, ¿no? Si Sylvia hubiese sido feliz conmigo, nunca se habría enamorado de otro hombre, ¿verdad? Diana también había sido feliz toda su infancia con nosotros, nuestro amor incondicional le había dado confianza en sí misma. Nuestro amor mutuo, y el amor de ambos hacia ella. Afrontaba la vida con seguridad, tanto que ni siquiera durante la pubertad había tenido la necesidad de rebelarse. Por las noches se sentaba entre nosotros en el sofá, la

cabeza sobre mi hombro, las piernas sobre las de su madre. Pero parte de aquello se rompería con efecto retroactivo cuando mi mujer se fuese de casa para irse a vivir con el concejal. Quizá en primera instancia, Diana aún se pondría de mi bando, pero del modo en que ningún padre quiere que ocurra: por compasión, por ser el cónyuge engañado. «Pobre papá.» A lo mejor aún cocinaría para mí un par de meses, metería mis calzoncillos en la lavadora, me plancharía las camisas. Se quejaría de que no me afeitó, de la cantidad de alcohol de alta graduación que me bebería por rabia y despecho. «Deberías ver qué pintas llevas, papá. Deberías olerte. Te aseguro que no quieres andar por ahí así.» Finalmente perdería su respeto, quizá no su amor, pero sería, como mucho, un amor derivado de la compasión. Un amor como el que se siente por una mascota atropellada, un gato lisiado, un viejo que ya no puede ir solo al baño. Después de esos primeros meses, ella también me abandonaría. En retrospectiva, pensaría que esa vida tan segura que había llevado con sus padres no era más que una mentira. Estas cosas van así. Aunque no hubiesen ido mal hasta el último momento, quizá antes tampoco habían sido tan perfectas como habían parecido. Quién sabe si no era la primera vez que ocurría algo así. Tal vez la única diferencia era que entonces ella había sido demasiado pequeña, demasiado ingenua, demasiado tierna para enterarse. Era evidente que a la hora de la verdad, sus padres, tan perfectos ellos, los padres de los que siempre había alardeado ante sus amigos, un padre y una madre que contrastaban favorablemente respecto a los padres de los demás, que ya llevaban tiempo separados o siempre se peleaban, eran seres tan odiosos y despreciables como el resto.

—De acuerdo, una —dijo mi mujer—. Pero sólo una. Estoy cansada y no quiero acostarme tarde.

Encontramos una mesa al fondo de todo, en una parte del bar donde no había nadie más. Algo que, no pude evitar pensar, no nos vendría mal si después alguien se echaba a llorar. O si uno de los dos empezaba a chillar. «No mires enseguida, pero allí, en aquella mesa del rincón, está el alcalde. Y la mujer debe de ser su esposa. Se nota que no están de buenas. Creo incluso que ella está llorando.»

Sylvia pidió un vino tinto, yo una cerveza.

—Buf, menudo rollo otra vez —dije—. No lo soporto, en serio. A lo mejor tendrían que habérmelo preguntado en la entrevista de trabajo: «¿Puede soportar recepciones donde la gente se esfuerza por charlar del tiempo con un vaso en la mano? ¿No? ¿Seguro? En tal caso, no nos parece sensato nombrarlo alcalde. Tendría que pasarse tres cuartas partes del tiempo paseándose con un vaso en la mano y charlando del sexo de los ángeles.»

La mirada que me dirigió mi esposa sólo podría describirse como cariñosa. Yo había decidido comportarme con la máxima normalidad posible, o mejor dicho, poner todo mi empeño en hacer exactamente lo mismo que habría hecho en circunstancias normales, y a la vez asegurarme de que no se me escapaba nada.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes? —pregunté.

—Nada. Es que se te notaba a la legua que querías irte. Y todavía tienes la misma cara. Eres incapaz de ocultarlo. En realidad, eres incapaz de ocultar nada. Eres como un libro abierto. Es muy gracioso.

Escuché a mi mujer. Escuché palabra por palabra. Frase por frase. Y en la medida en que el ritmo de sus pausas lo permitía, repetía mentalmente una segunda vez cada palabra y cada frase. La primera vez la escuchaba como si no pasara nada, como si simplemente nos estuviéramos tomando un respiro. El alcalde y su mujer, después de escaquearse de la aburridísima recepción

de Año Nuevo, míralos qué bien, ahí sentados pasando un buen rato, tan contentos de haberse largado, tan felices juntos, todavía, después de tantos años.

La segunda vez escuchaba las frases como si escondiesen otro sentido. Como si mi esposa estuviese fingiendo y se esforzara al máximo para que sus palabras sonasen lo más natural posible. Si fingía, lo hacía extraordinariamente bien. O ¿era un poco exagerado que le hiciese tanta gracia lo de que se me notara tanto lo que pensaba en la recepción de Año Nuevo?

Podía atacarla directamente, pillarla por sorpresa cuando menos se lo esperara. Con la guardia baja. Pero no, medio segundo más tarde decidí que todavía era demasiado pronto. Primero un poco más de cháchara, esperar a la segunda cerveza. Lo más importante era controlar mi expresión en todo momento. La verdad es que ella tenía razón: mi cara era como un libro abierto. «Oye, por cierto, ¿y de qué hablabas con Maarten van Hoogstraten? Parecía que os lo estabais pasando en grande.» Si lo decía con la expresión equivocada, lo arruinaría todo. Lo mejor era llevarme primero una sonrisa a los labios. No una sonrisa diplomática; una auténtica. Algo bastante difícil. Todos los políticos que hacen el cursillo de cómo hablar con la prensa han ensayado esa sonrisa, pero se nota enseguida que no es auténtica: los ojos nunca la acompañan, la sonrisa está pegada a la cara como una pegatina a un DVD de oferta.

Yo no he hecho ningún cursillo sobre cómo hablar con la prensa. En mi caso, es lo que se conoce como un talento innato. No tiene sentido hacerle un cursillo a alguien que tiene un talento innato. Mi mensaje político es que voy al grano. Si me molesta la pregunta de algún periodista, se me nota. Si algo me hace gracia, me río. En general no me gusta verme en televisión, pero a veces ocurre, claro. Cuando me veo aparecer en la cadena de noticias locales o en el telediario, por muy crítica que sea mi mirada, enseguida me doy cuenta de que no tengo de qué preocuparme. La distancia adecuada ante una pregunta sobre lemas ofensivos durante un partido de fútbol, el suspiro profundo y bienintencionado después del enésimo ajuste de cuentas en la lucha por el poder que se libra desde hace meses en los bajos fondos... Pero quizá la vez que ajusté mejor mi tono fue en mi breve discurso del Día de la Conmemoración de los muertos en guerra. Todo el mundo vio que era sincero, porque lo era, a veces estas cosas son así de simples. Y antes del discurso y en los dos minutos de silencio, durante el breve paseo hasta el monumento al lado del rey y la reina, quizá puse la expresión más auténtica de toda mi vida. Yo caminaba con ellos, pero mi cara, no, todo mi lenguaje corporal dejaba claro que me distanciaba, que yo no era como ellos. «Los acompaño porque lo requiere el protocolo —decía mi rostro, y lo mismo decía la distancia que, literalmente, mi cuerpo había dejado entre la pareja real y yo—. Si una noche me sintiese triste o solo, éstas son las últimas personas a quienes llamaría.»

Ya me había terminado la cerveza hacía rato, mi mujer todavía remoloneaba con un culito de vino.

—¿Y si nos tomamos otra? —pregunté.

—Escucha, ese Maarten van Hoogstraten... —empezó mi mujer—. Yo siempre había pensado que no tenía ni el más mínimo sentido del humor. Tú también lo habías dicho alguna vez. Pero antes me ha contado una historia y casi me muero de risa. En serio, no me lo habría esperado de él.

Y mientras Sylvia empezaba a explicarlo y yo gesticulaba a la camarera para que nos trajera otra ronda de cerveza y vino tinto, tuve que hacer un esfuerzo para no sonreír de oreja a oreja, para no traicionarme, a mí mismo y a mis sospechas, con una sonrisa demasiado amplia y bobalicona.

Porque el hecho de que mi esposa fuese a contarme aquella «historia tan graciosa» del concejal Van Hoogstraten —algo acerca del conejo de sus hijos, que había roído el cable HDMI del televisor y que sólo escuché a medias; en los momentos de gran alivio siempre escuchamos a medias— únicamente podía significar que me había preocupado sin motivo alguno, ¿no?

—Al final no sé qué me ha hecho reír más —dijo para acabar la historia—, si el conejo, o imaginarme a Maarten intentando pillarlo. Quiero decir, al fin y al cabo el tipo es un poco estirado; bueno, más que estirado, rígido. Se le nota que no está cómodo en su cuerpo. En todo caso, he intentado visualizarlo tratando de agarrar el conejo debajo del sofá y en ese momento me ha dado la risa floja. Y he visto que me miraba con cara de «no es para tanto». Era una historia divertida, y la estaba contando con gracia, pero parte de la gracia era involuntaria, por supuesto. Y ahora que lo pienso: ¿se habrá dado cuenta de que no sólo me reía de la historia, sino en parte también de él? ¿Que lo que me hacía gracia era imaginármelo a él?

Seguramente, aun sin quererlo, en ese momento sonreí, ya no podía evitarlo. ¡Mi mujer y el concejal Van Hoogstraten! ¿Cómo se me había podido ocurrir tal cosa? Un día, quizá al cabo de un año, podría explicárselo como anécdota. «¿Te acuerdas de aquella vez, en la recepción de Año Nuevo, que te pusiste a charlar con Maarten van Hoogstraten? ¿Sabes qué se me pasó por la cabeza?» No, decidí en aquel momento en el Schiller: nunca se lo contaría. ¡Nunca! A lo mejor incluso se ofendía.

—Yo no me preocuparía por eso —respondí a mi mujer—. La verdad es que el hombre es bastante rígido, como tú dices. Este tipo de personas no tienen doble fondo. Apuesto a que todavía está hinchado como un pavo por haber conseguido que te rieras.

«Una mujer como tú —estuve a punto de añadir—. Una mujer que tiene perfectamente calados a los rígidos neerlandeses.»

4

Aquella noche, en la cama, repetí la escena mentalmente, como ya he dicho, pero a aquellas alturas, lo hacía con la tranquilidad de saber que me había preocupado por nada. Empecé por el final, por el momento en que salimos del bar y Sylvia me cogió del brazo por la calle. Así caminamos los últimos centenares de metros hasta casa: un matrimonio normal y corriente, de cierta edad, que todavía camina del bracete. No para apoyarse el uno en el otro, sino por amor, por ternura, porque tanto al hombre como a la mujer les gusta estar cerca el uno del otro.

¿Habíamos dicho algo más? Apenas. En todo caso, el tema de Van Hoogstraten se había cerrado antes, en el bar. La memoria es uno de mis puntos fuertes: me acuerdo de muchas cosas, a veces más de lo necesario. De un viaje por el oeste de Estados Unidos, un viaje que duró seis semanas y que hicimos hace más de veinte años, todavía recuerdo cada ciudad y cada pueblo donde nos alojamos, cada motel, todos los restaurantes donde comimos. Eso fue antes de que naciese Diana; todavía fumábamos los dos, el salpicadero de nuestro Chevrolet Lumina estaba sembrado de paquetes de Marlboro empezados. Uno podría preguntarse de qué sirve eso, pero a mí me resulta agradable, reconfortante: me hace pensar que no todo desaparece. Por las noches, en la cama, si no puedo dormir, repito todo el viaje, desde el aterrizaje en Los Ángeles, la *happy hour* en el hotel, los cinco o seis margaritas que nos tomamos, el calor del día siguiente camino a Las Vegas, los trenes de mercancías infinitos, las rocas rojas peladas de los parques nacionales, Zion, Bryce Canyon, hasta los bisontes y el chorro del géiser de Yellowstone. Un recuerdo a modo de película, sin necesidad de fotos. No, nosotros nunca hemos sido de álbumes de fotos, de ordenar y pegar las vacaciones cronológicamente, tampoco de recordar fechas exactas, y mucho menos de pies de foto, agradables o no. Todas están en cajas de las cuales no salen casi nunca; unas cinco veces en los últimos veinte años, calculo.

Esto en cuanto a la memoria a largo plazo; a mi edad —el año pasado cumplí los sesenta—, la memoria a corto plazo va bastante peor: ¿dónde he dejado las gafas de leer, el teléfono, las llaves del candado de la bicicleta? De repente me encuentro en el baño, iba a por algo, a hacer algo, seguramente buscaba algo, pero... ¿qué?

Del mismo modo, en ese instante me dedicaba a reconstruir paso a paso, del final al principio, el momento en que había metido la llave en la cerradura de la puerta de la calle. Las farolas al lado del canal, las ramas negras de los árboles, un pato entre los coches aparcados que se asustó cuando pasamos a su lado y se lanzó al agua graznando fuerte. «El chico me cae bien.» Eso había dicho mi mujer, sí; en algún punto entre Rembrandtplein y nuestra casa habíamos hablado del nuevo novio de nuestra hija. «Me gusta que no sea un holandés de pura cepa.»

Quizá «nuevo novio» no sea la manera adecuada de llamarlo; «primer novio de verdad» era

más fiel a la realidad. Los chicos iban y venían, Diana tenía para escoger, a veces alguno se quedaba a cenar y casi no decía ni mu, a lo sumo «muchas gracias, señor, señora». O bien: «Quizá algo como Estudios Europeos, señor.» Si pudiesen dejar la lengua colgando, como un perrito, lo harían. No podían creerse que estuvieran ahí de verdad, sentados a la misma mesa que una chica como nuestra Diana. Pero raramente duraban más de un par de semanas, en todo caso jamás volvían a cenar con nosotros.

Dos meses ya era otra cosa. En aquellos dos meses, el chico nuevo ya se había quedado a comer cinco veces como mínimo. Y al contrario que aquellos chavales ansiosos, éste charlaba con nosotros como si fuera lo más normal del mundo. No hablaba en exceso ni demasiado poco, no era un charlatán asertivo que te pusiera la cabeza como un bombo. Era educado, quizá un poco tímido; aunque le había asegurado repetidamente que podía llamarme por mi nombre, seguía con «señor». Finalmente, lo dejé correr, diciéndome que lo más probable era que lo hubieran educado así y que simplemente le resultaría más fácil, pero hace tres días, cuando estábamos sentados en el sofá viendo *Supervivientes*, de repente llamó «Sylvia» a mi mujer.

—A mí esta nadadora también me parece penosa, Sylvia —dijo, refiriéndose a una de las participantes—. Cuanto antes la echen, mejor.

A mí también me caía bien el chico, como a mi mujer. Eso ya tiene su mérito. Me había intentado imaginar muchas veces cómo reaccionaría si mi hija apareciese por casa con un chico que me cayese regular. Pensaba en mi expresión. No podría ocultarlo: estrecharía la mano del chico que me cayese regular y pondría la misma cara que al oler un cartón de leche. «Caducado», leería cualquier persona, y especialmente mi hija, en mi rostro.

Pero con el chico nuevo no tenía nada que temer, o al menos, no en cuanto a mi expresión facial. La primera vez que le di la mano, me dirigió una mirada abierta y espontánea, y a continuación pronunció su nombre. Pero yo ya me había dado cuenta: tan abierta y espontáneamente sólo mira la gente tímida, lo sabía por experiencia. Había visto esa mirada a menudo cuando ensayaba delante del espejo. Y efectivamente, después del primer saludo, el chico bajó los ojos enseguida, me soltó la mano, volvió a mirarme y sonrió. Fue una sonrisa de verdad, quizá no espontánea, pero sí desarmadora. Aquella sonrisa me indicaba que él también lo había visto. Era como un saludo entre motoristas o corredores, que levantan un instante la mano cuando se cruzan. A veces, la gente tímida puede disimular su timidez ante el mundo exterior durante mucho tiempo, pero nunca ante gente tan tímida como ellos.

Que mi esposa comentase, en nuestro breve paseo del Schiller a casa, que le gustaba que el chico no fuese «holandés de pura cepa» me había sorprendido. Por un lado, quizá su origen lo justificaba; por el otro, en su cultura, precisamente, los prejuicios hacia otras gentes estaban mucho más enraizados que en la nuestra. O dicho de otro modo: ahí todavía no tenían ningún prejuicio sobre tener prejuicios. Todo en pos de perpetuar la especie. En el país de origen de mi mujer, cuando un chico o una chica iba por primera vez a casa de los padres de la pareja, se le sometía a un escrutinio más serio que aquí. Se observaba la sangre forastera con una suspicacia inevitable, porque lo que viene de fuera podría debilitar la propia especie.

—¿Sabes qué me contó Diana el otro día? —preguntó mi mujer anoche, mientras subíamos los tres peldaños que hay hasta nuestra entrada—. Que siempre le abre las puertas. En los bares, en los restaurantes. Hasta le aparta la silla para que pueda sentarse. Y cuando aparca en algún sitio, rodea corriendo el coche para abrirle la puerta a ella.

«¿Es que quiere ser taxista de mayor?» Tuve la pregunta en la punta de la lengua, pero me la

tragué antes de que se me escapara: no era momento para sarcasmos. Ahí, en el umbral de nuestra casa, la residencia oficial del alcalde, todavía pensé un instante en Maarten van Hoogstraten, pero para entonces era algo que ya empezaba a desaparecer detrás del horizonte, cada vez más lejos, como una visita al dentista: todavía se nota el ardor en las encías, pero de un modo agradable, cálido, como si acabasen de dar un largo paseo por la playa.

Más holandés que Maarten van Hoogstraten no se fabrican. Era más holandés que un huerto de endibias después de una helada, unos zuecos con molinos de viento en la punta, el queso, la leche, los sándwiches, el hielo quebradizo, la galletita con el té (una sola, luego se tapa otra vez el tarro).

Empujé nuestra puerta, la abrí de par en par, y entré rápidamente para aguantársela a mi mujer.
—Detrás de ti —dije.

5

Y aquella noche, en la cama, cuando oí que Sylvia ponía en marcha el cepillo de dientes eléctrico en el baño, de pronto lo supe.

Supe lo que no cuadraba.

Había estado rebobinando la noche y había llegado al bar Schiller, no al momento en que habíamos vuelto a salir a la calle, sino antes, cuando nos habíamos detenido en la Rembrandtplein y yo le había propuesto tomar algo más, y ella había aceptado tras dudar un segundo.

Hasta ahí, todo correcto. Si mi esposa era consciente de que yo quizá sospechaba que tenía una aventura, sabía que esa sospecha sólo habría hecho que aumentar si ella hubiese rechazado aquella última copa en Schiller.

Pero durante el medio segundo o menos que había durado la duda, no me había mirado.

Había ladeado la cabeza hacia la entrada del bar.

«De acuerdo.» No, había dicho otra cosa, algo sobre que estaba cansada y no quería quedarse mucho rato. «Estoy cansada y no quiero acostarme tarde.»

Una vez dentro había sido imposible no mirarnos, por supuesto. En la mesa, me había endiñado aquella historia sobre el concejal, sobre su (in)consciente sentido del humor.

Pero que yo recordara, una vez de nuevo en la calle, después de agarrarme del brazo, ella había mirado, sobre todo, al suelo: la calle, la acera.

Todo era posible, estaba oscuro. En Ámsterdam, por la noche siempre hay que ir mirando el suelo para no tropezar con algo o torcerse el tobillo con un adoquín suelto.

Pero una vez en casa, cuando le sostuve la puerta abierta con un gesto gentil, no me había mirado. Se había limpiado los pies; había dado un par de golpecitos con las botas en el felpudo, como se hace para no manchar la casa después de caminar por la nieve.

Pero no había nevado. Ni llovido.

Se había mirado los pies y luego había subido la escalera delante de mí.

Rebobiné del todo, me salté varias escenas, hasta que volvimos a estar en la recepción de Año Nuevo. Hasta el momento en que me sumé a mi mujer y al concejal.

«Maarten.»

«Robert...»

Después había habido una breve conversación que ya no recordaba palabra por palabra. Treinta segundos más tarde, el concejal se había despedido diciendo algo sobre que alguien esperaba que le llevase una bebida.

Él me había mirado un instante.

Pero Sylvia no.

Lo que no encajaba era que Maarten van Hoogstraten y yo no hubiésemos coincidido desde las vacaciones de Navidad. A ver, no es que fuese tan raro: el concejal se había tomado una semana más de vacaciones y, por tanto, no había asistido a la primera reunión plenaria del concejo municipal.

Así pues, éste debería haber sido el momento de preguntar, después de un comentario general sobre el tiempo, qué tal el vino o cómo les iban las cosas a los hijos de la otra persona. O de preguntar por las vacaciones de Navidad, que habían terminado hacía menos de tres semanas («¿Estuvisteis en algún sitio, en Navidades o fin de año?»). Pero nada de eso había ocurrido. Mi esposa y el concejal tampoco se habían mirado, me di cuenta mientras reconstruía la escena en la medida de lo posible. No: ambos me habían mirado a mí. Porque no se habían atrevido a mirarse el uno al otro. Por temor a que sus miradas los traicionaran. Por miedo a sonrojarse.

Aquí paré la imagen un momento. Intenté distanciarme. ¿Y si mi fantasía se estaba desbocando? ¿Y si me lo había imaginado todo? Era posible. Todavía cabía esa posibilidad. No tenía pruebas. No tenía nada concreto. Nadie se había puesto a tartamudear ni se había ruborizado. Sólo podía basarme en mi intuición. Y mi intuición me decía que era, cuando menos, curioso que mi esposa y el concejal Van Hoogstraten no hubiesen intercambiado ni media palabra más desde que yo me había unido a ellos, y que a continuación ni siquiera se hubieran mirado al despedirse.

Todavía se oía el cepillo de dientes eléctrico en el baño. Cerré los ojos con más fuerza, me concentré en el sonido, en la imagen de mi mujer abocada sobre el lavabo. Frente al espejo de encima del lavabo. ¿Se estaría mirando a sí misma en aquel momento? ¿Estaría mirándose la cara? Su rostro culpable, se me ocurrió de repente. ¿Se lavaba los dientes de un modo distinto a otros días? ¿Se estaba pasando más tiempo de lo normal en el baño, practicando una expresión neutra para cuando entrara en el dormitorio?

¿Qué expresión tiene una mujer que engaña a su marido? ¿Qué expresión tenía que evitar a toda costa?

Agucé el oído. El cepillo de dientes hacía una breve pausa cada treinta segundos. Arriba a la izquierda, arriba a la derecha, abajo a la izquierda, abajo a la derecha. Yo intentaba todas las noches cumplir con los dos minutos, pero este propósito rara vez se convertía en realidad. En algún punto a medio camino, y de hecho seguramente antes, se relajaba mi concentración. La espuma de la pasta de dientes y el agua me goteaban por el cepillo, los dedos, las manos, el mentón. Me miraba al espejo y veía a un viejo babeante. Apagaba el cepillo. Ya no sabía cuántas tandas de medio minuto llevaba.

¿Se lavaba los dientes Sylvia más a conciencia que otras noches? ¿O sólo con menos concentración? ¿Porque estaba pensando en él? Gemí levemente. Escuché. El zumbido del cepillo de dientes siguió un poco más, después se hizo el silencio en el baño. Me froté con suavidad los párpados con las yemas de los dedos e intenté imaginarme a mi mujer. Su rostro en el espejo, cómo se miraba.

¿Con una mirada culpable? ¿O con una sonrisa, por lo bien que había conseguido engañar a su marido con otro? Sin que él se hubiese dado cuenta de nada, hasta ahora. ¿O era una sonrisa enamorada, simplemente? ¿Estaba enamorada? Esto no lo había pensado hasta ese momento. Enamorada. Era una idea casi insufrible. Inadmisible, incluso. Durante unos diez segundos, intenté tozudamente pensar en otra cosa —en el presidente del Ajax, en el momento en que se metió un puñado de cacahuetes en la boca, en el movimiento de su nuez hacia arriba y hacia abajo mientras

tragaba—, pero antes de que hubieran pasado diez segundos había reaparecido el careto del concejal. Su careto de bobo, pensé de inmediato, pero no, no debía pensar así: tenía que mantener la objetividad. Tenía que intentar comprenderlo. Tenía que esforzarme en dar con un motivo por el cual mi mujer querría agarrar ese careto de bobo con las manos y plantificar un beso en los labios blandos, afeminados y siempre un poco demasiado húmedos del concejal.

No oí a Sylvia entrar, ni tampoco la vi: al parecer, estaba pensando con los ojos cerrados. Entonces apartó la colcha y se acostó a mi lado.

Dejó el iPhone en la mesilla de noche y apagó la luz de lectura.

—Buenas noches —dije.

—Oh, pensaba que estabas dormido.

Yo también apagué mi luz de lectura.

Lo que tenía que decirle funcionaba mejor en la oscuridad.

—¿Sylvia?

—¿Sí?

—Mañana por la tarde es el funeral de Hans van Wezel, el secretario municipal, ¿te acuerdas?

Se hizo un breve silencio.

—Ah, sí, aquella historia horrible.

Inspiré profundamente, e intenté que mi respiración no fuese demasiado pesada.

—No suelo pedirte algo así, pero ¿podrías acompañarme, por favor?

—Robert...

—De repente he pensado que quería tenerte a mi lado. Tendré que hablar, cuatro líneas. Quiero decir, la situación ya es lo bastante difícil. Si... Me gustaría ver tu cara. Todo el mundo estará ahí. Me gustaría poder mirarte de vez en cuando mientras pronuncie mi discurso.

La oí suspirar.

—Mañana por la tarde ya tengo algo. Había quedado con Diana en que iríamos a comprar ropa. ¿Tengo que...? Es que además es una historia tan desagradable, Robert. ¿Seguro que he de ir?

Me puse de lado, le coloqué cautelosamente una mano sobre el vientre.

—No quería pedirte. Es por lo de esta noche, toda esa gente de la recepción... Por favor. Acompáñame, va. ¿No podrías hacerme este favor?

Había activado mi tono de súplica; mentalmente, estaba arrodillado delante de ella.

—¿A qué hora es? A ver, a lo mejor puedo ir de compras con Diana un poco más tarde. No tendré que quedarme horas y horas cuando termines, ¿verdad?

• • •

Tumbado de espaldas, con los ojos abiertos, escuché la respiración regular de mi mujer. A veces roncaba un poco, pero era un ronquido agradable: no uno de aquellos ronquidos que parecen aserrar troncos enteros y han destrozado tantos matrimonios; no, era más bien un silbido o chirrido suave, un ruido campestre, como de puerta de cobertizo o de postigo que se mece con el viento. Pero esa noche sólo se oía su respiración, su respiración regular; la inhalación y la exhalación duraban exactamente lo mismo. A veces, para dormirme, intento concentrarme en mi

propia respiración, algo que casi nunca consigo durante más de medio minuto, pero más de una vez he notado, y ahora lo sé con certeza, que mis párpados se volvían más pesados mientras escuchaba la respiración de mi mujer.

Al día siguiente por la tarde se disiparían todas las dudas. Estaría todo el mundo: la mayoría de los miembros del pleno municipal, casi todos los concejales. En algún momento, Sylvia y el concejal Van Hoogstraten estarían cerca el uno del otro. Ya al principio, cuando se saludaran, o más tarde, en el séquito, de camino a la tumba, y si no, al tomar el café después de la ceremonia.

Esta vez me los miraría de otro modo. Me los miraría con los ojos del marido que sabe que lo engañan.

6

El ex secretario municipal ya no está entre nosotros. Hans van Wezel no dimitió, tampoco lo despedimos. O mejor dicho: no nos dio la oportunidad. Habría podido hacerlo, lo de dimitir. No habría sido una salida honorable, eso era imposible, y la cosa se habría acabado filtrando tarde o temprano, pero en todo caso habríamos podido actuar con discreción, sin airearlo a los cuatro vientos.

—¿Sacas más dinero de la cajita últimamente? —me preguntó mi secretaria poco después de las vacaciones de Navidad.

—Que yo sepa, no —dije—. La verdad es que no saco nunca. Bueno, a veces un poco, si salgo a por un bocata y un café, pero nunca más de diez o quince euros.

La cajita. Este punto merece un pequeño inciso. La cajita es una caja metálica roja con candado; lo más parecido que se me ocurre es una fiambarrera. La tengo en la estantería de mi despacho. A la vista. Sirve para tener algo de dinero en metálico. Incluso un alcalde necesita efectivo de vez en cuando. Cada cierto tiempo, mi secretaria mete unos doscientos euros en billetes pequeños, de diez o veinte. Cuando el dinero está a punto de terminarse, rellena la cajita.

Guardo la llave en el primer cajón de mi escritorio. Este cajón se puede cerrar con llave, aunque no lo hago casi nunca. Y obviamente mi despacho también se puede cerrar con llave. Durante el día no lo cierro nunca, sólo por las tardes, cuando me voy a casa.

Para no enrollarme: a mi secretaria le había llamado la atención que en los últimos tres meses la cajita se había vaciado muy deprisa y por eso me había preguntado si la usaba más a menudo. Pero yo sabía con total seguridad que mi patrón de gasto no había sufrido cambios significativos. En realidad, prefería no gastar nada de dinero de la cajita. Era una cuestión de principios: con mi sueldo, ¿por qué iba a querer subvencionarme cada taza de café, encima? En lugar de gastar dinero de la cajita, prefería pagar de mi propio bolsillo mis tazas de café, mis sándwiches y mis bocadillos de carne picada cruda, y al pagar la cuenta nunca pedía el recibo. En realidad, sólo sacaba dinero de la cajita de vez en cuando para hacer un favor a mi secretaria, y entonces pedía siempre el recibo y lo dejaba en el compartimiento derecho de la cajita, con el resto de los recibos. En el compartimiento de la izquierda estaban los billetes de diez y de veinte.

Mi secretaria, el secretario municipal y yo éramos los únicos que teníamos llave de mi despacho. El despacho que de día yo casi nunca cerraba. En teoría, cualquiera podría entrar en mi despacho, coger la llave de la cajita del cajón del escritorio y llevarse el dinero... Pero sólo en teoría.

—¿De qué importe se trata? —pregunté a mi secretaria.

—En los últimos tres meses, entre seis y ochocientos euros. Si tú sigues sin sacar más de

treinta al mes, quiero decir. En los meses anteriores, todavía no lo he contado.

Pensábamos que el secretario municipal lo negaría todo, pero a la primera confrontación se echó a llorar.

—No lo sé —respondió gimiendo cuando le pregunté por qué—. No lo sé, de verdad.

Nos quedamos en silencio un momento. Justo iba a preguntarle qué había hecho con el dinero, si se lo había gastado en el casino, o simplemente se había comprado un televisor nuevo, cuando dijo que lo devolvería todo.

—Todo —lloriqueó Hans van Wezel—. No sólo el dinero. También los portátiles y los móviles. No he vendido nada. Lo tengo todo en casa, en el trastero.

Más adelante mi secretaria y yo intentamos recordar si alguno de nosotros había preguntado directa o indirectamente por otros robos, aparte de lo del dinero de la cajita, pero ya no nos acordábamos. Lo cierto era que en el ayuntamiento se producían muchos robos, no había un lugar seguro, e incluso desaparecían portátiles, iPads y móviles de la sala de plenos. Decidimos no denunciarlo a la policía. Lo dejamos en una salida discreta a final de mes. Y, por supuesto, sin ninguna posibilidad de que le escribiéramos una carta de recomendación para una eventual entrevista de trabajo en otro sitio.

Un par de días después de que lo descubriésemos, el secretario municipal llamó a la puerta de mi despacho.

—¿No podría volvérselo a pensar? —preguntó tras cerrar la puerta y desplomarse en la silla de delante de mi escritorio—. Puedo devolverlo todo, de verdad. El dinero también. No lo he gastado, lo tengo.

—Eso no es lo importante, Hans —dije yo—. Me parece que lo sensato sería que buscaras ayuda. Ayuda profesional, quiero decir.

Empezó a temblarle el labio inferior y pensé que de nuevo se echaría a llorar, pero inspiró un par de veces y me miró.

—Eso es imposible —replicó—. Mi esposa no lo entendería. Ni mis hijas. ¿Cómo explica uno algo así a sus hijas?

Yo recordaba vagamente que el secretario municipal tenía dos hijos adolescentes. Pensaba que eran chico y chica, pero al parecer eran dos chicas. Siempre me ha gustado estar al corriente de todo: nombres de cónyuges, hijos, cumpleaños. No es que lo recordara yo personalmente, claro; de eso se ocupaba mi secretaria. La señora Schreuder tenía una agenda gruesa, negra y alargada, dedicada a tal efecto. Hacia las diez de la mañana, cuando me traía el segundo café, llevaba la agenda bajo el brazo.

—Hoy cumple dieciocho años el hijo del concejal Hawinkels —leía—. Se llama Pieter. La mujer de Theo, el portero (se llama Annie), recibirá el alta hospitalaria mañana. Pero no tienes que preguntar qué tal. Ya no pueden hacer más por ella, como se suele decir, pero eso que te lo cuente él si quiere.

Así, si a lo largo del día me encontraba en algún pasillo o en el autoservicio de la cafetería al concejal Hawinkels, le estrechaba la mano jovialmente.

—Felicitas a Pieter de mi parte. ¿Cómo lleva los exámenes finales?

O me inclinaba por encima del mostrador del portero y me sacaba un paquete de pañuelos de papel del bolsillo interior:

—Lo comprendo, Theo, lo entiendo perfectamente. Oye, ¿por qué no te tomas el día libre

mañana? Tu mujer te necesita más que nosotros. Podemos arreglárnoslas un día sin ti, en serio.

El alcalde humano, así me definieron en una ocasión en un artículo biográfico de cuatro páginas en el suplemento del periódico *Het Parool*. Se leía en el titular que encabezaba la entrevista: «Robert Walter: el alcalde humano.» Sonaba un poco raro; en aquel momento yo no llevaba ni un año en el cargo y parecía sugerir de manera implícita que mi predecesor tal vez había sido inhumano. Lo que tampoco era una idea tan descabellada. Jan van Hiemstra-Henegouwen tenía, por decirlo de una manera fina, un aire aristocrático. Como si en realidad fuese demasiado bueno para una ciudad como Ámsterdam. Un hombre que, al esquivar una caca de perro, sacude la cabeza y además se levanta las perneras de los pantalones. El Día de la Reina había pedido un cuchillo y un tenedor en un puesto de hamburguesas y perritos calientes. Y en uno de los memoriales anuales de la catástrofe de Bijlmer,[1] había dicho sobre las víctimas: «También eran de los nuestros. Se mire como se mire, ellos también eran amsterdameses.»

Yo quizá era distante, estricto, perdía los estribos fácilmente —calificativos que aparecían más de una vez en el artículo—, pero tenía suerte con la cara que me había tocado. Por muy malhumorado que estuviera, incluso iracundo, si soltaba una carcajada o hacía alguna broma, todo el mundo se relajaba visiblemente.

Entonces me alarmé, o me sorprendí —es difícil recordar la emoción exacta; al fin y al cabo, ¿no son la alarma y la sorpresa dos compañeros de la misma raíz emocional?—, al ver que el secretario municipal se agachaba para sacar algo de la bolsa. La bolsa que tenía apoyada contra una pata de la silla. No, no recuerdo la emoción exacta, pero los detalles, sí. Del mismo modo que después de ver un accidente sólo recuerdas el tapacubos, los limpiaparabrisas que seguían yendo de un lado a otro inútilmente aunque hacía rato que había parado de llover, o la radio del coche que retransmitía en directo un partido de fútbol.

La bolsa del secretario municipal era una cartera de cuero marrón raído. El tipo de cartera que hace años llevaban a clase los chavales estúpidos, los chicos con la raya al lado que durante la Guerra de Vietnam iban a favor de los norteamericanos y no del Vietcong. Hoy en día ese tipo de carteras sólo se ve acompañando a ciertos profesores, funcionarios o contables que viven en su propio mundo, hombres de más de cincuenta años para quienes el teléfono móvil todavía es un invento del diablo.

Hans van Wezel sacó una cuerda de la bolsa. En la escena de la cuerda, mi memoria también se reduce a los detalles. Era una cuerda bastante gruesa, el tipo de cuerda con la que cuelgas un columpio, apenas un poco más delgada que las cuerdas que cuelgan de una escalera horizontal en el gimnasio. Estaba nueva a estrenar, nunca se había usado: se la habría comprado esa misma mañana o el día antes en una tienda de bricolaje con el único objetivo de sacarla de la cartera de cuero marrón raído ahí, delante de mí.

—Estoy desesperado —dijo—. Tiene que entender lo que me está haciendo. Si se mantiene en sus trece, me ahorcaré hoy mismo.

7

El funeral fue en el cementerio Nieuwe Ooster, mi favorito. La gente que se cree importante suele apuntarse en la lista de espera de Zorgvlied ya en vida. No se puede negar que Zorgvlied es un cementerio bonito, pero para mi gusto está demasiado lleno. No sé cómo funciona el tema de los cementerios y las listas de espera, pero imagino que un día ya no cabe nadie más y se cuelga un cartelito en la valla: LLENO. Un cartelito con una luz, como en un motel o una pensión. En el Nieuwe Ooster aún tienen sitio para unos cuantos años. Hay un excedente de espacio entre aquellos árboles viejos y gruesos. Hay sol y sombra. Respira. Zorgvlied es más como una ciudad de provincias, un pueblo, un complejo turístico donde las casas han sido construidas muy cerca unas de otras para sacar el máximo rendimiento.

No es el primer funeral de un suicida al que me toca asistir. A veces el suicidio lleva años acechando, otras veces es del todo inesperado. Externamente, es idéntico al resto de los funerales: flores, lazos, ropa poco llamativa, gafas de sol si hace buen tiempo, el café de después, los trozos de bizcocho, los sándwiches finos, alguno de los asistentes se toma ya —son las once de la mañana— el primer vino blanco del día. Pero los discursos están cargados de incompreensión. El motivo. Respetamos tu decisión. Sí, a veces lo pone en las esquelas, es la fórmula con que se informa a las personas menos cercanas de que se trata de una muerte elegida; las mismas palabras que se repiten en los discursos.

Pero bien mirado no hay nada que respetar. Nos complicamos la vida para dar una salida digna al suicida, acompañarlo a su lugar de reposo definitivo, que es la manera fina de decirlo. Pero ¿qué pasa con el reposo de los que se quedan atrás? ¿Con su perplejidad? ¿Con su rabia?

«¡Cómo se te ha ocurrido, egoísta de mierda!» es lo que querríamos gritar al ataúd en realidad. «¿Cómo se te ha ocurrido largarte y dejar atrás este desastre sólo porque el señor “ya no podía más”? “No veía otra salida”, escribiste en tu nota de despedida. ¿Cómo se te ocurre? Claro que había otra salida, sólo que fuiste demasiado perezoso, no tenías ganas de escucharnos, nunca se te dio bien escuchar. ¡Cobarde! Espero que te pudras en la tumba.»

Ésa es la esencia, es mejor aceptar las cosas como son. Salvo los casos psiquiátricos —pacientes con psicosis, maníacos depresivos—, en general los suicidas no suelen destacar precisamente por tener un carácter fuerte. Y no sólo eso. Es un poco difícil de explicar, de decir en voz alta; en todo caso, no es algo con lo que quieras importunar a sus familiares. Aunque a veces tengo la sensación de que justamente ellos son quienes mejor lo entienden: la gente que pone fin a su propia vida no es la más inteligente. Me ha costado años, más de media vida, entender que esto es lo que tienen en común los suicidas. Una inteligencia media. O quizá un poco por debajo de la media. En todo caso, nada que llame la atención. Un memo con un coeficiente intelectual de

cero coma cero es demasiado estúpido para tener la idea, o demasiado perezoso. Prefiere quedarse aletargado en el sofá en lugar de investigar cuántos somníferos tiene que tomarse para no despertarse nunca más.

En cuanto a inteligencias algo superiores a la media, no tengo apuro en usarme a mí mismo como vara de medir. ¿Me quitaría la vida? No. Nunca. Bajo ninguna circunstancia. Sí que he fantaseado alguna vez con la idea del suicidio. Antes más que ahora. Entre los veinte y los treinta años. Pero creo que todas las personas inteligentes lo hacen, tontean con ese pensamiento. Es como estar en lo alto de un edificio y mirar hacia abajo: al fondo, coches de juguete, personas pequeñas como hormigas; a lo lejos, sirenas de bomberos y ambulancias. Y luego imaginas que te encaramas a la barandilla, al tejado: empieza el último batacazo de tu vida, la caída libre definitiva.

Lo que los suicidas no entienden es que hay que vivir la vida hasta el final. Aunque tu familia descubra que eres un ladrón cualquiera, ninguna vergüenza es tan grave que no valga la pena vivir. Incluso a través de los barrotes de una celda se puede ver salir el sol, oír el trino de un pájaro, oler los aromas que llegan de la cocina de la cárcel: quizá no son los más deliciosos del mundo, pero si estás muerto no hueles nada de nada. ¿Por qué si no intentan alargar la vida al máximo los condenados a muerte? ¿Por qué se sienten agradecidos cada vez que se aplaza la ejecución? Porque preferirían la cadena perpetua. «Perpetuo» implica que durará tanto como dure la vida. Alguien malversa diez millones y, en lugar de dejar que lo descubran, se tira desde la décima planta de un edificio de oficinas. No es una solución muy avispada. Hasta la podríamos calificar de estúpida. Alguien pierde a la persona amada. «Sin él/ella no puedo vivir», declara con vehemencia la viuda o el viudo. Pero no es cierto. Hay duelo, hay añoranza, hay dolor: pero el duelo, la añoranza y el dolor, de hecho, te hacen volver a sentir que estás vivo, quizá más que antes de la pérdida. «Sin él/ella, la vida ya no tiene sentido», dicen los supervivientes, pero si la vida tiene sentido en algún momento, es justamente ahora. Un hombre saca un poco de dinero de una cajita, se mete un iPad desatendido en su cartera marrón, tal vez palpa los bolsillos de las chaquetas de la guardarrope para ver si alguien se ha dejado algo de valor. Lo pillan y lo echan del trabajo. Ni siquiera lo denuncian. Tiene la oportunidad de retirarse y asumir sus pérdidas. Una salida discreta y sin vergüenza. Y entonces comete un error enorme. Amenaza con el suicidio. No se atreve a enfrentarse a su familia. No entiende que si lo hiciera, su vida saldría ganando. Su mujer descubriría que no es tan aburrido como siempre había pensado. Sus hijos verían que el comportamiento de su padre tampoco es intachable. Quizá ellos ya han hurtado alguna vez un Mars, o una bolsa de patatas fritas del supermercado, o un par de euros del monedero de alguno de sus padres. «Tú ya sabías que eso no está bien, ¿verdad, papá?» «Sí, lo sabía, pero era más fuerte que yo.» La vergüenza no existe. Los animales no sienten vergüenza. Es un invento humano. Quien vive sin vergüenza es más libre, está más cerca de la naturaleza. Pillan a un hombre adulto robando dinero y aparatos electrónicos. Se compra un trozo de cuerda en alguna tienda de bricolaje, se la mete en la cartera y amenaza a su jefe diciendo que se suicidará. Parece una escena sacada de una comedia. Sólo alguien sin sentido del humor acaba ahorcándose de verdad después de una escena así. Alguien estúpido.

En el funeral de Hans van Wezel los discursos transmitieron sobre todo esa misma incompreensión y estupefacción. Un antiguo compañero de estudios recordó lo «inspirador» que era el secretario municipal. No sé si todo el mundo se dio cuenta, pero yo noté claramente que

cuando pronunció la palabra «inspirador», el silencio de la sala se volvió un poco más profundo. Se podían decir muchas cosas sobre Hans van Wezel, pero que fuese una persona inspiradora quizá era lo último que uno podría pensar de ese ratón gris. A no ser que quisieses calificar de «inspiradora» su pasión por las cajitas de dinero y los portátiles. Durante el discurso de una hermana mayor de Hans, me pregunté qué debía de haber contado en casa. A su mujer, a su familia, a sus amigos o a sus ex compañeros de estudios. Nada de nada, sospeché. Su hermana explicó una anécdota, algo de un arenero y un perrito, y por primera vez se oyeron algunas risas cautelosas en la sala.

Después me tocó a mí. La hermana era bajita, antes de empezar tuve que subir el micrófono del atril. Tosí, carraspeé. Me apoyé en el atril con ambas manos, no había sacado ningún papel ni chuleta del bolsillo. Soy el alcalde conocido por hablar a bocajarro en sus discursos. Miré a la sala, primero a la última fila, y luego cada vez más adelante, por encima de las cabezas, hasta que mi mirada finalmente se posó en la familia del difunto. Observé un momento a la mujer del secretario municipal, y ella me devolvió la mirada sin bajarla. No había llorado, tenía los ojos secos, estaba sentada con la espalda recta en el incómodo banco de madera, llevaba su tristeza con dignidad. Seguramente yo ya la había visto en alguna recepción del ayuntamiento; sabía cómo se llamaba, cuántos años tenía, cuándo era su cumpleaños. Pero no me acordaba de su cara. No era una cara sin atractivo, pero tampoco nada memorable. Una mujer del montón. Una de esas que se ha casado con un hombre porque, si no, ese hombre no tendría mujer. Luego miré a las hijas. También sabía sus nombres, los cumpleaños —sólo si los consultaba en la agenda alargada, algo que había hecho esa mañana— y a qué escuela iban. Las saludé con la cabeza, un gesto que pretendía ser animoso, pero enseguida me pregunté en qué sentido intentaba darles ánimos: ¿en el sentido de «Vamos, ahora la cosa parece muy grave, pero seguro que lo superaréis, tenéis una vida larga y feliz por delante»? Esperaba que así fuera, que lo superaran, quizá antes de lo que ahora les parecía posible. Pero sabía que no era cierto. Los hijos de los suicidas no lo superan nunca. El pensamiento que los acompañará a partir de hoy es «Por lo visto no éramos lo suficientemente importantes para que quisiera seguir viviendo».

Di unos golpecitos suaves al micrófono con los dedos, como para asegurarme de que estaba encendido. Claro que lo estaba, al fin y al cabo la hermana del secretario municipal acababa de hacer su discurso de un modo claramente audible por el altavoz. Es sólo un tic, así empiezo todos mis discursos. Ganar tiempo, activar el modo discurso, como un futbolista que se santigua antes de entrar en el campo, o un tenista que hace rebotar la pelota un par de veces, se recoloca la cinta del pelo y se saca del culo los fondillos del pantalón antes de servir.

«¿Qué habrá contado en casa el secretario municipal?», me pregunté de nuevo mientras me inclinaba hacia el micrófono. Nada, entendí de pronto, sin atisbo de duda. ¿Qué debería haber dicho? «Me han pillado robando y me han echado del trabajo, pero voy a amenazar al alcalde con que me ahorcaré, así seguro que cambia de opinión.» No, su mujer y sus hijas no lo sabrían nunca. Se pasarían la vida intentando adivinar el motivo. Quizá se les pasarían todo tipo de ideas por la cabeza. ¿Navegaba en su tiempo libre por páginas de pornografía infantil? ¿Visitaba en las pausas del almuerzo ese lugar donde se encontraban los hombres en Nieuwe Meer? ¿Daba un rodeo después del trabajo para ir a un aparcamiento del puerto a que le chupara la polla una puta ucraniana? Aquí volvería a sacar la cabeza la vergüenza. ¿Cuál de esos actos era lo bastante grave como para convertir en viuda a su mujer y dejar que sus dos hijas se criasen sin padre?

Inspiré profundamente una última vez. Mientras, ahora sí, se hacía un silencio absoluto en la

sala —al fin y al cabo, que tome la palabra el alcalde tiene otra magnitud que cuando lo hace un ex compañero o una hermana mayor—, pensé un momento más en el tema de la culpabilidad. ¿Me sentía culpable? ¿Era de algún modo corresponsable de la muerte del secretario municipal? Ni que decir tiene que en los últimos días ya me había planteado esa pregunta un par de veces. Hace cosa de diez años, volvía de hacer la compra en Hulst, en el Flandes Zelandés. En aquella época todavía teníamos una casa en el dique de Graauw, en un extremo del pueblo. Yo siempre aparcaba a la izquierda de la carretera, sobre la hierba. Detrás de mí venía un coche. Frené y dirigí mi coche a la hierba. Un gato, que al parecer había estado durmiendo ahí, salió corriendo hacia la carretera y fue a parar bajo la rueda trasera izquierda del coche que circulaba detrás de mí. El conductor no se dio cuenta de nada y siguió adelante. Con las manos temblando, apagué el motor y abrí la puerta. El gato estaba cerca de la carretera, sobre la hierba alta. Se retorció, sin sangrar, sin hacer ningún ruido. «Tranquilo —le dije—. Tranquilo, no me voy, me quedo contigo.» El gato entornó los ojos y me miró mientras su cuerpo seguía retorciéndose. Fue como si me sonriese. Miré a izquierda y derecha de la carretera, no había nadie más. «Me quedo contigo», dije dulcemente al gato, pero ya estaba quieto, ya no se movía, los ojos sonrientes se habían cerrado.

Si hace algo menos de una semana no me hubiese reído de Hans van Wezel a la cara cuando se presentó con su cuerda de la tienda de bricolaje, hoy lo que quedaba de su familia no habría tenido que sentarse ahí, en la primera fila de la sala del Nieuwe Ooster. Pero constatar esto ¿implicaba sentirse culpable? En el fondo del corazón, estaba convencido de que las personas con el patrón de personalidad del secretario municipal tarde o temprano acababan en la tienda de bricolaje pagando su trozo de cuerda.

Desvié la mirada hacia las últimas filas. Vi a mi esposa, a mi secretaria, a un par de concejales y secretarios del ayuntamiento; tardé un poco en localizar también a Maarten van Hoogstraten. Se había sentado a una distancia prudencial de mi mujer, casi en el otro extremo de la sala, cerca de la salida.

«Ahí lo tienes —pensé—. Si no tuviesen nada que ocultar, se habrían sentado más cerca, o incluso juntos.» Ahora casi parecía que se ignoraran a propósito. Justamente porque se comportaban como si no hubiese nada, era evidente que había algo. Más claro que el agua, pensé; de hecho, no podía creerme que ellos mismos no se diesen cuenta del numerito que estaban montando delante de todo el mundo.

Empecé a hablar. Me dirigí a los estimados asistentes, a la familia del difunto, mencioné a su mujer e hijas por el nombre. «En este trágico día —dije—, un trabajador fiel en quien siempre me pude apoyar.» Todo iba bien, la cosa estaba en marcha, todavía no hablaba con el piloto automático. Si mantengo un determinado ritmo, siempre llega un momento en que las frases se encadenan solas. Soy lo que la gente llama «un orador nato», para qué la falsa modestia. Siempre encuentro el tono adecuado, incluso en el funeral de un hombre adulto que primero chantajea a su jefe con un trozo de cuerda y que después, cuando éste se ríe de él a la cara, no tiene mejor idea que cumplir con su amenaza. Lo noté una vez más: en toda la ceremonia no había habido tanto silencio en la sala, en otros discursos se tosía más, la gente cambiaba de postura más a menudo. Lo vi delante de mis ojos: un hombre se cubrió la boca con la mano, pero no se atrevió a toser. Estaban todos realmente atentos. No todos los días uno podía asistir a un discurso del alcalde. Un político cuyo rostro es famoso en todo el país. Pero hay alcaldes y alcaldes, políticos y políticos: la mayoría son francamente tediosos. Cualquiera que haya seguido alguna vez el debate de la Segunda Cámara sabe lo pesado que es. Durante un discurso del actual primer ministro, la

vergüenza ajena planea por la sala. ¿Por qué se ríe todo el rato? ¿Por qué se hace el simpático, cuando es un papel que no le pega para nada? ¿A quién pretende llegar con esos ademanes de jovencuelo? Como ya he dicho, he visto varias veces discursos míos, o fragmentos de ellos, en el telediario. Quiero que quede claro que no soy un ególatra; yo también siento cierta vergüenza cuando me veo detrás de un atril. Un mechón de pelo sobresale demasiado por detrás de la oreja izquierda, ya podría haberme avisado alguien (por ejemplo, mi secretaria ¡o el secretario municipal!). Quizá estoy demasiado encorvado, o mi expresión es demasiado severa, pero tengo presencia. Se me escucha con atención. En el atril nunca hay papeles o chuletas, miro todo el tiempo hacia la sala, hablo con espontaneidad. Ni demasiado rápido, como si quisiera irme de ahí lo antes posible; ni demasiado lento, provocando que los oyentes se contagien los bostezos y las ganas de mirar los relojes o los móviles. No, mientras dura gozo de toda su atención. Y nunca dura demasiado. Tengo la medida tomada. Hay gente a quien le gusta oírse hablar, cuanto más tiempo, mejor. No son conscientes del lapso de atención.

Y entonces, de repente, sin previo aviso, me acordé de la breve conversación que había mantenido con el secretario municipal una semana antes. ¿Qué debería haberle dicho cuando abrió la cartera y sacó la cuerda? ¿Qué habría podido decir? «Oye, Hans, no es tan grave, no es más que un poco de dinero y un par de iPads y teléfonos. Devuélvelo todo y que no se hable más.» Pero eso era justamente lo que no había querido decir. Fue sobre todo por la combinación de la cartera de cuero marrón raído, la cuerda, claramente recién comprada, y la cara de perro apaleado de Hans van Wezel. Una mirada esperanzada, la del perro que confía en que el visitante de la perrera lo elija a él, y no al perro de la jaula de al lado. «¡Guarda esa cuerda, idiota! ¡No voy a permitir que me chantajees con eso! Hazme un favor, Hans: desaparece de mi vista y no vuelvas nunca más.»

Y lo había hecho. Se había tomado mis palabras al pie de la letra y no había vuelto más.

Es capaz, pensé. Podría hacerlo. Sería un alivio para todo el mundo, especialmente para la familia que dejaría atrás. Después del golpe inicial, podrían reconciliarse, como se suele decir, con la muerte elegida por su padre y marido. Después del estupor vendría la rabia. Y al final, seguramente, la resignación. «En el fondo estamos mejor sin un idiota que se cuelga por unos cientos de euros y varios teléfonos y iPads que ha encontrado por ahí.»

«Espero que estés satisfecho con tu decisión —pensé—. Espero que aún estés en algún lado y puedas ver con tus propios ojos lo que has provocado.» Pero me mordí la lengua. Por primera vez desde que había empezado el discurso, busqué los ojos de mi mujer. No era que quisiese verla, sólo que de repente me acordé de que el día antes le había dicho que quería ver un rostro familiar entre todos los demás.

Tardé un par de segundos en comprender que ya no estaba en la sala. O al menos, que no estaba en el mismo sitio que antes, me dije esperanzado, pero sin lograr verla en otro lugar. Miré involuntariamente hacia la última fila, el banco más cercano a la salida.

El concejal Van Hoogstraten tampoco estaba en su sitio. Entonces me puse a examinar rápidamente todas las filas. Todas las caras. Pero ninguna de ellas pertenecía ni a mi mujer ni al concejal.

Acabé el discurso:

—Siempre recordaremos a Hans como un colega de lo más agradable y cumplidor.

Las puertas de la sala se abrieron. Los árboles filtraban la luz que caía sobre la gravilla. Los sepultureros se cargaron el ataúd a los hombros. Mi secretaria apareció a mi izquierda.

—Muy bonito —dijo—. Muy bien.

Los pájaros trinaban, nubes blancas cruzaban el cielo azul. Me puse las gafas de sol y miré por encima del hombro, pero no vi a mi mujer por ninguna parte. El concejal también había desaparecido sin dejar rastro. Me saqué el teléfono del bolsillo.

«¿Dónde estás?», escribí.

Justo iba a enviar el mensaje cuando vi que tenía dos sin leer.

«Cariño, Diana pregunta dónde me he metido. Me está esperando en los grandes almacenes, esto dura mucho. Espero que no te moleste. Has estado bien. X.»

El segundo mensaje había llegado menos de un minuto más tarde.

«Demasiado bien. El tío era un capullo. Hasta esta noche. X.»

8

Un día laborable de febrero, a eso de la una de la tarde, noté que me vibraba el móvil en el bolsillo de los pantalones. Acababa de comerme un bocadillo de embutido y salchicha de hígado y otro especial de la casa (carne picada cruda, huevo duro, cebolletas y mayonesa) en el Van Dobben, y cruzaba la Rembrandtplein de vuelta al ayuntamiento.

«Papá», leí en la pantalla.

Estuve entre uno y tres segundos planteándome no contestar, pero finalmente lo hice.

Fue directo al grano:

—¿Tienes algo mañana?

—Un montón de cosas —dije—. La típica agenda llena. ¿Qué pasa?

—Quería pedirte que me acompañaras a elegir tumba.

—¿A elegir tumba?

—He visto un cementerio bonito. En Ouderkerk aan de Amstel. Pero tu madre no quiere venir. Dice que no le importa adónde vaya a parar cuando se muera. En fin, ya conoces a tu madre.

Yo habría podido decir cualquier cosa. Habría podido decir que al día siguiente tenía demasiado que hacer. Lo lógico habría sido preguntar por qué no podía esperar al fin de semana. Por otro lado, no podía negar que me había picado la curiosidad. En su larga vida, mi padre nunca había sacado el tema de las tumbas ni de nada relacionado con la muerte. ¿Entierro, o cremación? No recordaba que hubiera hablado de ese tema ni una sola vez.

—¿Mañana a primera hora de la tarde? —pregunté—. ¿Te paso a buscar hacia las dos?

Uno de mis puntos fuertes es que siempre me sé de memoria la mayor parte de mi agenda de los próximos tres o cuatro días. Al día siguiente a las dos tenía programada una visita a una guardería involucrada en un escándalo.

—No, ya te recogeré yo —dijo mi padre—. Tú asegúrate de estar en la plaza a las dos. Ahí no puedo aparcar mucho rato.

Habría querido rechazar el ofrecimiento con alguna excusa, pero no me dio tiempo a inventarme nada. Desde hacía cinco años intentaba limitar al máximo subirme en el coche de mi padre. Tanto daba, porque ya había colgado.

Me dije que Ouderkerk no estaba tan lejos, pero sonó más como un mantra que como un pensamiento reconfortante.

La tarde siguiente salimos de la ciudad pasando por delante del molino y de una estatua de Rembrandt arrodillado en el césped con un libro de bocetos, y tomamos una calle estrecha de dos

carriles que bordea el río Amstel. La luz del sol centelleaba sobre el agua. Era, como ya he dicho, principios de febrero, pero parecía primavera: recordé que el día antes, en el telediario, habían dicho que era «el febrero más cálido desde 1914».

—¿Qué hace ahí ese camión? —preguntó mi padre; había reducido la marcha en una curva, se había inclinado hacia el volante y escudriñaba la carretera con los ojos entornados, como quien intenta leer la letra pequeña del pie de un contrato.

Seguí su mirada, pero en aquel momento en la carretera frente a nosotros sólo había un grupito de ciclistas. Iba a decirle que no había tal camión, pero ya había acelerado y estaba adelantando a los ciclistas sin llevarse a ninguno por delante.

—¿Cuándo tienes la revisión para renovarte el carnet de conducir? —le pregunté, después de dejar pasar un minuto de silencio.

—¿Y eso? ¿Por qué quieres saberlo? ¿Te parece demasiado viejo para conducir?

Decidí no contestar de inmediato, para dejarle reflexionar la respuesta a esa pregunta.

—A finales de junio —dijo finalmente—. Por eso esta primavera tu madre y yo volveremos a ir al sur de Francia. Por última vez.

—¿Por última vez? ¿Cómo que por última vez?

—¿Qué pone en ese cartel? ¿A cuánto se puede ir aquí? ¿A sesenta? ¿A ochenta?

—A cincuenta.

Suspiró profundamente.

—Lo sé, chico. Ya no veo los carteles. Es imposible que pase esa revisión. En junio van a retirarme el carnet. Pero nunca he tenido un accidente. En toda mi vida. Si cruzo un pueblo, reduzco a cincuenta. En la autopista nunca paso de ciento veinte. Es la burocracia. A los viejos nos quitan todo lo que pueden. El mensaje es claro: «Muérete de una vez, aquí estorbas. Ocupas un espacio que podría ocupar alguien más joven.»

—¿Por qué has dicho «la última vez»? También podéis ir al sur de Francia en tren, ¿no? O en avión. ¿Por qué no voláis cómodamente en lugar de conducir mil doscientos kilómetros?

Estábamos parados delante de un semáforo; cuando se puso verde, el coche de mi padre se quedó quieto. Quise avisarlo, pero en aquel instante alguien detrás de nosotros empezó a pitar.

—¡Voy, voy! —gritó mi padre, que levantó un brazo hacia atrás y le hizo una peineta—. ¿Tenemos prisa? ¿Tanta prisa tienes por ir a un sitio donde no te espera nadie, capullo?

Sin poner el intermitente dobló a la izquierda, hacia un puente, y una vez al otro lado, enseguida se desvió a la izquierda de nuevo, también sin poner el intermitente. Volvió a acercar la cara al parabrisas.

—Tiene que estar por aquí, en algún sitio. Más allá de esas casas, creo.

—¿Por qué has dicho «la última vez», antes?

—¿Cómo?

—Lo que has dicho antes, que este verano irías por última vez al sur de Francia con mamá. Creo que no querías decir por última vez en coche, sino por última vez de verdad.

—Aquí. Es aquí.

Aparcó a la derecha de la carretera. Me di cuenta de que intentaba actuar como si todo fuera lo más normal del mundo, pero una rueda delantera tocó algo, el bordillo de la acera o algún otro obstáculo, y nos detuvimos al lado de un árbol grueso; tan cerca que era imposible abrir mi puerta.

—Después del verano se acabó —dijo mi padre—. Para tu madre y para mí. Lo hemos

hablado largo y tendido, y nos parece la mejor opción. Vamos a hacerlo todo una vez más. Ir al sur de Francia, cenar en el hotel Amstel; hemos hecho una lista. En mayo cumpla los noventa y cinco. Será el último cumpleaños. De eso también quería hablarte, quiero celebrarlo de un modo especial. Con toda la familia, en un restaurante, quizá algo más, un paseo por los canales, yo que sé, algo que después todo el mundo recuerde. Y luego, desenchufamos. No enseguida, en septiembre o en octubre. Otoño, una estación bonita para un funeral doble. En todo caso, antes de Navidades, para no tener que volver a tragarnos todo ese rollo. Así que por suerte ya hemos pasado las últimas Navidades.

—Por el amor de Dios, pero ¿por qué? Los dos estáis fuertes como robles.

Intenté abrir la puerta, pero no se movió más que unos diez centímetros.

—Por eso ahora es el momento adecuado —dijo—. Ambos hemos vivido. Hemos tenido una buena vida. ¿Por qué íbamos a querer terminarla en un asilo? ¿Por qué iba alguien a querer llegar al punto de que unas cuidadoras tengan que ayudarlo a cagar? Eso, si llega al baño. Todas esas mandangas, chico, no quiero ni pensarlas. Y te seré sincero: hemos tomado esta decisión pensando sobre todo en nosotros mismos, pero deberías tener en cuenta lo que va a representar para vosotros. Para ti y para Sylvia. Os ahorraréis tener que visitar los domingos por la tarde a unos padres demenciados que no pueden valerse por sí mismos. Un padre que se caga encima durante la comida de Navidad, una madre que ni siquiera te reconoce. Porque eso es lo importante, al fin y al cabo. Ahora tu madre sólo está un poco olvidadiza, pero son los primeros síntomas. Intenta imaginarte qué alivio supondrá para vosotros. Y qué final tan bonito: un cumpleaños celebrado por todo lo alto. Y un par de meses después, un funeral. Ni siquiera hará falta que lllore nadie. «Tuvieron una buena vida», ya puedes apuntártelo para tu discurso. «Hasta el último momento, vivieron la vida como hay que vivirla.»

Voy a admitirlo sin tapujos: protesté un poco, por puro formalismo, y repetí un par de veces que no tenía sentido, que mis padres seguramente llegarían a los cien con buena salud, pero no podía negar que la idea me había parecido atractiva desde el principio. Una vida sin padres. Convertirme en huérfano a los sesenta años.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre.

—No puedo salir —dije.

• • •

Las semanas anteriores me había comportado lo más normal posible teniendo en cuenta las circunstancias. Había decidido no permitir que se me notara nada, y en todo caso no hacer preguntas directas.

Era bastante más difícil de lo que me había esperado. Tenía que vigilar con pasarme de normal, eso seguro que llamaría la atención. Al menos a mi mujer; mi hija era otra historia.

—Y bien, ¿qué tal ha ido? —había preguntado a Diana por la noche, después del funeral de Hans van Wezel. Estaba tumbada en el sofá con su portátil y tuvo que quitarse los auriculares.

—¿Qué?

—Que qué tal ha ido esta tarde. Las compras. ¿Habéis encontrado algo en los grandes almacenes?

—Mamá ha llegado tarde. Ya casi cerraban. Pero da igual, yo hoy estaba cansada. Iremos el

próximo jueves, las tiendas están abiertas hasta más tarde.

Oí los repiqueteos de platos y tazas de mi mujer en la cocina: estaba vaciando el lavavajillas. «¿A qué hora? —habría podido preguntar a mi hija—. ¿Cuándo ha llegado exactamente a los grandes almacenes mamá?» Pero no lo hice. No debía hacer preguntas que transmitiesen una curiosidad excesiva. ¿Qué importa la hora exacta? ¡Yo qué sé! Hice mis cálculos. ¿Qué hora era cuando los sepultureros se cargaron el ataúd con el cuerpo del secretario municipal a los hombros? ¿Qué hora era cuando había empezado mi discurso? Mi hija ya se había vuelto a poner los auriculares.

Al menos mi mujer no se había inventado toda la historia, pensé con cierto alivio. Había quedado realmente con Diana en los grandes almacenes. Pero ¿cuánto tiempo había transcurrido entre la llamada o el mensaje de texto de mi hija a su madre y el momento, poco antes de la hora de cerrar, en que Sylvia había llegado a los grandes almacenes?

¿Una hora? ¿Media hora? ¿Se habían pasado mi mujer y el concejal Van Hoogstraten aquella media hora morreándose detrás de alguno de aquellos árboles tan gruesos? Intenté imaginarme la escena, pero sólo lo conseguí a medias. El concejal sacaba una cabeza o más a Sylvia; le había agarrado la cara con ambas manos, sus labios se acercaban a los de ella.

Ahí intenté detener mi fantasía, pero a esas alturas la imagen ya era más fuerte que yo. Me quedé mirando, ya no podía desviar la mirada. Como esas veces en que la razón te dice que apartes la vista pero te quedas mirando una operación a corazón abierto o cirugía ocular en televisión, con el mando a distancia en la mano, el pulgar ya encima del botón para cambiar de canal, pero has tardado demasiado: la imagen de la caja torácica abierta con una sierra, el corazón latiendo y las manos enfundadas en guantes de látex verde del cirujano, o el ojo blancuzco, conectado con la cabeza por apenas un par de hilillos sangrientos, medio colgando de su cuenca, se te queda grabada a fuego en la retina, para siempre.

Ví manos debajo de la ropa. Primero sólo debajo de una chaqueta, después también en la abertura entre dos botones de una camisa. Dedos —dedos de mujer— metiéndose por la cinturilla de los pantalones, la camisa medio salida, un botón que salta, las yemas de los dedos —las uñas — cosquillean el vello aterciopelado de debajo del ombligo, y a continuación siguen hacia abajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Diana.

Miré a mi hija; se había quitado el auricular de una oreja.

—Nada —dije.

Diana suspiró.

—Has dicho algo.

Sin dejar de mirarla, intenté sonreír.

—Nada, en serio.

—Pero si te he oído.

Negó con la cabeza, volvió a ponerse el auricular y centró la mirada de nuevo en su portátil.

• • •

Me convertí en un agente de incógnito en mi propia casa. Estudiaba a mi mujer desde detrás del periódico. Dejaba que mis ojos se deslizaran por encima de los artículos sin leer nada, pero me aseguraba de pasar la página de vez en cuando. Con un ritmo lo más natural posible. Era un

agente de paisano, un jefe de familia que se había puesto traje de jefe de familia y había asumido el aspecto y el comportamiento de un marido y padre cariñoso. En esencia, ese papel no era distinto al que había interpretado en la familia a lo largo de los últimos años. Pero desde la recepción de Año Nuevo, y todavía más desde el funeral del secretario municipal, se había convertido realmente en un papel. Ya no me salía de manera espontánea, tenía que ser capaz de representar el personaje para que no se pudiese distinguir de la realidad.

—¿Cuándo empezabas los exámenes? —preguntaba a mi hija—. El lunes, ¿no?

—Noto algo distinto —comentaba a mi mujer, masticando una albóndiga; las albóndigas que Sylvia preparaba siguiendo la receta de su país, de su región, era uno de los platos favoritos de mi hija y mío—. ¿Mostaza? ¿Otra especia?

En resumen, tenía que ir con cuidado y no poner demasiado ahínco en mi papel, no pasarme. A veces me descubría a punto de convertirme en un jefe de familia un pelín demasiado guay. Demasiado atento. Demasiado interesado. Un padre que prestaba más atención de lo normal a la vida de su hija. Un marido que intentaba que todo estuviese al gusto de su mujer. Sabía por qué: mis sentidos estaban aguzados al máximo, lo oía y lo veía todo, intentaba deducir del más mínimo cambio en el comportamiento de mi esposa si mis peores sospechas eran realidad.

Sí, así era como me sentía: como si todos mis sentidos funcionasen a pleno rendimiento. No sólo mis ojos y oídos, también mi gusto, olfato y tacto parecían esforzarse en registrar hasta los matices más sutiles. Saborear un trozo de chocolate casi me dolía en la lengua. Hundía la nariz en el pelo de nuestro gato cuando ronroneaba sentado en mi regazo, y estaba seguro de que olía cosas que no había percibido hasta entonces: hierba, flores, tierra, los olores que se había traído de sus paseos por los jardines traseros de nuestra calle. Todo lo que tocaba parecía cargado de electricidad. Antes, a veces me daba un calambre al agarrar un pomo de metal o el respaldo de una silla; ahora incluso oía chisporroteos al coger un bolígrafo o la taza de café.

Si oía el tono de llamada del teléfono de Sylvia, bajaba el volumen del televisor. Era algo que siempre había hecho, pero antes era por deferencia, mientras que ahora lo hacía, sobre todo, para poder oír quién la llamaba. Tenía que procurar no mostrarme más solícito de lo que era realmente, no bajar más de lo normal el volumen del televisor.

Antes de la recepción de Año Nuevo, antes del funeral del secretario municipal, aparte de atento y solícito, yo a menudo estaba enfurruñado y ausente, y no prestaba la atención suficiente a mi mujer y a mi hija, mucho menos a lo que me decían o preguntaban. Normalmente sólo las escuchaba a medias, asentía un par de veces como respuesta a una pregunta, y con frecuencia me daba cuenta demasiado tarde de que habría sido incapaz de reproducir la pregunta si alguna de las dos me lo hubiese pedido.

Ahora ya nunca estaba ausente. Me resultaba físicamente imposible fingir una mirada soñolienta, distraída. Lo intenté pensando en otras cosas, pero así como antes siempre me perdía en mis pensamientos, ahora de repente ya no sabía cómo hacerlo, cómo fingir que no estaba totalmente alerta.

La cosa empezó a llamar la atención.

—¿Qué miras? —preguntaba mi hija de vez en cuando.

—¿Cómo que qué miro? —replicaba yo.

—Sólo eso, qué miras —decía ella.

Y era verdad. Lo veía con mis propios ojos cuando me lavaba los dientes por la noche. Mi mirada en el espejo sólo podía describirse como intensa. De rebote, eso provocaba que ya no me

atreviere a mirar a mi mujer cuando me metía debajo del edredón. Por miedo a que ella lo viese también.

—Buenas noches —decía, y apagaba rápidamente mi luz de lectura. Y enseguida me preguntaba si en el pasado —el pasado aún tan reciente, el pasado de sólo un par de semanas atrás — también apagaba así de deprisa la luz de lectura. Seguramente no, pero lo peor de todo era que ya no me habría atrevido a asegurarlo.

En la oscuridad, esperaba la pregunta que más temía: «¿Pasa algo?» ¿O quizá ésa sería la última pregunta que me haría, porque en realidad era tan culpable como yo pensaba? Y ¿qué debería contestar a esa pregunta?

Sin embargo, en general su lado de la cama se quedaba en silencio. En ocasiones leía un poco; otras veces, a los pocos minutos me llegaba su respiración regular, que se convertía en el ronquido suave y reconfortante que en casi treinta años de matrimonio nunca me había molestado, sino enternecido.

Una noche, tumbado en la oscuridad con los ojos abiertos, me di cuenta horrorizado de que su ronquido había dejado de sonar reconfortante. Que era cualquier cosa menos reconfortante. Y después, de algo todavía más horrible: la consciencia de que quizá nunca volvería a serlo.

—Nunca más —susurré en voz alta sin querer, y noté que me escocían los ojos.

Cuando conseguí dormirme, los primeros rayos de sol de la mañana ya se colaban por una rendija entre las cortinas.

9

Nací en esta ciudad. Bueno, en realidad Ámsterdam no es una ciudad de verdad, sólo es una ciudad a los ojos de los forasteros. Nosotros, los que hemos nacido aquí, reconocemos inmediatamente, por cómo se mueve, por la manera de caminar, por la postura de la cabeza, quién es de provincias. El hombre de provincias cree que ha ido a parar a una ciudad de verdad. Se pasea como si estuviera en París o Roma, contempla su reflejo en los escaparates y se congratula por la decisión de haber cambiado una existencia provinciana por una vida en esta ciudad que no es una ciudad.

En este plan se sienta en las terrazas, come en los restaurantes (siempre, sin excepción, en los que no debería comer); en este plan va a museos, cines y teatros: como si se hubiese liberado del barro y del olor a estiércol de su pueblo natal, de las cadenas de una existencia innoble.

«¡No pienso volver jamás!», declara con firmeza. Pero un hombre de provincias en Ámsterdam es como un prisionero que se ha equivocado al cavar el túnel para escapar de la prisión y acaba saliendo al patio de la cárcel y no más allá de los muros. Ámsterdam es una ciudad de juguete, una piscina de bolas para adultos, un museo al aire libre donde se muestran oficios antiguos.

Para no complicarme la vida, podría decir que lo primero que delataba al concejal Van Hoogstraten era su acento. Pero eso sería demasiado fácil, sí. Al fin y al cabo, a mi esposa también la delataba enseguida su acento. Había gente que se ponía a hablar más fuerte cuando se lo oía, como si diesen por supuesto que también era sorda, o retrasada. El mismo volumen con el que los paramédicos de las ambulancias hablan con la gente mayor que se ha mareado en un cruce. «¿Me oye, señora? ¿Hola, señora? ¿Cuántos dedos ve?»

En todo caso, se hacía raro oír al concejal Van Hoogstraten diciendo algo sobre los amsterdameses en un discurso. Especialmente cuando se incluía a sí mismo entre los amsterdameses. Decía, por ejemplo, «nosotros los amsterdameses», pero su manera de pronunciar «amsterdameses» te hacía pensar en azadas, cerdos y botas altas en el barro. En el telediario no se cortaban a la hora de subtítular a gente con menos acento que él.

El concejal se comportaba como un niño pequeño que visita la gran ciudad por primera vez. Ya llevaba unos cinco años viviendo en Ámsterdam, pero todavía lo miraba todo con los ojos abiertos como platos. Seguía maravillándose con todos aquellos carteles luminosos, con la cantidad de motos; todavía se sobresaltaba cada vez que un tranvía chirriaba al doblar una esquina. Al mismo tiempo, se le notaba que estaba encantado consigo mismo, encantado de haber dejado atrás el patio de la granja y la fuente de la plaza del pueblo, y de haberse atrevido a sentarse en una terraza en pleno corazón de la gran ciudad.

¿Por qué tiene alguien una aventura? Por un calentón, por aburrimiento, porque se le presenta la ocasión. Taché enseguida el calentón. Incluso yo, que al fin y al cabo era un hombre, hombre y parte perjudicada, un hombre engañado, podía reunir suficiente objetividad para no ver al concejal como un objeto de deseo.

¿Qué tiene Maarten van Hoogstraten que yo no tenga? Sólo un par de semanas atrás habría calificado de loco a cualquiera que hubiese dicho que me tendría que plantear esta pregunta.

Tal vez... No, seguro que me habría molestado menos que mi mujer hubiese empezado algo con una estrella de cine americana. Con Brad Pitt, o Ryan Gosling. ¡Matthew McConaughey! O alguien más cercano a su edad: George Clooney. O por lo que a mí respecta, diez o veinte años más mayor: Jack Nicholson, Clint Eastwood, Sean Connery. Esto habría sido digerible, porque todos esos hombres son claramente más atractivos que yo, a ojos de todo el mundo. Más glamurosos. En cierto sentido, la perjudicaría más a ella que a mí. «Es una trepa —diría la gente—, se ve que no le basta con ser la mujer de un alcalde.»

Pero Maarten van Hoogstraten era un retroceso evidente, se mire como se mire. Menos atractivo que yo en la escala de atractivo masculino. En todos los sentidos, tanto en estatus como en aspecto.

Además, el concejal defendía todas las cosas a las que mi mujer tenía manía. Normalmente se burlaba de la gente como él, o hasta se les reía en la cara. Maarten van Hoogstraten estaba muy implicado en la defensa del medio ambiente. Creía sinceramente en el calentamiento de la Tierra. Llegaba al extremo de intentar no viajar mucho en avión. Si podía, se iba de vacaciones a lugares a los que fuese capaz de llegar en tren.

—Pero ¿qué te crees? —le pregunté una vez—. ¿Que las compañías aéreas van a cambiar algo porque saben que tú has dejado de ir en tal o cual vuelo? ¿Que dirán: «Quitemos ese vuelo porque Maarten van Hoogstraten va en tren»?

No le hizo ninguna gracia; intentó bromear para disimular. Fue poco después de la reunión del concejo que hacíamos todos los lunes, cuando varios de nosotros estábamos al lado de la mesa del café, pero yo vi enseguida que no le había sentado nada bien.

—Ya, pero si todo el mundo pensara como yo, se volaría mucho menos —dijo.

¿Desde cuándo soportaba mi mujer estar más de diez minutos en compañía de un hombre sin sentido del humor? La historia del conejo y los cables roídos no podía considerarse realmente humor, ¿no? Maarten van Hoogstraten era un ferviente partidario de los molinos eólicos. Quería cargarse el perfil urbano de Ámsterdam con aquellas aspas que giraban lentamente encima de unos palos. Era un plan inteligente de los urbanistas. Estaba tan blindado que no podías rebatirlo de cualquier manera. Nada de molinos eólicos en los barrios residenciales o cerca de edificios, todos en las afueras: a orillas del IJsselmeer, en Ámsterdam Norte, en el eje sur. Eso sí, el resultado sería que, cuando llegases a Ámsterdam, lo primero que verías serían los molinos. Con lo bien que nos iba con nuestro *skyline*. Un *skyline* en miniatura, eso sí, pero bueno. En mi opinión, ninguna ciudad que se tome en serio a sí misma puede estar rodeada de molinos eólicos.

Maarten van Hoogstraten creía en la carne ecológica; se complicaba la vida de mala manera para comprar toda su carne en una carnicería ecológica, todavía no sabía que el mito de la carne ecológica había caído hacía mucho tiempo. La carne ecológica apela directamente al sentimiento de culpa del carnívoro. Pero eso tenía un precio, claro.

¿Desde cuándo podía estar mi mujer más de diez minutos con un hombre que no usa desodorante porque es perjudicial para el medio ambiente? En concreto, para la famosa capa de

ozono. No es que yo sea burro, sé perfectamente que los aerosoles dañan la capa de ozono, pero eso no tiene por qué significar que la gente de tu alrededor —en tu entorno— tenga que disfrutar de un olor de axilas que recuerda a agua estancada con ranas muertas. Seguramente usaba algo, un desodorante de barra o roll-on de la tienda naturista, un perfume a base de algas y pipas de girasol molidas, pero en todo caso algo cuyo efecto no duraba mucho. En la pausa del almuerzo, Maarten van Hoogstraten ya empezaba a apestar a sí mismo. El calentamiento de la Tierra había empezado por él.

Eso es lo que siempre me había resultado más molesto del concejal: se había venido de su poblacho a la gran ciudad, pero se había traído el campo consigo. Los molinos. Los cerditos ecológicos que chapoteaban alegremente en el barro. Su propio olor a estiércol.

El jueves pasado se alargó una reunión con algunos concejales, entre los cuales también estaba Van Hoogstraten, así que al acabar fuimos al Schiller a tomar una copa.

Es agotador ser siempre el centro de atención, estés donde estés. Ser el motor de todas las conversaciones. Seguro que esto suena arrogante, pero es tan sólo mi realidad diaria. Lo he puesto a prueba suficientes veces como para saber que es verdad. Con compañías distintas, he cerrado la boca de repente, en un momento cualquiera. Primero la gente no se da cuenta y sigue hablando un ratito como si no pasara nada, pero la conversación se torna como un avión que se ha quedado sin combustible volando a gran altura. Los motores se detienen, el aparato empieza a caer, se precipitará al vacío sin remedio. La gente se mira, de vez en cuando alguien me echa un vistazo. Los silencios entre frases se alargan gradualmente. Entonces uno, el primero, se encoge de hombros, mira la pantalla de su teléfono y anuncia que no va a quedarse hasta muy tarde. Otro lanza una ojeada a su vaso medio vacío y toma un sorbo rápido. Un tercero finge tener frío y se sopla en las manos. Aunque lo cierto es que todos tienen frío de verdad. Se han calentado un rato con mi presencia, mis palabras; el motor que mantenía la conversación en marcha. Como si hubiesen estado alrededor de una fogata que se ha apagado sin que nadie se diera cuenta.

Una vez incluso hice la prueba definitiva. Una sola vez, porque normalmente me siento aliviado cuando la gente por fin me da por visto y va a entretenerse a otra parte. En la prueba definitiva, tomo un último sorbo de mi vaso. Miro a mi alrededor, como si buscara caras nuevas; los demás ya se han dado un poco la vuelta, sólo tengo que contar hasta tres y se irán de verdad. Cuento hasta tres. Uno... dos... tres. Y entonces todavía digo algo. Un comentario tardío con el que nadie contaba.

—Una ciudad como Ámsterdam no debería tener molinos eólicos —digo.

Se paran todos, los que ya habían empezado a darse la vuelta retroceden. Tengo que esforzarme para no sonreír; lo veo ocurrir delante de mis ojos, las miradas esperanzadas que me dirigen. No dicen nada, sólo miran.

—En las ciudades de verdad no hay molinos —añado, medio segundo antes de que el silencio pueda volverse doloroso. Pero ni siquiera esto último es cierto: no hay silencio doloroso en presencia de una personalidad fuerte como la mía. La personalidad fuerte puede alargar el silencio tanto tiempo como quiera, nadie se atreverá a romperlo. Chissst, no digas nada, debe de estar pensando.

Así es. Soy el motor de la conversación. De todas las conversaciones. Aquella vez en el Schiller también lo puse a prueba. En plena conversación, me callé. De repente no dije nada más, como mucho «sí» o «no» cuando alguien me preguntaba algo. Al cabo de un par de minutos ya

habían empezado a mover sus sillas. También se acallaron las conversaciones que mantenían entre ellos. De vez en cuando alguien me miraba de reojo.

—¿Estás bien, Robert? —preguntó el más atrevido del grupo—. ¿Estás enfermo?

—No, estoy bien —dije—. ¿Qué iba a pasarme?

No se piden más rondas. Todos se ponen en pie de uno en uno, pagan su parte de la cuenta en la barra y se van, cada cual por su camino.

—Adiós.

—Adiós.

—¡Nos vemos!

—Hasta el lunes.

—¡Que te mejores!

Esto último salió de la boca del concejal Hawinkels, el mismo que acababa de preguntarme si me encontraba bien. Me los imaginé en la calle abriendo el candado de la bicicleta. El corrillo que formarían un momentito en la acera.

«¿Qué le ha pillado de repente?»

«¿Estará enfermo?»

«Bah, más vale no preocuparse demasiado, seguramente sólo está cansado de toda la semana. Ya lo verás, el lunes volverá a ser el de siempre.»

Pensé en el concejal Van Hoogstraten. ¿Parecería más preocupado que los demás? ¿Se estaría haciendo sus propias cábalas sobre mi comportamiento? «Quizá sospecha algo, y por eso está tan callado...» Ya en la bici, llamaría a mi mujer, o le enviaría un mensaje. «Tengo que hablar contigo cuanto antes. Creo que lo sabe. Que sabe lo nuestro.» Bastaría con un par de segundos de distracción. La rueda de delante se le metería en el raíl del tranvía. Cuando el taxi que circulaba en sentido contrario se diese cuenta, ya sería demasiado tarde. En el funeral, mi esposa llevaría gafas de sol, pero yo por fin sabría la verdad. Una aventura extramatrimonial puede ocultarse mucho tiempo, pero la tristeza es muy difícil de esconder, rezuma por todas partes.

La noche antes, Sylvia y yo nos habíamos peleado. No fue una pelea insignificante: nosotros nos saltamos directamente la movilización gradual —amenazas al país vecino, movilización de los soldados en activo, llamada a filas de los reservistas— y en un abrir y cerrar de ojos estamos frente a frente, armados hasta los dientes. Ya no sabía cómo había empezado. Ni siquiera sabía exactamente de qué iba la pelea. Habíamos comido en el pequeño restaurante chino que tenemos cerca de casa, adonde vamos cuando no queremos encontrarnos a nadie. Siempre está medio vacío. Un par de comensales solitarios, alguna pareja mayor. Nadie que empiece a hablar más bajo y a darse codazos cuando entra el alcalde, ni gente que se saca el móvil del bolsillo y pregunta si puede hacerse una *selfie* con él. Mientras me comía la sopa wantán y Sylvia cortaba su *siu mai* en pedacitos —una costumbre que, según de qué humor esté ese día, me resulta molesta o enternecedora; en todo caso, nada que hubiese podido desencadenar una pelea—, no había nubes en el horizonte. Literalmente, ni una nube en el horizonte. Como la tarde antes de Pearl Harbor, la noche antes de la Guerra del Yom Kippur, o la mañana radiante y despejada del 11 de septiembre. No hubo movilizaciones ni se detectaron movimientos sospechosos de tropas. El factor común a todos fue el elemento de la sorpresa. Cuando los marines salieron corriendo de la caserna —la mayoría de ellos todavía en pijama, alguno con la navaja en la mano, la espuma de afeitarse aún en la cara—, los grandes buques insignia de la flota estadounidense ya ardían en llamas o estaban en

el fondo del mar. Ya no soy capaz de recordar qué ocurrió exactamente entre que nos recogieron el segundo plato —gambas con champiñones chinos para Sylvia, *cha siu* para mí: en los restaurantes chinos siempre pedimos lo mismo— y el momento de pagar. Un cambio de humor mínimo cuando volvíamos a casa a pie. Una fluctuación apenas perceptible en la atmósfera, como cuando se acerca una nevada o una tormenta. Una ligera presión detrás de los ojos: el presagio de una jaqueca intensa.

—¿A qué te referías exactamente con eso? —preguntó Sylvia mordaz.

Quizá era algo sobre Diana. Nada sobre el nuevo novio, porque a Sylvia le caía bien; debía de ser algo relacionado con la escuela, o con la cantidad de alcohol que bebe los fines de semana. En eso mi esposa y yo somos de pareceres distintos. Yo soy más laxo en ambos ámbitos. Así que quizá se trataba de nuestra hija, o quizá no, da igual. El hecho es que al cruzar la Rembrandtplein ya no nos esforzábamos por contener la voz. En aquel momento, además, caminábamos a más de tres metros el uno del otro. De vez en cuando, mi esposa intentaba apretar el paso y adelantarme, pero entonces yo también aceleraba y la volvía a alcanzar. Una vez lo probé yo. Di unas zancadas tan largas que en pocos segundos ya la había dejado veinte metros atrás. Pero al volver la cabeza lo más discretamente que pude, sólo hasta llegar a verla de reojo, me di cuenta de que no había hecho el intento de ponerse a mi altura.

—¡Vete, cobarde! —gritó en ese momento—. ¡Vete y ya está! Siempre haces lo mismo cuando las cosas se complican demasiado: irte.

Me detuve. Di media vuelta, hundí las manos en los bolsillos del chubasquero y cerré los puños. Un par de transeúntes también se habían parado. Un taxi que venía de Reguliersdwarstraat redujo la marcha, el conductor bajó la ventanilla y dijo algo a mi mujer.

—¡Largo! —gritó ella—. ¡No te metas donde no te llaman!

Me pregunté en qué medida la gente nos había reconocido. Cualquiera habría podido sacar el móvil y grabarnos, y después vender el vídeo por un dineral a *RTL Boulevard* o *De Telegraaf*.

Hace años, una noche cenamos en el restaurante Sluizer, en la Utrechtsestraat. En un momento dado noté, sin previo aviso, que la sangre se me iba de la cabeza. Dije a mi mujer que salía un rato porque de lo contrario tenía miedo de no llegar siquiera al baño y vomitar sobre nuestra mesa. Me abrí paso entre las mesitas. Las conversaciones se detuvieron, las cabezas se dieron la vuelta con discreción. Seguramente caminé demasiado deprisa, pienso ahora. Además, a pesar del mareo repentino y de la sensación de vértigo, me había levantado demasiado rápido. Fuera, al aire libre, me recuperé enseguida. Me dirigí al puente que cruza el Keizersgracht, me desabroché la chaqueta y apreté el vientre contra el metal frío de la barandilla. Inspiré profundamente un par de veces mientras miraba hacia abajo, a unos patos que flotaban por allí, al lado de una lancha medio hundida, y al cabo de unos diez minutos volví al restaurante.

Todo empezó menos de una semana más tarde, durante una cena. Un buen amigo me preguntó si iban bien las cosas entre nosotros. «Como pareja», aclaró, mirando a su alrededor y bajando la voz. Entre mi esposa y yo, en nuestra relación. En nuestro matrimonio. Había oído algo, quizá no había nada de cierto, tal vez eran sólo rumores, pero le había parecido mejor preguntármelo a mí en primer lugar. Dos días más tarde volvió a ocurrir. Una recepción en el hotel Hilton. Un amigo de un amigo, en realidad apenas un conocido.

—¿Va todo bien? —preguntó el conocido impertinente—. ¿Entre tu mujer y tú? No, es sólo que había oído algo. Algo sobre una pelea en un restaurante.

Mientras tanto ya casi habíamos llegado a casa y volvíamos a caminar uno al lado del otro, aunque fuese con más de un metro y medio de separación. En silencio. Yo todavía con las manos en los bolsillos del chubasquero; Sylvia, adrede o no —acababa de empezar a llover—, con el paraguas abierto sobre la cabeza de modo que le cubría la cara.

Delante de la puerta todavía rezongamos durante un rato. Metí la llave en la cerradura. Mi mujer hizo un último comentario sobre mi testarudez, sobre que nunca era capaz de admitir que me había equivocado, o alguna cosa por el estilo. Estábamos en el recibidor. Encendí la luz. Sylvia cerró el paraguas. Ahí en el recibidor, de repente tuve la sensación de que nuestra pelea era cosa del pasado, como una tormenta marítima que pierde fuerza al tocar tierra.

—No es verdad —dije—. No es verdad que nunca reconozca mis errores.

—¡Lo ves! —dijo mi mujer.

Entonces nos reímos los dos. Y todavía con las chaquetas puestas, nos fundimos en un abrazo que empezó torpe, pero se volvió cada vez más seguro.

—¿Por qué nos estábamos peleando? —preguntó Sylvia.

A través de la tela de mi chubasquero, noté que sus dedos me masajeban la espalda.

—Ni idea —dije yo, e intenté también hacer algo con los dedos, pero su chaqueta era demasiado gruesa, así que la estreché todavía con más fuerza.

Era cierto: ya no tenía ni idea. El origen y desarrollo posterior de nuestra discusión ya se estaban desvaneciendo, y mientras subía la escalera detrás de ella, no pude reprimir una sonrisa.

¿Qué podía significar esa pelea si no era que todavía nos queríamos? Mejor dicho, que mi esposa todavía me quería. Las únicas parejas que nunca se pelean son las indiferentes: éstas como mucho suspiran profundamente, o ponen los ojos en blanco cuando el otro toma la palabra.

10

Aquí primero tengo que hablar de la Jericho, para que no aparezca de la nada en esta historia. La Jericho es una pistola de nueve milímetros de fabricación israelí. Hubo una época, cuando yo llevaba poco tiempo de alcalde, en que esta ciudad corrió brevemente el riesgo de perder la cabeza. Se decía que circulaban listas negras, que quien aparecía en una de ellas corría peligro de muerte. Recuerdo el gabinete de crisis con el triángulo. En las listas aparecían una serie de políticos nacionales y ciudadanos ilustres. Lo que más recuerdo de esa reunión es la decepción que se llevaron el fiscal jefe y el comisario en jefe de la policía al enterarse de que ellos no estaban en las listas. «¿Por qué él sí y nosotros no? —leí en sus semblantes—. ¿Acaso no somos suficientemente importantes?» En las semanas siguientes, volví a ver la misma cara de decepción varias veces. Claro que se nos había recalcado que debíamos mantener los nombres de las listas en secreto, pero a alguien se le había olvidado decírselo también a la prensa. No habían tenido en cuenta el periódico *De Telegraaf*. No había pasado ni un día de la reunión con el triángulo y la lista ya salía en portada. Ví todavía más caras decepcionadas. La lista negra discriminaba claramente a las personas importantes del país y las que al parecer eran tan insignificantes que podían seguir vivas. No puedo negar que eso era exactamente lo que yo había sentido al leer mi nombre en esa lista. «Soy importante —me dije—; me he convertido en un objetivo.»

Me asignaron escolta permanente. Colocaron una cabina policial provisional delante de la residencia oficial. Los primeros meses me acompañaron a todas partes cuatro guardaespaldas, después los redujeron a dos. Si salía a cenar a un restaurante, había que reservar dos mesas. A veces nos cruzábamos: un poco más allá, un político de talla nacional también había reservado dos mesas. Nos mirábamos afectuosamente desde lejos, y a menudo no podíamos reprimir una sonrisa. «Somos importantes —nos decíamos con esa sonrisa—. Formamos parte del selecto grupo de veinte holandeses que ha de reservar dos mesas en los restaurantes.»

Fue entonces cuando hizo su entrada la Jericho. Realicé mis primeras prácticas de tiro en los terrenos que la Marina tiene detrás del Museo Marítimo.

—Por si alguna vez dependes sólo de ti mismo —me dijeron—. Seguramente nunca se dará el caso, pero imagínate que consiguen dejar fuera de combate a tus cuatro guardaespaldas, no puedes quedarte indefenso.

No quiero pavonearme, pero se me daba bien lo de apuntar y disparar una pistola. «Un talento innato», dijo mi instructor después de la primera clase. Practicábamos con cartones en los que habían dibujado la silueta del torso y la cabeza de una persona con un rotulador grueso.

—Esto no es un paseo —dijo el instructor—. No apuntamos a las piernas, no queremos sólo herir a alguien. Imagínate que hay cuatro atacantes. Tienes seis balas: puedes permitirte fallar dos

tiros. Hay que dirigir las seis balas a la cabeza y al corazón.

He de admitir que las clases de tiro eran como un chute. El peso de la Jericho en la mano: nunca había sujetado una pistola, y pesaba mucho más de lo que me había esperado. Y la instrucción de dirigir el cañón siempre al suelo después de quitarle el seguro. Pero lo mejor de todo era el disparo en sí. El estallido. El retroceso. Algo más fuerte que tú. No podía evitar la sensación de que la Jericho tenía vida propia, que con cada disparo intentaba liberarse de la mano que la sujetaba.

Después de un par de rondas de seis balas, pregunté si me podía quitar los tapones de los oídos.

—¿Y eso? —dijo el instructor con una sonrisa.

—Porque llegado el caso, seguramente no tendré tiempo de ponérmelos —contesté—. No quiero que el ruido me sobresalte. Quiero saber cómo suena.

Una noche después de la primera clase de tiro, me fui a la cama con un zumbido en los oídos, como años atrás después de un concierto en Paradiso o Melkweg. Al terminar, el instructor me había felicitado por la idea de quitarme los tapones de los oídos. Dijo que la mayoría de la gente nunca lo pedía. Cogió los paneles de cartón con las siluetas humanas y me mostró los agujeros de bala.

—Nada mal para ser la primera vez —dijo—. Con seis balas, nadie habría sobrevivido. Las próximas semanas lo iremos perfeccionando. Al final, todos y cada uno de los disparos tienen que dar en la cabeza o en el corazón.

Me acordé de la Jericho un día después de nuestra pelea —dos días después de la cerveza con los concejales en el bar Schiller—, cuando iba tranquilamente en bici hacia el Museo Marítimo, donde se celebraba la recepción del presidente francés François Hollande. Seguramente la cercanía con el entorno de la Marina fue lo que provocó que mis pensamientos se desviaran un par de segundos hacia la pistola. Entretanto, los tiempos habían cambiado. Ya no tenía guardaespaldas. La Jericho llevaba años en el cajón de abajo de mi escritorio sin que la usara nadie. Descargada. Muy de vez en cuando, abría el cajón y las balas sueltas rodaban por el fondo con un fuerte sonido metálico, como si fuesen canicas de acero.

François Hollande no era alto. Ni con la mejor voluntad del mundo podías calificarlo de atractivo. Yo le sacaba una cabeza. Podía imaginarme cómo se sentía: tengo un par de amigos más altos que yo y sé lo cansado que es pasarse toda una conversación mirando hacia arriba. Como quien contempla un fresco en un techo. No es una sensación agradable. Además de dar calambre en el cuello, no puedes desembarazarte del sentimiento de inferioridad ante la otra persona, a quien el destino ha concedido más altura.

Nuestro primer ministro había dado un breve discurso. Luego había un bufét. O mejor dicho: una mesa larga con los entremeses de siempre. Dados de queso, salchicha de hígado... Trocitos de arenque con las típicas banderitas neerlandesas. Chicos y chicas se paseaban con bandejas. Vasos de zumo de naranja, agua, vino tinto y blanco, alguna cerveza desbravada.

Tras el discurso del primer ministro, François Hollande había mirado en torno a él. Le vi cansancio en los ojos, aburrimiento; ya se había pasado toda la mañana en compañía del primer ministro. En ese instante de vacío en que nadie parecía apiadarse de él, me acerqué.

Miré a mi alrededor para ver si podíamos sentarnos en algún sitio, pero no había sillas libres. Y luego estaba el tema de mi francés. Para no alargarnos, digamos que no era para estar orgulloso.

No existía la alternativa de hablar en inglés; supuse que, como la mayoría de los franceses, François Hollande no debía de hablar ningún idioma extranjero.

Empecé con las cosas de siempre. ¿Había tenido tiempo de ver algo de Ámsterdam? O ¿ya había estado aquí antes? ¿En Ámsterdam? ¿En los Países Bajos? Eran las típicas preguntas que hacías a cualquier visitante o turista. «¿Le ha costado encontrar el sitio?», se me ocurrió.

—*C'est la première fois que vous êtes à Amsterdam?*

Hasta aquí mi francés llegaba, pero entonces François Hollande respondió algo que no entendí. Decidí no preguntar enseguida a qué se refería —«*Quoi? Comment?*»— y fingir que lo había entendido.

—*Oui, oui, oui* —dije, un poco demasiado animado y deprisa mientras asentía enérgicamente.

El presidente francés me miró extrañado un momento, arrugando ligeramente la frente.

—*Ah, oui?* —dijo entonces señalando abajo con el índice, hacia algún punto de delante de sus zapatos—. *C'est intéressant. Ici?*

Me maldije a mí mismo y a mis penosos conocimientos de francés. Pensé por un instante en la señora Kalb, mi profesora de francés en secundaria. Medía casi dos metros y, como todas las mujeres así de altas, era soltera. La señora Kalb conducía un Renault 4 verde, seguramente por la altura del techo.

¿Qué habría preguntado el presidente francés? ¿Si ésta era la sala en la que habían disparado a Guillermo de Orange? ¿Si Ana Frank se había escondido de los alemanes en el desván de este edificio? Por lo que yo sabía, incluso podía haberme preguntado dónde habían colgado a los primeros hugonotes huidos en 1792. ¡Las fechas en francés, otro lío! Para empezar, nunca las entendías bien a la primera, y después tenías que ponerte a contar. Mil setecientos cuatroveintedoce, decían los franceses, y se quedaban tan panchos, y luego tú tenías que entender que querían decir mil setecientos noventa y dos.

En aquel momento pasó una chica con una bandeja llena de vasos. ¡Mi salvavidas! Vino tinto, vino blanco, zumo de naranja, agua. Primero beber algo, y después cambiar de tema lo antes posible. Cogí un vaso de vino tinto, un poco demasiado rápido. En primer lugar, era de mala educación, y en segundo lugar, había perdido la oportunidad de esperar a ver qué elegía el presidente francés y así adaptar mi elección a la suya.

Cogió un vaso de agua. *De l'eau!* La verdad es que todavía no eran ni las doce y media del mediodía, pero justamente lo que me gustaba tanto de los franceses era que nunca miraban el reloj antes de pedir una jarra de vino. François Hollande cogió el vaso de la bandeja, ladeó un poco la cabeza y sonrió a la chica.

—*Merci, mademoiselle* —dijo.

Entonces la chica también sonrió. Era una chica muy holandesa, con ese tipo de belleza de la que nuestro país tiene la patente, una belleza de la que los holandeses podemos estar orgullosos. Tan pálida, tan rubia: blanca como la leche. Una cara redonda con las mejillas rojas digna de figurar en la etiqueta de un paquete de mantequilla. Era tan alta como yo; ella también miraba desde las alturas al presidente francés. Y era, como ya he dicho, rubia. Aunque llevaba la melena recogida en una coleta, el pelo no estaba tirante, se notaba que tenía mucho cabello, grueso y abundante, con rizos sueltos; lo llevaba sujeto con una goma por detrás, me imaginé, porque la goma no se veía.

Se me ocurrió que luego —en cuanto la chica se hubiese ido, y si mi francés daba para ello—

podría hacer un comentario insolente. «Sí, monsieur Hollande, ¡así no las fabrican en Francia!» Un comentario un poco fuera de lugar, con una fina pátina de machismo, pero el tipo de comentario que puedes hacer a un presidente que por las noches se pone un casco de motorista para visitar en secreto a su amante.

El detalle del casco había hecho que François Hollande me cayese simpático desde el principio. Yo había visto las fotos. Puesto que los periódicos neerlandeses, con la excepción de *De Telegraaf*, eran demasiado considerados para publicarlas, me había descargado un par de revistas francesas en mi iPad Mini. El número en cuestión de *Closer*, que había sacado todo el asunto a la luz, y también el *Paris Match*. Las fotografías granuladas del presidente de pasajero en una moto, un casco integral en la cabeza, estaban tomadas desde una gran distancia con un objetivo telescópico. Cualquiera que haya visto *Chacal* sabe que hubiera bastado con intercambiar el objetivo telescópico por un arma con mira telescópica y los franceses habrían tenido que elegir un nuevo presidente. Por lo que pude leer, ése era el tono general de los artículos que acompañaban a las fotografías: que el presidente, al comportarse como un adolescente, se había puesto en peligro sin necesidad. Pero precisamente esos detalles, aquel disfraz juvenil tan evidente y el modo de transporte, todavía más juvenil, hicieron que me identificara con él. Lo convertían en el chaval que por las noches se escapa con una linterna a la habitación de las chicas. En *Chacal*, el asesino, interpretado por Edward Fox, practicaba con sandías. Colocaba una sandía sobre una estaca y apuntaba con su arma telescópica. La bala no sólo perforaba la sandía y la hacía caer de la estaca, sino que además la hacía estallar en mil pedazos; de la fruta no quedaba nada. Te pasabas el resto de la película pensando que así habría estallado también la cabeza del presidente francés (la película se desarrollaba durante el mandato de Charles de Gaulle).

Miré el rostro de François Hollande y alcé mi copa de vino tinto.

—*Santé!* —dije.

Brindamos: mi vino con el agua del presidente. Si este hombre hubiese sido empleado de banca, o gerente de un supermercado, ¿alguna mujer se habría dado la vuelta para mirarlo? No; si en algún lugar quedaba patente la erótica del poder era ahí, en el rostro anodino de François Hollande. Era diferente del caso de Mitterrand, Chirac y Sarkozy. Todos y cada uno de ellos eran mujeriegos, pero en el caso de esos tres podías imaginarte fácilmente que también se habrían pasado la vida persiguiendo mujeres si no hubiesen sido presidentes de Francia. Después de las fotos nocturnas con teleobjetivo de François Hollande sobre la moto, me había pasado un buen rato mirando las fotos de su amante. Julie Gayet. Una actriz desconocida para mí. En las fotos que se habían publicado en los periódicos neerlandeses parecía de lo más corriente. Nada especial. No era una segunda Carla Bruni. Una mujer corriente, ni siquiera muy joven: exactamente el tipo de mujer que te imaginarías al lado de François Hollande, el agente de seguros. Pero en *Closer* y *Paris Match*, y también en la *Elle* francesa que yo me había descargado mientras tanto, aparecían más fotos de Julie Gayet. Hasta que no mirabas una fotografía de la actriz en la alfombra roja de Cannes, enfundada en un vestido rojo con la espalda al descubierto —justo encima de la curvatura del culo se atisbaba un tatuaje minúsculo—, no te dabas cuenta de que era un bellezón deslumbrante. En la revista *Elle* aparecía otra foto que, según lo que ponía en el pie, se había tomado en el festival de cine de San Sebastián. En ella aparecía Julie Gayet sentada en una silla antigua, seguramente en el vestíbulo de un hotel, casi sin maquillaje, en pantalones, las piernas cruzadas, deportivas en los pies. Tenía cuarenta y pocos años, había descubierto yo a esas alturas, pero en la fotografía del vestíbulo del hotel no aparentaba más de veintiocho. Una chica, una chica

muy normal, incluso, pero el tipo de normalidad que haría que todos los chicos intentaran colarse en el dormitorio de las chicas.

Y luego estaban las dos fotos que habían aparecido prácticamente en todos los periódicos. Una foto de una sala con público, al parecer en algún mitin del partido. François Hollande estaba sentado en la primera fila. Un poco más allá estaba Ségolène Royal, su ex mujer. No quedaba del todo claro qué foto era más antigua. En la primera, Hollande y, a cuatro sillas de distancia, Ségolène Royal, escuchando atentamente; en la otra, el presidente francés había alzado los ojos y miraba a una mujer sentada en diagonal delante de él, de espaldas a nosotros: Valérie Trierweiler, su novia. Pero ¿por cuánto tiempo? Hollande parecía molesto, por no decir enfadado. «¿A qué has venido? ¿A dar la nota?» En ambas fotos se veía también a Julie Gayet. Estaba sentada dos filas por detrás de Hollande. En una foto sonreía, en la otra miraba pensativa al infinito. Si observabas bien las dos fotos, el rostro de la actriz, su lenguaje corporal, en la medida en que esto se podía ver en una imagen estática, transmitían sobre todo normalidad. Se podría decir que actuaba de lo más normal. Ahora ya todos sabíamos que en aquel momento la relación existía desde hacía meses. Que Julie Gayet echaba un vistazo al espejo y se soltaba el pelo cuando oía una moto abajo en la calle. De repente se me ocurrió que Maarten van Hoogstraten también se había comportado con la máxima normalidad en la recepción de Año Nuevo. Los adúlteros siempre intentan comportarse con normalidad, y justamente en esa manera de comportarse era donde a veces se traicionaban a sí mismos.

De la pelea de la noche anterior, había sacado la conclusión de que mi esposa todavía me apreciaba. Se me ocurrió que eso no tenía por qué significar nada. Por mucho que Sylvia mantuviese una relación secreta con un concejal de Ámsterdam, ¿cómo iba a dejar de apreciarme de un día para otro después de treinta años?

Justo en ese momento, mientras sentía que la cara me ardía y el corazón se me helaba, François Hollande me guiñó el ojo. El presidente había vuelto un poco la cabeza hacia la chica alta de la bandeja, aquella chica holandesa de la mantequilla, que ya se había alejado un par de metros y nos daba la espalda. Quien me había guiñado el ojo no era el presidente francés en visita oficial a los Países Bajos, sino el hombre del casco de motorista, el presidente enamorado que por las noches se escapaba de su palacio por una puerta trasera para visitar en secreto a su amada.

Después del guiño, dijo algo en francés, algo que esta vez entendí a la primera, pero que no voy a reproducir aquí para no dañar la reputación del presidente francés.

Yo sabía lo que tenía que hacer: le devolví el guiño y también dije algo. Fue un comentario que en realidad no me pegaba para nada, como esos días en que, en contra de lo que te dicta el sentido común, te pones una prenda excesivamente llamativa, como una chaqueta de cuero con demasiadas cremalleras y corchetes relucientes. Un comentario que sólo se podía tolerar si quedaba absolutamente claro que lo decías con ironía, y aun así sólo por los pelos.

François Hollande ladeó un poco la cabeza y me miró. Por un momento pensé que quizá no me había entendido, pero después se echó a reír, se llevó ambas manos al cuello y simuló que se ponía un casco de motorista.

11

Al día siguiente almorcé con mi madre en el Oriental City, en la calle Damstraat, un poco tarde.

—Pareces cansado —me dijo, después de que pidiésemos y devolviésemos las cartas a la camarera—. ¿No trabajas demasiado? —Desenvolvió sus palillos, los cogió entre los dedos e hizo un par de movimientos de tijera—. Perdona, Robert, es una pregunta estúpida. Claro que trabajas demasiado.

Estábamos en la segunda planta, al lado de la puerta. La luz del sol caía de lado sobre el rostro de mi madre, de modo que sus arrugas parecían más profundas de lo normal. Mi padre tenía razón: realmente, «envejecía bien», como él había dicho hacía menos de una semana en el cementerio de Ouderkerk. Mi madre nunca se había enfrentado a la vejez, había dejado que la naturaleza siguiese su curso, del mismo modo que un buen día uno decide no segar más el césped del jardín, dejar de cuidar los parterres, dar vía libre a la enredadera que lo cubre todo. Por eso ahora tenía una cara de las que hoy en día apenas se ven entre los viejos, y mucho menos entre las mujeres viejas: una cara simple y llanamente vieja, vieja de verdad, sin reformas. Sin párpados levantados y caídos de nuevo, sin una expresión permanentemente sorprendida en los ojos, pupilas como yemas de huevo nadando en charcos de un blanco de color ostra.

A menudo los rostros de las mujeres que se habían decantado por hacer reformas tenían algo vacío, algo se les había borrado definitivamente: un clic en el botón «Borrar», de modo que la primera (y la segunda, y la tercera) versión de la historia de su vida ya no se podría leer nunca más. Sin duda, la cara de mi madre era más bien como un manuscrito o un texto mecanografiado: viejo, ya amarillento, con multitud de tachaduras y correcciones rugosas en Tipp-Ex seco, de una época en que la historia de una vida todavía se escribía a mano o en máquina de escribir.

De un lunar marrón claro en la mejilla izquierda salían un par de pelos, y sobre su labio superior también se vislumbraba una ligera pelusa. Y aun así no era un rostro descuidado. Sus párpados tenían un brillo plateado que coincidía con el tono plateado de su cabello. Un plateado que no era su color natural; ahí radicaba el refinamiento. Si hubiese elegido rubio oscuro o castaño, ese tono combinado con el rostro arrugado haría que todo el mundo viese a la primera que era teñido; el color acentuaría su edad en lugar de hacerla parecer más joven. No, ella lo hacía justo al revés: del mismo modo que un hombre que se está quedando calvo siempre puede afeitarse la cabeza, mi madre tenía un aspecto «joven para su edad». Una edad que no intentaba ocultar tiñéndose el cabello en tonos que, combinados con el paisaje de desfiladeros y ríos secos que le cubría el rostro, resultarían biológicamente inverosímiles. «Erosión» era la primera palabra que acudía a mi mente cuando besaba a mi madre en la mejilla, áspera y al mismo tiempo inesperadamente blanda.

¿Era posible?, me preguntaba ahora. ¿Era posible que las sospechas sobre el concejal Van Hoogstraten y mi mujer me hubiesen dejado rastros visibles en la cara? Rastros que yo no me había detectado, del mismo modo que quien se mira al espejo todos los días no tiene la sensación de estar haciéndose mayor. Sólo nos llaman la atención los cambios de las personas a las que vemos más de vez en cuando. La vejez, el decaimiento se hacen visibles de repente. Pero lo mismo ocurre con unas gafas nuevas, un peinado distinto. «¿Has adelgazado?», preguntamos. Lo decimos como un cumplido, pero aun así hay que ser cauteloso, la otra persona también podría padecer una enfermedad grave.

Me froté los ojos, me pincé un instante el puente de la nariz entre el pulgar y el dedo corazón. Con mi madre, podía estar seguro: si ella decía que parecía cansado, es que lo parecía. Negarlo no servía de nada.

—La verdad es que estoy un poco cansado. Tengo una agenda muy apretada. La visita de Obama, la de François Hollande. El debate de los molinos eólicos. Ya sabes cómo son esas cosas. Tienes que ser el anfitrión perfecto. A veces no me cuesta nada; otras, simplemente no tengo el día.

—Sí, ya te conozco. No puedes disimularlo, se te nota enseguida en la cara. En ese sentido, eres clavadito a tu padre.

—Sí; ¿qué tal está? —pregunté, agradecido por la oportunidad de cambiar de tema—. Quiero decir; nos vimos hace poco, pero me gustaría que me lo contaras tú, también.

No sabía qué habría hecho si mi madre hubiese seguido preguntando por mi cansancio. ¿Va todo bien en casa? ¿Con Sylvia? ¿Le va bien en el instituto a Diana? No es que mi madre siempre adivinase lo que yo estaba pensando, no es que fuese un libro abierto para ella, pero engañarla me resultaba simple y llanamente imposible. Si no quería mentir sobre algún tema, tenía que evitarlo a toda costa.

—Tu padre se hace viejo —dijo—. Viejo de verdad, quiero decir.

En los últimos años, ésa se había convertido en su manera habitual de hablar de la vejez. Al calificar a mi padre de «viejo de verdad», ella quedaba a salvo. Así, la preocupación por el envejecimiento de mi padre se convertía en nuestra preocupación común, suya y mía. Mi madre y yo éramos «los jóvenes»: más jóvenes que mi padre, ella por un año, yo por treinta y cinco, pero la mayor diferencia era que nosotros conservábamos todas nuestras facultades mentales, sin problemas físicos dignos de mención. Era cierto que ella estaba un poco olvidadiza, pero hasta el momento eso no había alcanzado un nivel preocupante.

—¿Sí? —dije, mientras la camarera dejaba nuestros primeros sobre la mesa: *siu mai* para ella, *sopa wantán* para mí.

La mañana de la visita al cementerio me había preguntado de repente qué pensaba mi madre sobre sus planes de futuro inmediatos. Di por hecho que habrían comentado el tema exhaustivamente entre ellos, que habrían tomado la decisión juntos.

Aun así, aquel día no se me había ocurrido preguntárselo a mi padre. «¿Qué piensa mamá al respecto?» Una pregunta simple que se me había olvidado plantear. Me estrujé el cerebro: ¿era posible que sí se lo hubiese preguntado, pero se me hubiera olvidado? «¿Decidisteis juntos lo de la muerte voluntaria? ¿Le pareció bien enseguida a mamá, o al principio no lo veía claro?»

No, estaba bastante seguro: en ningún momento habíamos hablado de la opinión de mi madre. Habíamos paseado entre lápidas y losas sepulcrales. Era un cementerio bonito, con una parte antigua y otra nueva. En la antigua había árboles gruesos con ramas que cubrían las tumbas, los

textos de los epitafios se remontaban hasta el siglo XVIII. Es algo automático; no, compulsivo. Me detengo un momento, leo el nombre o los nombres, y a continuación las fechas. A menudo eran tumbas familiares, o en todo caso tumbas de matrimonios. En general suele morir primero el marido. Ante una tumba, siempre miro la última cifra en primer lugar, creo que todo el mundo hace lo mismo. Luego miro la fecha de nacimiento y entonces empiezan las cuentas. ¿Cuántos años más tenía que su mujer? ¿Cuántos años lo sobrevivió ella?

—¡Venga! —había gritado mi padre—. ¿Qué haces ahí parado? Es aquí.

Habíamos llegado a la parte nueva. Había menos lápidas y más losas en el suelo. Además, ahí los árboles eran más finos. Era como un barrio de nueva construcción. La misma rectitud, todo parecía construido según un plan urbanístico.

Las fechas de defunción se acercaban gradualmente, y la gente se moría más mayor, la esperanza de vida se alargaba. En la parte antigua, las losas eran de piedra, desgastadas por la intemperie y el viento y cubiertas de musgo; pero ahí, conforme aumentaba la prosperidad, en la segunda mitad del siglo XX y la primera década del XXI, había cada vez más mármol y piedras decorativas. De algún modo, no me pareció apropiado que mis padres fueran a parar a ese barrio de obra nueva. Injusto. Teniendo en cuenta su edad, deberían estar en la parte antigua, entre las piedras medio desmoronadas, las letras desgastadas y el musgo.

—Ya sabes cómo es tu padre —dijo mi madre—. Se cree que todavía puede con todo, y hasta hace muy poco era verdad. Como sabes, siempre daba con la forma de animarme. Me contagiaba su energía. ¿Un paseo alrededor del IJsselmeer? ¿Un monasterio en los Pirineos, a dos mil metros de altura? Se me caía el alma a los pies sólo de pensarlo, pero sabía que no había manera de quitárselo de la cabeza. Él disfrutaba de lo lindo con este tipo de cosas. Yo no quería ser una aguafiestas. Y ¿sabes qué ocurría luego? Siempre le estaba agradecida. En algún punto a medio camino, montaña arriba, me detenía jadeando y resoplando, me daba la vuelta y miraba hacia abajo, al valle, y sabía que de no ser por él nunca habría estado allí. Me sentía acalorada, cubierta de picaduras de insectos, acompañándolo por obligación, pero sabía que debía alegrarme de estar allí y de poder ver la vista desde lo alto. ¿Te acuerdas de que tu padre siempre era el primero en lanzarse al mar, aunque el agua todavía estuviese helada? «Venid, ¡está perfecta!», me gritaba entonces, justo cuando yo acababa de sentarme por fin, y creo que a ti también. Pero el entusiasmo de tu padre era irresistible. ¿Te acuerdas?

—Sí. A veces me agotaba, literalmente. Siempre me sentía como un perezoso en su presencia. Y lo era, a su lado. Cualquiera, en comparación con él. Entiendo perfectamente a qué te refieres. A menudo resultaba cansado, pero también visitabas sitios a los que no habrías ido sin él.

«A un cementerio, por ejemplo. Para elegir una tumba juntos, una tumba para vosotros: para mis padres.» Pero ahora no recordaba si mi padre había mencionado a mi madre en esa visita. Sí, algo había dicho, ahora me acordaba: que a ella tanto le daba dónde acabase después de muerta.

La camarera puso los platos sobre el calentador, cogió nuestras fuentes de un carrito —un cangrejo entero con jengibre y cebolleta para mi madre, y *cha siu* para mí— y las puso al lado; sirvió un poco de arroz en nuestros platos y volvió a dejarnos solos.

—La verdad es que es una idea un poco rara —comentó mi madre—. Dejarlo todo de repente, sin que haya una causa directa para hacerlo.

Me puse un poco de salsa de chile en el plato, cogí un trocito de *cha siu* del cuenco con el tenedor y lo unté de salsa.

—En realidad no ocurre nada, excepto que tu padre tiene un aire un poco más cansado —

continuó—. Pero es lo normal, pienso yo, que a los noventa y cuatro tenga menos energía que hace diez años. Aunque la verdad es que algo ha cambiado. Ya sabes, Robert, bueno, en realidad no sé si lo sabes, pero en todos los cumpleaños acabados con cero o cinco, tu padre y yo brindábamos por los siguientes diez años. Llevábamos haciéndolo desde los treinta, la primera vez que empezamos a sentirnos mayores. Decíamos: «Por los próximos diez años», y brindábamos. Pero la última vez, cuando cumplió los noventa, dijo otra cosa: «Por los próximos cinco años.» Creo que entonces ya notaba, aunque quizá no fuera consciente de ello, que no llegaría a los cien.

—¿Y tú, mamá? ¿Tú también piensas lo mismo? Quiero decir, tienes noventa y tres años... — Intenté llamar la atención de una de las camareras—. ¿Tomarás más vino? —Señalé su copa aún medio llena—. Yo sí quiero otra cerveza, en todo caso.

—¿Sabes lo gracioso de tu padre? A lo mejor ya te lo he contado alguna vez, si es así, dímelo. Me repito mucho, pero no estoy tan demente como para no saberlo. Por eso siempre pido que me avisen si ya he contado algo. Así que puedes interrumpirme tranquilamente si ya sabes esta historia. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dije, y tenía razón, yo lo había vivido en primera persona. Al día siguiente de mi último cumpleaños, me llamó para preguntarme si el día antes se había olvidado de felicitarme. Pero las cosas importantes no se le olvidaban nunca, y a menudo era capaz de recordar hasta los detalles más ínfimos.

—Fue el último Día del Rey —dijo mi madre—. Tu padre y yo estábamos dando un paseo por el barrio. A mí es algo que no me interesa para nada: todos esos niños vendiendo trastos viejos... Siempre me ha dado un poco de pena que un día de fiesta se tengan que levantar tan pronto para hacerse con el mejor sitio. Pero bueno, en un momento dado, decidimos tomarnos una cerveza en aquel bar de Middenweg, ¿cómo se llama? ¿Ves?, este tipo de cosas...

—Elsa's —dije—. Café Elsa's.

—Gracias, cariño. Sí, ése. Pues nos tomamos un vinito, y luego otro, y charlamos un poco con los vecinos de abajo, que también estaban ahí, y luego fui un momento al baño. Bueno, no fue un momento, porque había una cola enorme, así que al final tardé quince minutos. Al volver no encontraba a tu padre entre tanta gente, pero de pronto lo vi fuera, bastante alejado, con dos chicas que apenas tendrían diecinueve años, diría yo. Tocaba un grupo de música, el volumen estaba bastante alto, así que vi que se inclinaba hacia una de las chicas y le gritaba algo al oído. Y se conoce que la chica no debió de entenderlo a la primera, porque se inclinó hacia él, y él volvió a gritarle al oído, y entonces la chica se echó a reír. Y luego dijo algo a la otra chica y ésta también se rió a carcajadas. —Mi madre había agarrado una pata de cangrejo entre los dedos y la partió en dos a la primera; varios trocitos de carne blanca salieron disparados, y un par le fueron a parar al pelo y a las mejillas—. Me abrí paso entre la gente, en dirección a tu padre y a las chicas a las que había hecho reír, pero después cambié de idea. «Déjalo», pensé. Decidí mantenerme a distancia, y eso es lo que hice. No había más vecinos ni conocidos, así que me quedé un rato observándolos desde lejos. Tu padre parecía haberse olvidado totalmente de mí. Quizá pasó media hora antes de que echase un vistazo a su alrededor, y entonces me vio. Me saludó con la mano e hizo un gesto para decirme que vendría enseguida, pero en realidad tardamos todavía quince minutos más en poder irnos a casa.

Yo quería decir algo, algo sobre mi padre y las mujeres; en ese sentido, tanto mi madre como yo ya sabíamos a qué atenernos con él. En las vacaciones, cuando yo no tendría más de unos nueve o diez años, no le daba ningún reparo darse la vuelta en un restaurante extranjero para mirar a una

camarera atractiva. «Pero ¿cómo la han dejado salir de casa vestida así?», decía él, y mi madre ponía los ojos en blanco o me guiñaba el ojo, porque ese comportamiento siempre le había dado más risa que vergüenza.

—No, espera, ya sé qué vas a decir —dijo ahora mi madre—. Lo que quería contarte es lo que viene ahora, cuando íbamos de camino a casa. Todavía falta lo mejor.

Mientras tanto, mi madre ya iba por la parte del cangrejo que no tiene patas y que a mí siempre me hace pensar en una nave espacial, con los dos puntitos negros de los ojos como cabina de la tripulación, el centro de control desde el que los dos pilotos movían las patas. Hurgaba con una cucharilla para sacar algo verde; aparté la mirada.

—Íbamos por la calle Hogeweg y me di cuenta de que se tambaleaba un poco, le costaba caminar en línea recta —continuó mi madre—. Negaba con la cabeza y se reía por lo bajini. «¿Has visto aquellas chicas? —me preguntó—. ¿Aquellas chicas con las que estaba hablando? Una estaba resplandeciente. ¿Cómo me miraba! Con aquellos enormes ojos negros. Primero he pensado: ¿qué querrá de mí?, pero no dejaba de mirarme.» Y entonces empezó a hablar de la otra chica, que no era tan guapa ni de lejos, pero que justamente por eso, él se había esforzado en implicarla también a ella en la conversación, y que entonces la chica se había puesto a sonreírle de aquella manera, «de oreja a oreja», dijo él. Le pregunté si se creía lo que me estaba diciendo; si se daba cuenta de lo jóvenes que eran esas chicas y de lo mayor que era él. Pero me respondió: «Sé lo que veo. Tengo ojos, ¿no?» En aquel momento caminábamos cerca del borde de la acera, dio un paso en falso y casi se cayó entre dos coches aparcados. En casa le hice dos sándwiches y lo metí en la cama. «Toda la habitación da vueltas —dijo aún—. Como antes.» Y luego se durmió sin siquiera quitarse las gafas.

Caminábamos por la Damstraat hacia la parada de metro del Dam.

—Es una idea extraña —dijo mi madre—. Ahora, comiendo contigo, pienso: ¿por qué tiene que acabarse esto? ¿Por qué no podemos seguir yendo al Oriental City cada quince días los próximos cinco años? Pero también tiene su gracia parar en un buen momento. Ahora que todavía va todo bien, quiero decir. Si llega el día en que tú tienes que darme el cangrejo, la cosa tendrá mucha menos gracia. Para ti. Yo a lo mejor ya ni me entero. O quizá ya ni siquiera me guste el cangrejo. ¿Te ha contado lo del coche nuevo?

—¿Qué coche nuevo?

—Hace seis meses que empezó a sacar el tema. Dijo que necesitábamos un coche nuevo. Todos los días traía folletos, yo qué sé de qué, a mí todo eso me da igual. Y se lo dije además. «¿Qué tiene de malo nuestro coche? Si todavía funciona perfectamente, ¿no?», le pregunté. Durante una temporada pensé que se lo había quitado de la cabeza, pero hace poco volvió a sacar el tema. «Tenemos dinero, ¿por qué no vamos a Francia como Dios manda? Un último viaje, esta vez en un descapotable», propuso. Creo que debí de mirarlo como si se hubiese vuelto loco, porque desde entonces no ha dicho nada más al respecto. Pero ¿ves a qué me refiero? Primero aquellas chicas, y ahora esto. Por un lado, no me importa que se dé sus caprichos; por el otro, la verdad es que también me parece de lo más infantil. Casi me da un poco de pena, y no quiero pensar así sobre tu padre.

El nueve se detuvo en la parada, me incliné hacia ella para darle un beso y de paso le quité algunos restos de cangrejo de la cara con el pulgar.

—Te entiendo —dije—, pero yo no me preocuparía. Coches, chicas... Son las cosas típicas de la crisis de los cuarenta en los hombres. A lo mejor a él le está saliendo ahora. La única

diferencia es que le ha pillado un poco tarde.

12

Poco menos de una semana más tarde, Sylvia y yo nos fuimos cuatro días a París. Llevábamos un año sin ir, y además en esa última ocasión había sido una visita oficial. Ahora teníamos todo el tiempo del mundo y podíamos hacer lo que nos viniese en gana.

Nos alojamos en un hotel en Saint-Germain-des-Prés, en la rue Saint-Sulpice. Por las mañanas desayunábamos en la terraza de una *brasserie* del boulevard Saint-Germain. Al tercer día el camarero ya se sabía de memoria lo que pedíamos: un cruasán para Sylvia, un *sandwich au jambon* para mí, dos *cafés crèmes*. En nuestra cuarta y última mañana me apetecía un cruasán, pero para no decepcionar al camarero sonriente, volví a pedir lo de siempre. Luego salíamos a caminar. Sin plan, sin rumbo, y lo más importante, sin mapa. Primero cruzar el Sena, después seguir hacia la izquierda, hacia el Louvre; una mañana por la rue Saint-Honoré, la otra por el Jardín de las Tullerías hasta los Campos Elíseos.

Estaban por todas partes, casi exclusivamente mujeres. A veces en los portales, pero a menudo en plena calle. Varios niños, la mayoría de entre dos y seis años. Un colchón, mantas sucias, un par de bolsas de basura con sus posesiones.

—Esto es demasiado —dijo mi esposa cuando pasamos por delante de una mujer con cuatro niños dormidos—. Mira lo pequeños que son. ¿Quién haría algo así?

Yo habría podido replicar que quizá no podían elegir, habría podido decir algo acerca de la crisis económica en Europa, en el mundo, pero no lo hice.

—Es como si no tuviesen orgullo —dijo Sylvia—. Mendigos, vale, hay en todas partes. No está bien, no debería pasar en un país rico como Francia, pero esto no es lo mismo. Ni siquiera piden, ¿lo ves? ¿Ves un sombrero o un vasito de plástico en algún sitio? Ni falta que les hace: consiguen el dinero de otro modo.

No dije nada. Nos habíamos detenido ante el escaparate de una tienda Louis Vuitton. En todo el escaparate no había más que un único bolso de color rojo intenso sobre terciopelo negro. Miré de reojo a la mujer del colchón. Se acababa de despertar y se frotaba la cara, no muy limpia, con la mano sucia. Llevaba un pañuelo a cuadros marrón oscuro en la cabeza y en la parte superior de su cuerpo, un chaleco verde oscuro que parecía solamente la capa externa de un montón de prendas más. Los niños siguieron durmiendo, tres niñas y un niño. Eran las diez y media de la mañana, por un instante me pregunté a qué hora debían de haberse acostado la noche anterior si todavía dormían a esas alturas del día, pero entonces negué con la cabeza sin querer.

—¿Te gustaría que te regalase un bolso como ése? —pregunté, para cambiar de tema—. ¿Te volverías loca de alegría si te regalase un bolso rojo de Louis Vuitton?

Era muy consciente del contraste entre el bolso expuesto sin precio, porque probablemente era

impagable, y la mujer sucia con sus hijos dormidos a unos diez metros de nosotros. Si se utilizara como escena cinematográfica, sería demasiado barata. Y tendenciosa: ¿adónde había llegado el mundo occidental, que permitía la coexistencia de bolsos que costaban el sueldo de un mes con niños pequeños durmiendo en la calle? ¿O tal vez el mayor símbolo de decadencia no era el bolso Louis Vuitton, sino lo que esa madre sin lavar hacía a sus hijos?

—Las mujeres desvían la atención, los niños están entrenados para rajarte el bolso con una navaja o hurgarte en los bolsillos con sus deditos rápidos —dijo mi mujer—. Y no, cariño, no me gustaría un bolso así. No es que me parezca feo, es por la marca. Transmite el mensaje equivocado. Tienes que plantearte si eres el tipo de persona que se pasea por la ciudad con un bolso Louis Vuitton, y yo no lo soy.

Llegamos al final de los Campos Elíseos, hasta el Arco de Triunfo, y a continuación volvimos a pie por el otro lado. Comimos un menú sencillo en una *brasserie* de una calle lateral. Como entrante pedí *oeufs durs mayonnaise*, y el camarero me felicitó por mi elección. «Una decisión excelente», entendí. Y luego dijo otra cosa, acerca de los parisienses o de París, una frase completa pronunciada con una sonrisa de la cual yo sólo entendí la palabra «*manger*».

—Nunca he comprendido qué gracia tienen —dijo Sylvia en cuanto el camarero se hubo ido—. Hervir los huevos más de cinco minutos, cucharada de mayonesa encima y listos.

—A mí este plato me encanta. Huevos duros muy fríos, y la mayonesa es casera, no lo olvides.

—Es sólo que es un plato un poco infantil. Como una salchicha, o unas varitas de merluza. Pero, bueno, es que tú también eres infantil.

Lo dijo sonriendo, mientras alzaba el vaso de cerveza para brindar, y luego además me guiñó un ojo. Yo levanté el vaso a mi vez, un vaso estrecho, el formato que en Francia llaman *demi*. Lo noté frío como el hielo bajo las yemas de los dedos, con pequeñas gotitas de agua, la capa de espuma era perfecta, casi daba pena beber, era como pisar un prado cubierto de nieve recién caída. Sabía que, con lo del plato infantil —sobre el *steak tartare* que me había pedido de segundo todavía no había dicho nada, pero al tiempo—, mi mujer sólo se estaba metiendo conmigo. La guasa (y la sonrisa, y el guiño) me tranquilizaron. ¿Acaso también se metería conmigo (y me sonreiría y me guiñaría el ojo) si estuviese liada con Maarten van Hoogstraten? Lo primero que dejaría de hacer sería meterse conmigo, ¿no? ¿O simplemente fingía muy bien? ¿Quizá intentaba, en la medida de lo posible, comportarse como siempre? De lo contrario, sería lo primero que me llamaría la atención: que ya no se metiese conmigo por lo que pedía, que ya no brindase conmigo, ni me sonriese, ni me guiñase el ojo.

Llevaba observándola con atención desde que habíamos salido de Ámsterdam. No, no con atención: sin fijarme demasiado. Sutilmente. En el Thalys, hojeé un *Vrij Nederland* sin leer nada. Luego quité el punto de lectura de mi libro con un suspiro: página ciento setenta, me quedaban ciento cincuenta. A los diez minutos ya sabes si una película es buena o si es una peli de mierda. Con un libro tardas un poco más, das el beneficio de la duda al autor, pero en la página ciento setenta ya sabes que la cosa no se va a salvar, que ya sólo puede empeorar.

Para no llamar demasiado la atención, fui pasando una hoja de vez en cuando. Mientras tanto, estudiaba de reojo a mi mujer, que parecía totalmente inmersa en su *¡Hola!* ¿Llevaba el pelo de algún modo especial? ¿Se había maquillado más de lo normal? ¿O menos? ¿Había adelgazado las últimas semanas? Perder peso, cambiar de peinado, ponerse pintalabios más a menudo... Según todas las revistas populares, éstos eran los síntomas externos que delataban la existencia de una relación extraconyugal. Pero no vi nada distinto, ni detecté nada extraño en su comportamiento

durante el viaje en tren. Por lo que pude comprobar, no consultaba su iPhone más de lo habitual. En una ocasión, se rió en voz alta con un mensaje de WhatsApp; de una amiga, dijo, una compatriota que le había enviado un vídeo gracioso. Oí trompetas, una voz masculina y fuerte en su idioma; por suerte no me preguntó si yo también quería verlo, conocía mi aversión a los vídeos presuntamente graciosos que la gente se envía a falta de un sentido del humor propio.

Hasta se dejó el iPhone tranquilamente sobre la mesita plegable cuando fue al baño. Habría podido echar un vistazo rápido, repasar los mensajes para ver si entre ellos había alguno de Maarten van Hoogstraten. «¡Pienso en ti todo el día, querida! ¿Qué llevas puesto? Yo estoy en la cama quitándome los calzoncillos y acordándome de ti; ¿te quitas tú también algo?»

Pero todo esto era pura especulación. Claro que no iba a mirarle el teléfono. Porque era algo que yo nunca haría. Porque ella sabía que yo nunca lo haría. No podías empezar a mirar el teléfono de tu mujer de un día para otro. No porque fuese a darse cuenta enseguida, sino porque esas cosas simplemente no se hacen.

Además, ¿sería tan estúpida Sylvia como para tener a Maarten van Hoogstraten con su nombre y su foto de perfil auténticos en la lista de contactos? Seguro que mi mujer no era tan estúpida. Por desgracia. No, constaría sin foto y con otro nombre (¡un nombre de mujer!). Borraría enseguida todos los mensajes que recibiera. Todavía era más plausible que hubiesen acordado no enviarse ni un mensaje mientras ella estuviese en París.

Pero ¿podrían resistirse? ¿Podían dos personas enamoradas aguantar cuatro días sin saber la una de la otra? No, era imposible. Un día, tal vez; medio día, me corregí, pensando en mis propios enamoramientos. A pesar de todos los pactos sobre no llamarse y no enviarse mensajitos de amor, al cabo de un día y medio, como máximo, lo acordado resultaría insufrible. Era demasiado pronto para saberlo, decidí; sólo llevábamos una hora y media de camino. Una vez en París, retomaría la observación atenta de mi mujer.

Sylvia ya volvía por el pasillo, de vez en cuando se apoyaba en el respaldo de una silla con las manos. Podría estar imaginándomelo, pero había adelgazado un poco, sí, eso me pareció cuando se dejó caer en su asiento a mi lado.

—He oído un pip —dije—, creo que tienes un mensaje nuevo.

• • •

Pero en nuestro segundo día en París, tampoco había habido síntomas ni señales claras que hicieran pensar en un lío secreto entre mi mujer y el concejal Van Hoogstraten. Pensé una vez más, mientras el camarero dejaba el *steak tartare* delante de mí y el *faux-filet met pommes dauphine* delante de Sylvia, que quizá la ausencia de síntomas o señales claras era justamente la confirmación de mis peores sospechas. Que mi mujer se comportara con toda normalidad, esa sonrisa con un leve aire de burla y aquel comentario sobre mi *steak tartare*, con negación de cabeza incluida, en fin, lo que hacía siempre cuando yo me pedía ese plato, tenía que ser una táctica deliberada. Nada de llamadas, nada de mensajes, nada de correos electrónicos. Me los imaginé cuchicheando, mi mujer desnuda, su cuerpo cubierto con una sábana solamente hasta el ombligo, la cabeza con los cabellos revueltos medio apoyada sobre el pecho sin pelo del concejal. «Se daría cuenta enseguida, no podría separarme del teléfono ni un momento, ni para ir a la ducha. A la que oiga un pip, preguntará de quién es el mensaje.» Sí, así eran las cosas, así era siempre. El teléfono de mi mujer sonaba cada hora, a veces incluso más a menudo. Esa mañana,

durante el desayuno, tres veces. Ni siquiera tenía que preguntárselo, levantaba la mirada del periódico o esperaba un poco a tomar el próximo sorbo de mi *café crème*.

—Mi hermana —decía mi mujer, o bien—: Mi hermano pequeño.

Solamente llamaba «mi hermana» a una hermana: a su hermana mayor. A su hermano mayor, en cambio, lo llamaba «mi hermano mayor». Su hermana pequeña era «mi hermana pequeña». Eran las diez y estábamos desayunando, todavía era demasiado pronto para un mensaje de nuestra hija, Diana. Siempre mirábamos cada uno por nuestra cuenta hasta qué hora había estado conectada la noche anterior. Hasta las dos menos cuarto esa vez.

—¿No es un poco tarde? —preguntó mi mujer al salir del baño—. Al fin y al cabo, es un día de escuela.

—Sí, pero los viernes tiene las dos primeras horas libres —respondí. Yo siempre recordaba este tipo de cosas mejor que Sylvia; bueno, no es que me acordara, es que las sabía. También sabía qué nota media de alemán tenía Diana.

«No nos enviemos ningún mensaje, son sólo cuatro días, Maarten.»

Mi mujer se rió y clavó tenedor y cuchillo en su *faux filet*.

—Es increíble que nunca hayas pillado la salmonela —observó.

Siempre lo decía cuando me pedía un *steak tartare*. Y quizá sí era increíble. ¿Cuántos kilos de carne cruda debía de haberme zampado en el último medio siglo sin ni un solo ingreso hospitalario? Había tenido intoxicaciones alimentarias, sabía lo que se sentía. Ostras, mayonesa, pastel de carne: platos que en algún momento de mi vida me habían provocado una experiencia cercana a la muerte, pero todavía no había enfermado nunca por culpa del *steak tartare*.

Que ese día mi mujer también hubiese hecho un comentario socarrón sobre mi plato, como tantas otras veces en los meses anteriores, desde la recepción de Año Nuevo, podía significar dos cosas: o había decidido comportarse con la máxima normalidad posible, y en tal caso lo hacía muy bien, o no fingía nada de nada y se comportaba con normalidad de verdad. Entorné un poco los ojos y estudié su rostro de perfil —nos habíamos sentado el uno al lado del otro en aquella mesita redonda para poder mirar hacia fuera los dos— mientras masticaba con concentración un trocito de solomillo. No pasaba nada, me dije. Todo era como siempre. Habían sido imaginaciones mías. Estábamos los dos solos en París, tal como habíamos estado infinidad de veces en otras ciudades extranjeras: Madrid, Roma, Berlín, Nueva York. Estábamos haciendo lo que siempre hacíamos, lo que tanto disfrutábamos juntos: almorzar con cerveza y vino, y quizá luego incluso una copita de calvados con el café.

Ya había visto a alguno, los holandeses siempre se ven a la legua; la altura, los niños demasiado rubios, esos almuerzos que se limitan, incluso en París, a un bocadillo o una porción de pizza acompañados de cola o agua. No vivían. No sabían que se puede disfrutar de la vida a plena luz del día. A partir de las cinco: es la hora de beber poniendo la directa. Después de la quinta copa, ya no se puede hablar de disfrutar, los holandeses siguen bebiendo con cierto furor para alcanzar cuanto antes una versión espontánea, desinhibida y ruidosa de sí mismos. El típico grupito de holandeses chillones que la población local esquiva con un rodeo. Los holandeses de los que te avergüenzas en tanto que holandés.

—¿Qué miras? —preguntó Sylvia—. ¿No está bueno?

En aquel momento su teléfono emitió un pitido. Dejó el tenedor y el cuchillo al lado del plato, y abrió la funda roja. No dejó de mirarla mientras ella observaba la pantalla. La expresión de su cara no cambió, en todo caso parecía absorta en sus pensamientos, como si no lograra ubicar el

contenido del mensaje, o no supiese exactamente quién era el remitente.

—Tengo que contestar —dijo—. Voy a llamar un momento. —Apartó la silla—. Aquí hay demasiado ruido, enseguida vuelvo.

Esta vez no había dicho «mi hermana» ni «mi hermano pequeño». Yo también tuve que levantarme para que pudiese pasar. La miré inquisitivo; era perfectamente normal dirigir una mirada inquisitiva a mi mujer cuando acababa de recibir un mensaje que al parecer exigía una respuesta inmediata.

—Una amiga —dijo, abriéndose paso por detrás de mí—. Una amiga que no conoces.

La seguí con la mirada, e intenté con todas mis fuerzas que mis ojos no transmitieran incredulidad ni recelo, en la medida en que se puede ocultar algo así.

—Enseguida te lo explico.

Y con esto desapareció. Al cabo de pocos segundos la vi en la calle; primero parecía que iba a caminar a la izquierda, pero por lo visto cambió de idea: si hubiese ido hacia la izquierda, habría quedado justo delante de nuestra mesa. Ya se había puesto el teléfono a la oreja. Yo todavía estaba de pie, tenía que inclinarme mucho para seguir viéndola. Hacia la derecha de la *brasserie*, en la otra esquina, había una terraza en una galería. Estaba hablando. Caminaba de un lado al otro, pero estaba demasiado lejos y yo no podía ver si se reía, si estaba emocionada. Entonces se detuvo y miró hacia mí. No sé si me vio; yo la saludé con la mano, pero no reaccionó. Volví a sentarme. Primero miré mi propio plato, con el *steak tartare* a medio comer, y después el suyo. «Te había dicho que no me escribieses mientras esté aquí. Pero me alegro de oír tu voz, cariño.» Sylvia no se había terminado ni una tercera parte de su solomillo, todavía no había tocado las *pommes dauphine*. Su plato se enfriaba rápidamente. ¿Qué era tan importante que no podía esperar hasta que terminara de comer? Intenté recordar si en alguna ocasión había hablado de una amiga a quien yo no conocía, o mejor dicho, si en la vida que compartíamos, en la que casi lo sabíamos todo el uno del otro, había espacio para una amiga desconocida. Mi mujer llamaba a todas sus amigas por el nombre. No, estaba seguro. Nunca, ni una sola vez, había dicho: «Esta tarde he quedado con una amiga que no conoces.» Me incorporé un poco de la silla. Ahí estaba mi mujer. Había dejado de caminar de un lado a otro. Justo en aquel momento un camión se adentraba en la calle; Sylvia tenía el teléfono al oído, con los dedos de la otra mano se tapaba la otra oreja. Según pude ver desde esa distancia, tenía una expresión seria. Concentrada. Volví a dejarme caer en la silla. ¿Qué demonios le contaba Maarten van Hoogstraten? «No puedo aguantar tanto tiempo sin ti. Necesitaba oír tu voz.» Miré mi *steak tartare* a medio comer y el plato de mi mujer, con el solomillo y las patatas *dauphine* ya totalmente fríos, y sentí que me invadía una furia enorme. ¿Cómo era posible que el concejal Van Hoogstraten lograra arruinar nuestro almuerzo desde quinientos kilómetros de distancia? Sentí que mis ojos se anegaban de lágrimas. «¡No llores! —me reñí—. Es lo último que tienes que hacer, convertirte en un personaje lastimoso y ridículo.» Un marido engañado que da pena a su propia mujer: no hay nada peor. Pero era difícil reprimirlas. De repente me imaginé a Maarten van Hoogstraten tumbado en una cama. En su cama. Sólo llevaba unos calzoncillos blancos. Una mano aguantaba el teléfono al oído, la otra estaba dentro de los calzoncillos. «¿Qué llevas puesto? —preguntaba a mi mujer—. Yo sólo los calzoncillos. Estoy pensando en ti. Estoy imaginándote desnuda, como el último día que nos vimos, cuando saliste de la ducha en aquel hotel. Pensé que me volvería loco. ¿Quieres que me quite los calzoncillos? ¿Te explico lo que estoy haciendo, lo que tengo en la mano?»

No derramé lágrimas; la furia había ganado la batalla. ¡Nada de escenas patéticas!

—Hostia puta —dije, y al parecer en voz alta, porque el camarero, que justo en aquel momento pasaba al lado de nuestra mesita, se detuvo:

—*Monsieur?*

Señalé mi vaso de cerveza vacío y murmuré algo que podría ser francés correcto o no serlo. Tampoco hacía ninguna falta que me expresara inteligentemente; el camarero ya lo había entendido.

—*Encore un demi, monsieur* —dijo, y se alejó rápidamente.

Entonces apareció Sylvia, esta vez se abrió paso entre la mesa y el ventanal de cristal y se dejó caer en su silla.

—Vaya, vaya —dijo—. Menuda historia tan horrible.

Cogió su vaso y dio un sorbo. Lo vació enseguida. Miró a su alrededor, pero el camarero no estaba en nuestro campo visual.

—Acabo de pedirme una cerveza, el camarero vendrá enseguida.

Sylvia me miró por primera vez desde que había vuelto. Busqué alguna señal en sus ojos; no sólo en sus ojos, también en sus mejillas: un rubor que traicionase la emoción de su conversación telefónica.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—¿Cómo?

—Tus ojos... —dijo acercando su cara a la mía—. Los tienes muy rojos. Has... ¿Has llorado, Robert? Al menos, eso parece.

Me llevé la mano a los ojos, me pincé el puente de la nariz.

—Llevaba algo... —Señalé con la cabeza mi plato, el *steak tartare* a medio comer—. Algo picante. Un chile de aquellos tan picantes, lo he mordido y se me han saltado las lágrimas.

Su mirada inquisitiva se desplazó de mi ojo izquierdo al derecho, y vuelta otra vez. Puso cara de incredulidad y se rió, una risa compasiva. «¿Cómo se te ha podido ocurrir una mentirijilla tan burda? —preguntaban su expresión y su carcajada—. ¿Pensabas que iba a tragármelo? ¿En serio?»

—¿Qué pasaba? —pregunté rápidamente para desviar la atención de mis ojos llorosos—. ¿Qué le pasaba a esa amiga tuya? ¿Qué amiga es, quiero decir? Has dicho que no la conozco.

Habría querido no preguntar nada de eso. Al sentarse Sylvia, habría querido dejar caer un silencio, observarla atentamente mientras se enmarañaba cada vez más en sus propias mentiras. ¿Cómo intentaría venderme que había hablado con una amiga desconocida y que no había estado ayudando a Maarten van Hoogstraten, con un par de susurros excitantes, a correrse en sus calzoncillos?

En cuanto pensé eso, me pregunté por primera vez si sería capaz de darme cuenta de todo, si realmente sabría distinguir entre una versión que se inventase mi mujer sobre la llamada de teléfono y la realidad. Entre una amiga inventada y una amiga de carne y hueso.

Sylvia entornó los ojos, exhaló un profundo suspiro y apartó la mirada.

—No la conoces —dijo, agarrando el tenedor y poniéndose a cortar el solomillo frío—. Pero ¡menuda historia!

Empezó a contármela. Había conocido a esa mujer en el curso de conversación en neerlandés al que se había apuntado hacía seis meses. Esto era verdad. Quería perfeccionar todavía más su neerlandés. «Aún cometo demasiados fallos en cosas sencillas —había dicho—. El género de las

palabras, ¡qué lengua tan horrible tenéis! Cualquiera puede aprender inglés en seis semanas, pero para esto se necesita toda una vida, y aun así notáis a la primera palabra que estáis hablando con una estúpida extranjera.»

Se llamaba Sadako, la amiga, y era japonesa. Desde hacía algo menos de un año vivía con su marido, también japonés, en Amstelveen. El hombre casi nunca estaba en casa, viajaba por todo el mundo por trabajo. Y desde hacía poco, Sadako tenía la corazonada de que en esos viajes su marido no siempre estaba solo. Algo sobre una foto, explicó mi mujer: una foto de una cena en San Francisco. Una mesa en un restaurante, unos ocho comensales, hombres y mujeres. En la foto, todos los presentes miraban a la cámara, la silla de al lado del marido de Sadako estaba vacía. Después envió otra foto que por lo visto debía de haber sacado él mismo, porque no aparecía en la imagen. Esta vez era su silla la que estaba vacía, pero en la que había estado vacía antes, ahora había una mujer. Un bellezón. Asiática, aunque Sadako no había sabido identificar de qué país. Japonesa no era; en todo caso, tailandesa o vietnamita. Algo en la foto había despertado su recelo. La primera foto, en la que su marido aparecía, estaba tomada de modo que todo el grupo quedase bien encuadrado, pero en la segunda, la que había sacado el marido de Sadako, tres rostros de la parte derecha quedaban fuera de la imagen, de manera que la mujer sentada al lado de la silla vacía del marido de Sadako quedaba exactamente en el centro. Su marido había enviado las fotos muy seguidas, primero la instantánea en la que aparecía él y después la que mostraba a la mujer. Según había explicado a Sylvia, Sadako no había podido evitar la sensación de que quizá le había enviado la segunda foto por accidente, que se había despistado. Pero eso no era todo. Dos días más tarde recibió otra foto de su marido. Esta vez estaba en el asiento del pasillo de un avión, en un vuelo de San Francisco a Dallas, adonde tenía que ir para un congreso, según le escribió en el texto que acompañaba a la imagen. El asiento del lado de la ventana estaba ocupado, pero el del medio estaba vacío. Sadako había pasado la foto a su portátil y la había aumentado al máximo con el programa de retoque fotográfico. Su marido llevaba gafas, sonreía; los ojos, detrás de los cristales, también sonreían: si uno no buscaba nada más, sonreía a su mujer, a Sadako, la esposa que había dejado en Amstelveen. Pero si lo pensabas, en realidad estaba sonriendo a quien tomaba la foto. Mientras tanto, Sadako había aumentado tanto la imagen en su portátil que una de las lentes de las gafas llenaba toda la pantalla; ya no era nítida del todo, pero lo suficiente para ver el reflejo en el cristal, el reflejo de una mujer, una mujer que tenía en las manos el teléfono del marido de Sadako y disparaba una foto. Claro que la cara reflejada en el cristal de las gafas era demasiado pequeña como para resultar reconocible, pero según Sadako sí se veía que se trataba de una mujer: una mujer de larga melena negra, como la que la noche anterior se había sentado al lado de su marido durante la cena. Aquella melena suelta era lo que había puesto fin a las dudas de Sadako. Las azafatas nunca llevan el pelo suelto, siempre lo llevan recogido y a menudo metido en la gorrita o el sombrero de la aerolínea.

Mientras escuchaba a mi mujer —a medias, porque en realidad prestaba más atención a cómo relataba la historia que a las palabras en sí—, me pregunté si yo sería capaz de inventarme algo como eso sobre la marcha. Si era capaz de haberse sacado esa historia de la chistera en algún momento entre que colgaba el teléfono a su amante y volvía a nuestra mesita. Me pareció muy poco probable, contenía demasiados detalles. Claro que también era posible que fuera una historia cierta que hubiese oído en alguna parte y que ahora, presa del pánico, hubiese decidido aprovechar para acabar con cualquier recelo que yo pudiera albergar. Pero aun así... El quid de la cuestión estaba en los detalles sobre la amiga. La amiga que yo no conocía se había convertido en

una amiga japonesa. Una amiga japonesa con nombre: Sadako. ¿Por qué, si mi mujer se inventaba una amiga, iba a inventarse una amiga japonesa?

—Es tan desagradable... —concluyó Sylvia—. Y lo siento tanto por ella... Su marido vuelve a casa dentro de dos días. Ella casi no conoce a nadie en Holanda, por eso me ha llamado a mí.

Había algo quizá todavía mucho más importante que la historia casi imposible de inventar y la nacionalidad superflua de la amiga engañada, y era que no habría sido muy lógico que mi mujer se inventase, de entre todas las opciones posibles, precisamente una historia sobre una relación extramatrimonial. Una historia sobre una enfermedad incurable habría tenido más sentido: una amiga que yo no conocía y para la que no había tratamiento posible. ¿O esto formaba parte intrínseca de su táctica? Con una historia jugosa de una infidelidad entre dos japoneses, no esquivaba el tema del adulterio. Cualquiera que estuviese implicado en un adulterio intentaría evitar a toda costa ese tema de conversación. Por miedo a ruborizarse, a parpadear, o a que el lenguaje corporal lo traicionase de algún otro modo.

Miré a mi mujer. Me miró sin parpadear, en sus labios se perfilaba una sonrisilla ligeramente socarrona, quizá la sonrisa socarrona de una mujer que se divierte al constatar lo crédulo que es su marido.

—Yo me daría cuenta enseguida —dijo.

—¿De qué?

—Si fueses tú. Si me engañases como el marido de Sadako. Te lo vería en la cara, no podrías guardar el secreto ni medio día.

No dije nada. Sonrió, ahora sin rastro de burla, más bien conmovida, como si hubiese pillado a un niño con una mentira inocente.

—¿Seguro que te habías comido un chile y por eso tenías lágrimas en los ojos? ¿O ahora vas a contarme la verdad?

Todavía no había empezado a ruborizarme, pero si no decía nada en un par de segundos, estaría como un tomate.

—Pensaba en nosotros —contesté—. En lo feliz que soy. Contigo. Lo feliz que me hace poder estar contigo en París.

Mientras lo decía pensé en Maarten van Hoogstraten; la mano en los calzoncillos, los dedos pegajosos.

—Yo también, cariño —respondió mi mujer—. Siempre estoy contenta cuando estoy contigo. Cada minuto del día.

SEGUNDA PARTE

13

A mediados de los años ochenta, Bernhard, mi mejor amigo, y yo hicimos un viaje por una serie de países que no mencionaré aquí. Baste decir que estaban al sur, este y sudeste de Bélgica; más allá de París, en todo caso. Uno de esos países era el país de origen de mi mujer.

No quiero aburrir a nadie con un exceso de información autobiográfica, lo que se podría describir como «carrera política», aunque en aquel momento concreto de mi vida apenas se podía hablar de carrera. Si a alguien le interesa, lo encontrará todo en mi página de Wikipedia. Presidente de la asociación de estudiantes, militancia en el partido, concejal, secretario municipal, alcalde. En la página de Wikipedia también consta la nacionalidad de mi mujer, por cierto. Su nombre, su verdadero nombre, está mal escrito, hay una *e* donde debería haber una *a*. La primera vez que lo vi me propuse cambiarlo —es decir, pedir que lo cambiaran—, pero la cosa no pasó de ahí. De hecho, hasta hoy ni siquiera me había vuelto a acordar. ¿Cuántas veces en la vida miras tu propia página en Wikipedia?

Por aquel entonces, Bernhard Langer ya era el físico y astrónomo de los Países Bajos más brillante de su generación. En su campo de estudio —agujeros negros, el Big Bang, la expansión constante del universo—, el único que podía hacerle sombra era Stephen Hawking. Aunque entre ellos no había mala sombra alguna: Bernhard mantenía una buena amistad con Hawking, diez años más mayor; se visitaban con frecuencia, y en las publicaciones científicas se los mencionaba a menudo de un tirón. A sus treinta y dos años, Bernhard podría haberse convertido en el *rector magnificus* más joven de la Universidad Técnica de Delft, pero eligió la aventura y aceptó una cátedra en Estados Unidos, primero en Princeton, después en Harvard.

Partimos un sábado de julio sin un plan determinado. Por un momento incluso nos habíamos planteado dirigirnos al norte: en Holanda hacía un calor tan asfixiante que nos daba miedo pensar en la temperatura que nos esperaba en nuestro destino de viaje, situado al sur y al este. Pero no teníamos ganas de ver aburridos bosques escandinavos en países donde la comida era mala y el alcohol se vendía a precio de oro.

Nuestro país de origen nos granjeaba ciertas ventajas de las que no gozaríamos en el norte. Cuanto más al sur fuésemos, más sobresaldríamos respecto a la población local. Cuando entrábamos en un bar o un restaurante, todas las cabezas se volvían hacia nosotros. Ambos éramos rubios, Bernhard incluso un poco más que yo: a la una de la tarde, si tenía el sol justo encima de la cabeza, casi te dolía en los ojos. Éramos conscientes de las miradas (¡todas!) que nos seguían hasta que nos dejábamos caer sobre las sillas. Era una zona que en esa época visitaban pocos turistas. Una zona que, sin desvelar demasiado, llamaré «el interior». El caluroso interior: la guía de viaje incluso desaconsejaba visitar esa parte del país los meses de julio y agosto. Pero esto no

lo leí hasta más adelante, cuando ya había conocido a Sylvia, y de repente me pareció que la guía de viaje estaba cargada de significado.

De nuevo en Ámsterdam, cuando hundía la nariz entre sus páginas, era como si la oliese a ella. Lavanda. Todo un prado morado, lleno. Las flores de lavanda no se movían, no soplaban viento, si acaso el calor las hacía vibrar un poco. Abejas, abejorros y otros insectos con abdómenes grandes a rayas rojas y negras que en Holanda no teníamos, y por tanto cuyos nombres desconocía, zumbaban de flor en flor.

No me molesta admitir que Bernhard era el más atractivo de nosotros dos. Unos diez centímetros más alto que yo, pero también más musculoso, y sobre todo más ancho de espaldas, enseguida tomaba la iniciativa en bares y pistas de baile bañadas de luz azul oscuro y con bolas de discoteca girando. Él siempre iba lo más directo posible a su presa, mientras que yo siempre he sido más bien de quedarme a la expectativa. Desde su gran altura, inclinaba la cabeza hacia la chica que había elegido como objetivo y le susurraba algo al oído. No le daba vergüenza presentarse con los peores clichés del mundo. Clichés que yo nunca sería capaz de llevarme a los labios, pero que a él le funcionaban. Las chicas soñaban con un Bernhard y alzaban la mirada, y después, simplemente porque estaba a su lado, también me miraban a mí.

«Más vale tarde que nunca», decía él en holandés, y me guiñaba el ojo. ¡Y a continuación se lo repetía en inglés a las chicas! Ellas, en lugar de darse la vuelta, soltaban risillas y se nos acercaban todavía más. Un día de la segunda semana de nuestro viaje por el interior, estábamos pasando la tarde sentados en el césped de la piscina de nuestro hotel con tres chicas, cuando de repente Bernhard empezó a palpase los inexistentes bolsillos de su bañador y acto seguido se puso a hurgar debajo de la toalla.

—¿Qué buscas? —preguntó la chica que yo tenía más cerca; quizá no la más guapa, pero sí la chica con la que tal vez acabaría yo.

—Una sonrisa —respondió Bernhard, y cuando la chica efectivamente sonrió, añadió la coletilla—: Pero ya la he encontrado.

—Creo que a la bajita le gustas —me decía, otra vez en neerlandés, dándose la vuelta hacia mí. O bien—: La morena te está mirando todo el rato, Robert. Estás loco si no vas a por ella.

«La bajita» o «la morena» era siempre, sin excepción, la menos atractiva de las dos (o tres, o cuatro) chicas que se hubieran acercado a nosotros, levantando sus miradas esperanzadas, anhelantes, sobre todo hacia Bernhard: la segunda opción, la segunda opción de Bernhard, la chica a quien se saca a bailar en último lugar. Él ya había puesto las miras en el premio gordo, la Miss Universo local, el tipo de chica que quedaba fuera de mi alcance.

Las segundas opciones no eran feas, ni mucho menos; como mucho, algo más corrientes que la amiga deslumbrante. Si no las comparabas con la Miss Universo, en realidad no tenían nada de malo. Eran chicas que no tenían de qué avergonzarse. Todas eran bajitas y todas eran morenas. «La bajita» o «la morena» era, quizá, sólo medio centímetro más bajita y un tono, apenas perceptible a simple vista, más morena que la primera opción.

En resumen: para mí no había problema con esta situación y este reparto de papeles, podía vivir perfectamente con ello. La felicidad, me decía entonces, y todavía lo hago —o quizá, en lugar de felicidad, debería decir satisfacción—, está estrechamente vinculada a la aceptación de la realidad que te ha tocado. De tu propio cuerpo. De tu constitución. En cuanto al cuerpo, hay mucho que hacer. Puedes adelgazar si crees que estás gordo, puedes hacer pesas si te avergüenza que se te noten tanto las costillas. Pero respecto a la cara, poco se puede hacer. La cabeza hace lo

que quiere. Se queda calva cuando le da la gana. La cara engorda, envejece y se llena de manchas de un modo que no habrías pensado que fuese posible. Lo ve todo el mundo, empezando por ti. No puedes esconder la cabeza bajo una camiseta o un jersey; está siempre a la vista, a cualquier hora del día o la noche. Te mira desde el espejo. «Esto es lo que hay —te dice sin parpadear—. Vas a tener que conformarte.»

Como ya he dicho, yo estaba conforme con mi cara. Sabía a qué categoría pertenecía. En nuestro país, ni Bernhard ni yo éramos más altos ni más rubios que la media. O dicho de otro modo: en Holanda había muchos como nosotros, cualquiera podía elegir a un ejemplar mejor sin problemas. Y ahí no estábamos en una ciudad costera ni en otro lugar turístico, estábamos —y tengo que hacer hincapié en este punto— en el interior. No teníamos competencia, ni de compatriotas ni de otros dioses rubios del norte.

Una noche —ya eran casi las doce— de la tercera semana del viaje, yo estaba en la cama de nuestra habitación con dolor de cabeza cuando Bernhard me propuso dar una última vuelta por la ciudad. Era una ciudad pequeña sin nada especial. Gemí suavemente.

—¿No podemos quedarnos? En esta ciudad no hay nada interesante.

Según habíamos podido comprobar esa misma tarde, sólo había tres restaurantes y cuatro o cinco bares, así que a la mañana siguiente seguiríamos el viaje hacia la capital.

—Vamos, Robert, no seas tan perezoso.

No recuerdo si después aun dijo lo de «Sólo se vive una vez», o si se limitó a repetir por enésima vez su lema favorito: «Más vale tarde que nunca.» Tampoco sé por qué al final acabé levantándome y yendo al baño para meter la cabeza debajo del grifo. Seguramente, por la sensación de que de lo contrario estaría perdiéndome algo: en aquella época, esa sensación me acompañaba veinticuatro horas al día. Una gran diferencia con ahora. Quizá es la principal ventaja de hacerse mayor: ya no me da miedo perderme las cosas. Sé que no me perderé nada.

Eché un último vistazo a mi cara en el espejo. Me dolía la cabeza, notaba palpitations suaves detrás de los ojos. Me retiré el pelo hacia atrás e intenté aplastarlo al máximo contra el cráneo, pero sabía que era un esfuerzo inútil: a nadie le apetecería esa cara. Si a mí ya no me apetecía mucho, imagínate a los demás.

Llegamos a una plaza vacía por la que ya habíamos pasado aquella tarde. Delante de un bar había tres mesitas y unas cinco sillas de plástico, todas libres.

—No sé —dije como respuesta a la mirada interrogativa de Bernhard—. ¿Miramos un poco más lejos?

Bernhard se tanteó los bolsillos.

—Voy a por cigarrillos, al menos —dijo—. ¿Me esperas aquí?

Al otro lado de la calle, en diagonal, también había un par de sillas y mesas de plástico vacías.

—Voy tirando hacia allí —dije—. Si tampoco vale la pena, quizá sería mejor tomar una copa en el mismo bar del hotel.

Me dirigí despacio al otro lado. Detrás de una ventana polvorienta brillaba una luz amarilla sucia, pero no se veía si había gente dentro.

Me quedé entre las mesas con las manos en los bolsillos y, sin dirigirme a nadie en particular, intenté adoptar la postura de «Estoy esperando a un amigo, ha ido un momento a por cigarrillos».

Justo entonces la puerta del bar se abrió y salieron dos chicas. Como suele pasar cuando dos chicas salen juntas por la noche, una era más guapa que la otra. Sería exagerado decir que la otra era fea, no, ni mucho menos, si acaso algo más corriente; una chica sin nada especial, se me ocurrió de repente: la que habría estado destinada para mí si Bernhard y yo hubiésemos estado los dos juntos ahí delante del bar.

Pero sólo estaba yo. Me di cuenta de que en primera instancia había mirado un poco más a la chica más corriente, y sólo después había dirigido la mirada a la chica que en circunstancias normales se habría quedado Bernhard.

Ellas estaban charlando, pero al verme se pararon y sonrieron al holandés alto y rubio que estaba entre las mesas vacías con las manos en los bolsillos.

—*Hello* —dijo la más guapa, la más atrevida, la que tenía más autoestima de las dos. Ladeó un poco la cabeza y su media melena de rizos negros se separó de su rostro por un lado; al otro lado, un tirabuzón le cayó sobre el ojo, un tirabuzón que ella se puso detrás de la oreja con un movimiento ágil de los dedos—. *Are you lost?*

Durante medio segundo intenté pensar alguna respuesta aguda, pero era inútil. Estaba perdido. Había mirado en sus pupilas negras, rodeadas de un blanco reluciente, mientras ella abría los ojos con curiosidad. «¿Eres tú?», quise preguntarle. Era lo único que sabía en ese momento: que era ella. «Para siempre —entendí de pronto—. Después de esto, nunca va a haber otra.»

Entonces noté una mano en mi hombro.

—Vaya, vaya —me dijo Bernhard al oído—. No puedo dejarte solo ni un minuto. Qué, ¿no vas a presentarme a tus nuevas amigas? —Y luego lo dijo, bueno, lo susurró, aunque en realidad no había motivo para susurrar—: ¿Me dejas que te felicite, Robert? Es verdad lo que dicen: más vale tarde que nunca.

14

—¿Tienes un momento? —preguntó Sylvia; yo no la había oído llegar, había aparecido de repente a los pies del sofá donde me había tumbado a leer el periódico. En la mano izquierda llevaba una libretita negra abierta que sólo podía ser una agenda Moleskine—. Estaba pensando... —continuó mi mujer, sin esperar respuesta—. ¿Tienes algo el viernes?

—No lo sé —mentí—. He de mirarlo en la agenda.

Sabía perfectamente que el viernes no tenía nada, yo mismo había preferido mantenerlo así. Siempre tenía tantas cosas... Los días totalmente vacíos eran escasos en mi profesión, pero eran los más felices.

—Bernhard y Christine vuelven a Boston el domingo —dijo mi mujer—. El sábado he quedado con Miriam y Louise, así que he pensado que podríamos invitarlos a cenar el viernes. Siempre que quieras ver a Bernhard antes de que se vaya, claro.

Sí quería, pero no sabía si me apetecía cenar los cuatro juntos. Cuando quedaba con Bernhard, yo siempre intentaba hablar lo menos posible, lo justo para que no se notara que en realidad no decía nada. Era nuestro reparto de papeles. Él hablaba, yo escuchaba. Nos complementábamos a la perfección. Creo que Bernhard tenía pocos amigos que lo supiesen escuchar tan bien como yo, y creo que él también lo sabía. Para guardar las formas, siempre me hacía un par de preguntas sobre Sylvia y Diana, sobre los problemas de la gran ciudad. Y después estallaba. Apenas había que espolearlo. Era como acercar una cerilla encendida a un montón de ramitas secas.

No sabía con certeza si me apetecía cenar los cuatro porque quizá prefería hablar a solas con mi mejor amigo. Aunque mirándolo bien, tal vez Bernhard sería la última persona a quien querría confiar esta cuestión.

Me lo imaginaba: un restaurante. En mis imaginaciones el restaurante siempre era el Dauphine, cerca de la estación Amstel, donde casi siempre quedábamos cuando Bernhard pasaba unos días en los Países Bajos. Primero le daría cancha, lo dejaría desahogarse con sus agujeros negros y las distancias entre estrellas, su espacio en continua expansión. Primer plato. Segundo plato. Hasta después del postre no le propondría pedir algo para acompañar los expresos. Una grapa. Un coñac. Un calvados. «Bernhard, tengo que contarte algo. Es sobre Sylvia...» Y hasta ahí llegaba mi imaginación.

Claro que en todos estos años alguna vez me había preguntado qué habría pasado si aquella noche oscura y vacía me hubiese plantado delante del bar junto a mi amigo Bernhard; si las cosas hubiesen seguido su curso natural, yo habría tenido que conformarme con la segunda opción, como siempre. En el momento más importante de mi vida —de nuestras vidas, la de Sylvia y la mía—, mi futura esposa no había tenido con qué comparar. Ella había visto a un solo holandés alto y

rubio, con las manos en los bolsillos, entre las mesas.

Me había mirado, me había mirado a los ojos, y en aquel preciso instante había sabido que era yo, según me aseguraría después; de hecho, me lo dice a menudo, incluso hoy en día, al menos cinco veces al año.

A veces me lo imaginaba así: ves una casa, te enseñan las habitaciones, es una casa bastante bonita, amplia, luminosa, suelos de madera, vistas a un parque. Decides quedártela. Y después, cuando ya no puedes cambiar de idea, te enseñan otra casa. Las habitaciones son algo más amplias, algo más luminosas, hay chimenea (la otra casa no tenía), pero el elemento definitivo son las vistas: esta casa está en la playa, mar azul hasta el horizonte, velas blancas a lo lejos. Intentas acordarte de la primera casa. Te había gustado, ¿no? Sí, pero entonces todavía no habías visto ésta. Sabes que también habrías podido tener esta casa, pero ahora es demasiado tarde. Ya has firmado. Intentas con todas tus fuerzas recuperar la sensación inicial, que la primera casa vuelva a parecerse tan bonita como cuando la viste por primera vez, pero ya no lo consigues. Y esto te pasará el resto de tu vida, cada vez que te acuerdes de la chimenea y de aquel mar tan azul.

—Pero Bernhard es guapo, ¿no? —me atreví a preguntarle por primera vez dos semanas más tarde. Primero nos habíamos quedado un par de días más en aquella ciudad, después Bernhard había continuado él solo el viaje hacia la capital. «No me hagas viajar con un hombre enamorado, Robert», dijo, y me dio una palmadita en el hombro, besó tres veces en las mejillas a Sylvia y a la otra chica —su hermana, un año y medio mayor que ella, habíamos descubierto entretanto—, y nos deseó mucha suerte.

—Sí, es guapo, pero no es mi tipo —dijo Sylvia.

—Y ¿cuál es tu tipo? —le pregunté por primera vez, y en los años que siguieron unas cien veces más.

—Tú eres mi tipo, cariño. Pero esto ya lo sabes desde hace tiempo. Creo que lo supiste la primera noche, mientras me esperabas con las manos en los bolsillos delante del bar.

No me cansaba de oírlo, cada vez suponía una nueva confirmación de lo que Sylvia y yo habíamos visto uno en los ojos del otro al mismo tiempo.

Pero nunca me quedaba tranquilo del todo. A veces por las noches, en la cama, cuando no podía dormir, reproducía la otra versión de la misma película. Una versión que también empezaba en aquella plaza, pero con dos protagonistas en lugar de uno. «Creo que a la bajita le gustas, Robert.» Y Bernhard se lanzaba a por Sylvia. Fingía que buscaba algo en los bolsillos.

«¿Qué buscas?»

Canto de grillos. Música de violines.

«Una sonrisa, pero ya la he encontrado.»

15

Aquel viernes por la noche, me descubrí prestando más atención de lo acostumbrado. A Bernhard y a Sylvia. Todos aquellos años me había creído a pies juntillas en esa versión cinematográfica con final feliz en la que Bernhard no era el tipo de Sylvia y ella me elegía sin pensárselo dos veces. Quizá yo era la casa sin chimenea, la casa con las vistas relativamente corrientes, pero también la casa en la que ella se sentía más cómoda. Mientras tanto había aparecido en escena el concejal Van Hoogstraten. Un simple pisito en un bloque, la sala de estar daba a una pared ciega. ¿Era él el tipo de alguien? ¿Por qué iba a querer Sylvia trasladarse a una casa más pequeña de repente? ¿A un piso en un suburbio?

Hablamos de las cosas de siempre. De los hijos —Bernhard tiene cuatro de sus dos matrimonios anteriores, y un niño de cinco años con Christine—, de vivir en Estados Unidos, en Boston, de la política norteamericana, del presidente Obama y de la guerra civil en Siria. Sylvia había hecho su estofado de siempre, un éxito infalible de su tierra, y durante el postre —un pastel de caramelo horneado, con una corteza fina y crujiente— salió el tema de Ámsterdam.

—Lo que más nos llama la atención al pasear por la ciudad después de un año en Boston es que haya tantísimos extranjeros —dijo Christine.

Se hizo un breve silencio. Bernhard no parecía haberse enterado de nada y sólo asintió para apoyar a su mujer, pero en el rostro de Sylvia había aparecido una amplia sonrisa.

—Dios mío, ¿no quería decir eso, claro! —exclamó Christine, y dejó la cucharilla en el flan y agarró la mano de Sylvia—. Lo tuyo... es distinto. Además, ¿cuánto tiempo llevas aquí? No, me refiero a las hordas de turistas extranjeros. Hace diez años no era así. Ni hace cinco. Ahora hay calles... ¿Como la Damstraat! Ayer pasamos por ahí, apenas se oye una palabra en neerlandés. Y en los canales también es horroroso. La cola para visitar el Rijksmuseum... La de la Casa de Ana Frank daba la vuelta a la iglesia Westerkerk. Tú hasta hiciste el cálculo, Bernhard —añadió, dirigiéndose a su marido—. ¿Cuánto duraba la cola?

—Uy, fue sólo un cálculo a ojo —dijo él—. Pero tres horas y media, seguro. Hay que tener muchas ganas.

—¿Tú cómo lo ves, Robert? —preguntó Christine—. Me imagino que como alcalde debes de alegrarte por la ciudad, por el dinero que trae toda esa gente. Pero ¿qué opinas realmente? Tú tampoco querrás que Ámsterdam se convierta en una especie de Venecia, donde los habitantes autóctonos se largan en masa y los que quedan trabajan en la industria turística, ¿no?

Iba a responder cuando oí la llave en la cerradura de la puerta principal, y poco después Diana y su novio entraron en el comedor. Mientras Bernhard y Christine se levantaban para abrazarla y besarla en las mejillas, intenté con todas mis fuerzas acordarme del nombre del chico.

Pero no me salió. En realidad tampoco tenía tanta importancia, porque aquí habría tenido que darle otro nombre, como a mi mujer. Sólo con oír el nombre del novio de mi hija, todo el mundo entendería enseguida de qué tipo de persona se trata. Su trasfondo cultural también tiene vinculados ciertos prejuicios, como partículas de polvo a una prenda con electricidad estática. «Eso explica muchas cosas»: la gente quizá no se atrevería a decirlo en voz alta, pero seguro que lo pensaría al leer una noticia sobre un tiroteo o una puñalada en los que estuviesen implicadas personas de esa cultura.

—Diana, ¡qué guapa estás! —exclamó Christine mientras la abrazaba—. Y ¡qué mayor! Ay, perdona, he sonado como una tía abuela.

—¿Y tú eres...? —Bernhard había tendido la mano al chico y me miraba inquisitivamente.

—Te presento a... —empecé yo, pero por suerte el novio de Diana dijo su propio nombre, y yo me hice el firme propósito de no volver a olvidarlo.

—Mucho gusto, señor —dijo el chico.

—¿Queréis un poco del delicioso postre que he preparado? —preguntó Sylvia.

—No, gracias, mamá —dijo Diana—. Vamos a subir a ver el final de *True Detective*.

—Hasta la vista, señor, señora —dijo el chico aun antes de desaparecer escaleras arriba—. Encantado de haberlos conocido. —Miró a mi mujer—: Sylvia. Señor.

Esto último iba dirigido a mí.

—Se ha convertido en una chica guapísima —comentó Bernhard cuando Diana y el chico se hubieron ido—. Bueno, en realidad ya no es ninguna chica, es toda una mujercita.

El matiz no se me escapó. Bernhard siempre hablaba de mujeres guapas o feas, para él no había otra distinción posible. «Simpática» no constaba en su vocabulario.

Yo era un padre orgulloso, por supuesto. Después de Sylvia, no, junto con Sylvia, Diana era la mujer más bonita de mi entorno directo. Tenía los ojos de su madre, el mismo brillo oscuro y profundo en los cabellos negros. Negros como ala de cuervo; si se puede decir algo así, es para describir el color de cabello de mi mujer y mi hija. No era como para ser modelo, eso no, el padre orgulloso también lo veía. En el idioma nativo de mi mujer hay un adjetivo más que en el nuestro para definir el atractivo de alguien. La escala comparativa de atractivo empieza por asqueroso, repulsivo, feo, y pasa por majo —como en «qué chica tan maja»— para ir subiendo a atractiva, bonita, guapa, irresistible... ¿Y qué más? Deslumbrante, quizá.

Pues en el idioma de mi mujer, además de bonita, atractiva y fea, para limitarnos a las tres categorías principales, hay otra palabra que se traduce como «atractivo» pero tiene un sentido distinto al que tiene en nuestro idioma. «Atractivo», en nuestro idioma, sólo significa una cosa: a saber, que alguien quizá no sea un modelo deslumbrante, pero aun así tiene buen aspecto. Nos dice algo del exterior. Para nosotros, «atractivo» sólo se refiere al aspecto de alguien; en el idioma de mi mujer, sobre todo al carácter. En otras palabras: alguien puede tener una nariz demasiado grande que destruye el equilibrio de toda la cara, una hilera de dientes salidos y unas encías enormes, una piel deslucida por manchas, pelos o eccema, un cuerpo al que le sobran veinte kilos, y a pesar de todas estas lacras, ser extraordinariamente atractivo. En primer lugar, quizá debido a alguna característica externa: una sonrisa irresistible que nos hace olvidar los dientes y las encías, una caída de ojos que nos obliga a mirarlos desde el primer momento y dejar en segundo plano la cara que los rodea, una voz con un timbre tan profundo que todas nuestras fibras vibran con su sonido, una voz que nos toca en lo más hondo, que por la noche, en la cama, nos transporta a un país más allá del horizonte en el cual querríamos quedarnos a vivir el resto de nuestros días.

«Atractivo», en el idioma de mi mujer, se sobrepone a muchas cosas: una pierna algo más delgada y corta que la otra, o incluso una pierna que se termina debajo de la rodilla; falta de dedos, o un pulgar tan deformado que parece la garra de un animal muy distinto al ser humano; ausencia casi total de vello corporal en un hombre, pechos casi planos en el caso de las mujeres.

—Sí, está maja, ¿no? —dijo Sylvia, la madre orgullosa que yo sabía que estaba utilizando «maja» en el sentido de «atractiva», atractiva en el sentido que tenía en su idioma.

—Ahora me apetecería... —empezó Bernhard, y se sacó un paquete de Marlboro Lights y un encendedor—. Pero no sé si aquí...

—Por favor, ¡sal a fumar al jardín! —exclamó Christine antes de que Sylvia o yo pudiésemos decir algo. Bernhard me miró un momentito, un poco como cuando a un niño se le cae un vaso y se le rompe.

—Estoy embarazada —dijo Christine. Se hizo un silencio de unos segundos, un silencio que sólo interrumpió Sylvia al dejar la cucharilla en el plato—. De gemelos.

16

Estábamos sentados en las sillas de la terraza de nuestro jardín, ambos con el segundo cigarrillo entre los dedos. Quizá hacía demasiado fresco para estar al aire libre, pero yo había decidido que no volvería a entrar hasta que hubiese explicado a Bernhard mis sospechas sobre Sylvia. Antes, como he dicho, había tenido mis dudas, pero esa noche, después de un par de cervezas y media botella de vino, se habían disipado. Bernhard era mi mejor amigo. Al día siguiente por la mañana partiría a Boston con su mujer embarazada. Primero dejaría que dijese todo lo que quisiera, esperarí­a tranquilamente una pausa en su discurso.

—Hay cosas que las personas simplemente no somos capaces de imaginar —dijo Bernhard, que retomaba el discurso que había empezado en algún momento, aunque yo ya no recordaba sobre qué: la infinitud del universo, sospecho, o la luz absorbida por un agujero negro—. Imagínatelo así: en esencia, es como si nuestros ojos no pudiesen percibir colores, como si lo viésemos todo en blanco y negro. En ese mundo, un tulipán rojo es de color gris claro.

Ésa era una habilidad que Bernhard dominaba como nadie: sabía hacer que el mundo que nos rodea volviese a ser emocionante. Podías salir a cenar a un restaurante con un grupo de amigos y charlar toda la noche de fútbol, mujeres, política, o de cómo bajaba o subía el precio de la vivienda, pero cuando Bernhard empezaba a hablar, todos volvíamos a ser chavales tumbados en un prado, con las cabezas juntas y una brizna de hierba entre los dientes, observando el cielo azul; chavales que primero intentaban descubrir animales y otras formas en las nubes que pasaban, y después fantaseaban sobre lo que había detrás de esas nubes. A qué distancia está el sol que nos calienta, cuánto tiempo más va a brillar. Una eternidad. Pero ¿qué es una eternidad? ¿Sigue existiendo la eternidad después de la muerte?

—Un sordomudo sabe que los sonidos existen, porque nosotros, los que sí podemos oír, se lo hemos dicho —siguió Bernhard—. Pero intenta imaginarte que hubiésemos nacido todos sordomudos. Tú, yo, Sylvia, Christine, todos. No tenemos ni idea de qué es el sonido. Golpeamos un trozo de hierro con un martillo, pero no oímos nada. Hablamos entre nosotros mediante gestos, no sabemos que hay otra opción, estamos acostumbrados. El viento no susurra entre las hojas. Las olas golpean la costa en un silencio mortal. Pensándolo bien, el sonido no nos hace ninguna falta. Además de vacío, el cosmos está en silencio. Sería interesante, como experimento mental: ¿cómo se habría desarrollado la humanidad sin sonido? ¿Se habrían inventado las mismas cosas? ¿O artilugios muy distintos, que nos ayudarían en un mundo envuelto en un manto de silencio? ¿Habría descubierto Colón América igualmente? ¿Habría sido en 1492 también? ¿O cincuenta años más tarde? ¿Cómo experimentaríamos una guerra sin sonido? ¿O un partido de fútbol? Uno ya no podría quedarse sordo por los estallidos de las granadas de artillería; al fin y al cabo, ya estamos

sordos, toda la vida. El árbitro no oye nuestros abucheos, porque no gritamos nada. Tampoco puede silbar para que se tire un penalti. Pero todo lo demás es igual. La hierba huele a hierba. Se obliga a los soldados a abandonar las trincheras y correr hacia su muerte. Pero no chillan cuando la metralla les perfora el pecho. El soldado moribundo no llama a su madre. Piensa en ella, eso sí. Indica mediante gestos a sus compañeros que sigan adelante sin él, que lo dejen ahí entre los cadáveres de caballos destripados, los charcos de barro y las alambradas. Les dice con gestos que, si salen vivos de ésa, digan a su madre, en lengua de signos, que no ha sufrido.

Me incliné hacia mi amigo para darle fuego para el siguiente cigarrillo, y me pregunté, no por primera vez, cuánto tiempo habría aguantado con Sylvia si veintiocho años atrás no hubiese sido yo, sino él, el que hubiera salido a escena primero entre las mesas de la terraza de aquella plaza polvorienta. En esa otra realidad, habría tenido ocasión de pronunciar sus frases de ligón baratas. En la sala de baile —irreconocible como tal desde la calle— a la que fuimos a tomar algo, no habría sido él, sino yo, el que se habría quedado en el incómodo banco de madera de al lado de la pista junto a la hermana de Sylvia, un año y medio mayor. Yo no era como Bernhard; seguramente, después de dudar mucho rato, sí que habría sacado a bailar a la hermana. Pero ¿habría interrumpido mi viaje porque ya no podía imaginarme una vida de la que ella no formara parte? Y ¿cuánto tiempo habría tardado Bernhard en cansarse de Sylvia? ¿Un día? ¿Dos? ¿Una semana? ¿O habría acabado casándose él con ella en mi lugar? ¿Habría sido yo el testigo en esa boda, y no al revés? Y (aquí a veces se me encallaba la fantasía en plena noche, en aquellas noches insomnes que me pasaba mirando el techo y escuchando la respiración de Sylvia, entonces todavía reconfortante) ¿habría acabado conformándome con casarme con la hermana para al menos poder llevar una vida paralela, aunque sin compartirla, con la mujer que en realidad habría tenido que ser mi esposa y así al menos estar cerca de ella?

La boda tuvo lugar ocho meses después de que nos conociésemos. A petición mía, fue en su ciudad natal. No sé por qué pero quise que viniera el mínimo de gente. De Holanda, al menos. Como ya he dicho, Bernhard fue mi testigo, pero aparte de eso informé a una mínima parte de mis amistades. También intenté desde el principio desmotivar a mis padres para que no viajaran hasta allí.

—Está muy lejos —les decía—. Es un sitio donde no hay nada, la casa de sus padres es demasiado pequeña y no os podéis alojar ahí, y sólo hay un hotel, pero no os lo recomiendo. —Lo que no había tenido en cuenta era que a mis padres, y especialmente mi padre, estas historias de países lejanos y calurosos, de territorios llenos de incomodidades lejos de la costa, no hacían más que animarlos.

—No vamos a perdernos la boda de nuestro único hijo, y punto —afirmó mi padre.

Mi madre preguntó una última vez por las camas del hotel, si al menos las sábanas estaban limpias. A ella habría podido convencerla de quedarse en casa, pero mi padre ya había ido a comprarse un mapa excursionista de la zona a una tienda especializada.

—Allí cerca hay un sendero medieval que va a un monasterio de los cruzados del siglo XII —había comentado—. A dos mil metros de altura.

Mi madre sólo me miró, suspiró profundamente y bajó la vista.

Más vale que sea sincero sobre mis motivos para no querer casarme en Holanda. Los padres de Sylvia ni siquiera se habían planteado esa posibilidad, daban por sentado que su hija celebraría la boda en su tierra natal. Para mí lo más importante era que mi prometida no descubriese Holanda demasiado rápido. O más concretamente, que no descubriera a los

holandeses. Los hombres holandeses. Hasta ese momento sólo nos había visto a Bernhard, que en todos los sentidos era más guapo que yo, aunque quizá no fuese su tipo, y a mí. Ahí, en aquella región calurosa del interior del país, éramos los únicos dioses altos y rubios del norte, pero en los Países Bajos le quedaría claro enseguida que por ahí se paseaban miles de hombres como yo. Versiones mejores y peores de mí mismo, pero todos igual de altos e igual de rubios. Aunque sólo fuese por cuestión de estadística, entre miles de versiones mejores, ¿no habría unos cuantos que también serían su tipo?

De la boda en sí, lo que más recuerdo fueron las cosas que no pasaron. No sé exactamente por qué, supongo que por culpa de mis prejuicios, pero había dado por sentado que se celebrarían ciertos rituales en los que uno prefiere no tener muchos testigos. Ningún compatriota, en todo caso. Ningún compatriota que fuese a pasarse los años posteriores sacando anécdotas jugosas, anécdotas que confirmasen los prejuicios relativos a la manera de ser de la gente del país de mi mujer. Pero finalmente ninguna de las cosas que me temía ocurrió. O mejor dicho, no se produjo ninguna escena en la que no habría querido tener compatriotas presentes (si yo hubiese sido el único holandés de nuestra boda, habría contado yo mismo esas anécdotas durante años, me conocía bien, no lo dudé ni un segundo).

Sí que había un animal entero dando vueltas en un asador en el jardín, un animal que todavía se reconocía perfectamente como tal, con patas, cabeza y cola, y algunos parches de pelo que prendían entre chisporroteos y salpicaduras de grasa, pero no me pareció que lo hubiesen matado con una crueldad innecesaria. (Tampoco voy a mencionar aquí el tipo de animal, ya que ciertos animales permitirían excluir determinados países como país de origen de mi mujer.) Por lo demás, no hubo rituales con sangre ni mutilaciones. No se rompieron platos, no se lanzaron vasos al fuego, ni se separó a las mujeres de los hombres antes de la ceremonia. Sí ocurrió que los niños se quedaron en la fiesta hasta muy pasada la medianoche, hasta que salió el sol; en Holanda se habrían acostado mucho antes, con un canguro o algún familiar demasiado mayor. Un familiar demasiado mayor, cuya presencia en realidad ya no apreciaba nadie; en nuestro país, los viejos son unos fisgones molestos de los que sólo esperas que se larguen cuanto antes. En la ciudad natal de mi mujer, los niños comieron, bebieron y bailaron con nosotros; los más pequeños se durmieron en la hierba, pero viejos y paisanos se quedaron en la fiesta hasta el amanecer. Y finalmente tampoco hubo que colgar sábanas sangrientas de la ventana del dormitorio para demostrar que mi esposa todavía no había sido desvirgada, que era sólo para mí, el primero, el que la tomaría entre sus brazos aquella misma noche.

—El principal desafío a que nos enfrentamos desde tiempos inmemoriales es el porqué —dijo Bernhard; su rostro, detrás de la punta incandescente del cigarrillo, quedaba casi totalmente a oscuras—. No sólo la ciencia, sino todos. Primero descubrimos el mundo; después, el espacio. Llevamos gente a la Luna. Tal vez en los próximos cincuenta años aterrizarán cohetes tripulados en Marte. Pero, créeme, lo que encontremos en Marte no será mucho más interesante que la visita a la Luna. Más piedras y cráteres y lechos de río secos por los que quizá en algún momento corrió agua, sólo que más lejos. A la hora de la verdad, una expedición a Marte no puede ser otra cosa sino decepcionante. No, nuestro verdadero objetivo está mucho más cerca. De hecho, está aquí mismo. —Bernhard se tocó levemente la sien—. En nuestro cerebro. Tenemos que pensar más allá que hasta ahora. Debemos convertirnos en sordos, pero sordos que quieren oír. Para un sordo, que sólo conoce una humanidad formada por otros sordos, descubrir el oído sería el mayor hallazgo

posible. Ahí es adonde tenemos que ir. No deberíamos querer viajar cada vez más lejos, sino exclusivamente hacia dentro. Tenemos que pensar en lo que hasta ahora era impensable.

Hasta aquí yo no había dicho una palabra, como máximo algún gruñido de asentimiento para demostrarle que lo escuchaba. Había estado pensando en la boda de Bernhard, no en una de las dos primeras, sino en la última, la de Christine. En los últimos veinticinco años, en Holanda la gente se ha casado por ironía, y la boda de Bernhard y Christine no había sido una excepción. Aquí, en Ámsterdam, en el edificio que acoge el ayuntamiento y la ópera, hay una sala de ceremonias pintada en tonos pastel de color verde y naranja y con detalles como una silla torcida colgada de la pared. La mesa en la que se ratifica el matrimonio está instalada sobre una plataforma giratoria que durante la firma da una vuelta lentamente. La lista de espera para esa sala de bodas es infinita. Pero ¿qué significan esa silla torcida, esos colores chillones y la plataforma giratoria, aparte de que no nos tomamos la boda en serio? Es casarse medio de broma. Nos casamos, pero en realidad no significa nada, claro.

Ocurrió hacia el final de la fiesta. La mayoría de los invitados ya se había ido a casa. Me había acercado paseando hasta el borde del jardín, y después seguí más allá, pasado el gallinero y el cobertizo donde los padres de Sylvia guardaban los tarros de verduras en conserva y los embutidos secos, donde las herramientas de jardín colgaban en las paredes, y las salchichas caseras, del techo. No había valla, el césped dejaba espacio a un trozo de tierra sin labrar entre cuyas rocas solamente crecían cardos y matas bajas. En ese punto, el terreno descendía y terminaba en una zanja que subía en una pronunciada pendiente al otro lado. Yo sabía, porque Sylvia y yo habíamos subido una vez, que ahí había un sendero estrecho. Al cabo de unos doscientos metros alcanzabas un punto, una especie de hendidura entre las rocas, desde donde veías la casa de sus padres y casi todo el pueblo al fondo.

Yo no tenía un plan específico. O, bueno, sí. Pero era un plan que no empezó a especificarse hasta que me dejé caer de rodillas para a continuación bajar a la zanja, pasito a pasito, con cuidado, y buscando apoyo con las manos en la tierra dura. Quería subir por el sendero tortuoso hacia la hendidura entre las rocas. Era feliz. En aquel momento supe, sin asomo de duda, que nunca había sido tan feliz en toda mi vida. Necesitaba perspectiva, distancia, por decirlo así. En la medida en que la oscuridad lo permitiera, quería poder mirar mi vida desde aquella hendidura, desde las alturas. La felicidad que acababa de conquistar. Pero apenas había bajado a la zanja cuando oí que alguien decía mi nombre en voz baja detrás de mí:

—Robert...

¿Debería abandonar la cautela y poner al hermano mayor de mi mujer un nombre que le pegue? En realidad, el problema es otro. Su verdadero nombre le va que ni pintado, encaja perfectamente con él, como un traje a medida; no puedes quitárselo sin que se pierda algo. Estoy satisfecho con los nombres ficticios de mi mujer y mi hija; es más, a medida que los repito, van relegando a un segundo término sus verdaderos nombres. Sylvia y Diana... Ya les he cogido afecto, a esos nombres, me va a costar tener que despedirme de ellos.

El hermano mayor de Sylvia se llama como se llama, no sé de qué otro modo explicarlo. Él y su nombre son uno, como Jesucristo, John F. Kennedy o Mick Jagger. No pueden llamarse de otro modo y nadie podrá llamarse como ellos jamás. Seguramente se nos escaparía una risilla incómoda y se nos pondría cara de incredulidad si alguien se nos presentara con uno de estos nombres.

Mientras no se me ocurra nada mejor, lo llamaré «su hermano».

Antes de explicar que allí todo el mundo, sin excepción, pronunciaba mal mi nombre —no sólo ponían la sílaba tónica donde no tocaba, sino que además parecía que necesitaban más aire para pronunciar las vocales desconocidas y para llevar de la garganta a los labios las consonantes pegadas unas a otras de nuestro idioma, y además lo pronunciaban con una cierta ironía, con un tono de incredulidad apenas disimulado, como si en realidad no les pareciese posible que un nombre como el mío existiese realmente—, debo decir que yo también me he cambiado el nombre. Me pareció lo más honesto hacia mi mujer y mi hija. Y nadie puede decir que esté mal elegido. Todo el mundo sabe cómo me llamo realmente, sólo hay que superponer mi nombre inventado al verdadero. Así que pensad en mi nombre, e imaginad cómo lo pronuncia un extranjero en cuyo idioma las consonantes sólo sirven como puente hacia la próxima vocal. Un idioma en el cual las consonantes son los goznes con los que palabras y frases se fijan unas a otras: sin esos goznes, las palabras se desmoronarían, pero los goznes en sí nunca deben llamar demasiado la atención. Tienen que ser invisibles. Una palabra con dos vocales y cinco consonantes, tres de las cuales, encima, están agazapadas unas con otras, como asustadas, no va a ninguna parte; en boca de alguien que no sabe neerlandés, en todo caso, da risa.

—Robert...

Se sentó en una piedra. Yo volví arriba. Nos quedamos sentados uno al lado del otro al borde de la zanja, cuyo fondo no se veía en la oscuridad. Me ofreció un cigarrillo de un paquete arrugado de la marca local; un tabaco que olía a asfalto y que te cortaba la respiración a la primera calada. Me dio fuego y después sostuvo el mechero debajo de su propio cigarrillo.

Observé su rostro a la luz de la llama, durante el segundo y medio que estuvo encendida. Como todos los hombres de este país —y quizá todavía más los de esta zona, esta ciudad—, parecía al menos diez años mayor de lo que era realmente. Era difícil precisar a qué se debía. No era tan sólo una suma de más surcos y arrugas, de más granos y lunares que en el rostro estándar neerlandés, ni de las dentaduras, generalmente peor cuidadas y a las que ya faltaba alguna pieza. Tampoco era porque tuvieran la piel más morena que la nuestra, más curtida por la intemperie y la intensidad de un sol que no mitigan las nubes ni la niebla: en realidad, esos hombres hacían cuanto estaba en sus manos para no exponer nunca sus rostros a la luz del sol. Se quedaban a la sombra siempre que podían: allí siempre se comía a cubierto, las terrazas de los restaurantes estaban sólo para los turistas. Un observador superficial podría pensar que esos rostros habían vivido más que nosotros, que les habían pasado más cosas, que habían visto más. En comparación con la mayoría de las caras neerlandesas, quizá hasta era cierto. La felicidad ingenua con que mira el mundo el neerlandés medio no era algo que te encontraras por allí. Allí sólo veías esos rostros en blanco, rostros sin historia como los de nuestro país, en niños pequeños, pero incluso ellos a menudo tenían expresiones más adultas que dejaban entrever perfectamente cómo serían cuando se hiciesen mayores. No, yo más bien diría —y ya tenía derecho a hablar, después de los ocho meses que habían pasado entre que conociera a Sylvia y la boda— que esos rostros estaban, sobre todo, cansados. Cascados. No sólo por trabajos demasiado duros, o por una vida demasiado dura, quizá estaban cansados de la vida en sí. Del paso del tiempo. Ya desde jóvenes —el hermano de Sylvia no llegaba a los treinta y cinco años—, la vida y el tiempo habían dibujado las facciones de un hombre viejo sobre sus rostros. Allí el tiempo se anticipaba al futuro y perfilaba los rasgos como si los rostros fuesen más mayores de lo que eran en realidad.

¿Podría ser, tal vez (ya me lo pregunté entonces, y sigo preguntándomelo a fecha de hoy), que nos dé la sensación de que la gente con ese tipo de cara es capaz de más? ¿O de menos, en lo que

a sentimientos de compasión, empatía o cortesía se refiere? ¿Acaso allí, en ese entorno de rocas y cardos, bajo ese calor inclemente, no era yo el eslabón más débil? El hombre amable del norte que en tiempos de guerra no servía de nada. Que en ese mundo tan duro del interior no servía de nada. Un hombre alto, blando, rubio; un calzonazos que ayudaba a las mujeres a recoger la mesa, a llevar los platos sucios a la cocina. Un hombre que, Dios nos pille confesados, agarraba un trapo para secar los vasos y platos que alguien había dejado en el escurridor. Pero ¿qué se había creído? ¿Acaso iba a dar ejemplo a esos hombres hechos y derechos?

Me lo he preguntado muchas veces, y soy perfectamente consciente de que ahí asoma la cabeza el prejuicio. ¿Podría ser que un hombre que rebana el cuello de un animal (algo que, por otro lado, hace con la mayor eficiencia, sin crueldad innecesaria) como si fuera la cosa más normal del mundo (algo que pertenece a la vida misma, como el amor, el nacimiento y la muerte) también tenga más facilidad que nosotros a la hora de poner un cuchillo en el cuello de otra persona? ¿En todo caso, más que yo, un adulto a quien ya le darían arcadas sólo con que le pidiesen desplumar una gallina? Eso, por cierto, en casa de los padres de Sylvia nunca me lo han pedido: seguramente se dan perfecta cuenta de que, aunque seque los platos, una cosa tan elemental como desplumar un pollo no es algo que puedan pedirme, tal como no mandarían a un niño a dismantelar una mina terrestre.

Y ¿acaso esa misma blandura (el aspecto de eslabón más débil, el comportamiento de calzonazos) no era el principal motivo por el cual Sylvia se había enamorado de mí? ¿Prefería un hombre que la ayudaba a fregar los platos en lugar de uno de su propio pueblo que se quedaría sentado mientras ella le servía la comida y la mandaría de un lado a otro como a una cabeza de ganado, aunque seguramente no le rebanaría el cuello?

Un hombre con un rostro demasiado viejo para su cuerpo, con un cuerpo demasiado bajito y fornido, y a menudo también demasiado gordo, con quien una mujer no podía excitarse ni por mal de morir (palabras de Sylvia). Hay que decir que ahí se veía mucho, más que en nuestro país, un tío de lo más feo, paticorto y barrigón, al lado de una reina de la belleza local.

—¿Cómo es posible? —preguntaba Sylvia cuando pasábamos al lado de una pareja de ésas—. Yo también habría podido acabar así. No quiero ni pensarlo.

• • •

—¿Estás contento, Robert? —me preguntó su hermano, mientras exhalaba el humo del cigarrillo por la nariz y me ponía la mano en el hombro—. No, perdona, no es la palabra correcta. Quería decir «feliz». ¿Eres feliz, Robert?

El inglés de su hermano era mejor que el del resto de la familia, Sylvia incluida. En primera instancia, me había preguntado si estaba contento (*glad*), pero se había corregido enseguida. «*Are you happy, Robert?*» Allí tenían dificultades con la «h», siempre la pronunciaban como una jota larga y muy llena de aire, de modo que *happy* sonaba como *jeppi*, pero ése no era el momento de intentar mejorar la pronunciación de nadie.

—*Yes, I am happy* —respondí—. *Very happy*.

Me descubrí pronunciando la «h» como jota las dos veces, como para no avergonzar a mi recién estrenado cuñado. Del mismo modo yo, un hombre criado en Ámsterdam Sur y por tanto que habla la variante estándar de neerlandés, había adoptado un ligero acento amsterdams al dirigirme, entre abucheos, a los seguidores del Ajax desde el escenario azotado por el viento del

aparcamiento: para recortar la distancia, sospecho, para intentar ser *one of the guys*. Ojo: no es que lo hiciera a propósito, en cierta manera hasta se me antojaba ridículo, pero ocurría sin que pudiese evitarlo.

Con los padres de Sylvia también había habido problemas lingüísticos. Con Sylvia, en la fase inicial de nuestra relación, hablaba una mezcla de mal francés e inglés, pero sus padres no hablaban nada, excepto su propio idioma. De hecho, una lengua común no era necesaria. Cuando se presentó por primera vez ante sus padres con aquel holandés alto y desgarbado, en el pequeño comedor de su casa natal, me cogió de la mano. Lo vi en sus caras, lo leí en sus ojos. Decepción. Hicieron todo lo que pudieron; su padre apartó una silla de la mesa de la cocina y me indicó mediante gestos que me sentara mientras gritaba algo a su mujer, quien a su vez puso sobre la mesa una botella de vino que ya estaba abierta y cuatro vasos.

Eran las once de la mañana, di unos sorbitos y sonreí tanto que me dolían las mejillas. Ahora que estábamos sentados, la diferencia de altura se notaba menos. En el umbral de la puerta del comedor ya me dio apuro ser tan alto; al entrar me agaché involuntariamente, pero aun así sacaba dos o tres cabezas a sus padres. Sylvia tampoco es alta, pero no se puede decir que sea bajita, ella también sacaba al menos una cabeza tanto a su madre como a su padre. Era rotundamente humillante, sobre todo para sus padres; el padre que tenía que levantar la barbilla noventa grados para poder mirarme a los ojos, la madre que ni siquiera se atrevía y, por tanto, mantenía la mirada clavada en algún punto a la altura de mis rodillas.

Pero también era humillante para mí, en el sentido en que uno puede cargar con la propia incomodidad como una anomalía física. De la gente con joroba o cicatriz, lo que uno más recuerda después es la joroba o la cicatriz. Joroba y cicatriz adquieren sentido más tarde. Uno se da cuenta de que de alguien con una joroba o una cicatriz no se podía esperar nada bueno.

En fin, ¿qué demonios había ido a hacer allí con mi cuerpo holandés, claramente demasiado alto, a esa casa, a ese país donde no se me había perdido nada? Iba a raptarles la hija, su preciosa hija. Al fin y al cabo, todos los extranjeros quedaban prendados de las mujeres locales. En sus países no había mujeres como ésas. Las mujeres de verdad, mujeres que irradiaban feminidad, se habían extinguido hacía mucho tiempo en Holanda.

Más adelante Sylvia me explicaría que en un primer momento sus padres me habían visto sobre todo como a una persona «distinta». Lo que más los apenaba era que no fuese a casarse con un hombre de su región natal. Después habían afirmado abiertamente que la cosa habría sido mucho menos grave si yo al menos hubiese tenido la misma nacionalidad o la misma etnia que su hija.

—Parece amable —había dicho su madre sobre mí—, pero es muy extranjero.

Y ¿qué debía de haber visto su hija en mí? ¿Por qué había elegido a ese tipo larguirucho en lugar de a un hombre de verdad de allí del pueblo? Porque yo no era un hombre de verdad, y eso se notaba a la legua: empezando por aquella sonrisa bobalicona y continuando por los sorbitos rápidos de vino. Ya verás como ahora querrá llevar todos los vasos al fregadero e insistirá en ayudar a fregar los platos.

—Me alegro de oírlo —dijo el hermano de Sylvia, masajeándome el hombro suavemente con los dedos—. Veo que tienes buen corazón. Que serás un buen marido para ella. —Aquí hizo una pequeña pausa, y añadió—: Pero quiero decirte una cosa, Robert. Si alguna vez le haces algo... —Sus dedos dejaron de masajearme y se tensaron firmemente sobre mi hombro—. Si alguna vez le haces algo, voy a ir a por ti. Entonces te las verás conmigo.

—En esencia, hay dos cuestiones importantes que no podemos entender con nuestro cerebro — dijo Bernhard—. Una es el universo. El origen del universo y su final. O mejor dicho: la infinitud. De hecho, la ciencia no tiene respuestas sobre este punto. Nunca se ha llegado a más que una nueva teoría sobre su origen. Que quizá todo fue mucho más rápido de lo que creíamos hasta ahora, que por tanto el universo se expande mucho más deprisa de lo que pensábamos, que antes de nada hubo una enorme acumulación de materia que estalló. Etcétera, etcétera. Pero siempre nos saltamos la pregunta más importante: el porqué. O dicho de otro modo: ¿qué había antes del origen del universo? ¿De dónde salió esa materia de repente? Y ¿por qué la ciencia siempre empieza a contar desde el Big Bang, y no antes? Y ¿por qué esa misma ciencia no mira nunca más allá de los límites del universo? ¿Por qué no mira qué hay más allá? Si el universo es finito, ¿qué hay después? ¿Qué hay fuera? ¿Más infinito? ¿O nada? Y ¿cómo tenemos que imaginarnos esa «nada»? Éstos son los dos enigmas para los cuales nuestros cerebros son demasiado limitados, simplemente. En eso somos como los sordos que no pueden imaginarse lo que es oír. Y ése es exactamente el hueco que ocupa la religión —continuó Bernhard—. El límite del universo es, al mismo tiempo, el límite de lo que comprendemos. ¿Qué hay más allá del límite del universo? ¿Qué nos ocurre después de la muerte? En esencia, es la misma pregunta. La razón no basta para entenderlo, decimos. Y de eso se trata justamente. Completamos con nuestra fantasía aquello a lo que no llegamos con la razón. Con un más allá, o con una explicación científica, como en el caso del universo. Los científicos se ríen del Génesis, de un Dios que creó el mundo en siete días. Es ridículo, dicen, pero se olvidan de que sus propias explicaciones científicas tampoco empiezan desde la nada. Ya hay materia desde el principio. Pero por comodidad no nos preocupamos de lo que había antes. Antes del Big Bang, antes de esa materia. Mientras tanto, nos hemos acostumbrado a pensar en miles de millones de años, en miles de millones de años luz. Pero no nos ocupamos del tiempo anterior al origen del universo, porque ni siquiera sabemos si hay algo de que ocuparnos. En realidad no sabemos nada. El universo es infinito. Infinitamente vacío, sobre todo. Las distancias ya no se pueden expresar en kilómetros. Aquí uno también podría preguntarse de qué sirve tanto espacio. Personalmente, nunca he sido religioso, ni me llevaron a un colegio religioso, como ya sabes. Pero ¿te acuerdas de aquella vez...? ¿Cuánto hace ya, veinte años? Cuando cruzamos Death Valley juntos en coche. Habíamos salido de Los Ángeles hacia el norte, y entonces vimos aquella salida con un cartel grande que avisaba de que en los próximos doscientos cincuenta kilómetros no habría ninguna gasolinera.

—Sí. Los dos cazas que simulaban un combate en el cielo —dije.

—Sí, exacto. Yo también me acuerdo. Había un salar enorme y nada más. Ninguna casa. Ningún otro coche. Creo que en toda la tarde no vimos a nadie.

—Cierto. Incluso nos dio un poco de miedo. Pensamos: ¿qué pasaría si se nos estropeara el coche allí?

—Y era muy real, ese miedo. Todavía pasa. Hace un par de años, por ejemplo; una madre con su hijo. Habían acampado en Zabriskie Point, pero luego el coche no arrancó. Y aquella familia en una autocaravana, en Montana. Era otoño, habían salido de la ciudad para ir a su cabaña en el bosque y empezó a nevar. Hasta la primavera, cuando empezó a fundirse la nieve, no encontraron la autocaravana.

En ese momento recordé otra cosa del viaje por el salar. Habíamos hablado de Dios, de que en un entorno inhóspito como aquél era más comprensible que la gente hubiese empezado a creer

en un Dios. Y después pasamos de Dios a las armas. A la tenencia de armas. En los Países Bajos siempre se habla en un tono algo socarrón de los estadounidenses y sus armas de fuego. Todas esas pistolas y armas que puedes comprar en cualquier sitio como si nada, hasta en los supermercados. Pero seguro que esos holandeses nunca habían entrado en Death Valley por el noroeste. Ahí no hay nada. Ni una casa, ni un árbol, ni un arbusto. Sólo una superficie agrietada de color blanco sucio y unas montañas peladas e igualmente desiertas a lo lejos. Caía la tarde y todo se teñía poco a poco de rosa pálido a morado oscuro. Si no había Dios, no había nada de nada, pensamos los dos. Y después se nos ocurrió que nos sentiríamos mejor si al menos nos adentrábamos armados en ese paisaje remoto y profundamente hostil.

Entonces me acordé del hermano de Sylvia, del momento en que había dejado de masajearme el hombro y me había conminado a que jamás hiciera daño a su hermana. Yo le había mirado la cara, sus ojos en la oscuridad, la punta incandescente del cigarrillo. Durante medio segundo, me había preguntado si era una broma, si la gravedad del hermano de mi mujer —la mujer con quien acababa de casarme apenas un par de horas antes— podía ser fingida. Si me estaba perdiendo algún doble sentido y estaba a punto de hacer el ridículo irremediablemente si me tomaba su amenaza en serio. Respiré hondo un par de veces, esperé el momento en que retomaría el masaje del hombro y se echaría a reír. «Ja, te la había colado, ¿eh, Robert? Admítelo, hombre. Te lo habías tragado.»

Pero esa risa no llegó. Quizá eran imaginaciones mías, pero me pareció que sus dedos reanudaban la presión sobre mi hombro con fuerza renovada.

—Nunca le haría nada —dije—. Nunca. Sylvia es la mujer de mi vida. Simplemente, no podría.

Recuerdo lo que pensé en aquel instante. Por un lado, todos los prejuicios se confirmaban de golpe («Esa gente es así, lo lleva en la sangre»); por el otro, me sentí agradecido al hermano de Sylvia. Había empezado algo nuevo, una fase nueva de mi vida en la cual me había despedido para siempre de la vida despreocupada. No sólo me había casado con la mujer de mi vida, sino que además realmente había algo en juego. Esto no era un matrimonio de papel mojado.

—Me alegro de oírlo, Robert —dijo en voz baja, y casi de inmediato sus dedos continuaron con el masaje.

17

No sabía qué quería. Bueno, no era exactamente así: yo sabía, sobre todo, lo que no quería.

No quería investigar, dedicarme a buscar pruebas. Así iban estas cosas normalmente en la vida real. Tanto en la vida real como en las películas. El cónyuge engañado investiga: intenta descubrir la contraseña del ordenador de su mujer (nombre de la hija, nombre de la mascota más dos últimas cifras de su fecha de nacimiento), aunque sus mensajes de correo electrónico no proporcionan pruebas. Quizá tenga una segunda cuenta, una cuenta secreta. O tal vez en algún momento de descuido, cuando ella deje el iPhone tirado por ahí como tantas otras veces, él podría repasar su historial de WhatsApp. Pero ¿encontrará algo? ¿Acaso ella no habrá tomado medidas de antemano, acaso no borra los correos y mensajes comprometedores en cuanto le llegan?

No pude evitar acordarme de la película en que un periodista introduce el último destino de un compañero asesinado en su navegador. Pero mi mujer no tenía carnet de conducir. Tampoco era lo que quería, entendí en ese momento, un par de semanas después de la cena con Bernhard y Christine. Me propuse estar bien atento. Seguiría espiando desde detrás del periódico. Durante nuestras comidas juntos, la familia al completo en casa o, como unos días antes, los tres en el Schiller, participaría de las conversaciones inocentes, y al mismo tiempo, como un sismógrafo que detecta las primeras vibraciones en la corteza terrestre, registraría las variaciones en la voz de mi mujer durante sus historias.

Las pruebas irrefutables dejan algo roto a su paso. Un correo electrónico incriminatorio o un mensaje inequívoco provocarían daños irreparables. Me pasaría el resto de la vida repitiéndome el texto palabra por palabra. En un momento de descuido, esas palabras pasarían a un primer plano y contaminarían para siempre nuestro futuro (nuestro futuro juntos, me permití pensar, nuestra felicidad reencontrada). Tres o cuatro años más tarde, observaría desde la playa cómo mi mujer se adentraba en el rompiente pasito a pasito y de pronto vería aparecer el texto: «¡Y más besos! Hasta el lunes, Maarten», en la parte inferior de la imagen. Mientras no hubiese pruebas, me decía, todo era posible.

Y mientras todo fuese posible, también podía acabarse en cualquier momento como si nada. Así que éste era mi propósito a partir de ahora, lo que quería intentar con todas mis fuerzas. Si entre el presente y un punto no demasiado lejano del futuro la cosa se terminara de repente, nunca se lo reprocharía. No sabía si sería capaz, pero valía la pena intentarlo. No le complicaría la vida. Además, quizá nunca había ocurrido. Mientras yo no sacara el tema, nunca habría ocurrido.

Lo que más me costaba era el pasado. ¿En qué medida se corrompería nuestro pasado conjunto? Pensé en cosas que habíamos hecho juntos en los últimos meses, si todavía significaban lo mismo ahora que las cubría un velo de sospecha. La posibilidad de una doble vida. Mi mujer

me sonreía, pero esa sonrisa sólo tenía la intención de engañarme.

El otoño anterior habíamos ido al museo KröllerMüller. Una escapada de cuatro días los dos solos. Normalmente, para salidas así íbamos a nuestra segunda residencia, o a Barcelona, París o Londres, pero esa vez nos habíamos aventurado a ir hacia el interior de los Países Bajos. A veces Sylvia se quejaba de que en realidad no conocía el país.

—Conozco Ámsterdam, pero del resto nada —decía.

No era verdad del todo, porque los primeros años que vivió aquí fuimos a todas partes: a Schiermonnikoog, a Groninga, a Limburgo meridional..., pero después de los dos primeros años, la verdad era que habíamos dejado de hacerlo. Viajar por Holanda es como correr en una cinta de gimnasio: media hora más tarde, cuando te bajas, todavía estás en el mismo sitio.

Caminamos por las salas del museo. La verdad es que yo apenas miro las obras expuestas. Mi impaciencia siempre puede más que la sensación de culpa que me genera mi desinterés. Para mi mujer es muy distinto. Había un pasillo muy largo con pequeñas salas a ambos lados. Personalmente prefiero pasar de largo esas salas, como mucho meto la cabeza un momento para retirarla enseguida, como un médico que se equivoca de habitación en un hospital. Pero mi mujer entra en todas y cada una de las salas. Se planta una media de dos minutos delante de cada cuadro. Podría decir que remolonea, pero sé que no es cierto: soy yo quien va demasiado rápido, y punto. A ratos camino sin muchas ganas detrás de ella, observo a su lado una pintura oscura con un barco iluminado amarrado a un muelle medio oculto por la niebla. Miro como ella, intento mirar con sus ojos el barco, la niebla. Siguiendo su ejemplo, me inclino hacia el cartelito que hay al lado del cuadro, en el que constan el nombre del pintor, el título y el año en que lo pintó. Después de leer el cartelito, mi mujer no sigue adelante: retrocede un paso y vuelve a observar el cuadro. Mientras que para mí leer el cartelito es la última parada, el último acto obligatorio antes de despedirme para siempre del cuadro, para ella la información del cartelito es un incentivo para observar aún más detenidamente la obra: con otros ojos, con nueva información. A esas alturas, en general ella ya se ha olvidado de mí, pero de vez en cuando mira a un lado y en su rostro se dibuja una sonrisa agradecida: la misma sonrisa agradecida que me dedica si he tenido la paciencia de quedarme esperando al lado del probador de una tienda de ropa.

—Qué bonito, ¿no? —dice. O bien—: Casi puedes oír el silencio a través de la niebla.

Para mí, ése es el momento de volver la cabeza hacia el cuadro siguiente. O mejor aún, de pasear la mirada, en un movimiento fluido, por el resto de las pinturas colgadas en la sala. Despedida. Más barcos. Una batalla naval. Un naufragio. Marineros que pasan hambre en una isla del mar de Barents.

Lo que ocurrió fue que al cabo de un rato ella se había quedado rezagada varias salas. Quien no se detiene delante de cada cuadro, ve otra cosa: toda la historia del arte en cuatro pinceladas. El Kröller-Müller está organizado así, del pasado al presente. De cuadros con barcos reconocibles, paisajes helados y cuencos con fruta, a obras que gradualmente van dando la espalda a la realidad perceptible. Va pasando por contornos borrosos, paisajes con ríos pintados con cientos de puntitos y bailarinas de ballet formadas por cuadrados y bloques, hasta llegar a obras sin ningún elemento reconocible. Rectángulos. Colores. Colores bonitos, eso sí, rectángulos bonitos, también; pero había llegado el momento de acabar la visita al museo y volver al mundo exterior, donde sabes qué ves.

Retrocedí seis salas y me la encontré sentada en un banco delante de un cuadro que representaba a un grupo de hombres y mujeres, algunos de los cuales sujetaban parasoles, mientras

hacían un pícnic sobre la hierba a orillas de un río. Aún estaban pintados de forma que se los reconocía como personas, hierba, río, pero ya se veía un primer alejamiento cauteloso de la realidad. Los rostros, casi sin rasgos reconocibles, precursores de las superficies, círculos y cuadrados abstractos; la hierba no tenía color de hierba, sino un tono más claro, el verde pálido y dulzón del helado de pistacho.

En realidad, lo primero que miré no fue el cuadro, sino a mi mujer, por supuesto. Ya había visto ese cuadro antes. Era el cuadro en que me había dado por vencido, la sala en que había dejado atrás a mi mujer.

Estaba sentada en el banco y escribía algo en su móvil, todavía no me había visto. Me quedé donde estaba y observé su rostro.

Sonreía. Escribía sonriendo. Nuestra hija, pensé; eso pensé entonces, hace una eternidad. Sylvia y Diana intercambiaban mensajes a menudo cuando no estaban juntas. Por eso sonreía Sylvia, claro, porque al escribir pensaba en Diana. O porque Diana acababa de escribir algo divertido y todavía le hacía gracia.

Justo entonces levantó la mirada del iPhone y me vio. En retrospectiva, no puedo decir que se sobresaltara. No, más bien puso la expresión de quien acaba de despertarse y por un instante todavía no sabe en qué dormitorio, en qué cama se encuentra.

—Eh...

Tampoco sabría decir ahora si su sonrisa empezó a desvanecerse en cuanto me vio. Si parpadeó, como cuando alguien abre las cortinas en una habitación a oscuras.

Señalé su teléfono con la cabeza.

—¿Diana? —pregunté. Nuestra hija se había quedado en casa; el pasado otoño todavía no teníamos noticia del novio nuevo—. ¿Todo bien?

Mi mujer negó con la cabeza.

—No, es una amiga. Una amiga que no conoces.

«Una amiga que no conoces...» ¿Dónde había oído eso?

No, entonces todavía no lo había oído. Lo oiría más adelante, unos seis meses más tarde, en la terraza de la *brasserie* de París.

¿También era Sadako, la amiga que yo no conocía de aquella vez en el museo? ¿La misma Sadako japonesa, ficticia o no, a la cual entonces ya engañaba su marido, o a la cual engañaría seis meses más tarde? Su marido inventado, no pude evitar pensar. Una amiga inventada con un marido inventado: una aventura extramatrimonial inexistente.

Con Sylvia y conmigo la cosa es simple: allá adonde vamos, la gente se lo pasa bien. Si estamos los dos solos, también somos felices. Nuestros intereses difieren bastante, pero el interés del uno por el otro siempre se mantiene en el mismo nivel alto. Aunque a mí la pintura no me dice mucho, un cuadro ante el cual Sylvia se pare siempre es más que una simple batalla naval, un paisaje o un bodegón con fruta y una liebre muerta.

De repente pensé que debería decir que la gente se lo pasaba bien donde estuviésemos. Entonces todavía era así, aquellos cuatro días de otoño. Me escuché plantearme mentalmente una pregunta horrible, una pregunta cuya respuesta no sabía si quería oír: «¿Cuánto tiempo hace?» La pregunta que habría preferido no hacer nunca. «¿Cuánto tiempo hace que dura esto?»

Tenía miedo de contaminar el pasado. Quizá podría vivir sabiendo que su engaño manchaba el presente; de hecho, ya vivía así. Pero el pasado no, por favor, el pasado no.

¿Cuántos de esos momentos podría reconstruir aún con efecto retroactivo? ¿Cuántos querría reconstruir? Momentos cuyo sentido ahora podría cambiar.

La vez que salió de la habitación antes de contestar al teléfono. Aquella vez que... No, no quería pensar así. No quería teñir el pasado a posteriori con momentos comprometedores. Como ya he dicho, en todo caso aún no había síntomas externos de engaño. Ni pérdida de peso repentina e inexplicable, ni un uso excesivo de maquillaje... Y entonces, súbitamente, como de la nada, me vino otra idea a la cabeza: ¿Cuánta gente lo sabía ya? ¿A cuántas de sus amigas se lo había explicado? «Tengo que contarte algo, si sigo callándomelo me volveré loca. ¿Puedes guardar un secreto?»

¿A cuánta gente se lo había contado Maarten van Hoogstraten?, fue mi siguiente pensamiento. ¿Cuántos compañeros de trabajo, secretarias, mensajeros, porteros estaban al corriente? El *affaire* se convertiría en un escándalo en cuanto se filtrase a los medios de comunicación. El alcalde engañado. Aún peor: el alcalde que no se entera de nada. Medio ayuntamiento lo sabía desde hacía tiempo, él era el único que no se daba cuenta.

Estas cosas pasan, a veces. A un amigo del instituto a quien todavía veo de vez en cuando: hace unos diez años, su esposa empezó una aventura con el marido de una pareja con la que tenían amistad. Todo el mundo lo sabía. Años y años. Yo lo sabía. Sylvia lo sabía. Pero ¿sacamos al amigo de su ensueño? No. Tenía que descubrirlo por sí mismo, ¿no? ¿O acaso no tenía ojos?

Ahora se me ocurría que el simple hecho de que el lío todavía no hubiese llegado a la prensa quizá significara que no había lío alguno. O que todavía nadie se había percatado.

No, decidí que lo dejaría todo como estaba, empezando por el pasado. En el pasado no había indicios, si uno no se ponía a buscarlos. O dicho de otro modo: todos los indicios —incluida la sonrisa en sus labios en aquella sala del museo Kröller-Müller— también podían perfectamente no significar nada.

A partir de ahora me tomaría el presente de otro modo; bueno, en realidad ya lo estaba haciendo. Lo había intentado como agente de incógnito, pero a partir de ese momento sería un topo en mi propia vida. Visible e invisible a la vez. La última persona de quien se sospecharía que fuera el topo.

A partir de ahora también me limitaría a observar a Maarten van Hoogstraten desde la distancia, sin que él pudiese darse cuenta de que lo observaban. Debía mantener el mismo comportamiento, la misma actitud al tratar con él, o podría despertar sus recelos. No me caía bien, nunca me había caído bien. No debía empezar ahora a tratarlo cordialmente, o a reírme de sus bromas malas. En mi expresión debía leerse la misma ligera aversión de siempre. Aversión; no tanto como desprecio, pero casi. La gente ingenua me ponía de los nervios. Maarten van Hoogstraten irradiaba la felicidad desmedida de la ignorancia. De la incapacidad de comprender. Su rostro... Aquellos ojos azules, demasiado grandes para su cara, tenían buenas intenciones. Estaban en contra de la contaminación, se preocupaban por el calentamiento global, por la subida del nivel del mar. Causas, todas ellas, que merecían respaldo, cosas que justificaban la preocupación. Pero las personas como él se apoyaban demasiado en esas grandes causas, les sacaban un rédito. Tenían la razón de su lado: ¿cómo ibas a contradecirlos?

«¿Estás a favor de las inundaciones, o qué? ¿Prefieres alzar los ojos y ver sólo un cielo oscurecido por el humo?» Y de carrerilla: «¿Es que te opones a que la riqueza se reparta equitativamente? No te importa que haya gente muriéndose de hambre mientras tú puedas disfrutar de tu filete, ¿verdad? ¿Quieres cargarte todavía más nuestro bonito planeta?»

Todo eso cuando tú no habías abierto la boca al respecto. Ni se te habría ocurrido. Te sometías al terror. El terror de la razón aplastante, el eterno posicionamiento a favor del bando bueno.

Pues a partir de ahora le llevaría la contraria. Siempre lo había hecho, pero en adelante lo haría menos descaradamente. Pondría cara de interés cuando desplegara sus planes de un parque eólico justo al lado de la ciudad. Asentiría con expresión comprensiva en determinados momentos de su discurso, me llevaría la mano a la barbilla con expresión atenta, como si lo escuchara de verdad.

Como si aquel parque eólico fuese a convertirse en realidad algún día, pensé a continuación, y me sobresaltó mi propia carcajada, un pelín demasiado fuerte.

18

Se notaba claramente que la periodista sentada delante de mi escritorio todavía quería plantear una última pregunta, pero entonces llamaron a la puerta y mi secretaria asomó la cabeza.

—Enseguida terminamos —dije.

Siempre acordaba de antemano con la señora Schreuder que una vez transcurrida una hora de entrevista llamase a la puerta para decir que me esperaban en alguna reunión o en la inauguración de algún puente. Pero esta vez, mi reloj interior no tenía la sensación de que ya hubiese pasado una hora, y solía ser muy preciso, porque a mí todas las entrevistas se me hacían largas. Intentaba ser más astuto que el tiempo; nunca miraba qué hora era y así la cabeza redentora de mi secretaria siempre aparecía antes de lo esperado.

—Es tu padre —dijo, después de echar un vistazo a la periodista.

—Dile que ahora lo llamo.

La señora Schreuder se llevó la mano a los labios, carraspeó y volvió a mirar a la periodista.

—Es que no está al teléfono... Está aquí. Aquí fuera, en recepción.

Esto era nuevo. Nunca había pasado. En todos los años que llevaba de alcalde, nunca se había presentado en el ayuntamiento sin previo aviso.

—Dile que ahora...

Pero no terminé la frase. Algo, un presentimiento acompañado de la sensación de que el corazón se me desplomaba un par de centímetros, hizo que me incorporara de la silla.

Durante medio segundo me planteé pedir a la periodista que se esperase en el pasillo para que yo pudiera hablar con mi padre, pero no era buena idea. Quizá se le ocurriría incluirlo en la entrevista como «detalle personal». Quizá la enojaría. Parte de ese enojo se filtraría al artículo.

—¿Puedes esperar un momento? —pregunté a la periodista con una sonrisa—. Seguramente no tardaré mucho.

No me devolvió la sonrisa; miró el iPhone con el que estaba grabando nuestra conversación y tocó la pantalla con el pulgar.

—En realidad ya casi estaba —dijo—. Sólo una cosa más... No, vaya, vaya. Me espero.

Mi padre estaba plantado, con las manos en los bolsillos, delante del retrato del rey colgado en el pasillo, al lado del despacho de mi secretaria. En teoría el retrato tendría que estar en mi despacho, pero no podía ni imaginarme que ésa fuera la primera cara que viese cada día al entrar a trabajar. Sabía lo que ocurriría. Con el paso del tiempo, quizá al cabo de sólo un par de semanas, me habría acostumbrado a ella, algo que quería evitar a toda costa. En nuestra antigua casa teníamos un cuarto de baño de los setenta: azulejos marrones con motivos de flores. «Será lo

primero que arreglemos», nos dijimos cuando fuimos a ver la casa. Pero no lo hicimos. Lo fuimos aplazando. Reformar un baño no es como repintar una pared cubierta con papel. Te pasas un par de semanas sin poder ducharte, en realidad tienes que buscarte una vivienda provisional, o hacer la reforma cuando te vayas de vacaciones. Lo que ocurrió fue que nos acostumbramos a ducharnos en un cuarto de baño horrible que hacía que te doliesen los ojos. Nunca usábamos la bañera: lo único que querías era salir de ahí cuanto antes.

Llegó un punto en que tuvimos la sensación de que parte de la fealdad del baño se nos había metido dentro. Por tanto, el retrato del rey estaba colgado en el pasillo. Todas las mañanas pasaba de largo por delante de él, como cuando ves a alguien con quien no quieres hablar en una fiesta.

—Robert...

Mi padre intentó sonreír, pero vi enseguida que estaba alterado. Sus ojos saltaban de mí a mi secretaria, que me había acompañado y se había quedado delante de la puerta de su despacho.

—Ven —dije, y le puse una mano en el hombro—, vamos a dar un paseo. Me volví ligeramente y saludé con la cabeza a la señora Schreuder, un saludo tranquilizador, no pasa nada, enseguida vuelvo, no voy a tener a la periodista esperando sin necesidad.

—No voy a andarme con rodeos —dijo mi padre antes de que dobláramos la esquina para llegar a otro pasillo, más amplio; al fondo a la derecha estaba el bar. Ahí podríamos sentarnos si no había demasiada gente, pero entonces me pregunté si era buena idea—. Lo adelantaremos —siguió mi padre.

Se había detenido, las manos todavía en los bolsillos. Llevaba el tipo de pantalón que mi padre se ponía casi siempre desde hacía diez años: color caqui con varios bolsillos con cremalleras en las perneras, un pantalón activo, un pantalón para trabajar en el jardín o trepar por las rocas del lecho de un río seco.

Por supuesto, entendí enseguida a qué se refería, algo en lo que había intentado pensar lo mínimo posible en los últimos meses; de hecho, había momentos en que se me olvidaba por completo. En los escasos momentos en que sí pensaba en ello, llegaba a la conclusión de que seguramente lo habían dejado correr. Durante las visitas a casa de mis padres, o si nos venían a ver ellos algún domingo por la tarde, nunca más se había mencionado el tema.

Por si acaso llegase a ocurrir alguna vez, yo había informado a Sylvia de sus planes, no justo después de la visita al cementerio de Ouderkerk con mi padre, sino mucho más tarde, casi demasiado tarde, justo antes de que llamásemos al timbre, mientras aparcábamos delante de su casa.

—Por cierto —había dicho, como de pasada—. Es posible que mis padres comenten algo bastante curioso, por no decir mucho. Te aviso para que no te pille desprevenida. Habría querido decírtelo antes, pero no encontraba el momento.

Y se lo conté. Sylvia sólo negó con la cabeza secamente.

—Pero ¿qué demonios os pasa? —preguntó, y supe que con ese «os» se refería, como otras veces, a «los holandeses». ¿Por qué no dejáis que la vida siga su curso, simplemente? ¿Por qué tenéis que organizarlo todo, de la cuna a la tumba? No lo entiendo, en serio, estáis del todo insatisfechos con la realidad.

—Pero la gente que sufre mucho dolor y sabe que le queda poco de vida... —protesté por puro formalismo, pero sabía que ella tenía razón.

—Eso es muy distinto. ¿Sufren dolor tus padres en este momento? ¿Padecen de un modo

insoportable? ¿Sabes lo que pasa, Robert? Es una cosa muy infantil. Es querer llamar la atención. Se supone que desean despedirse dignamente de la vida, pero en realidad es pura vanidad. No quieren que veas su deterioro, quieren controlar tus recuerdos. Unos padres vitales que pasean por la montaña, no unos padres a los que tengas que llevar de la cama al baño. Pero eso de dignidad no tiene nada. No es cierto que el deterioro sea indigno. Un lecho de muerte, una respiración entrecortada, unas últimas palabras, un último suspiro: eso es la verdadera dignidad. En este país, todo se ha convertido en un juego. En un parque de atracciones. Hasta la muerte.

En aquella visita el plan no se mencionó, y en ocasiones posteriores, tampoco.

—¿Y bien? —me preguntaba Sylvia a veces—. ¿Todavía van a hacerlo?

Y después de que yo contestara que no lo sabía, que últimamente ni mi padre ni mi madre habían sacado el tema, añadía:

—¿Lo ves? ¿Qué te dije? Sólo querían llamar la atención.

Pero ahora mi padre, caminando a mi lado —casi habíamos llegado a la puerta del bar—, me dijo:

—En algún momento de las próximas semanas. No hemos decidido una fecha exacta. Todavía tenemos que resolver un par de temas, y no vamos a actuar apresuradamente cuando no hace ninguna falta. No hay prisa.

—Pero... —empecé, y me quedé sin saber cómo seguir. En el bar, distribuidos entre tres mesas, había una decena de miembros del concejo municipal, concejales y funcionarios. Me detuve. Mi padre había seguido caminando; al llegar al umbral de la puerta se dio la vuelta.

—Pensaba que iríais a Francia primero —dije.

—¿Qué haces ahí parado? Pensaba que me ofrecerías un café.

Intenté mirarme el reloj sin que se diese cuenta, pero lo percibió enseguida. Nos habíamos sentado a una mesa que estaba al lado de la ventana, la más alejada del resto de las mesas ocupadas. En todo caso, esperé que estuviera lo suficientemente lejos para que no nos oyesen, pero mi padre nunca ha sido muy consciente del volumen de su voz. «No tan fuerte, no tan fuerte —le decía mi madre a menudo—. Te oímos.»

—¿Ya te tienes que ir? —preguntó—. Bueno, eso era todo. Sólo que no me parecía algo que contar por teléfono.

Dos funcionarios sentados a una mesa un poco más adelante levantaron la mirada y me saludaron con la cabeza.

—Y en cuanto a esas vacaciones —continuó, después de un sorbo rápido de café—, tu madre y yo hemos hablado mucho de ello. Simplemente, no nos ha parecido lo adecuado. ¿Cómo te vas de viaje sabiendo que va a ser la última vez? De repente nos pareció demasiado dramático. Como a los condenados a muerte cuando les dan de comer su plato favorito, eso tampoco lo he entendido nunca. Yo diría: no os molestéis. Además, se suelen elegir cosas de lo más ordinarias, una vez leí un artículo sobre eso. Un filete gigante, o el menú doble Whopper con queso y beicon del Burger King. Este café está tibio.

Se tragó de un sorbo lo que le quedaba en la taza y la dejó sobre el platito con un golpe seco. Ahora incluso nos miró la gente de las mesas más alejadas.

—Pero... —Era importante que hiciera un esfuerzo para no empezar todas las frases con «pero». Seguramente era normal pretender hacer cambiar de opinión a alguien que quiere poner

fin a su vida, aunque la persona en cuestión tenga noventa y cinco años. La verdad es que al mismo tiempo sentí otra cosa, lo mismo que había sentido en el cementerio de Ouderkerk. Un ligero cosquilleo en las puntas de los dedos y en el cuello. El aviso de algo nuevo. El final de una época —. ¿Y tu cumpleaños? Pensaba que querías celebrarlo.

Había cogido su galletita del plato y suspiró profundamente. La galleta estaba envasada en un plástico transparente al que dio un par de tirones. Después lo hizo girar entre sus dedos y volvió a intentarlo.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Hace falta meterlo todo en plástico? ¡Una triste galleta! Pues de eso también hemos hablado —continuó—. Una vida tiene hitos. Setenta y cinco. Ochenta. A los ochenta y cinco uno empieza a aburrirse. Como alguien que después de salir tres veces al escenario reaparece por cuarta vez a por más aplausos. Ya nada es especial. Bien mirado, noventa es una edad obscena. Sí, lo sé, la paja en el ojo ajeno. Yo también preguntaba a la gente: «¿Cuántos años diría que tengo?» Pero hace un par de años que no lo hago. El caso es que cada cumpleaños es un horror. Antes era por tener que ver a tanta gente, ahora por toda la gente que falta. Se ha convertido en una carrera. Una carrera de resistencia. Y sí, he ganado. Ya no viene nadie porque ya no queda nadie. Así que ¿por quién lo hago, en realidad? ¿Por vosotros? ¿Por tu madre? Por favor... Ya no es un hito, Robert. Ya he llegado a la meta. No tiene sentido correr cien metros más.

No dije nada. Me manoseé la manga izquierda, intenté levantarme un poco la chaqueta y la camisa para poder mirar el reloj.

—Sí, tienes que irte, ya lo sé —dijo—. De todos modos, ya estamos. No vamos a ir de vacaciones. No vamos a celebrar el cumpleaños, ni las Navidades, ni fin de año. ¡Qué magnífica perspectiva! El paraíso existe, y está en este mundo.

—¿Y mamá? Querría preguntarle...

—No pongas esa expresión tan dramática. Todavía estamos aquí. Queda con ella, pásate por casa. Llámala. Llámala esta noche.

—¿Esta noche? Pero si has dicho en «las próximas semanas».

—Es una manera de hablar. No te lo tomes todo de una forma tan literal, Robert. Sólo una cosa: no lo conviertas en un asunto dramático, es algo que ninguno de los dos queremos. Nada de lágrimas. Tiene que ser lo más natural posible. A partir de hoy estás informado. Pero la vida sigue su curso, y mañana o la semana que viene volvemos a vernos o hablamos. Así que llámala esta noche. Habla con ella. Los dos estáis al corriente de la situación. Nos parece una muerte bonita. Es como yo siempre he querido que pasara. Das un paseo por el bosque. Por la noche te tomas un whisky doble en tu silla favorita. Y al momento siguiente ya no estás. «¿Te apetece otro whisky?», pregunta tu esposa, pero se queda sin respuesta.

Lo miré, intenté mirarlo directamente, pero mi padre desvió la mirada hacia fuera. Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—En cuanto al aspecto práctico —dijo—, el día en cuestión te enviaré un SMS. Después de eso, espera veinticuatro horas y ven a ver. ¿Tenéis la llave de reserva, o tendrás que buscarla un montón de rato antes de poder venir? He traído una por si acaso.

La periodista no me miró molesta cuando volví a mi despacho al cabo de casi un cuarto de hora: estaba escribiendo en su teléfono, y no levantó la mirada hasta que me hube sentado de nuevo detrás del escritorio.

—Lo siento —dije, y eché un vistazo al reloj por puro formalismo—. Esto tenía prioridad.

—No pasa nada —respondió ella—. Ya casi estamos. En realidad, sólo quería enseñarle una cosa.

Sacó de la bolsa una carpeta de plástico transparente que contenía un A4, se levantó de la silla y la dejó sobre mi escritorio.

Fotos, una serie de fotos, tardé un par de segundos en entender lo que veía. Había unas diez en total. En la primera imagen aparecía un agente de policía de la brigada antidisturbios, con escudo de mimbre y porra en alto, que salía corriendo entre dos coches aparcados. Vi que eran modelos antiguos; coches que dejaban claro al primer vistazo que las fotos debían de haberse tomado a principios de los años setenta. No supe identificar la marca enseguida: ¿un Ford, quizá? ¿Un Opel? Angulosos, más cuadradotes que ahora, en todo caso; hoy en día todos los coches son redondos. En medio de la calle había tres hombres, tal vez todavía unos chavales, todos con bufanda y abrigos largos y gruesos. La bufanda les cubría la cara y los tres llevaban casco de moto o ciclomotor. En las siguientes dos fotos se veía al agente repartiendo porrazos, pero los chicos no huían, si acaso parecían esquivar los golpes y cerrar el cerco sobre él. Después había un par de instantáneas en las que el agente estaba tumbado en el suelo, medio oculto entre los coches aparcados; todavía llevaba el escudo, pero había perdido la porra. Y uno de los chicos tenía algo en la mano, un ladrillo, el brazo en alto. En la última foto salían corriendo. Del agente de policía ya sólo se veían las piernas, que sobresalían entre los coches aparcados.

—¿Y bien? —pregunté a la periodista, que se había vuelto a sentar en la silla de delante de mi escritorio y me observaba atentamente—. ¿Qué tengo que hacer con esto?

—¿No le dicen nada? ¿No reconoce nada?

Volví a mirar las fotos. No se veía la cara del agente de policía ni de ninguno de los tres chicos.

—¿Le dice algo el nombre de Mark Vader?

Negué con la cabeza.

—En su momento fue portada en la prensa. Una historia muy desagradable. En una manifestación contra la Guerra de Vietnam, tres hombres, tres chicos más bien, tiraron al suelo a Mark Vader, agente de la brigada antidisturbios, y le golpearon la cabeza y el cuello con un ladrillo. Quedó parálítico para el resto de su vida.

Empecé a recordar algo: titulares de periódicos, la indignación generalizada que provocó la historia del policía «indefenso» al que no habían dejado de golpear aunque ya estaba en el suelo.

—Sí, ya me acuerdo —dije—. Y estas fotos, ¿salieron en los periódicos de la época?

—La serie fue premiada en su momento. World Press Photo del año en la categoría «Noticias de actualidad». Nunca identificaron a los culpables. Nadie se entregó. Habrían podido hacerlo, o también habría podido descubrirse quiénes eran. Sólo habría hecho falta que uno de los tres se hubiese vanagloriado en algún bar de aparecer en una foto del World Press Photo. Pero eso tampoco ocurrió.

De pronto me di cuenta de hacia dónde iba esa historia; lo sentí en el cuello: primero frío, después caliente, el vello erizado.

—¿Sí? —pregunté—. Y ¿qué tiene esto que ver conmigo?

Ahora estaba alerta. Esa chica era periodista. Una periodista que después describiría mi reacción en un artículo de dos páginas en su periódico. Una entrevista con el alcalde de

Ámsterdam. Una entrevista reveladora. Aunque lo negase todo, la negativa se podría usar contra mí. Si hay humo, hay fuego, dice la gente. Lo mismo sucedía con una acusación de acoso sexual, una violación, o si encontraban porno censurable en el disco duro del ordenador. Podías negarlo todo. Alguien te ha tocado el ordenador, la mujer que te acusa de violación es una persona voluble que te tiene rencor desde hace años, tu mano le rozó el culo por accidente en el ascensor, pero no hay más testigos: es tu palabra contra la suya.

—Uno de los tres chicos ha hablado —anunció, efectivamente, la periodista—. De forma anónima. No quiere entregarse, sólo quiere contar su historia.

No dije nada, fingí que observaba las fotos.

—Ese hombre —continuó— dice que usted es el chico que tiró el ladrillo. El chico que dejó inválido al agente Mark Vader.

Puse los codos sobre la mesa, entrelacé los dedos y apoyé la barbilla en las manos. Intenté sonreír mirando a la periodista.

—Vaya, ¿eso dice?

—Sí, está seguro al cien por cien.

No soy persona de manifestaciones. En toda mi vida he ido una sola vez: a una manifestación contra Vietnam; fui a gritar «¡Johnson asesino!». Pero por lo demás la manifestación fue pacífica. Más adelante, a principios de los ochenta, tuve una novia que se manifestaba contra todo. Cualquiera cosa que estuviese de moda en ese momento: centrales nucleares, misiles de crucero... Como muestra de buena voluntad, una vez la acompañé a una de las grandes manifestaciones contra los misiles de crucero. Por amor. Pero me pareció horrible. La felicidad, sobre todo. La felicidad de todos aquellos miles de personas que no dudaban ni por un momento de que estaban en el bando correcto.

Miré sonriendo a la periodista mientras sopesaba las posibilidades.

Yo no era el de la foto. No era el chico del ladrillo. Si lo negaba, eso sería lo que publicaría el periódico: «El alcalde niega haber asestado el golpe mortal.»

—Así que ese hombre ahora afirma que aparece en estas fotos conmigo —dije.

—Sí.

—¿Y que yo soy el chico del ladrillo?

—Imagino que intentará convencerme de que no es así. De que ese chico, bueno, ese hombre, se equivoca. De que él tiró al agente al suelo con otras dos personas, y que uno de esos chicos quizá se le parecía mucho, pero que no era usted.

La miré directamente, todavía sonriendo, ahora tenía que hacer todo lo posible para no parpadear. Parpadear siempre suponía salir en el periódico.

Yo quería otra cosa. Quería que la periodista se acordara bien de todo, que incluyera mi reacción con todo detalle en la entrevista.

—Ese hombre no se equivoca —dije sin parpadear—. Hace mucho tiempo, pero me acuerdo como si fuese ayer. Soy yo, sí. El chico de las fotos, el del ladrillo.

19

Tengo edad para recordar la época en que se podía fumar en los aviones. Sólo se podía en las últimas diez filas del fondo, y ahí siempre se formaba un grupito de fumadores la mar de animado. Los fumadores que tenían el asiento en la zona de no fumadores se quedaban en el pasillo. Eran, claramente, las diez mejores filas del avión, igual que ocurre en las fiestas, que la gente más guay siempre acaba reuniéndose en la cocina. Fumar y volar: la combinación ideal. Como describe Allen Carr en su superventas *Dejar de fumar*, lo que más nos estimula a fumar son los momentos de estrés vinculados al aburrimiento: conducir, llamar por teléfono, ir en avión. Había vuelto a fumar en Navidad. He estado a punto de decir «a escondidas», pero no sería verdad.

—Vuelves a fumar —afirmó Sylvia al darme el beso de buenas noches.

—Sí. No mucho, sólo un cigarrillo de vez en cuando. ¿Te molesta?

Sylvia inhaló profundamente, acercó la nariz hasta que quedó muy cerca de mis labios y volvió a inhalar.

—La verdad es que me gusta —dijo—. Me gusta el olor. Muy masculino.

Desde entonces, fumaba abiertamente. Al menos, delante de mi mujer. Habíamos pensado que era mejor que nuestra hija no se enterara, para no dar mal ejemplo. Así que cuando ella anunciaba que salía a tirar la basura al contenedor de la esquina, yo guiñaba el ojo a mi mujer. Suponía que algún día mi hija plantearía la pregunta inevitable, pero hasta el momento no había ocurrido. Mi hija y yo nos besábamos al menos una vez al día, uno o dos besitos en las mejillas. Entonces yo contenía la respiración, tal como se hace en un control de alcoholemia. Se me pasó por la cabeza tener perro. A veces no había una bolsa de basura llena que llevar al contenedor.

—Me he dejado algo en el coche —decía entonces—. Un expediente que tengo que leerme para mañana.

Mi mujer y mi hija estaban sentadas en el sofá, frente al televisor. Mi esposa me miraba un momento y fruncía el ceño cuando le guiñaba el ojo. No me parecía muy probable que mi hija me hubiese escuchado.

—No estaba en el coche —era lo único que decía, por puro formalismo, cuando regresaba unos diez minutos más tarde—. Seguramente lo tengo arriba.

Sí, desde que volvía a fumar, a veces habría querido tener perro. Con un perro no hacían falta excusas. «Voy a sacar al perro.» Nada sonaba más natural que eso, ¿no? Mientras paseabas al perro podías fumarte tres o cuatro cigarrillos, por lo menos. Todavía me acordaba de la sensación de antes de dejarlo. El tiempo adquiriría otra perspectiva. Quien no fuma a los veinte minutos ya da al perro por paseado. Para quien espera un tranvía o un autobús, el tiempo se ralentiza. Todo dura demasiado. El tiempo se coagula. Lo único que hay es la espera. Pero esperar no tiene gracia. En

la parada siempre me encendía un cigarrillo. O aún mejor: me liaba uno. Todavía recuerdo cuánto sentía que el autobús o el tranvía llegaran enseguida. Si fumas, dominas el tiempo. El fumador nunca espera, el fumador fuma.

Diana tendría unos siete años cuando empezó a insistir por primera vez con lo de una mascota. Sí, sí, claro, le dijimos; los animales son muy monos, pero ¿quién va a cuidarlo? ¿Tú? Y además, ¿qué tipo de mascota?, le preguntamos, aunque ya sabíamos la respuesta. Un perro. Me gustaría tanto tener un perrito... ¿Y quién lo va a sacar a pasear? ¿Tú? Sí, sí, todos los días. Pero hay que sacarlo dos veces al día. ¿Cómo lo vas a hacer? ¿Antes de ir a la escuela? Tendrías que levantarte media hora antes. Y así seguimos un rato. Seguimos hasta que la imagen del perrito fue desvaneciéndose. El escenario que más relaciono con estas conversaciones es el coche; Diana en el asiento de atrás, su carita en mi retrovisor. Cómo la expresión de aquella carita cambiaba de feliz y esperanzada a derrotada y resignada. Nunca podía mirarla mucho tiempo. Un perrito era imposible. Pero ¿qué mascotas sí eran posibles? La propuesta del pez no despertó reacción alguna en el asiento de atrás. Cuando mencionamos una tortuga, se mordió el labio inferior. Qué aburrimiento. ¿Una cobaya? ¿Un hámster? Yo no quería ni pensarlo, recordaba un amigo del colegio que tenía conejillos de Indias (o hámsteres). El terrario con serrín desprendía un olor que te hacía llorar los ojos. Había una rueda en la que el hámster (o la cobaya) se pasaba horas corriendo como un bobo, hasta que una mañana el amigo del colegio se lo había encontrado muerto en la rueda. En el fondo me enorgullecía que mi hija no se conformara con un pez o una tortuga. ¿Y un conejo? ¿O conejos? Fuimos a una tienda de animales, donde el vendedor nos convenció de comprar no uno, sino dos conejos enanos —«Así no están tan solos»— y una jaula. La jaula tenía patas y podíamos colocarla en la terraza, cerca de las puertas correderas, de modo que los veíamos mientras comíamos. Los conejos miraban hacia fuera a través de la malla, y poco más. Como a Diana «le daban pena», de vez en cuando los soltábamos por el jardín y el comedor, y entonces se metían enseguida debajo del sofá, al fondo, y sólo podías hacerlos salir con un bastón o una escoba. Pero lo que puso fin a sus días en nuestra familia fue la indiferencia absoluta que mostraban hacia mi hija.

—Creo que aún no me conocen—decía Diana al principio, todavía esperanzada, cuando cogía a un conejo en brazos para hacerle mimos y el animal pataleaba como un histérico, intentando liberarse de su abrazo, y al final le mordía el dedo.

Otro problema fue que los conejos empezaron a crecer; en sólo quince días ya medían el doble que al principio. A esas alturas la jaula se les había quedado pequeña. Aun así, tardamos un par de semanas en darnos cuenta de que un conejo sólo podía darse la vuelta si el otro conejo también lo hacía al mismo tiempo.

—¿Conejos enanos?—dijo Sylvia, y vi que apenas podía contener la risa—. ¿Guardaste el recibo? Yo que tú volvería a la tienda.

Pero no lo hice, claro. Menuda escena. El alcalde, que viene a quejarse porque le han crecido los conejos. Twitter y Facebook todavía no existían, pero la «radio macuto» de toda la vida, quizá todavía más fiable que las redes sociales, sí. No, los conejos tendrían que desaparecer discretamente de nuestras vidas. Tal vez la mejor opción sería encontrarnoslos muertos en su jaula, pero no íbamos a contribuir activamente y dejar de darles agua o comida, por supuesto.

Al final, la salvación llegó gracias a una amiga de Sylvia que vivía en el campo y tenía un corral por el cual corría un popurrí de animales indeterminados, aparte de una cabra y varias gallinas.

—La ciudad no es buen sitio para los conejos —dijo, metiendo por la malla una hoja de lechuga fresca que hizo que levantaran los hocicos.

La despedida fue una semana más tarde. Sólo para mantener las apariencias, Diana soltó un par de lágrimas cuando la amiga cargó la caja de cartón en el maletero de su coche. Le pasé un brazo por los hombros, me la acerqué y murmuré algo sobre la «vida mejor» que tendrían en el campo.

Quizá habría sido el momento de dar el paso para tener un perrito. Pero dejamos pasar aquella oportunidad de cumplir el mayor deseo de nuestra hija. En su siguiente cumpleaños hizo su entrada el gato que tenemos ahora. Diana ya tenía pensado el nombre de nuestra nueva mascota desde hacía meses: *Eminem*. Y cuando resultó que no era un gato, sino una gata, apenas necesitó tres segundos de reflexión para cambiarle el nombre a *Emmy*.

La bolsa de basura del cubo con pedal estaba todavía demasiado vacía para servir como excusa creíble, así que reuní también periódicos y revistas. Una bolsa de plástico del supermercado Albert Heijn con cinco botellas vacías (dos de vino tinto, dos de vino blanco y un vodka Grasovka) debía completar la imagen de cabeza de familia que colabora en las tareas del hogar.

—Voy a los contenedores de la esquina —dije, sacando la cabeza por la puerta del comedor desde la cocina. Mi hija estaba, como de costumbre, en el sofá con el portátil en la falda y los auriculares puestos. Mi mujer se hallaba de espaldas a mí delante de la estantería, la cabeza un poco ladeada, repasando los lomos de los libros con el dedo índice.

—¿Sabes dónde tenemos *Anna Karenina*? —preguntó sin darse la vuelta—. Lo tenemos, ¿no? Pero no lo encuentro en ninguna parte.

Nuestra biblioteca es uno de aquellos típicos buenos propósitos que nunca se ha convertido en realidad. En orden alfabético. Por país. Por género. Durante mucho tiempo me propuse aplicarle un sistema hoy o mañana, pero lo he aplazado tantas veces que a estas alturas ya me he resignado a la idea de que nunca lo haré. A veces yo también busco un libro, y entonces empiezo arriba a la izquierda y repaso todos los lomos hasta que lo encuentro. Un espíritu más ordenado que el mío sacaría todos los libros de la estantería a la vez..., pero también se pierde algo, me digo, para justificar en cierto modo el enésimo aplazamiento.

—Se me ha ocurrido que como leí ese libro hace un montón de años, a los dieciocho, creo —continuó Sylvia—, y ya casi no me acuerdo de nada, sólo de la historia, si me lo leo otra vez, en neerlandés, saber de qué va me servirá de muletilla.

Di un paso hacia el comedor, golpeando la puerta adrede con la bolsa de las botellas vacías. Ahora sí que mi mujer se dio la vuelta.

—Voy a llevar esto a los contenedores de la esquina —anuncié, levantando un poco las bolsas con el vidrio y la basura. Nos miramos. Lancé una miradita cargada de significado a mi hija y después volví a mirar a mi mujer. Le habría podido guiñar el ojo, pero no lo hice. Diana podría haber levantado los ojos del portátil justo en ese instante y preguntar a qué venía el guiño—. Vuelvo en quince minutitos y te ayudo a buscar.

De camino a los contenedores, me crucé con dos ciclistas, un chico y una chica, de unos veinte años, calculé. Conversaban animadamente, la chica se rió de algo que dijo el chico, y cuando pasaron a mi lado, él me miró un momento. Vi que ocurría lo que veo tantas veces: fueron sólo un par de segundos, los ojos del chico pasaron de mirar a reflexionar. Veía una cara conocida, pero

todavía no sabía de qué. ¿Un actor? ¿Un presentador de telediario? ¿Un político? Cuando pasaron de largo me volví y vi que el chico se inclinaba hacia la chica. Ambos miraron atrás. Sí, lo habían confirmado, era verdad, era él. Levanté una mano, la mano de la bolsa de basura medio vacía. Sonrieron, me devolvieron el saludo, y se alejaron pedaleando. Tan agradable. Tan normal. El alcalde tirando la basura él mismo.

Al llegar a los contenedores me encontré lo que me suelo encontrar: un par de bolsas de basura rotas cuyo contenido (peladuras de naranja, poso de café húmedo, cartones de leche aplastados) ya se había esparcido por parte de la acera. Además había esquirlas de un espejo que al parecer se había roto ahí mismo (o lo habían roto los chiquillos a patadas), un par de tableros y un microondas. Existe un fenómeno curioso: mientras que en todas las grandes ciudades del mundo —París, Londres, Madrid, Barcelona, Roma, Moscú, Nueva York, y puedo decirlo con conocimiento de causa porque he estado personalmente en todas ellas— la basura se recoge todos los días, en Ámsterdam sólo se hace una o dos veces por semana. En todas esas ciudades, además, la basura se recoge de noche para no entorpecer el tráfico diurno con camiones que se detienen cada dos por tres. Ámsterdam es una de las ciudades más sucias de Europa, de todo el mundo occidental y occidentalizado. En Tokio no se ve ni un papelito en la calle; en París y Londres, calzadas y aceras se limpian todos los días con chorros de agua a presión, aunque haya llovido; en Roma, chavales en paro vacían las papeleras que las hordas de turistas han llenado de cajas de pizza vacías. En cambio, no se puede afirmar que el asunto de la basura doméstica sea una de las puntas de lanza de mi gestión. Boris Johnson, mi homónimo londinense, se expresó con desdén sobre Ámsterdam, y especialmente sobre la suciedad de las calles; todavía tenía que llamarlo al respecto, pero aún no lo había hecho, porque ¿qué iba decirle? El hombre tenía toda la razón del mundo, por supuesto. Aquí en Ámsterdam, Wim Pijbes, director del Rijksmuseum, se había quejado en una carta abierta publicada en el periódico *NRC* de que la suciedad de las calles ahuyentaba a los turistas. Al día siguiente había quedado para almorzar con él. Un almuerzo en el que no solamente hablaríamos de las fiestas que acompañarían la inauguración de la exposición sobre Rembrandt, seguro que también saldría el tema de la basura que flotaba por los canales.

Con un suspiro, dejé la bolsa de basura medio llena al lado de las dos rotas, porque seguro que los dos contenedores tenían encallado el sistema de contrapesos que introduce las bolsas; ni siquiera hacía falta comprobarlo. A continuación, tiré el montoncito de periódicos en el contenedor del papel; como siempre, apenas conseguí retirar la mano a tiempo sin que la tapa me cortara los dedos. ¿Debería encenderme un cigarrillo inmediatamente, o mejor tiraba primero las botellas vacías al contenedor del vidrio? Me metí la mano en el bolsillo derecho de los pantalones, saqué el paquete de cigarrillos, pero, para mi consternación, no tenía mechero. ¿O lo había metido dentro del paquete?

Noté que me invadía un ligero desespero. Había ido ahí con la basura y las botellas porque tenía pendiente una llamada telefónica que no quería hacer desde casa. En verdad, lo único que había hecho era cubrir una mentira con otra.

En realidad, también habría podido retirarme a mi despacho o a nuestro dormitorio, pero en tal caso mi mujer o mi hija podrían haberme interrumpido en cualquier momento («¿Te importa mirar otra vez? En serio, no encuentro *Anna Karenina* en ninguna parte»). Además, no podía fumar ni en mi despacho ni en mi dormitorio, y durante esa conversación tendría que fumar, no podía evitarlo. Allen Carr tenía razón: estrés combinado con aburrimiento.

No había dicho nada a Sylvia sobre la visita de mi padre al ayuntamiento esa mañana, ni

tampoco sobre la periodista ni las fotos en que alguien que no era yo dejaba a un policía en silla de ruedas para el resto de su vida. Desde la conversación con mi padre, esto último parecía menos importante. Bien mirado, lo de las fotos me convenía. Sería menos grave que me pillaran implicado en algo que no pegaba con un alcalde. Malversar dinero público, conceder una licitación a una empresa de reciclaje de contenedores en el puerto de Westpoort y recibir encubiertamente un par de cientos de miles de euros, consumir cocaína, una orgía, prostitutas dominicanas en una *after party* en el ayuntamiento... Cualquiera cosa sería soportable. Me depondrían. Tendría que dejar el cargo. O no. Un alcalde podía salir airoso de muchas situaciones. Pensé en mi antiguo homónimo de Toronto. El dimisionario Rob Ford había salido indemne de un montón de cosas: drogas, borracheras y sobrepeso sólo habían aumentado su popularidad. En todo caso, prefería un escándalo centrado en mí, en tanto que alcalde, en lugar de que saliese a la luz una aventura entre mi mujer y el concejal Maarten van Hoogstraten. En caso de escándalo político, mi caída no nos afectaría personalmente. Un ex alcalde desempleado venido a menos, pero que todavía estaba casado con aquella mujer (extranjera) tan agradable. Un matrimonio del que se veía a la legua que ambos todavía estaban enamorados. («¡Enamorados!», había exclamado Bernhard hacía poco, durante la cena en nuestra casa. «Enamorados, ¡menuda tontería! ¿Quién se va a creer eso? El enamoramiento desaparece al cabo de seis meses, eso lo sabe todo el mundo. Lo sustituyen otras cosas: afecto, respeto mutuo.» Después había mirado de reojo a su mujer, pero Christine había fingido que intentaba pescar un trocito de corcho de su copa de vino.) Una pareja que se desvivía el uno por el otro, que se bastaban el uno al otro.

No había dicho nada a Sylvia sobre la conversación con mi padre porque primero quería llamar a mi madre. Para quedar con ella, al día siguiente o al cabo de un par de días; esa semana, en todo caso. Todavía no sabía dónde. Su restaurante chino favorito quizá era un lugar un poco raro para despedirse para siempre. Casi mejor un parque, o algo por el estilo. La playa. Aunque la previsión no daba «tiempo de playa», quizá una playa desierta con ráfagas de viento, olas grises y crestas de espuma que salpicasen la orilla era más adecuada para una conversación sobre despedida y muerte voluntaria.

—Buenas noches.

Una voz que parecía venir de algún punto cercano a mi oreja izquierda me arrancó violentamente de mis pensamientos. Cuando me di la vuelta, me encontré cara a cara con un hombre de unos sesenta años. Una sonrisa amplia, el reflejo de la luz de una farola en sus ojos vivos y relucientes.

—Perdone, no quería sobresaltarlo —dijo el hombre—. Es que quería tirar las botellas, y usted me cerraba el paso.

Me miró con lo que se podría describir como una mirada inquisitiva. Por segunda vez esa noche lo vi ante mis ojos; seguramente en aquel instante por la cabeza del hombre se sucedían imágenes de televisión y fotos de periódico. «Conozco esta cara, pero ¿de qué?»

—Ah, ahora lo veo —dijo, y soltó un audible suspiro de alivio—. Claro, lo he visto otras veces. En bicicleta. Vivo ahí. —Señaló un lugar en diagonal al otro lado de la calle—. A veces lo veo pasar en bici por delante de mi ventana.

—Perdón —dije, dando un paso a un lado—. Pase.

—No se preocupe, no tengo prisa. ¿Quiere tirar usted primero lo suyo?

Mi teléfono empezó a vibrar en el bolsillo. «Bernhard», leí en la pantalla. No era un buen momento. Rechacé la llamada.

—Mire —dijo el hombre, señalando el contenedor del vidrio—. ¿Ve? Hace poco aquí había un contenedor con aberturas separadas para vidrio verde, marrón y blanco, es decir, transparente. Dígame, ¿qué hacía usted? ¿Metía cada tipo de botella disciplinadamente en su sitio? Yo vivo ahí delante, como ya he dicho. Veía perfectamente el contenedor. Una vez cada quince días, o una vez al mes, no lo sé exactamente, venían a vaciarlo. Un estrépito infernal. Pero me fijé en lo que hacían. Ya podíamos portarnos bien y meter las botellas de vino en el agujero verde y las de ginebra en el blanco, que cuando levantaban el contenedor para vaciarlo, todo iba a parar al mismo sitio. Desde mi ventana se veía la caja de carga del camión, y no tenía tres compartimientos separados para vidrio transparente, verde y marrón, qué va. Todos los colores se mezclaban. ¿Por qué nos pedían separar los colores si luego eso no servía de nada? Ahora tenemos estos contenedores en los que se tira todo el vidrio, sea del color que sea. ¿Por qué me he tomado la molestia de separarlo durante tantos años?

Mi teléfono volvió a vibrar. Será el contestador, pensé, quizá Bernhard ha dejado un mensaje. Pero cuando miré la pantalla, volví a ver su nombre. Dudé un momento, y rechacé la llamada de nuevo.

—La cosa sería más llevadera si al menos se hiciese algo para solucionar esto —siguió el hombre, señalando la basura acumulada alrededor de los contenedores—. No sabe cuántas veces he tenido que volver a casa con la bolsa de basura porque el contenedor estaba lleno a reventar o tenía la tapa atascada. Otra vez subir tres tramos de escalera. Vivo en un lugar privilegiado, soy consciente de ello, pero en mi edificio no hay ascensor, y sólo tengo un balcón pequeño en el cual las bolsas de basura apestan mucho cuando les da el sol. Y si las dejas fuera del contenedor, te multan. Me pasó una vez; hay funcionarios que se pasean por aquí abriendo bolsas de basura, y se ve que habían encontrado algo. Ya no me acuerdo de qué era, un documento de Hacienda, yo qué sé; pero habían conseguido mi dirección. De hecho, incumplía la ley dos veces, porque un documento de Hacienda tendría que haber ido a parar al contenedor del papel.

Calló un momento, y yo inspiré profundamente por la nariz. Lo olí a pesar del mal olor de las bolsas de basura desparramadas. No olía mal, no era ni siquiera olor a sudor. No, este tipo de hombres siempre se aseguraba de llevar ropa limpia, de ducharse regularmente y afeitarse todas las mañanas. Lo que se percibía era el mismo olor antiséptico de los pasillos de hospital, un detergente cuya misión era cubrir el resto de los olores.

Podía preguntárselo, no directamente, sino con un rodeo; una apuesta conmigo mismo que seguro que ganaría. Pero entonces el hombre volvió a hablar; mientras tanto había empezado a tirar sus botellas al contenedor del vidrio.

—Pues mire, ahora se puede hacer, pero yo desde la multa empecé a tirar todas las botellas, las verdes, las marrones y las transparentes, al mismo agujero del antiguo contenedor, como una especie de último acto de resistencia. Una vez me reprendieron; una mujer con una bici de carga, ya se la imagina, una ecologista sabionda de ésas. «¡Eh!, ¡está mezclando las botellas verdes con las marrones, eso no se puede hacer!»

Volví a sacarme el teléfono del bolsillo porque estaba vibrando otra vez.

—Bernhard, ¿puedes esperar un momento? Te llamo dentro de cinco minutos.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio, y después escuché la voz de mi amigo, tan clara y audible como si lo tuviese a mi lado.

—Robert, tengo que... ¿Sabes aquello que comentábamos el otro día? ¿En tu jardín?

Justo en ese momento, el hombre dejó caer dos botellas seguidas en el contenedor. Entre los

golpes y el ruido de vidrios rotos, no pude oír si Bernhard decía algo más. Me aparté un poco del contenedor y me cubrí la oreja destapada con dos dedos.

—Escucha, Bernhard, ahora no puedo... Te llamo dentro de cinco minutos... O diez...

Y colgué sin darle tiempo a contestar.

—No le entretendré más —dijo el hombre—. ¿Por qué no se pasa algún día a tomar un café? —continuó, señalando el otro lado de la calle—. Es aquella casa, la que queda medio cubierta por el árbol. No tengo el nombre puesto en la puerta, pero sólo hay tres timbres y el mío es el de arriba, no tiene pérdida. —Dijo el número de la casa—. Cualquiera mañana, da igual la hora que sea; bueno, no demasiado pronto, a partir de las once. Desde que mi esposa murió, duermo hasta tarde.

«¡Bingo!», pensé sin poder evitarlo. Lo había percibido bien, lo había oído bien: ese hombre vivía solo, seguramente desde hacía años.

—Lo siento por su pérdida —dijo, y enseguida oí el tono artificial de mi voz; la frase tomada de series norteamericanas, y encima traducida de cualquier manera, para expresar que compartes el dolor por la muerte de alguien—. Quiero decir, su mujer... ¿Hace tiempo que...? ¿Lleva tiempo solo?

Tuve la sensación de que enrojecía, de que podría ruborizarme. Hace un par de años, *Time* me incluyó en la lista de las cien personas más influyentes del mundo. Era el único alcalde de la lista, y el único holandés también. Personas que el año anterior habían dejado huella. Después me informé; no sólo era el único holandés de la lista, sino que además era el primero en aparecer en ella. Y el último hasta ahora. Pero en los Países Bajos la gente se lo tomó entre burlona y compasivamente. Debía de ser un error. Supongo que el semanario norteamericano no estaba al corriente de todas las tazas de té que me había tomado en las mezquitas de Ámsterdam, ni de la espiral descendente en la que estaba sumida la capital desde mi mandato: los años que se había pasado cerrado el Rijksmuseum, ¡siete, ni más ni menos! Indigno de una gran metrópolis, decían socarronamente los que me criticaban. Pero ahora el Rijksmuseum vuelve a estar abierto y se han callado todos. Desde fuera sigue pareciendo una estación de tren, pero dentro, todo, desde la majestuosa entrada hasta la guardarropía y el restaurante, tiene una grandeza que recuerda al Museo Británico o el Louvre. Ahí, delante de *La ronda de noche*, recibimos a Barack Obama. ¿En qué gran ciudad puede aterrizar el presidente de Estados Unidos con su propio helicóptero en la plaza, delante de la entrada?

—Gracias —dijo el hombre—. Quiero decir, no se preocupe por lo de mi mujer. Llevo un año y medio solo, pero todavía pienso en ella todos los días. En mis sueños sigue viva, todavía nos sentamos juntos a la mesa y caminamos de la mano por la playa. Por las mañanas, cuando me despierto, siempre he de hacerme a su ausencia. Al principio me entristecía bastante, pero luego me di cuenta de que era pura autocompasión. Mi esposa y yo fuimos felices durante más de treinta años. Eso es algo en lo que me quiero seguir recreando. Treinta años son diez mil momentos de felicidad, casi demasiados para recordarlos todos en los años que me quedan. Esté donde esté mi mujer, seguro que entenderá que estoy triste por su ausencia, pero ella no querría que me dejase dominar por la tristeza. Al principio, poco después de su muerte, lo intenté, intenté sumirme en la miseria. Me ponía todos los días la misma ropa, dejé de afeitarme, empecé a beber y volví a fumar. Una tarde estaba en la cama, con las cortinas echadas, una botella de whisky y un cenicero lleno a mi lado en la mesilla de noche, y fue como si me elevara sobre mi propio cuerpo y me viera ahí al fondo. Y al mismo tiempo oí la voz de mi mujer: «¡No te hagas el interesante, Richard!

Mira lo que te estás haciendo. Pero esto no sólo te afecta a ti, nos afecta a los dos. Ahora que yo ya no estoy, eres el único que sabe lo felices que fuimos juntos. Piensa en nosotros, Richard. Piensa en nosotros todos los días, y no te des tanta pena. Vamos, levántate, dúchate, ponte ropa limpia: empieza hoy mismo, date el capricho de cenar en nuestro restaurante favorito. Ahí puedes pensar en nosotros, en todos los momentos felices que compartimos. Puedes frotarte los ojos si es necesario, pero nada de gimoteos. Tienes que estar agradecido de tener tanto que recordar de lo que vivimos juntos.»

Mientras hablaba, mi teléfono había vuelto a vibrar; me pareció de mala educación contestar, pero ahora el hombre daba la impresión de haber terminado, así que me saqué el móvil del bolsillo.

—Robert, escucha —dijo la voz de Bernhard—, tengo poco tiempo. ¿Podemos hablar un minuto?

Intenté contar rápidamente; en Boston eran seis horas antes, pero como de costumbre no me salió el cálculo a la primera.

—Bernhard, estoy... estoy en la calle —dije, echando un vistazo rápido al hombre. Algo había cambiado en su rostro. Tenía la mirada cansada y apagada de alguien que se da cuenta de que después de cada conversación esperan, inevitablemente, la despedida y la soledad.

Pero vi, con gran alivio, que levantaba la mano, me saludaba con la cabeza y se iba.

—Dime —dije a Bernhard—. Ya puedo... Estoy solo.

—¿Sabes aquello que comentamos el otro día en tu jardín? ¿Lo de la infinitud del universo, y el otro gran enigma, el de nuestra propia muerte?

—Sí —dije, pero Bernhard no había esperado a oír mi respuesta, sólo se había tomado medio segundo de pausa, y nuestras palabras se cruzaron durante aquel desfase intercontinental de un segundo y medio.

—Pues bueno —continuó, después de esperar un par de segundos por si yo decía algo más—. Tal vez ocurrirá antes de lo que yo pensaba.

20

Estaba tumbado boca arriba en mi cama, con los ojos cerrados; a mi lado se oía la respiración regular de mi mujer. Ya había probado todos mis trucos para dormirme, sin resultado. De niño, cuando no podía dormir, a menudo me tumbaba sobre el suelo frío, al lado de la cama. Creo que tendría ocho o nueve años. Cerraba los ojos y me imaginaba que montaba a caballo en una noche fría y tormentosa. Finalmente atisbaba las luces de un albergue entre los árboles, a lo lejos, pero el posadero sacudía la cabeza afligido. Todo estaba lleno. Ya tenía a unas treinta personas durmiendo en una sala en la que apenas cabían quince; estaban muy apretadas, no quedaba un centímetro libre. Me movía con cuidado entre la gente dormida, para no despertar a nadie. ¡Ahí! Quedaba un huequito en un colchón, entre dos adultos, el espacio justo para un niño de ocho años. Si me encogía al máximo, tenía que caber. Entonces volvía a meterme en mi propia cama, agradecido de tener sitio donde acostarme y de sentir el calor de las mantas. Me recostaba contra la pared, porque casi no había espacio, pensaba en el frío, en el caballo y la lluvia de fuera, y enseguida caía en un sueño profundo.

Hoy en día lo intentaba viajando, reconstruyendo viajes. Esa noche reconstruí día a día el viaje que había hecho con Sylvia por el oeste de Estados Unidos veinte años antes. Diana todavía no había nacido. Durante nuestra primera *happy hour* en el hotel de Los Ángeles nos tomamos cinco margaritas cada uno; después, el calor de Las Vegas, el restaurante chino de St. George, justo tras la frontera entre Nevada y Utah, donde las camareras empezaron a pasar la aspiradora mientras nos comíamos el primer plato, y las gambas grisáceas y vidriosas en salsa hoisin estaban tan recocidas e insípidas que lo único que pudimos hacer fue murmurar que era «*too much*», tras lo cual los chinos nos pusieron las sobras en una *doggy bag* —la primera *doggy bag* de nuestra vida, y la primera, pero definitivamente no la última, de nuestro viaje—, una *doggy bag* que acto seguido, casi ahogándonos de la risa, tiramos en la primera papelera que encontramos. Al día siguiente, en Kanab, un rayo provocó un apagón. Había dos restaurantes, y ambos usaban fogones eléctricos para cocinar. Kanab está, igual que St. George, en el estado de Utah, donde la legislación relativa al alcohol es más parecida a la de los países islámicos que a la de los países occidentales. Los mormones, que son quienes mandan en Utah, no beben nada de alcohol, pero se habían inventado una normativa más flexible para los turistas de fuera del estado: podían pedir cerveza o vino en los restaurantes, siempre y cuando fuera durante la comida. En el primer restaurante se disculparon porque, debido al apagón, por el momento no podían cocinar. Pues entonces nos tomamos una cerveza mientras vuelve la electricidad, intentamos nosotros. Pero no, eso no era posible: sólo durante las comidas. Habíamos conducido por un territorio sofocante y desértico todo el día, los alrededores de Kanab habían sido el escenario de muchos westerns,

detrás de la barra colgaba un póster de Clint Eastwood con sombrero de vaquero, las riendas del caballo en su mano derecha. A la izquierda del póster había un frigorífico alto hasta el techo, con puerta de cristal. Detrás del vidrio, ahora empañado, veíamos claramente las botellas de Budweiser. En el segundo restaurante nos esperaba la misma historia, ahí también había un frigorífico con puerta de cristal detrás de la barra. En teoría habría sido posible saltar por encima de la barra, abrir la puerta de un tirón y, después de coger cuatro o seis botellines de Budweiser bien fríos, salir corriendo a la polvorienta calle principal de Kanab. Pero la probabilidad de que los propietarios de restaurantes de esa parte del mundo tuviesen un revólver o un rifle debajo de la barra no se podía subestimar. Un final a lo Bonnie & Clyde o, todavía más probable, un final a lo Robert Redford y Paul Newman en *Dos hombres y un destino*: bajo una lluvia de balas. A la mañana siguiente, compramos una nevera portátil y varias bolsas de hielo y suficientes botellines de Budweiser para protegernos de futuros rayos y leyes religiosas.

¿Y luego? Luego habíamos ido al extremo norte del Gran Cañón. Ahí había empezado el cansancio. ¿Cuántos paisajes secos con rocas rojas y amarillas puede soportar uno antes de empezar a anhelar prados verdes, bosques oscuros y el murmullo de arroyos? Al borde del Gran Cañón, nos cogimos de la mano y decidimos que por el momento ya habíamos visto suficientes rocas, de modo que en lugar de ir al Bryce Canyon National Park o al Zion National Park, nos compramos una tienda para cuatro personas en un Walmart de Cedar Falls. Estaba intentando acordarme del nombre del primer pueblecito en que plantamos la tienda, en la frontera entre Utah y Colorado, a orillas del río Colorado, cuando súbitamente apareció un recuerdo muy distinto, como salido de la nada, como si se hubiese ocultado en un portal oscuro y de repente saliese a la luz.

Mejor dicho, era un recuerdo de un recuerdo, algo de hacía muy poco, de esa misma noche, cuando estaba recogiendo la bolsa de basura, las botellas vacías y los periódicos viejos.

Los conejos... Aquella noche había pensado en nuestros conejos. Los conejos enanos que habían formado parte de nuestra familia durante tan poco tiempo. Y entonces fue cuando me acordé de la recepción de Año Nuevo, de cómo mi mujer había tirado la cabeza hacia atrás de tanta gracia que le había hecho la historia sobre conejos del concejal Maarten van Hoogstraten; al menos eso era lo que me había querido hacer creer en el Schiller.

¿Le resultaba más fácil sacarse una historia de la manga si los ingredientes salían de su propia vida, de nuestra propia vida? Los conejos (¿del concejal?, ¿o los nuestros?) sueltos por el comedor. Los cables del televisor roídos. ¿También habían roído los cables del televisor nuestros conejos? ¿O sólo se habían escondido debajo del sofá? ¿No era raro que en el Schiller Sylvia no hubiese mencionado en ningún momento nuestros propios conejos?

Me hice una nota mental. Al día siguiente preguntaría a Maarten van Hoogstraten por los conejos. Sin que se notase, sin hacerle ninguna pregunta directa. No manteníamos una relación de confianza; incluso cuando comíamos un bocadillo o tomábamos algo, hablábamos sobre todo de cosas relacionadas con el trabajo. Sería, cuando menos, extraño —sospechoso, no pude evitar pensar— preguntar al concejal por su vida personal, preguntarle si tenía alguna mascota, como si fuese la cosa más normal del mundo.

Y en aquel mismo momento se me ocurrió otra cosa. Imaginémos que descubriese que el concejal Van Hoogstraten no tenía conejos. ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué otra conclusión podría sacar, aparte de que mi esposa se había inventado aquella historia, que me había mentido?

Me tumbé de lado, de espaldas a ella, preguntándome si realmente quería saberlo. Ya me

imaginaba la voz del concejal. «¿Conejos? No, no tenemos conejos, nunca hemos tenido.» ¿Qué había hecho tanta gracia a mi mujer en la recepción de Año Nuevo? ¿Y por qué aquella historia de Maarten van Hoogstraten, por lo visto tan divertida, no se podía repetir?

¿Se le daba bien esto a mi mujer? ¿Se les daba bien a todos los de su país?, pensé después, sin poder evitarlo. ¿En qué medida mentir era un elemento inalienable de su cultura? ¿En qué medida lo llevaban en la sangre?

Para algunas culturas, mentir era ni más ni menos que una manera de poder sobrevivir, pensé. Los comerciantes que viajaban de pueblo en pueblo alabando sus mercancías mentían tanto como los compradores potenciales que lo regateaban todo. Sylvia tampoco podía comprar ni un candelabro sin ofrecer primero un diez por ciento del precio, ni siquiera aquí en Ámsterdam, en el mercadillo de la Waterlooplein. «Te doy dos euros por esa tostadora», dice al vendedor que ofrece el electrodoméstico a veinte. En esos momentos siempre me aparto un poco, no sólo porque soy el alcalde —el alcalde cuya esposa regatea por una tostadora en el mercadillo que hay justo al lado del ayuntamiento—, sino también porque me da vergüenza. Odio los mercadillos, sobre todo el del Día del Rey. En esto último, por cierto, Sylvia y yo estamos totalmente de acuerdo.

—¡Un pueblo que celebra su día nacional con un mercadillo! —exclamó la primera vez que nos paseamos entre los tenderetes de nuestro antiguo barrio—. En serio, Robert, ¿no te parece un poco penoso?

Igual que había ocurrido con las formaciones rocosas de tonos rojos de Utah, después de Yellowstone ya nos habíamos hartado de bosques de abetos y arroyos helados. El mar, alcanzar el Pacífico, se convirtió en nuestro único objetivo. Poco después de pasar Missoula, entramos en Idaho y seguimos el río Columbia de un tirón hasta la costa, sin parar en Portland. Ahí, en el paseo de un pueblo costero convenientemente llamado Seaside, plasmamos por primera vez nuestra felicidad en este viaje. De hecho, lo hizo otra persona, porque en la fotografía aparecemos los dos, y estoy seguro de que no la disparamos con el automático. Alguien que pasaba por ahí, seguramente: alguien que nos vio con la cámara y se ofreció a tomarnos una foto juntos. Yo habría hecho lo mismo. Yo también lo habría preguntado, y si no hubiesen llevado una cámara, me habría quedado mirándonos el máximo tiempo posible desde lejos.

Estamos sentados uno al lado del otro en un banco, con la playa y el mar de fondo. En la barandilla de piedra que hay detrás del banco, entre nuestras cabezas, se ve una gaviota enorme. Sylvia lleva gafas de sol, yo una gorra de béisbol con el logotipo de los New York Yankees. Lo que refleja la foto es la felicidad pura, el matrimonio que no tiene por qué sonreír a la cámara, porque incluso sin sonrisas, todo en la imagen transmite que a esas dos personas les basta con estar la una con la otra. De hecho, son ellos quienes hacen el favor a quien dispara la foto: le permiten observarlos descaradamente unos segundos, y después inmortalizarlos.

Y entonces pensé de inmediato también en la otra foto, otra imagen que simbolizaba la felicidad, sin filtros ni trucos de luz. Estaba tomada varios cientos de kilómetros más al sur —el resto del viaje no nos apartamos de la costa—, justo después de la frontera con Oregón, en el extremo norte de California, en el Redwood National Park.

Sylvia, con las manos en los costados, al lado de la carretera, entre secuoyas gigantes. Lleva su vestido azul a topos blancos, ladea un poco la cabeza, la luz del sol atraviesa primero las ramas y las hojas, y luego la alcanza a ella. Sonríe al fotógrafo. A mí. Es la mirada, combinada con esa sonrisa. Es una sonrisa que lo promete todo. Un nosotros. Un nuestro futuro juntos. Y sus

ojos son sinceros, no sé de qué otro modo describirlo: no posa, sonrío y me mira.

Un par de días más tarde, el agua del vaso de mi mesilla de noche de la habitación de hotel en Santa Bárbara empezaría a moverse de repente.

—Mira —dije a Sylvia.

Primero pensamos que era un tren de mercancías, un camión que pasaba retumbando por la calle, pero estaba casi vacía, y la vía del tren, demasiado lejos. Entonces, el cristal también empezó a vibrar y se acercó a un par de centímetros al borde del armario.

Parecía la escena de un documental sobre fenómenos paranormales, pero en aquel mismo momento entendimos lo que era.

—Un terremoto —dijo Sylvia, sin rastro de pánico en la voz.

Desde entonces hemos hablado de aquello a menudo. Nuestra habitación estaba en la quinta planta del hotel; si el edificio hubiera empezado a hundirse planta por planta, como en un vídeo a cámara lenta, ya no nos habría dado tiempo a salir. En ese momento, me sentí bien. Me sentí bien porque lo estábamos viviendo juntos. Sin fatalismo, más bien con resignación.

En los veinte años siguientes, he explicado a menudo la historia del terremoto. Siempre un poco exagerada. En realidad, no había sido más que una sacudida, uno de los muchos temblores que se suceden allí con la regularidad del reloj: en la recepción del hotel fingieron no entendernos cuando intentamos compartir nuestra experiencia con grandes aspavientos. Los dos recepcionistas movieron la cabeza compasivamente ante nosotros, turistas ingenuos. Era el pan de cada día, un temblor de nada que sólo merecía que te encogieras de hombros. Pero en nuestras historias, durante multitud de cenas y aburridas fiestas de cumpleaños, Sylvia y yo lo convertíamos en un terremoto con todas las de la ley. Nos mirábamos con aire conspirador cuando yo hablaba de cómo se había mecido la lámpara del techo, y ella acababa la historia contando que el vaso de agua se había roto al caerse al suelo.

Para mí, la verdadera historia que trajimos de nuestras seis semanas de viaje era la foto de Sylvia entre las secuoyas. El único *souvenir* verdadero. Claro que existía la posibilidad de ampliar la foto y enmarcarla, colgarla en la pared de casa. Pero yo no quería. De hecho, lo que no quería era que otra gente también la viera. Quería guardármela para mí.

Y así fue a parar a algún punto del fondo de la caja de fotos. La misma caja que contenía el resto de las fotos del viaje a Estados Unidos, que en los años siguientes siempre tuvimos intención de enmarcar. El tren de mercancías infinito: aparcamos el Chevrolet al lado de la carretera, en medio de un paisaje formado únicamente por polvo y cardos. El maquinista tocó la bocina para saludarnos, yo le devolví el saludo y Sylvia sacó las fotos, los vagones de tres en tres. Al volver, las dispusimos en el suelo del salón de nuestra casa de entonces. La mayoría de los vagones se solapaban un par de centímetros, pero eso se podría solucionar con unas tijeras; la longitud total de las fotos puestas en fila superaba los seis metros.

Me levanté y bajé las escaleras. Lo que iba a hacer era peligrosísimo, quizá más me valdría no hacerlo. Una vez que sacara del armario la caja de fotos, ya no habría vuelta atrás.

Abrí la puerta del armario del pasillo de la planta baja y vi la caja casi de inmediato, en el mismo lugar que la última vez, debajo del montón de vinilos antiguos, medio escondida detrás del taburete escalón.

Encendí una luz en el salón, metí las manos en la caja de fotos. Unas vacaciones en Mallorca (Diana no tenía ni dos años, su carita redonda me sonreía desde el cochecito), el restaurante mexicano de Santa Bárbara en el que celebramos mi cuadragésimo cumpleaños, un par de vagones

de mercancías... Y de pronto ahí estaba, antes de lo que habría pensado: la foto de Sylvia entre los árboles gigantes de quinientos años del Redwood National Park.

La miré, primero su rostro, después sus ojos: la observé. Intenté mirarla como lo había hecho veinte años atrás, por el visor de la cámara. Leí la promesa en sus ojos, después aparté la mirada un instante y volví a mirar.

Fue como con las fotos antiguas, o más bien como una película antigua, cuando entrevés las Torres Gemelas en una imagen de la silueta de Manhattan. Hasta entonces la película antigua sólo era una película antigua, pero de repente te permite vislumbrar el futuro.

Así observé la foto de mi mujer, y pasó exactamente lo que yo había temido que ocurriera durante todo ese tiempo: lo irreversible ocurrió sin que yo pudiese hacer nada.

En algún momento, en sus ojos sólo se había podido leer el futuro —también había sido ahí, en algún momento entre las secuoyas y el terremoto, cuando habíamos decidido traer a un niño al mundo—, pero a partir de ese día sería un futuro distinto al que yo había imaginado hasta ahora.

21

La tarde siguiente paré al concejal Van Hoogstraten en el pasillo, camino de la Sala del Concejo; faltaba media hora para que empezara el debate sobre los molinos eólicos.

—Una cosa que te quería preguntar —dije—. Al fin y al cabo, es tu área. Los contenedores de vidrio. La recogida selectiva de residuos.

—¿Sí?

El concejal ladeó la cabeza y la acercó un poco, como si fuese duro de oído. Lo miré directamente a los ojos azules e intenté con todas mis fuerzas no pensar en esa misma cara inclinándose hacia mi mujer con los labios fruncidos.

—Me estaba preguntando algo. Antiguamente, los contenedores de vidrio tenían tres agujeros. Compartimientos separados para vidrio transparente, verde y marrón. Pero en la caja de carga de los camiones que los vaciaban, no había ninguna separación, que yo sepa. ¿Es verdad? Quiero decir, si en los camiones se mezclaban todos los tipos de vidrio, ¿por qué se pedía a la gente que separara las botellas en tres agujeros distintos?

¿Eran imaginaciones mías, o apareció un cierto alivio en su mirada? ¿Quizá se esperaba una pregunta muy distinta? ¿Otras preguntas? Desde hacía poco, bueno, no tan poco, desde las vacaciones de Navidad, se había dejado barba. Como otros hombres de su edad, seguramente pensaba que con barba parecería una estrella de cine o un futbolista, que lo rejuvenecería y por tanto resultaría automáticamente más atractivo para los jóvenes, los votantes jóvenes. La barba era canosa en gran parte, y rala en las mejillas, como un campo ya cosechado cuya tierra es visible entre los restos de plantas. Como otros hombres de su edad, no se daba cuenta de que la barba sólo servía para hacerlo parecer más mayor. Si se le pidiese a alguien que adivinase a qué se dedicaba este hombre, seguramente lo primero que le vendría a la cabeza sería profesor de alemán.

—Sí, es cierto —respondió—. Me acuerdo. Se presupuestaron los costes de la recogida selectiva de vidrio. Hará ya diez años, diría yo. Los contenedores se fabricaban en Polonia y tenían tres agujeros. Pero cuando entregaron los contenedores, ya no quedaba dinero; habían sido más caros de lo previsto. Resultó que no era posible equipar los camiones con tres compartimientos separados. Ya lo haremos más adelante, pensamos. Bueno, eso debió de pensar mi predecesor, porque entonces yo todavía no estaba aquí. Pero nunca se llegó a hacer.

Había algo en su voz, no era la primera vez que me fijaba: no es que ceceara, pero de su boca salía demasiado aire, con cada *f* y cada *s* se oía un siseo suave, como si se abriera la válvula de la rueda de una bicicleta.

—Pero la gente creía que importaba en qué agujero tiraba las botellas —dije. Pensé por un

momento en la mujer de la bici de carga, la ecologista que había reprendido a mi vecino de delante por no haber repartido el vidrio en los agujeros correctos—. Es raro, ¿no?

El concejal Van Hoogstraten entornó los ojos, quizá era su lenguaje no verbal y ahora lo negaría. Bueno, en realidad no había nada que negar, más o menos ya lo había confesado.

—Lo importante era la intención —dijo—. La idea era que la gente empezara a acostumbrarse porque al cabo de poco tendría que separar todos los residuos. Además, con los contenedores de vidrio de ahora ya no hay que separar los colores, así que visto con perspectiva, los camiones con distintos compartimientos tampoco hacían falta.

Lo miré. De pronto me acordé de la fuente. La fuente de mi antiguo barrio. La inauguración en la que había dado un breve discurso. Todo el mundo estaba contento con la fuente, pero lo primero que me venía a la mente era el folleto que se había repartido a los vecinos en el autobús, y que un par de días antes de la fiesta de inauguración también había aterrizado en mi escritorio. El folleto trataba sobre las obras. Sobre el material utilizado (granito) y los trabajadores chinos de la provincia de Fujian que lo habían esculpido para darle su actual forma redondeada. Sobre las condiciones de trabajo en la cantera, la ausencia de medidas de seguridad, las largas jornadas de trabajo, los meses que habían pasado lejos de sus hogares sin ningún día libre.

El concejal de aquel entonces y sus funcionarios fueron a China a analizar la situación sobre el terreno. A pesar del salario miserable y de las condiciones de esclavitud, habían llegado a la conclusión de que los obreros trabajaban «con gusto y dedicación». Lo curioso del folleto era que todo estaba descrito con mucho detalle, que no se encubría nada. Un concejal que visita un burdel de carretera para tirarse a putas baratas estaba obligado a dimitir, pero un concejal que, como los antiguos egipcios, empleaba a esclavos para construir una fuente se llevaba un fuerte aplauso de los vecinos en la inauguración.

Podría haber preguntado más cosas a Van Hoogstraten. Preguntarle por las bolsas de basura rotas y las esquirlas de vidrio al lado de los contenedores, por ejemplo. O por qué había dinero para pagar a inspectores que abrían bolsas de basura para descubrir la identidad del culpable, pero no para vaciar los contenedores más de dos veces por semana. ¿Cómo podías explicar en casa que tu trabajo consistía en abrir bolsas de basura?

Podría haber replicado algo sobre el engaño que se había cometido con los distintos colores del vidrio y los agujeros de los contenedores; que era, cuando menos, curioso que cualquier ciudadano pudiese ver con sus propios ojos que le estaban tomando el pelo. No, pensé al instante: sólo lo había podido ver con sus propios ojos la gente que vivía a más altura que la caja de carga del camión, que podía mirar hacia el camión desde un primer, segundo o tercer piso. Y luego estaba la cuestión de si ellos se habían fijado como mi vecino.

Pero bueno: ¿de qué me quejaba, en realidad? La separación de distintos tipos de vidrio ya hacía tiempo que se había descartado.

—¿Pasa algo, Robert?

Tuve la sensación de que llevaba demasiado tiempo mirando al concejal, o quizá no demasiado tiempo, pero sí con una mirada en la que todavía se intuía cierta atención. Tal vez me había quedado absorto demasiado rato en mis cavilaciones; en todo caso, me di cuenta de que estaba parpadeando, como si Van Hoogstraten me hubiese despertado de una siesta.

—Perdona —dije—, estaba pensando en otra cosa.

Maarten van Hoogstraten arqueó las cejas.

—¿Te encuentras bien?

—¿Cómo?

—Que si te encuentras bien, Robert. Se te ve... Se te ve cansado. Y no sólo cansado... Oye, ¿estás enfermo? ¿Tienes fiebre? Parece que tengas fiebre.

—No, no tengo fiebre. Cansado sí estoy, tal vez. No he dormido mucho.

Esa mañana Sylvia me había encontrado al lado de nuestra cama. Sobre el suelo de madera. Cuando había vuelto por fin a nuestro dormitorio, eran aproximadamente las seis de la mañana. Una hora antes de que sonara el despertador. Supuse que habría intentado dormirme usando mi antiguo truco, pero que estaba tan agotado que no me había dado tiempo a meterme en la cama.

—Y has dicho algo...

—Lo de los contenedores de vidrio.

—No, después, quiero decir. Has susurrado algo, no lo he oído bien, parecía que hablastes contigo mismo. Me preguntaba si...

—Conejos —lo interrumpí—. Te quería preguntar algo sobre conejos.

¿Qué demonios debía de haber estado murmurando? Tenía que andarme con cuidado, ya me había pasado antes con Diana, eso de musitar un pensamiento en voz alta sin darme cuenta, como un marido que tiene una aventura y en casa gime el nombre de su amante en lugar del de su propia mujer. Y ¿decía la verdad Van Hoogstraten con lo de que no me había oído bien? Quizá había cazado algo que no estaba destinado a sus oídos.

—Conejos —dije—. Decía algo sobre conejos.

—Ah... no sé...

La situación no estaba yendo para nada conforme al plan. Habría querido preguntar al concejal por sus conejos, pero discretamente, como de pasada; en fin, ya no había marcha atrás.

—Estamos pensando en tener una mascota —dije—. Por Diana, sobre todo. Y pensábamos en un conejo. O más de uno, quizá.

¿Sonaba inverosímil? Si era sincero, esa pregunta sólo podía responderse afirmativamente. El concejal abrió la boca, pareció que iba a decir algo, pero yo me adelanté.

—Diana, nuestra hija —añadí rápidamente. En realidad, no podía dar por sentado que recordara cómo se llama. Con un poco de suerte, no sabría cuántos años tenía. Conejos para una hija que este año cumplía los veinte, ¿qué verosimilitud tenía eso?—. He oído por ahí, no recuerdo quién lo dijo, pero alguien dijo que vosotros teníais conejos en casa. Quería saber qué tal os ha ido. Quiero decir, ¿está bien tener conejos en casa, o viven mejor en libertad?

Le miré los ojos. ¿Leí desconcierto en ellos, o Maarten van Hoogstraten sospechaba hacia dónde iba ese cuento de los conejos? Entonces tuve una idea, quizá equivocada, pero eso ya se vería. Así me lo quitaría todo de encima. Igual que cuando te despiertas en plena noche después de un sueño extraño, con la frente empapada de sudor frío, la consciencia de que tienes que vomitar llega en último lugar. Intentas contenerlo con todas tus fuerzas un par de minutos, ahora te acuerdas: anoche comiste kebab. Quizá fue la salsa, o la propia carne, un par de pasos y llegas al baño.

Después sientes alivio. Estás sucio, apestas, te quedan algunos restos de kebab en la garganta y la nariz, pero te lo has quitado de encima.

—Ya me acuerdo —dije, sin dejar de mirar al concejal—. Ya sé quién me lo contó. Mi esposa, Sylvia. Me dijo que una vez le explicaste una historia sobre conejos.

—¿Tenéis un momento? —El concejal Hawinkels apareció súbitamente a mi lado y nos agarró

a los dos del brazo—. Perdonad que os interrumpa, pero debemos comentar una cosa. Antes de que hablemos de los molinos, quiero decir.

—Claro —dijo Van Hoogstraten—. Estaba hablando con Robert de... Bueno, da igual, no era importante.

En aquel momento mi teléfono emitió un pitido. «Diana», leí en la pantalla cuando me lo saqué del bolsillo. Hay personas, nombres, que siempre pueden esperar. En general no contesto casi nunca o nunca el teléfono; lo uso principalmente como contestador automático. O ni eso: la antigua costumbre de dejar mensajes de voz está prácticamente extinguida; basta con ver la llamada perdida, la pelota está en tu campo, te toca a ti chutar.

Diana es la excepción a esta norma. Ni siquiera contesto enseguida siempre que veo en la pantalla el nombre de mi mujer. A veces estoy en la bici de camino a casa y me pide que pase por la droguería a comprar regaliz de miel o pasta de dientes. Por tanto, es mucho mejor no contestar, y una vez en casa decir que no has oído el teléfono porque estabas en la bici.

Recuerdo la vez que Diana me llamó desde el aeropuerto de Budapest porque había perdido el pasaporte y todas sus tarjetas; o la vez que me estaba probando un pantalón en un probador de Milán y Diana se había dejado las llaves puestas en la puerta de la calle de nuestra casa de Ámsterdam la noche antes. Hay que contestar siempre. Siempre. Preferiblemente en los primeros cinco segundos.

—Perdón —dije a los dos concejales—. Tengo que contestar.

Me di la vuelta, di dos pasos a un lado y abrí WhatsApp; ya tenía el corazón a cien.

«Papá.»

Mi hija siempre lo hacía así: primero aquella palabra para llamarme la atención, después el mensaje en sí, a menudo repartido en tres o cuatro frases separadas. «Escribiendo...», leí en la parte superior de la pantalla.

«¿Has visto a *Emmy* esta mañana?»

Emmy. Reflexioné rápidamente. Dejábamos salir a la gata al jardín en determinados momentos, pero sólo si ella lo pedía. Habíamos cerrado la gatera de la puerta de la cocina hacía un par de años porque por la noche otros felinos entraban a disputar el territorio a *Emmy*, gatos que no nos dejaban dormir y además se meaban en sofás, sillas y alfombras para marcar su territorio.

Desde entonces, *Emmy* se plantaba delante de la puerta del jardín o de la cocina y maullaba hasta que la dejábamos salir.

«Porque me he levantado a las diez y no estaba.»

Normalmente la gata regresaba al cabo de un par de horas, a menudo antes. La noche anterior yo había llegado a casa a las once después de la charla al lado de los contenedores. Diana ya había subido, Sylvia estaba en el sofá con *Anna Karenina*.

¿Y la gata? ¿La tenía en la falda? ¿Estaba a su lado en el sofá? Cerré los ojos, pero tuve la sensación de que sólo me llegaban imágenes antiguas. Imágenes en las que *Emmy* estaba en algún lugar del salón, como siempre. El sofá, la esquina de la alfombra. En todo caso, lo más cerca posible de nosotros. Nunca en una habitación en la que en aquel momento no hubiese nadie.

«Y ya son las dos y no está.»

La noche anterior, después de mirar las fotos de la caja, yo había salido al jardín. En realidad hacía demasiado frío para ir sólo en camiseta y calzoncillos, pero me apetecía un cigarrillo. Al

final habían sido tres, tres cigarrillos que me fumé recostado, mirando el cielo estrellado, la luna casi llena, hasta que volví arriba tiritando. Al parecer con el frío que había pasado no me bastaba, porque a las ocho de la mañana Sylvia me había encontrado en el suelo, al lado de nuestra cama.

¿Había visto a la gata en el salón o en la cocina, donde me había encendido el primer cigarrillo en uno de los fogones de gas? No me acordaba, y que no me acordara sólo podía significar que no la había visto.

Sí que recordé otra cosa de pronto: en el momento en que había abierto la puerta corredera y había salido al jardín, se había echado a volar un pájaro. Justo delante de mis pies, casi como si hubiese estado esperando ahí. Un tordo, o un mirlo, no sé nada de pájaros. Era un pájaro pequeño y marrón con el pico amarillo, constaté después, cuando me hube acostumbrado a la oscuridad y lo vi ahí cerca; se había posado en el respaldo de una silla de jardín. Me había sobresaltado el movimiento repentino cerca de los pies, el revoloteo del tordo o mirlo al elevarse y posarse en la mesa. Desde ahí dio dos saltitos hasta la silla.

La presencia del pájaro también significaba otra cosa; la idea se me ocurría ahora, pero ya lo había pensado por la noche, después de encender mi segundo cigarrillo con el primero mientras miraba el pájaro. Y el pájaro me miró: sí, no pude evitar la sensación de que me observaba, la cabeza un poco ladeada, como hacen los pájaros cuando descubren un gusano o alguna otra cosa comestible retorciéndose por la tierra.

Que hubiese un tordo o un mirlo tranquilamente posado en una silla de jardín tenía que significar que en aquel momento la gata no se encontraba en el jardín, ni tampoco en el salón: la puerta del jardín seguía abierta. Visto en perspectiva, que *Emmy* estuviese en el salón era del todo imposible. Si me hubiese visto fumándome un cigarrillo plácidamente, sentado en una silla de jardín —había levantado las piernas para poder apoyar los pies en el borde de la mesa—, no habría dejado pasar una oportunidad tan magnífica: me habría seguido y se me habría sentado en el regazo ronroneando.

Las otras dos únicas posibilidades, que la gata se hubiese quedado dentro de casa, o que hubiese estado todo aquel rato haciendo una incursión por otros jardines, no parecían muy probables.

«¿Dónde está mamá?», escribí para ganar tiempo.

No, seguro que *Emmy* me habría oído bajar las escaleras y habría acudido a frotarse contra mis tobillos en cuanto me hubiese sentado en el sofá con la caja de fotografías.

Por primera vez pensé en una tercera posibilidad: que la gata se hubiese escapado antes, que se hubiese escabullido a la calle cuando yo había salido por la puerta principal con las botellas vacías, la bolsa de basura y el montoncito de periódicos viejos. O un poco después, cuando volví a casa. Me parecía muy poco probable: en todos los años que llevábamos viviendo aquí, apenas habría ocurrido cinco veces que *Emmy* saliese disparada de improviso hacia el canal en un momento de distracción por nuestra parte. Y en esos casos, normalmente corría hasta el borde del canal y se quedaba ahí un par de segundos entre los coches aparcados, como petrificada, con las patas estiradas y la cola erizada, para volver adentro rápidamente.

«¿Y cuando volví a casa?», me pregunté. ¿Después de hablar con Bernhard? No, no había sido así, todavía estaba hablando con Bernhard cuando metí la llave en la cerradura de la puerta de la calle. Apoyado en la puerta, una pierna sobre el felpudo y la otra en la calle, todavía había hablado con él unos diez minutos más.

«No sé dónde está mamá.»

Escribiendo...

«Ya se había ido cuando he bajado.»

Escribiendo...

«¿Tú dónde estás?»

Mientras leía estas frases, vi que en la parte superior izquierda de la pantalla, donde pone «Chats», había un uno entre paréntesis: un mensaje sin leer.

Toqué «Chats». Entre Diana y Sylvia, o mejor dicho por debajo de Diana y encima de Sylvia, estaba el mensaje sin leer. No era un mensaje de un remitente de mi lista de contactos, sino de un número desconocido. Tampoco había foto de perfil.

«Querido Robert», leí al principio del mensaje. «Querido Robert, lo hacemos mañana. Espera 24...»

«Ayer», ponía arriba a la derecha.

Toqué la pantalla para abrir el mensaje entero.

«Querido Robert, lo hacemos mañana. Espera 24 horas. Intenta no tomártelo como algo triste. Nuestra vida ha valido mucho la pena. Os deseamos todo lo mejor a ti, a Sylvia y a Diana. Tus padres.»

Debajo, a la derecha del mensaje, en lugar de «Ayer» ahora ponía la hora exacta en que se había enviado el mensaje: 21:45.

Hice mis propios cálculos. ¿Dónde estaba yo a esa hora? La noche anterior no había mirado el reloj, pero con toda probabilidad todavía estaba en la calle, al lado de los contenedores, charlando con el vecino de delante, o bien caminando de vuelta a casa, hablando por teléfono con Bernhard.

Era la explicación más lógica para el hecho de que no hubiera oído el pitido, o notado la vibración en el bolsillo de los pantalones.

O quizá... Vi que el concejal Hawinkels me hacía un gesto, giraba la muñeca y fingía que se miraba el reloj. Sí, era la hora, la hora de la sesión sobre los molinos eólicos.

Yo no asistiría.

—Escuchad... —empecé, después de haberme reunido con los concejales en dos zancadas; resultaba un poco humillante tener que explicar delante de Maarten van Hoogstraten lo que pasaba. Tendría que medir cuidadosamente las palabras. No podía decir: «Sintiéndolo mucho, me es imposible participar en la sesión, mis padres acaban de suicidarse.» Por un momento me planteé decir algo sobre mi hija, pero eso tampoco serviría. Seguro que se acordarían y al día siguiente me preguntarían al respecto.

—Ha ocurrido algo —dije—. Tengo que marcharme enseguida.

Los dos concejales me miraron.

—¿Algo grave? —preguntó Hawinkels.

—Mí mujer —dije, ahora mirando solamente al concejal Van Hoogstraten; que se pase toda la sesión preocupado, pensé—. Sylvia. Tengo que irme, de verdad.

22

Normalmente recorría a pie la pequeña distancia entre la residencia oficial y el ayuntamiento, pero aquella mañana había ido en bicicleta porque tenía que almorzar con Pijbes, el director del Rijksmuseum. Había sido una comida muy animada, en media hora el director del museo me había dado toda una clase magistral de historia del arte, desde las primeras pinturas rupestres hasta Jackson Pollock y Jeff Koons. Después había llegado la pregunta del millón, el motivo por el cual me había invitado realmente a comer: ¿Qué me parecería, empezó, con entusiasmo cauteloso (estábamos en el jardín del museo y acabábamos de abrir la segunda botella de vino tinto), diferenciar todavía más la ciudad de Ámsterdam explotando la visita de Barack Obama mediante *merchandising*? En concreto, se explicó, había pensado en tazas, cajas de galletas, camisetas, posavasos, vasos de chupito, toda la parafernalia en la que también aparecían *La ronda de noche* y *La lechera*.

A esas alturas ya habíamos vaciado la segunda botella. Cuando el director del museo hizo amago de volver a rellenarme la copa, sostuve la mano encima. Tenía que estar levemente intoxicado para el debate de los molinos, pero no podía presentarme con coloretes ni mostrar otro síntoma externo de consumo de alcohol. Necesitaba el puntillo de relax, ni más ni menos; lo que estaba claro era que si iba cien por cien sobrio, no podría soportar la sesión.

—Las imágenes del presidente Obama delante de *La ronda de noche* han llegado a todo el mundo —dijo el director—. Una magnífica publicidad gratis para la marca Ámsterdam. ¿Por qué no habríamos de aprovecharlo? Una caja de galletas y una camiseta con Obama y *La ronda de noche* de fondo. ¿Quién no querría tenerlo? Así la imagen vuelve a dar la vuelta al mundo, y de paso el museo gana algo.

Sospeché que mis ojos me delataban cuando le respondí que quería pensármelo, que para empezar ni sabía si se podía hacer algo así sin la autorización del propio presidente norteamericano.

—Por eso te lo he planteado a ti primero —dijo Pijbes—. Vi que teníais buena química, se notaba que os caíais bien. Vi cómo le guiñaste el ojo durante el discurso del primer ministro. Quizá lo mejor es proponérselo directamente. De alcalde a presidente. —Y con una sonrisa maliciosa, añadió—: A nuestro primer ministro nunca le pediría algo así —y negó con la cabeza—. No. Sólo de pensarlo...

Tomé el camino que seguía el río Amstel. A la altura del teatro Carré, me saqué el teléfono del bolsillo y releí el mensaje de mi padre: «Nuestros mejores deseos para ti, Sylvia y Diana. Tus padres.» Yo ni sabía que mi padre (o mi madre) usaban WhatsApp. Estaban al día en todo: libros electrónicos, iPads o teléfonos móviles no tenían secretos para ellos. Mi madre incluso tenía un

perfil en Facebook desde hacía unos cinco años. Yo no, pero mi hija era una de sus amigas. A veces oía que Diana se reía a mi lado en el sofá, y cuando le preguntaba qué era tan divertido, decía:

—La abuela otra vez. ¡Qué risa!

Pero se habían quedado «chapados a la antigua» en una cosa: sus móviles no eran *smartphones*, sino Nokias viejos, teléfonos desde los que como máximo podías enviar SMS.

Justo después del hotel Amstel, a la mitad del túnel que cruza por debajo del canal lateral del río, me paré para volver a leer el mensaje, que ahí en la penumbra quedaba iluminado y se podía leer más claramente que a la luz del día. No me sabía de memoria el número de teléfono de mi padre, pero aun así éste me pareció distinto.

Miré otra vez la hora en que habían enviado el mensaje (21:45). Y de repente lo supe... Un pitido durante una conversación telefónica.

Un pitido de esos que te informan de que otra persona intenta llamarte, o de que ha llegado un mensaje nuevo.

¿Qué había hecho con esa información? Nada, al parecer. La noche anterior había escuchado a Bernhard y me había dicho que cuando colgase ya miraría quién había intentado llamarme o enviarme un mensaje, pero a la hora de la verdad se me había ido de la cabeza. Había llegado a casa, me había pasado un rato en el umbral de la puerta charlando, y después había subido arriba, donde me había encontrado a mi esposa en el sofá con *Anna Karenina*.

¿Y después? Después todavía había ido un momento a mi despacho, a consultar un par de webs norteamericanas sobre molinos eólicos para preparar el debate. Admito que lo que más me interesaba encontrar eran las desventajas de los molinos, pero también admito que no había dado con nada. No más de un par de pequeños inconvenientes. Aparte de que, como es sabido, afean el paisaje, lo más destacable según ambas páginas era la gran cantidad de aves que no sabían calcular la velocidad de las aspas en movimiento y morían despedazadas. Busqué material para comparar. ¿Cuántos pájaros morían por culpa de aviones, coches o trenes? Pero tampoco encontré nada.

Recordé un parque eólico que había visto en mi viaje con Bernhard por el oeste de Estados Unidos, cerca de la pequeña ciudad de Mojave. En un paisaje por lo demás vacío, sin ningún edificio, los molinos estaban repartidos por una decena de colinas bajas hasta el horizonte. Era impresionante, casi bonito, en la medida en que a uno pueden gustarle miles de aspas dando vueltas. Al menos no te dolían los ojos; por decirlo de algún modo, ese vacío podía asumirlo. Durante el debate, podría hacer hincapié en el vacío sin llamarlo «bonito». En los Países Bajos se habían desterrado los paisajes vacíos hacía cinco siglos.

A partir de ahí, propondría el mar. ¿Qué lugar de nuestro territorio ofrecía un espacio inmenso y verdaderamente vacío? El mar. Unos cuantos miles de molinos eólicos en el mar, a suficiente distancia de la costa para que no pudiesen verse desde la playa. Quien no navegase no tendría por qué verlos jamás. Quién sabe, quizá a la tripulación de los barcos hasta le parecería bonito.

Se me había olvidado el pitido. Era así de simple, y ni siquiera era la primera vez que me pasaba. No era nada raro que dejase mensajes sin contestar. Una de las desventajas de WhatsApp era que sólo sonaba un pitido y después tenías que acordarte tú.

Luego, por la noche, en el jardín, tampoco había mirado el teléfono. Es más: al bajar a buscar la foto de mi mujer en el bosque de secuoyas, lo había dejado al lado de la cama.

La tarde anterior mi padre se había presentado en el ayuntamiento para decirme que iban a

adelantar su muerte inducida. En algún momento de las próximas semanas, había dicho. ¿Y después? Sí, ya me acordaba: cuando yo indiqué que quería hablar con mi madre antes de que llegara la hora, le quitó importancia y me dijo que podía llamarla esa noche, ¿no?

«Esta noche», había dicho. Con esas palabras exactas.

«Llámala esta noche.»

Y entonces lo supe con tanta certeza que sentí un repentino cambio de temperatura a lo largo de la columna vertebral; no fue un escalofrío, fue más bien como si alguien me hubiese metido un helado de hielo por el cuello de la camisa.

Cuando vino a hablar conmigo, él ya lo sabía... Había ido a verme lo más tarde posible para que yo ya no pudiese impedirselo ni intentar hacerles cambiar de opinión.

O al menos intentar que mi madre cambiara de opinión. «Llámala esta noche.» Pero finalmente no lo había hecho. Cuando fui a sacar la basura, tenía la intención de llamarla, pero la irrupción de Bernhard se había interpuesto. 21:45. Una vez en casa ya no había vuelto a pensar en el pitido, tampoco en mi madre. Sí, después sí, recordé ahora: pensé en ella mientras me lavaba los dientes, debían de ser las once y media más o menos. En aquel momento pensaba que tenía todo el tiempo del mundo, ya la llamaría al día siguiente.

Volví a mirar la pantalla. Por primera vez centré la atención en las cifras de la parte superior del mensaje, que mostraban cuándo había estado conectada la persona por última vez. Sylvia y yo siempre las comprobábamos cuando Diana había salido por la noche. A veces, a las cuatro y media de la madrugada todavía mandaba un mensaje para decir que se quedaba a dormir en casa de una amiga (nunca en casa del nuevo novio, el piso era demasiado pequeño, decía, pero a nosotros nos parecía más plausible que, debido a su cultura, sus padres no lo permitieran); otras veces se le olvidaba, y entonces al día siguiente era un consuelo ver que al menos a las 07:02 de la mañana había estado en línea.

«Visto hoy a las 06:41», ponía debajo del número desconocido para mí, encima del único, y muy probablemente, último mensaje de WhatsApp que mi padre había enviado.

Hoy. Miré la hora que aparecía en la parte superior de mi teléfono: 14:35. Ya he dicho antes que el cálculo mental no se me da bien. Primero tuve que transformar estas cifras a «aproximadamente las seis y media» y «un poco después de las dos y media». Después me costó al menos quince segundos calcular que la diferencia entre ambos momentos era de unas ocho horas.

Ocho horas antes, mi padre todavía había utilizado WhatsApp. Ocho horas antes, todavía estaba vivo... Todavía estaban vivos.

Pedaleé con fuerza, puse la bicicleta en marcha y salí del túnel. Ocho horas. Vi gente sentada en la terraza del De Ijsbreker. No sospechaban nada. A partir de ahora, y quizá ya antes, desde el momento en que había leído el mensaje y abandonado el ayuntamiento, existía un mundo paralelo.

Por un lado estaba el mundo normal, el mundo visible, el mundo de los que tomaban café y sacaban al perro sin saber nada, y al otro lado, el mundo real en el que ocurrían cosas. Cosas reales. Vida y muerte. Un avión que estalla en pleno vuelo, un barco cargado de refugiados que zozobra y se hunde a pocos kilómetros de la costa, dos personas mayores que se dan un último beso, se abrazan fuerte por última vez y después mueren.

Primero pedaleé con fuerza, pero en Weesperzijde, a la altura del edificio de la asociación de remo, dejé de pedalar y fui reduciendo la velocidad.

¿Qué prisa tenía? Veinticuatro horas, había dicho mi padre. Las primeras veinticuatro horas no hagas nada, luego ve a mirar. Sin pensar, me metí la mano en el bolsillo derecho de los pantalones; sabía que las llevaba, no me olvidaba el manojito de llaves nunca o casi nunca. Bueno, «manojito» quizá era una palabra un poco exagerada para describir las dos llaves que necesitaba para abrir nuestra puerta de la calle, y dos más para abrir la de mis padres.

Ocho horas atrás. No, darse prisa no tenía sentido, llegaba tarde de todos modos. En algún momento de esa mañana, antes o después de un último desayuno en la cama o en la mesita de la cocina, mis padres se habían tomado lo que se tenían que tomar para acabar con sus vidas. ¿Cuánto tardaba en hacer efecto eso? Me di cuenta de que nunca lo había preguntado, si lo harían con pastillas o con alguna otra cosa (¿un jarabe?). Ni tampoco de dónde lo habían sacado; no, no había querido ser yo quien planteara ese tema.

Veinticuatro horas. «Lo haremos mañana.» ¿Tenía que contar veinticuatro horas desde las 21:45 o desde las 06:41? En realidad, ¿no sería mejor que diese media vuelta y no fuese a mirar hasta el día siguiente?

Aunque había algo más. Tal vez ya no tuviera ninguna esperanza de encontrármelos vivos, pero en ese momento, mientras doblaba a la izquierda pasado el café Hesp y el restaurante portugués, pensé por primera vez en la posibilidad de que sólo hubiese funcionado a medias: que se hubiesen tomado una dosis equivocada, demasiado alta o demasiado baja, que hubieran vomitado la mitad, y que estuvieran demasiado débiles para llamar, para pedir ayuda a alguien (a su único hijo).

Crucé la Wibautstraat, dejé bajar la bicicleta sin pedalear siguiendo el canal Ringdijk y bajé la cuesta hacia el polder de Watergraafsmeer, que está más abajo. Cuatro metros. Esta zona estaba a cuatro metros por debajo del nivel del mar. Si se reventara un dique, el agua llegaría a la mitad de la primera planta de las casas. Cuando llegué al punto más bajo, no me puse a pedalear enseguida. Todo el mundo pudo ver que reducía la marcha. Era más consciente que otros días de que todo el mundo podía reconocerme. Mira, ese de la bici es el alcalde. Por primera vez desde que había salido del ayuntamiento, me pregunté cómo actuaría: cómo entraría en la calle en que vivían mis padres, ataría la bicicleta con el candado y abriría la puerta principal de su casa.

Se podría decir que era una calle en la que la privacidad estaba menos valorada que en otras zonas de Ámsterdam. Todas las casas tenían bancos al lado de la puerta; los días soleados, todo el mundo se sentaba fuera. A esa hora todavía no, la mayoría de la gente estaba en el trabajo. A veces hacían barbacoas. Los niños pintarrajeaban las baldosas de la calle con tizas de colores. En apariencia, los días bonitos era un lugar casi idílico. Qué maravilla, que la gente haga tanta vida en la calle. ¿Verdad?

«No, no hemos visto a sus padres desde ayer. Y lo cierto es que tienen las cortinas corridas, a nosotros también nos ha llamado la atención. Habíamos pensado esperar hasta las cinco de la tarde, y después llamar a la policía.»

Los vecinos no sólo se sentaban en los bancos a tomarse una cervecita: ocupaban literalmente la calle, se apropiaban de las aceras, el espacio público ya no era de todo el mundo, los adoquines hacían las veces de papel de dibujo para sus hijos.

«¿A qué has venido, forastero?» No se limitaban a mirar así a la gente que no era del barrio, sino que también se comportaban como si la calle les perteneciese; se vestían como si estuviesen en sus casas, con pantalones cortos y camisetas sucias, o incluso iban descamisados. Como si entraras en su dormitorio. Con aquellos cuerpos apenas cubiertos y las barrigas blancas y peludas, te animaban a caminar lo más rápido posible, porque ahí no se te había perdido nada.

Antes de que mis padres se trasladaran a esa casa, antes de que me nombraran alcalde, habíamos vivido casi quince años en Watergraafsmeer. Yo también me había sentado con atuendos casi impresentables a beber cerveza en nuestro banco, un banco que compramos la primera primavera en la tienda de jardinería de la calle Nobelweg. Entonces Diana sólo tenía un año y medio. Teníamos un arenero en el jardín de ciento treinta metros cuadrados, pero desde el primer día sólo jugaba en la calle. Ahí hacía amigos y amiguitas con facilidad, aprendió a ir en bici —le quité las ruedecillas una tarde calurosa de sábado, poco después de su cuarto cumpleaños—, y yo dejé de sentarme a leer el periódico en el jardín, lo hacía en el banco de delante de la puerta. Para vigilar a la niña, que jugaba fuera, me decía. Y era verdad, claro, pero sólo una parte de la verdad: también estaba ahí para vigilar la calle, la acera, mi acera. Desde detrás del periódico, saludaba a los demás propietarios de la calle, a los vecinos, y no saludaba a la gente que no era de ahí.

Al final del Ringdijk doblé a la derecha hacia Middenweg, y al llegar al semáforo, fui hacia la izquierda por Hogeweg. Ya iba más agazapado sobre la bicicleta que en la primera parte del camino, a orillas del Amstel; iba más inclinado sobre el manillar, para que no todo el mundo reconociese mi cara enseguida.

Para que luego no pudiesen decir: «Sí, el día que encontraron a los dos viejos muertos en su casa también vimos al alcalde. Cerca de la casa. Eran sus padres, ¿no? ¿No entró? ¿No salió por la puerta?»

Pasé al lado de la fuente, esculpida por trabajadores forzados chinos, que hay en la esquina de Hogeweg y Linnaeusparkweg, y una manzana después, tomé la Pythagorasstraat.

Por ahora no había gente en la calle. Sin embargo, seguí lo más inclinado posible sobre el manillar, como un ciclista de carreras, inhalando y exhalando profundamente; intenté con todas mis fuerzas respirar normal, no quería quedarme sin aliento si tenía que devolver el saludo a algún vecino o viejo conocido, o si me veía obligado a charlar un momento. Porque a toro pasado, que no me hubiese parado a charlar se consideraría raro.

Pero tuve suerte. Cuando dejé la bicicleta en la valla y le puse el candado, todavía no había visto a nadie. En teoría podía haber alguien sentado tras cualquier ventana, medio escondido detrás de una cortina, un visillo o una persiana, pero llegados a este punto tenía que continuar. Si mostraba una actitud un poco demasiado dubitativa, si miraba un poco demasiado a menudo a mi alrededor, a posteriori el vecino o vecina de detrás del visillo describiría mi comportamiento como extraño.

Después de un breve forcejeo con la llave, entré.

—¿Hola? —llamé; ni demasiado fuerte, ni demasiado bajo: normal.

En realidad lo supe enseguida. Por el silencio. Por el tipo de silencio.

La puerta del dormitorio estaba cerrada.

—¿Hola?

Apreté el pomo hacia abajo, abrí la puerta un poco.

Mis padres estaban el uno al lado del otro en su cama de matrimonio. Boca arriba, las cabezas sobre las almohadas.

Mi madre tenía la boca un poco abierta, pero no hacía falta ser un experto para ver que esa boca no respiraba.

No sé cómo lo supe exactamente cuando deslicé la mirada hacia mi padre. Quizá por el color

en su rostro. También recordé todas aquellas veces que me había levantado en plena noche y había ido a la cuna de Diana. Desde su nacimiento y hasta su primer cumpleaños, tal vez todas las noches. Escuchaba y miraba. Intentaba captar el sonido de su respiración, confirmar con el más leve movimiento de su mantita que estaba viva.

Ahora estaba ahí, en el dormitorio de mis padres, el mismo que antes, en un pasado lejano, había sido el nuestro —los primeros meses, la cuna de Diana estaba a los pies de nuestra cama—, observando la manta que cubría a mi padre.

Durante unos cinco segundos —pero también habrían podido ser tres— pensé que me lo estaba imaginando. Igual que cuando crees que el tren en el que estás ya se mueve, pero es otro tren, el que tienes al lado, el que se ha puesto en marcha.

No, no me lo estaba imaginando.

Había movimiento bajo la manta.

El movimiento de una respiración débil, sí, pero regular.

TERCERA PARTE

23

¿Qué forma adoptará el fascismo cuando vuelva a presentarse ante nosotros? Viento, he pensado muchas veces. El nuevo fascismo no aceptará réplica. ¿Quién se atreve a alzar la voz contra el viento? Contra la energía del viento, para hablar con propiedad. Sí, ¿quién tiene la valentía para protestar contra la generación de la energía verde? Agua y viento, una naturaleza limpia, bosques extensos, sin los efectos de la lluvia ácida: éstos siempre han sido los aliados naturales del fascismo. Bosques oscuros y eternamente verdes por los que puedes pasear horas y horas con tu perro sin encontrarte con nadie, donde puedes dar rienda suelta a tus pensamientos. Pensamientos sobre una masacre, por ejemplo: no matas animales, sólo personas.

Lo más importante es que el nuevo fascismo tendrá rostro humano. Sonreirá más que el antiguo fascismo. No tendrá un aire tan sombrío. Fingirá que nos comprende, que entiende perfectamente nuestras dudas.

«Piénsatelo tranquilamente —dirá—. Toma, aquí tienes unos folletos, léetelos con calma. Muchos de los problemas contra los que combatimos también te afectan a ti.»

El fascismo con rostro humano se mete bajo la piel del activista ecologista, se pega como una garrapata en el muslo de los defensores de los derechos de los animales, asiente comprensivo, finge que nos escucha, y mientras tanto nos va largando un monólogo sobre el calentamiento de la Tierra, el deshielo de los polos, la crueldad de las jaulas en batería. El nuevo fascismo nos muestra su mejor sonrisa, ayuda a la gente mayor a cruzar la calle y le sube las pesadas bolsas de la compra por las escaleras. Se siente cómodo en cabezas en blanco, cabezas sin muchos pensamientos propios, como en una casa sin muebles: te da consejos sobre los colores de la pared, las mejores soluciones de iluminación, te acompaña a IKEA. «Aguanta un poco más, ya casi llegamos a la caja», dice, mientras carga en tu carrito una cómoda que en primera instancia no habías pretendido comprarte.

No basta con arrancarte la garrapata de la piel. La cabeza se queda dentro. Mañana, de la cabeza crecerá un cuerpo nuevo que volverá a llenarse de sangre. No, se necesitan medidas más drásticas. Llegar al fondo. Habrá que extirpar un par de centímetros de carne alrededor del punto en que se había pegado la garrapata. Eso si no es ya demasiado tarde, si no nos ha infectado con su pensamiento fascista todavía.

«Mira qué molinos eólicos tan bonitos —dice la garrapata—. ¿Sabes a cuántos hogares puede proveer de energía un solo molino?»

El nuevo fascismo viene con cifras. Sobre la contaminación de las centrales térmicas, las emisiones de CO₂, el efecto invernadero. Tú quieres replicar algo sobre los molinos; querías decir que no te parecen bonitos. Que estropean la vista. Que un molino eólico en el horizonte hace

que nuestro país parezca todavía más pequeño.

Después del viento, no comer carne ocupa un buen segundo lugar. ¿Hace falta que enumere a todos los dictadores, psicópatas y asesinos en serie vegetarianos que ha habido? Hay quien va aún más lejos: ni pescado, ni huevos, ni calzado de cuero. Veganismo. ¿Soy el único que cuando oye esta palabra piensa en algo muy distinto? Al primer vistazo a la cara de un vegano, ya lo sabes todo. No es sólo la ausencia de color —un aspecto exangüe, como en el cartón reciclado—, es un tono incoloro que no admite réplica. Se niegan a caminar en zapatos fabricados con piel animal, pero no les da ninguna vergüenza exhibir sus pies con mala circulación, esos dedos demasiado blancos, en sandalias ecológicas producidas con fibras artificiales indeterminadas. Ahora no me sale el nombre de la marca... ¡Birkenstock! ¿Soy el único que al oír este nombre piensa también en otra cosa? En un lugar remoto de la Polonia rural que nadie sabría ubicar con precisión, en una camiseta con el lema: «Soy un superviviente de Birkenstock.»

Las cosas irán así. Ya hemos llegado a este punto. Una cámara oculta registrará que no separamos bien la basura. Que por terquedad, en un último gesto de resistencia, metemos adrede el vidrio transparente en el agujero del verde. Nos abrirán las bolsas de basura... Pero qué digo, eso ya ocurre, ya las abren. Entre los corazones de manzana podridos, las bolsitas de té y los restos de comida mohosos, los inspectores encontrarán fácilmente las pruebas de la resistencia: una pila que en realidad tendría que haber ido a parar a un contenedor específico, un pequeño tarro de cristal en cuyo interior, según la etiqueta, había habido pepinillos, un bote de plástico en el fondo del cual todavía queda un poco de detergente. Quizá lo único que han hecho ha sido dejar la bolsa de basura demasiado pronto al lado del árbol (o del contenedor, siempre demasiado lleno porque sólo lo vacían dos veces por semana). Entre tanta basura prohibida, los inspectores encuentran otra cosa: una carta de amor rota, un sobre con una dirección. En todo caso, motivos de sobra para poner una multa. Nos envían a casa un requerimiento de pago. Para que aprendamos. Para que a partir de ahora sólo saquemos las bolsas de basura cuando ya haya oscurecido, o las tengamos en casa el tiempo que haga falta hasta que alguien vaya a vaciar el contenedor.

Se colgarán en internet vídeos de las infracciones más flagrantes. Así todo el mundo podrá ver a aquel vecino anodino del tercero —nombre, apellidos y dirección aparecerán en pantalla— mirando primero un par de veces a su alrededor antes de tirar una bolsa con escombros de obra en el contenedor del papel cuarenta y cinco minutos antes de que se ponga el sol.

«Ámsterdam construirá doscientos molinos eólicos» fue el titular del diario *Het Parool* un día después del debate. El debate al cual yo no había asistido, porque en aquel mismo momento estaba al pie de la cama en que yacían mi difunta madre y mi padre, que respiraba débilmente. ¡Doscientos! En todo momento había supuesto que se trataría de un par de decenas. Que pondrían unos cuantos a lo largo del Schellingwouderbrug y el Zeeburgertunnel, siguiendo el río Amstel en dirección a Ouderkerk, y repartirían el resto por Westelijk Havengebied, el barrio portuario. Sólo unas decenas de molinos ya bastarían para arruinar la imagen de Ámsterdam para siempre. Había visto los planos, unos planos engañosos, porque no eran más que esquemas en los cuales únicamente aparecían las ubicaciones de los molinos. Molinos de última tecnología, el modelo más alto. Doscientos metros, creo recordar. Desde varios lugares del centro se verían las aspas dando vueltas por encima de los tejados. Un crimen.

Yo no había estado presente en el debate. En la democracia neerlandesa, el alcalde no tiene derecho a voto. No me preguntéis por qué. Es un enigma tan grande como el de cómo se consigue ser alcalde en este país. Uno se esperaría que fuese mediante unas elecciones; en el noventa y

nueve por ciento de las democracias, el nombramiento del alcalde se produce con una votación libre y abierta. Pero en Holanda no. De hecho, aquí el nombramiento de un alcalde es tan opaco como en Corea del Norte, Cuba u Osetia del Sur. No, lo he dicho mal: no es igual de opaco, sino mucho más. En Corea del Norte, el candidato único es elegido con el noventa y nueve por ciento de los votos, algo bastante más transparente que nuestro sistema.

Así que yo no había estado; mi voto, o mejor dicho, mi no-voto, nunca habría podido ser determinante, pero seguramente sí podría haber encarrilado el debate. Hacer un discurso breve y eficaz, irrefutable, para empujar en la dirección correcta a las distintas facciones del concejo municipal. Y quizá ni siquiera habría hecho falta un discurso. Habría bastado con lenguaje no verbal. Mover la cabeza con aire cansado durante la intervención del concejal Van Hoogstraten, el principal partidario de los molinos eólicos. Una carcajada cuando mentara la cifra de doscientos. «¡Doscientos! Pero ¿vosotros oís lo mismo que yo? ¿Oís lo que dice?» Mostraría la otra cara de la moneda a los miembros del concejo municipal. La cara ridícula. «Ámsterdam ya es un poco pequeña —diría—. Nuestra ciudad es famosa en todo el mundo por su escala humana. No hay edificios intimidatorios y desproporcionados como en Londres y París. En Ámsterdam, una persona todavía puede sentirse humana. En la mayoría de las grandes ciudades del mundo, uno se siente ninguneado, insignificante. Ésa era justamente la intención de todos aquellos reyes y emperadores: hacer que los habitantes de sus ciudades inclinaran la cabeza con humildad. Cuanto mayor era el poder, cuanto más grandes los edificios, más pequeña la persona. Pensad en los planes de Albert Speer para Berlín, de Nicolae Ceaușcu, de Kim Il-Sung. Deberíamos estar agradecidos de no haber tenido ese tipo de gobernantes aquí nunca. Ni en nuestro país, ni en nuestra ciudad. En Ámsterdam quienes llevaban la batuta eran los mercaderes y los pequeños comerciantes. Cuanto más accesible la ciudad, cuanto más hospitalaria, o podríamos decir tolerante, más se podía ganar.»

No dejaría caer la palabra «pueblerina». Insistiría una y otra vez en la escala humana. Les diría que un molino eólico en Nueva York (o todo un parque eólico en el desierto de Mojave) es algo muy distinto a un molino en Ámsterdam. Ahora tenemos una proporción perfecta. No debemos cargárnosla. Tenemos que asegurarnos de que no sea la ciudad la que acabe siendo insignificante.

Gobernantes poderosos, reyes, presidentes, dictadores, alcaldes han dejado su huella personal en sus capitales. Por encargo de Napoleón III, el barón Georges-Eugène Haussmann hizo derribar las estrechas callejuelas medievales de París y las reemplazó por avenidas largas y anchas. Las mismas que ahora nos vienen enseguida a la cabeza cuando hablamos de París. Eso no tuvo nada que ver con la democracia, y mucho menos con la resistencia ciudadana. Simplemente se hizo, tal como en nuestra época las excavadoras arrasan un barrio entero de Pekín en un solo día y lo convierten en un foso de decenas de metros de profundidad. Cinco meses más tarde, en el mismo sitio hay doce bloques de pisos de más de sesenta plantas. Ya he hablado de Corea del Norte. Del Berlín que Hitler tenía previsto. François Mitterrand hizo lo mismo a una escala más modesta: mandó instalar una pirámide de cristal delante de la entrada principal del Louvre. Da igual si la pirámide te gusta o no: está ahí, ése es el mensaje que debe transmitir: el Louvre nunca más volverá a ser lo que era.

En una democracia abierta y libre, estas cosas no van así. Especialmente si permites que los ciudadanos participen en la decisión. Si se hubiese dado voz a los ciudadanos franceses del siglo XIX, el París actual todavía sería una ciudad medieval apestosa. En Ámsterdam, el edificio más

feo de la ciudad —y quizá de todo el país— sigue siendo el ayuntamiento, y de largo. El mismo ayuntamiento por cuya puerta entro todos los días, pero que haga el tiempo que haga —lluvia, sol, nieve— siempre te hace daño a los ojos. Este edificio, el más feo de la ciudad (¡del país!), que alberga también la ópera, se convirtió en realidad por vía democrática. Mediante reuniones —«proceso participativo»— con los vecinos. Siempre que dejas opinar a la gente, que los dejas votar, el resultado es fealdad. No solamente edificios feos, sino también políticos feos, intrascendentes. Los Obamas y Kennedys de este mundo son las excepciones. Sólo hay que ver nuestros primeros ministros de los últimos setenta años: un intrascendente tras otro. La mayoría siempre elige el papel pintado más feo. «¿Compraría un coche de segunda mano a este hombre?», preguntaba un póster con la imagen del candidato presidencial Richard Nixon. La intención del póster era mostrar que el candidato no era de confianza, pero un político del que no te puedes fiar es menos aburrido que uno intrascendente. «¿Con cuál de estos hombres se tomaría una cerveza?», debería poner debajo de los rostros de nuestros primeros ministros.

No, los líderes verdaderamente carismáticos casi nunca han llegado al poder por la vía democrática. De Julio César a Fidel Castro, de Alejandro Magno a Mao Zedong, pasando por Jesucristo, Robin Hood o Che Guevara hasta Osama Bin Laden: ninguno de ellos debe su carisma a elecciones libres y abiertas, ni a procesos participativos con los vecinos.

Mientras que en nuestro país vamos escasos de primeros ministros memorables, con los alcaldes ocurre justamente lo contrario. A los alcaldes no se los elige por vía democrática, con una mayoría de votos, sino que se los nombra desde arriba. El actual alcalde de Róterdam emana más habilidad política que todos nuestros primeros ministros juntos. Por lo demás, nuestro país va sobrado de alcaldes dignos de mención. Hasta ha habido alguno que ha tenido que dejar el cargo debido a lo que ha dado que hablar. ¿Qué primer ministro puede decir lo mismo? Detrás de los rostros vacíos realmente sólo hay vacío. Son rostros que únicamente tienen fachada: el edificio de detrás de la fachada está derruido, ni siquiera quedan escombros, ya hace mucho tiempo que se los han llevado.

Sería extraño no hablar de mí mismo llegados a este punto. Hipócrita, vanidoso quizá. «Se omite a sí mismo expresamente. Pretende que nos imaginemos que, en cuanto a habilidad política, está a la par que su homólogo de Róterdam.» Pero es que es cierto. Circulan listas sobre quién sería el mejor candidato a primer ministro en las que figuramos ambos. Y siempre en primera y segunda posición. A veces está él primero y yo segundo, otras, al revés.

El diseño inicial de la ópera era un edificio de hormigón blanco. Demasiado grande les pareció a los vecinos. Demasiado blanco. Votaron. Todo tenía que encoger. El hormigón blanco fue sustituido por ladrillos rosados. Democracia, en pocas palabras. Siempre que puede votar, la gente elige algo más pequeño, hecho con el mismo material de construcción que nuestras propias casas de muñecas.

Después alguien tuvo la brillante idea de fusionar los dos proyectos. El nuevo ayuntamiento y la ópera. Esto, además, servía para ahorrar costes. La democracia había ganado definitivamente.

Era, sobre todo, una oportunidad perdida. Ámsterdam tiene muchos canales, pero ningún edificio emblemático. No hay Torre Eiffel, Estatua de la Libertad, ni Big Ben. La ópera de Sídney es un edificio emblemático. Antes había postales, hoy en día *selfies*. El ayuntamiento de Ámsterdam, el ayuntamiento fusionado con la ópera, no aparece en ninguna postal. Ningún turista se sacará una *selfie* con el Stopera de fondo.

Si pudiese elegir mi edificio emblemático, qué huella de mi mandato quedaría en la ciudad,

como Mitterrand hizo con la pirámide de delante del Louvre, elegiría derribar el Stopera. Un nuevo edificio en el mismo sitio. Es un lugar precioso, uno de los más bonitos a orillas del Amstel, el punto en que el río se desvanece. Algo que se pueda poner en una postal sin pasar vergüenza.

Pero un ayuntamiento nuevo es una quimera, por supuesto. Es como abolir la monarquía, algo de lo que no se puede hablar. Ningún partido político va a pillarse los dedos con eso. Otro proyecto que superaría con creces lo presupuestado; uno más, habiendo ya tantos empezados, es demasiado.

No, un ayuntamiento nuevo, un ayuntamiento que además pudiese convertirse en un elemento emblemático de la ciudad, era imposible. Pero sí pretendía dejar otra herencia a Ámsterdam: un horizonte sin molinos eólicos.

• • •

Fui el único que habló en el funeral de mi madre. Fue lo que llaman una «ceremonia sobria». Un ataúd sencillo, *La vie en rose* de Édith Piaf, sus flores favoritas: rosas blancas. Mi padre estaba sentado en la primera fila, entre Sylvia y yo. A su derecha estaba Diana, y después Bernhard, que había venido un par de días desde Boston. Christine ya estaba en el quinto mes de embarazo y prefería no volar.

Fui breve. Mi infancia feliz. El amor mutuo de mis padres. Nuestro almuerzo en el Oriental City cada quince días. Habíamos elegido un funeral íntimo, para no tener que explicar mucho. La verdadera causa de la muerte, por ejemplo. Ante amigos y conocidos lo dejamos en «murió mientras dormía». Las dos hermanas mayores de mi madre ya habían muerto más de quince y veinte años atrás, respectivamente. Mi padre sólo tenía un hermano, ocho años menor, que vivía en Portugal y con quien estaba enemistado desde los cuarenta años.

—No lo sé —había respondido mi padre, casi veinticuatro horas después de que yo llamase desde su casa en Pythagorastraat al médico de cabecera y, por consejo de éste, a una ambulancia—. Nos puse la misma dosis a los dos. Bueno, no, no es verdad. Yo me puse una dosis un poco más alta, para ir sobre seguro —dijo, y me miró con los ojos todavía somnolientos, con los párpados pesados que se cerraban de vez en cuando, como los ojos de un animal que está tomando el sol en la hierba. Y al cabo de un breve silencio, añadió—: Para que funcionara. Estoy seguro de que lo hice bien.

Yo no estaba cuando se despertó del estado de inconsciencia, unas tres horas antes. Nos habíamos turnado; Sylvia, Diana y yo nos habíamos sentado por turnos al lado de su cama. Estaba solo en una habitación de la sexta planta del hospital AMC. Diana acababa de relevar a mi mujer cuando mi padre parpadeó por primera vez.

—¿Qué ha dicho? —pregunté a mi hija en el pasillo del hospital, después de salir a toda prisa de la reunión del concejo—. ¿Qué ha dicho exactamente?

—Ha parpadeado —respondió mi hija—. Ha mirado a su alrededor, y entonces me ha visto. Ha dicho: «Qué día tan bonito. Y tú, ¿cómo estás? ¿Cuándo empiezas los exámenes?»

Tres días después le dieron el alta. Insistimos en que viniese a pasar las primeras semanas con nosotros, pero no quiso.

—Estoy cansado —dijo—. Quiero irme a casa.

Entonces no le planteamos la pregunta más importante, ni tampoco después del funeral. Nos quedamos los cinco alrededor de mi coche. Sylvia, Diana, Bernhard, mi padre y yo. El sol brillaba en la superficie del Amstel, un cisne subió por la orilla seguido de una hilera de crías.

«¿Y ahora qué? ¿Qué vas a hacer?»

Primero dejamos a Bernhard en su hotel.

—¿Comemos mañana? —preguntó; se había bajado, nos abrazamos y me dio unas palmaditas en la espalda—. ¿En el Dauphine?

En la calle Pythagorasstraat no había sitio donde aparcar; paré el coche delante de la puerta.

—¿Estás seguro? —preguntó Sylvia a mi padre—. ¿No quieres que te acompañemos dentro?

Él negó con la cabeza.

—Dejadme solo. Tengo que hacerme a la idea. Os llamaré mañana. O dentro de un par de días.

No era una pregunta cualquiera, una pregunta que pudieses hacer como si nada. Por eso todavía no se la hicimos. Ni en el hospital, ni tan poco tiempo después del funeral.

—Quizá más vale que por ahora lo dejemos así —dijo Sylvia—. Tal vez primero deberíamos esperar a ver si saca él el tema.

Y yo, como tantas veces, estuve de acuerdo con ella.

24

—¿El *steak tartare* era para...?

No habíamos pedido entrante, la chica me puso el plato delante con una sonrisa, y después dejó el *ribeye bearnaise* de Bernhard. El Dauphine era uno de los restaurantes de Ámsterdam en que más a gusto me sentía. No sólo por la carta, relativamente simple, sino por todo: el lugar —un antiguo concesionario Renault, de donde le venía el nombre—, sin decoración ni tonterías, el personal rápido y siempre amable, y el relativo anonimato; primero, porque había muchas mesas, pero también porque ahí acudían muchos famosos y la gente apenas levantaba la mirada cuando entraba otro famoso más, y después seguía comiendo, casi con desgana.

—¿Podrías traernos dos cervezas también?

—Dos cervezas, marchando.

No es que los chicos que trabajaban ahí acompañasen al famoso de turno a su mesa con actitud desgana, pero tampoco se ponían innecesariamente nerviosos ante la presencia de un alcalde en su restaurante. Algo que sí ocurría en uno de los establecimientos más de moda de la ciudad, donde el pánico se hizo visible en todas las caras una vez que me presenté de improviso y sin haber reservado y pregunté, con cautela, si «tal vez» quedaba alguna mesa libre para mi mujer y para mí, y a continuación me asignaron la mesa más bonita, al lado de la ventana, y los cocineros salieron rápidamente a darme la mano: un restaurante al que no he vuelto nunca más.

—Espero que todavía estés dispuesto a hacer aquello por mí —dijo Bernhard, mientras cogía con los dedos una patata frita de su plato, la pasaba por el platito de mayonesa y se la metía en la boca—. Si no te apetece, lo entenderé, y no se hable más. Pero podemos hacer historia, Robert, de verdad. No son palabras que me guste utilizar a la ligera, pero esto es una oportunidad única. Podemos hacer historia juntos.

—Claro que sí —dije—. Lo haré, ya te lo había prometido, puedes contar conmigo.

—Muy bien —dijo él, y miró un momento hacia las mesas que teníamos a la izquierda y a la derecha: una madre y una hija, y dos hombres con portátiles, iPads y teléfonos al lado de sus platos de ensalada, y se inclinó todavía más sobre nuestra mesa—. Escúchame bien. Esto es lo que tengo pensado.

Y empezó. Primero me resumió brevemente lo que me había explicado un par de meses antes en el jardín de casa. Lo incomprensible del principio y el final del universo, y el enigma también incomprensible de la muerte. ¿Y si estos dos enigmas estuviesen estrechamente ligados?, había dicho. Por muy listos que seamos, nuestro cerebro es sólo un instrumento limitado. Nuestra capacidad de imaginación es limitada. Pensemos en los sordos que no pueden oír. Con nuestro entendimiento limitado, no podemos comprender los dos grandes enigmas de la vida. No sólo de

la vida, sino también de la no vida, porque ni que decir tiene que el cosmos no nos necesita para nada. El universo ha podido existir miles de millones de años sin nosotros, y cuando desaparezcamos, no va a echarnos de menos ni un segundo en los miles de millones de años siguientes.

—En realidad, mi teoría es muy simple —me había dicho en el jardín; no podía verle la cara, escuchaba su voz sin ver otra cosa que la punta incandescente de su cigarrillo—. Como todas las grandes teorías. Arquímedes, Newton, Einstein. Ahora podría decir, con falsa modestia, que no puedo compararme a esos personajes, pero no voy a hacerlo. Si mi teoría no es correcta, podemos tirarla a la papelera. Y a mí con ella. Quizá nadie lo sabrá nunca, eso lo dejo totalmente en tus manos, Robert. En lo que a mí respecta, tienes toda la libertad del mundo para explicárselo a todos tus amigos y parientes y echaros unas risas. «¿Te acuerdas de Bernhard Langer? ¿Sabes qué creía?» Pero si tengo razón —y aquí había hecho una pausa breve para sacarse otro cigarrillo del paquete—, y lo que pienso es cierto, iría más allá que Einstein. Sería ni más ni menos que la explicación del mundo. Me darían el Premio Nobel. Póstumamente, pero en el marco de la explicación de la vida y la muerte, ya no importará. Ya sabes cómo soy, Robert. Me importan una mierda el Premio Nobel y los reconocimientos. Mi vida ya es lo bastante interesante sin premios. Pero prométeme una cosa: si me lo dan, ¿irás a Estocolmo a recogerlo en mi nombre? Al fin y al cabo, sería de los dos. Haz un buen discurso, eso se te da bien. Explica algo sobre nuestra amistad. Amistad más allá de la muerte.

El Premio Nobel no se mencionó más durante el almuerzo en el Dauphine. Bernhard volvió a recalcar que toda su vida se había mantenido en las antípodas del misticismo. Después de nuestros experimentos conjuntos con la ouija y las cartas de tarot, y de devorar algunos libros populares en la época, con títulos como *Recuerdos del futuro* y *El retorno de los brujos*, cuando teníamos unos diecisiete años, su carrera en física y astronomía le había mantenido los pies en el suelo durante mucho tiempo. Se había dejado convencer de que el mundo empírico ya presentaba suficientes enigmas y que no hacía falta ir a buscarlos en el mundo que él llamaba «inmaterial».

—Sin embargo, siempre te queda la duda —dijo, untando un trocito de carne en el platito de salsa bearnesa—. Si alguna vez has creído que astronautas extraterrestres trajeron la vida a la Tierra, nunca puedes dejarlo ir del todo. Es una bobada como la copa de un pino, por supuesto, imagínate; pero todos los grandes descubrimientos han sido considerados bobadas por la mayoría de la gente al principio. Que la Tierra no es el centro del universo, que no es plana, que podía haber una ruta hacia las Indias al oeste... Los primeros que proclamaron esas verdades ampliamente aceptadas hoy en día sólo recibieron escarnio en su época, algunas veces incluso acabaron en la hoguera. Soy experto en agujeros negros, masas con una fuerza de gravedad tan potente que ni siquiera deja salir la luz. Siempre me he preguntado por qué. ¿Por qué hay agujeros negros? ¿No es lo bastante incomprensible ya de por sí el cosmos? Stephen Hawking me dijo una vez: «¿Sabes una cosa, Bernhard? A veces pienso en un futuro en el que toda la investigación que hacemos ahora se considerará un juego de niños. Una preparación para llegar a algo muy superior. Como si estuviésemos orgullosos de haber descubierto las cerillas y alguien viniera y nos enseñara una explosión atómica.» Siempre tengo presentes sus palabras. Hemos descubierto algo (que la Tierra es redonda, la teoría de la relatividad, el teléfono móvil), pero todavía no es nada. Es sólo un principio. Ni un cero coma cinco por ciento de los descubrimientos que todavía nos quedan por hacer. —Tras una pequeña pausa, hizo señas a la camarera y le mostró nuestros vasos de cerveza vacíos—. Volviendo al principio —continuó—, ¿te acuerdas de *El retorno de los*

brujos y Recuerdos del futuro? La duda nunca más te abandona, como ya he dicho. ¿Recuerdas aquel libro de Thor Heyerdahl que leímos los dos, el del viaje en el *Kon-Tiki*? Intentaba demostrar que los antiguos egipcios ya habían cruzado el océano Atlántico mucho antes de nuestro año cero, que ayudaron a los aztecas, los mayas y los incas a construir sus pirámides. No se trata de qué es verdad y qué no, sino de que no te echas a reír enseguida con una teoría así, que a priori estés dispuesto a darla por buena. Actualmente hay una manera muy moderna de llamarlo: pensar *out of the box*. En general, y normalmente con razón, la gente se ríe de los experimentos pseudocientíficos con ondas mentales, las experiencias cercanas a la muerte y la reencarnación. Puedes calificarlo todo tranquilamente de tonterías, y en principio tienes razón, porque nunca ha habido pruebas concluyentes para estos fenómenos. Como científico tienes que andarte con cuidado. Un experimento dudoso e inconcreto, y quedas fuera del circuito un montón de años, quizá para siempre. ¿Te acuerdas de Rupert Sheldrake? Demostró que, en el norte de Inglaterra, los gorriones habían descubierto un truco para quitar los tapones a las botellas de leche. Las botellas que el lechero llevaba a las casas y que se quedaban un ratito en la acera sin que nadie las vigilara. Menos de seis meses más tarde, los gorriones del sur de Inglaterra también se sabían el truco. Sin que ni un solo gorrión del lejano norte hubiese volado al sur a enseñárselo: esto lo había demostrado científicamente. Su teoría era que si aumentaba la inteligencia de un grupo pequeño, se incrementaba la inteligencia de todo el grupo. Y ¿dónde está Rupert Sheldrake ahora? ¿Vive todavía? ¿Lo sabes tú? ¿Lo sé yo?

La camarera se acercó para ver si ya habíamos terminado. No preguntó si todo había estado a nuestro gusto, cosa que en algunos establecimientos te preguntan aunque sólo te hayas comido un bocata de queso; sólo preguntó si todo iba bien, y si queríamos ver la carta de postres.

Bernhard y yo ni siquiera tuvimos que mirarnos antes de que yo pidiese dos cafés expresos y dos grapas.

—La transparente —añadí—. La normal.

—Es un poco como creer en el comunismo —siguió Bernhard—. Antes creíamos en el comunismo, ¿no? Póster del Che Guevara en la pared, el Vietcong, al que no llamábamos así, como hacían los partidarios del imperialismo norteamericano, sino Frente de Liberación Nacional de Vietnam. A lo largo de los años vas perdiendo gradualmente esa fe, pero nunca desaparece del todo. ¿Quién dijo aquello de «Quien no es comunista a los dieciocho años, no tiene corazón; quien todavía lo es después de los veinte, no tiene cerebro»?

—¿George Bernard Shaw?

—No, él creyó en el comunismo hasta el amargo final, ¿no? Bueno, no importa, lo que quiero decir es que te pasas la vida sintiendo simpatía por el revolucionario barbudo, aunque a partir de cierto momento sepas que no siempre tiene razón. Nunca te pasas del todo al otro bando. Nunca empiezan a gustarte de repente los generales con gorras ridículas y pecheras de uniforme con decenas de medallas.

La mesa que teníamos al lado estaba vacía. No hace mucho ahí se habrían sentado los guardaespaldas. Cuando todavía llevaba cuatro, uno se quedaba cerca de la puerta; otro, en la barra, examinaba todo el rato a los comensales del restaurante desde detrás de unas gafas de sol, lo hacía de forma regular, siempre con el mismo ritmo, sin acelerarse, como un radar o un faro. El tercero y el cuarto se sentaban a la mesa de al lado de la mía y fingían que no escuchaban lo que hablábamos mi interlocutor o interlocutores y yo. Pero llamaba la atención lo poco que tenían que decirse. Una vez comí en este restaurante, un par de mesas más allá, con Bill Clinton, que por

aquel entonces ya no era presidente. Fue una de las pocas veces que noté la presencia de una personalidad más fuerte que la mía. O, al menos, una personalidad que parecía absorber a las otras. Una especie de versión turbo de mí mismo. Bill Clinton te hace sentir que eres lo único que importa, que no existe nada más que la conversación que está manteniendo contigo en ese momento; el resto del mundo desaparece, literalmente. No soy el único que se ha sentido así tras conocer al ex presidente estadounidense. Todos los que han estado cerca de él alguna vez describen la experiencia con las mismas palabras. En la mesa a nuestra derecha estaban mis dos guardaespaldas, en la de la izquierda, cuatro hombres del Servicio Secreto. Tenían exactamente el mismo aspecto que en la televisión y las películas: camisetas blancas, trajes negros, gafas de sol, pinganillos. No sabría describir exactamente por qué, pero algo hacía que resultasen más creíbles que mis propios guardaespaldas. Bill Clinton también parecía más auténtico que la mayoría de los políticos neerlandeses con quien he comido alguna vez en el Dauphine. *Larger than life*. Quizá era el efecto de las imágenes televisivas que lo precedían, pero se erguía literalmente por encima de la mesa, su torso no tenía la proporción adecuada para el sobre de la mesa, sus manos agarraban los bordes con fuerza, como si en cualquier momento fuese a lanzar la mesa por el restaurante.

Recuerdo bien de qué hablamos. No puedo repetirlo todo aquí sin meterme en líos. Aquella mañana se había reunido en La Haya con nuestro primer ministro de aquel entonces.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo—. Espero una respuesta sincera.

La pregunta era relativa al primer ministro, siento no poder reproducirla, fue una conversación privada y no puedo citar directamente al ex presidente sin su permiso, seguro que no le sentaría bien. Por tanto, dejémoslo en que Bill Clinton puso los ojos como platos cuando intenté responderle con la mayor sinceridad. Después, cara de asco.

—¿En serio? —preguntó. Negó con la cabeza y se echó a reír—. ¡Increíble! Ya me imaginaba algo por el estilo, pero esto es realmente increíble, Bob.

Sí, me llamaba Bob, desde que me había dicho que podía llamarlo Bill, y yo le había respondido que mi nombre era Robert. Me hizo gracia que diera por sentado que en los Países Bajos también usábamos el diminutivo «Bob» para Robert. Entonces Bill dijo algo sobre la reina Beatriz, en cuya compañía había cenado la noche anterior. Lo dijo muy bajito, casi susurrando; primero pensé que no lo había oído bien, pero al ver mi cara, lo repitió.

Recuerdo perfectamente que en aquel momento eché un vistazo al lado, a la mesa de mis guardaespaldas. Removían su café en silencio, nada delataba si habían estado atentos a nuestra conversación. No pude sino dar la razón a Clinton. Reyes y reinas. Casi nunca tienen carácter. Nunca han tenido que esforzarse. No han tenido que viajar por ciudades y países para ganar votos, como John F. Kennedy o Barack Obama (o el propio Clinton). Se lo han dado todo masticado, y se les nota en la cara. Con cada generación que pasa, más vacíos los semblantes. Más obtusos. Ya era difícil tomarse en serio a la reina Juliana, pero en el rostro de su nieto ya casi no se lee nada. Es un proceso evidente: con cada generación, baja la calidad del género. Los únicos que todavía parecen tener algo de personalidad son sus cónyuges, los consortes. Son más listos. Más ambiciosos. Una boda con un futuro rey o reina les abrirá todas las puertas. Se casan con un hombre o una mujer con quien nadie empezaría nada por voluntad propia. Las princesas brillan al lado de aquellos rostros vacíos, saludan a la multitud que las vitorea desde el balcón del palacio real. El plebeyo que se casa con una reina se pone el uniforme a la primera oportunidad. La sonrisa de sus caras es cien por cien real. Cumplen su cometido la noche de bodas, y un par de veces más. La descendencia. Un heredero al trono. Nuevos príncipes y princesas, caras todavía

más anodinas e intrascendentes. Poco después de la luna de miel, el príncipe consorte se va a cazar elefantes, vuelca con una lancha en el mar Mediterráneo, cerca de Cannes, o se estrella con tres o cuatro coches deportivos y va de cóctel en cóctel por los yates amarrados en la bahía, arrojándose a todo lo que se mueva: estrellas de cine, duquesas, hijas de millonarios. La reina lo sabe perfectamente. No necesita conocer todos los pormenores, no quiere oír los detalles jugosos. Sabe que no puede ser de otro modo, que ése es el acuerdo tácito. A medianoche, en casa, en una sala del palacio iluminada solamente por una tenue lámpara, ve el último telediario. Se seca los ojos con un pañuelito de encaje blanco. Un lacayo saca la cabeza por la puerta y le pregunta si le apetece otra ginebra.

—Dos líneas paralelas se tocan en el infinito —dijo Bernhard—. ¿Te acuerdas, Robert? ¿En el segundo curso del liceo Spinoza, el profesor Karstens, de física?

Me pregunté si me había perdido algo, me daba la sensación de que mis pensamientos habían estado un rato en alguna otra parte.

—Sí, me acuerdo —dije—. Las líneas paralelas nunca se tocan.

—Porque no nos lo podemos imaginar.

—Exacto.

Ahora estaba seguro, faltaba algo, un fragmento se había perdido para siempre, como pasa a veces cuando cabeceas un poco durante una película y no entiendes cómo han llegado al desierto de Las Vegas los protagonistas que hace un momento estaban en el casino.

—Lo que vamos a hacer es convertir lo inimaginable en imaginable —dijo Bernhard—. Vamos a hacer que las líneas paralelas se toquen. Determinaremos el principio y el final del universo. O no, claro. La posibilidad de que no convirtamos nada en imaginable es infinitamente mayor. Pero si no lo probamos, nunca lo sabremos. En ese sentido, me siento un poco como Colón. Quien no se arriesga no cruza el mar.

—¿Cuándo vas a...? ¿Cuándo lo harás?

Me di cuenta de que había estado a punto de decir: «¿Cuándo tienes pensado irte?»

—Christine sale de cuentas dentro de cuatro meses. Así que antes de eso, en todo caso. Bastante tendrá con lo que le viene. Criar gemelos ella sola. Si encima tiene que cuidar a un marido moribundo, la cosa ya se vuelve imposible.

Miré las tazas y los vasos vacíos de los expresos y las grapas, e hice un gesto a la camarera. Parecía haber pasado mucho más de una semana desde que Bernhard me había llamado para informarme de que su final estaba próximo. Una prueba rutinaria de la universidad, la revisión médica obligatoria anual, había mostrado valores alterados en el nivel de azúcar en sangre. «¿Cuánto me queda?», había preguntado Bernhard. El médico que lo examinaba no se había andado con rodeos: «Me gustaría poder darle más esperanzas, señor Langer, pero en esta fase, es cuestión de meses.»

—Mañana me voy a Boston —dijo Bernhard—. Quiero pasar todo el tiempo que pueda con ella.

Nos pusieron delante la segunda ronda de expresos y grapa, un silencio breve en el cual no nos miramos y yo asentí amablemente a la camarera con la cabeza. Todavía tenía un par de preguntas para Bernhard, pero al parecer él ya había dado el tema por zanjado.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué más te cuentas? ¿Algún rumor?

Sobre mis padres y el funeral de mi madre ya habíamos hablado un poco al principio de la

comida. También sobre mi padre y de lo difícil que resultaba preguntar por sus planes de futuro inmediatos. Bernhard estuvo de acuerdo en que era mejor esperar a que sacara él el tema.

—Tú estabas muy unido a tu madre, ¿no? —había preguntado en un momento dado—. Quiero decir, más que a tu padre, ¿no?

—Sí, creo que sí. Bueno, en realidad lo sé seguro. Mi madre siempre estaba tranquila, sabía escuchar. Mi padre era, es, más hiperactivo, como ya sabes; me cansaba cuando estaba con él, incluso de niño. Alquilábamos una casa en la Dordoña; a primera hora de la mañana ya lo veía desplegar un mapa y hojear excitadamente todo tipo de guías de viaje en la mesa de la terraza. Yo rogaba en silencio no tener que ir a ninguna iglesia o ruina, poder quedarnos tranquilamente en aquella terraza todo el día.

Bernhard se rió.

—Sí, ya me acuerdo, siempre ha sido así. Y ¿notas algo ya, con tu madre?

—¿A qué te refieres?

—Si ya notas su ausencia. O no. Quiero decir, es muy reciente. Quizá te despiertas por las mañanas y durante un par de segundos, o más, crees que todavía está. A mí me pasó cuando murió mi padre. Duró bastante, meses, tal vez un año. Todos los días tenía que acostumbrarme a su ausencia. Veía las cosas como las habría visto él. Cada vez que hacía algo me preguntaba si le habría parecido bien o no.

—Pero tú entonces eras mucho más joven. Diecisiete años, ¿no?

—Dieciocho. Cumplidos una semana antes.

—Es justo la edad en que empezamos a enfrentarnos a nuestros padres. O cuando terminamos de hacerlo. Entonces es lógico que te importara su aprobación. Pero con mi madre... No lo sé. Esta mañana se me ha ocurrido que en circunstancias normales, hoy habría comido con ella en lugar de contigo.

—Sólo quiero decir que tienes que prestar mucha atención. Teníais un vínculo fuerte. Nosotros también, pero con una madre ese vínculo es más fuerte por definición. Ahora todavía es muy reciente, estás receptivo a los pequeños cambios. Algo que no puedas explicar, a no ser que haya ocurrido por intervención de tu madre.

En aquel momento nos trajeron la comida y la conversación se encaminó hacia la teoría de Bernhard sobre el posible vínculo entre los límites del universo y los límites de la vida humana.

Hasta el segundo vaso no noté que me estaba subiendo la grapa, y como me daba miedo empezar a hablar sobre Sylvia y el concejal Van Hoogstraten en un arrebato de falsa sinceridad inspirada por el alcohol, resumí brevemente para Bernhard el debate de los molinos eólicos.

—Lo más frustrante es que no estuve —terminé—. Porque... Bueno, porque fue justo el día que ocurrió lo de mis padres.

Bernhard se bebió la grapa de un trago, apenas tenía los ojos un poco más vidriosos que al principio del almuerzo, pero él siempre había aguantado el alcohol mejor que yo.

Después de la grapa se llevó el expreso a los labios y también se lo terminó de un trago.

—¿Sabes qué pasa? —preguntó—. Todo el debate sobre el clima se ha llevado mal desde el principio. De un modo engañoso. Se centra en temas equivocados. Molinos eólicos y paneles solares tienen un pase, apenas hacen ningún daño. Pero en realidad no necesitamos nada de eso. ¿Sabías que si todos los habitantes de los Países Bajos bajaran la calefacción un grado en invierno, nos ahorraríamos la energía de diez mil molinos eólicos? ¡Diez mil! Un solo grado,

fijate que no estoy diciendo que la gente tenga que pasar frío en casa. Lo que tiene que darse es un cambio de mentalidad. Ahora ponemos la calefacción a veintidós grados y nos dejamos caer en pijama en el sofá. O en pantalones cortos y camiseta. Porque queremos vivir así, porque estamos acostumbrados. No hay Gobierno ni partido político que anime a la gente a ponerse un jersey dentro de casa. Todavía sería mucho mejor no tener siquiera que ponernos ese jersey; si bajas la calefacción dos grados más, el cuerpo empieza por sí solo a quemar grasas. La mejor dieta que hay. Mientras tengas la calefacción siempre a veinte grados, puedes comer todo lo que quieras.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Por qué parece que los defensores de los molinos eólicos siempre tienen razón?

—¿Tú sabes el dinero que se gana con esos molinos? ¿Has visto alguna vez las cuentas? Sólo hay que mirar los periódicos. Los molinos salen carísimos en comparación con lo que generan, pero todo el mundo gana dinero. Empezando por los fabricantes de molinos, pero también se llevan un pastizal los granjeros que dejan que les instalen un trasto de éstos en sus tierras. Y tampoco es que esos molinos duren tanto. Menos que una central nuclear media. Hace poco leí un artículo sobre eso en el periódico, sobre la de empresas que van a ganar un montón de dinero desmantelando todos esos molinos. Y eso sin hablar del mercado extranjero. Tenemos la tecnología y la experiencia para endosar molinos a todo el Tercer Mundo, y ya lo estamos haciendo. En el futuro, eso reportará más beneficios que todos los yacimientos de gas subterráneos que tenemos. ¿Sabes, Robert? —continuó, mientras intentaba llamar la atención de la camarera después de llevarse el vasito de grapa vacío a los labios—, lo peor es que nada de eso tiene importancia, y que a quien se atreve a decir lo contrario lo tildan de «escéptico climático». Vivimos en una democracia, pero no valoramos las ideas que no compartimos. Tanto da quién tenga razón. A lo mejor dentro de quinientos años empieza a hacer más frío. Pero también es posible que venga una ola de calor a nivel mundial que lo calcine todo. Unos cuantos grados de calentamiento derivados de la presencia humana no supondrán realmente una diferencia. En la Edad Media flotaban icebergs por delante de Mallorca, un siglo antes se hacía vino al norte de Inglaterra. Todo eso sin influencia de los gases de efecto invernadero. Los movimientos de la Tierra siempre han tenido lugar a una escala muy superior a la humana. A esa escala, diez o cien mil molinos eólicos son una gota en una hoguera. Literalmente: una gota no hace nada, pero si tiras todo un cubo de agua, el fuego se apaga. Podríamos encontrarnos con un futuro en el cual tendremos que emitir a la atmósfera todos los gases de efecto invernadero y CO₂ que tengamos para poder calentarnos un poco. Sólo con que entre en erupción un volcán, nos pasamos cien años con dos grados menos. Un volcán de verdad, quiero decir, una cosa bestia, como el Krakatau en su momento. Los primeros ochenta años después de aquella erupción, en Holanda se pudo patinar sobre hielo desde septiembre hasta mediados de mayo. Se ve en las pinturas de aquella época, todo son paisajes invernales. O piensa en la Edad de Hielo. En aquella época no había movimientos ambientalistas, sólo medio ambiente. Y ese medio ambiente hacía lo que quería. Cuando nuestro país quede cubierto por una capa de hielo de kilómetros de grosor, ¿qué movimiento ecologista organizará una marcha de protesta contra la nueva Edad de Hielo? La Tierra es un planeta indiferente, Robert. En realidad le importa un rábano si la habitan seres humanos o no. ¿Que sube el nivel del mar? ¿Un tsunami? ¿Qué más le da? ¿Quién habrá mandado a la gente construir casas tan cerca de la costa? La Tierra está un poco incómoda, le molesta una costura, le aprieta algo, y entonces se estira y dos placas tectónicas se deslizan una sobre la otra con un estruendo tremendo. Buf, ya podemos respirar, la sensación de incomodidad ha

desaparecido. Pero nadie le ha dicho que la habitan seres humanos, que sus casas se derrumban cuando ella se estira. La Tierra se sacude como un caballo que quiere desembarazarse de las moscas. Golpea con la cola, pero con cada movimiento consigue echar solamente a varias decenas de miles, cientos de miles máximo, de seres humanos de su cuerpo. A veces me pregunto si realmente estaba prevista la existencia de la vida humana. Buscamos voces en el espacio, pero imagínate que estamos solos de verdad. Un universo gigante y vacío al que se le ha ido de las manos un planeta en un rincón, un planeta minúsculo que casi pasa desapercibido. Un error. Una reacción en cadena. No dejamos de hablar de contaminación, pero imagínate por un momento que la contaminación seamos nosotros mismos. No sólo nosotros: toda la vida. Moho en la superficie de un planeta que nunca había pedido que lo habitaran. Alguna vez he intentado imaginármelo. Nuestra Tierra sin vida. Ni árboles, ni hierba, nada de nada. Hay lugares así en Islandia. O en el Gran Cañón. Y no son lugares tristes, de hecho es bonito.

Llevé a Bernhard a la estación Amstel, desde donde cogería el tren a Schiphol. Miré la aplicación del transporte público.

—Lo mejor sería que hicieses transbordo en Duivendrecht —dije—, es más rápido que por la Estación Central.

Nos abrazamos en el andén.

—Esto todavía no es una despedida —dijo—. No hagamos las cosas más dramáticas de lo que son. Podemos llamarnos, escribirnos, mandarnos WhatsApps... Si puedo, te avisaré en las próximas semanas.

—¿Semanas?

Me quité las gafas y me froté los ojos.

—A finales de este mes hay un congreso en Las Vegas al que tengo que ir. Creo que aprovecharé la ocasión para volver a visitar el Gran Cañón. La parte norte, nunca he estado ahí.

Me volví a poner las gafas, pero los cristales se empañaron. Llegó el tren.

—¿Sabes, Robert? —dijo Bernhard, dándome una palmadita en la espalda—. En el fondo creo que realmente no hay nada. Si la vida humana es un error, una vida después de la muerte todavía sería un error mucho más grande. Si cuando llegue la hora no sabes nada de mí, será la prueba definitiva de que no hay nada.

25

¿Y después? El comportamiento de mi mujer cambió de verdad: esta vez no había confusión posible. Has ido de pícnic al parque. Sol y alguna nube suelta. Pero de repente empieza a soplar viento. Los árboles se zarandean, un estremecimiento recorre la hierba. Apenas te da tiempo a recoger el mantel y meter las botellas medio vacías y los restos de comida en la cesta de pícnic; ya oyes, más cerca de lo que querrías, el primer trueno. Al principio el follaje impide el paso a las gotas gruesas, pero a campo abierto no hay escapatoria. Empapado hasta los huesos y corriendo lo más rápido que puedes, llegas al aparcamiento en el que dejaste el coche.

—¿Te he enviado un mensaje! —decía Sylvia, con un suspiro profundo. Estábamos frente a frente en la cocina—. ¿No lo has visto? Pasta de dientes y regaliz de miel. ¿Tan difícil es?

Protesté un poco, para que no fuese dicho: esto es, que nunca oigo el teléfono cuando voy en bici. Pero en aquel momento tenía todos los sentidos en alerta. Era la tercera vez que arremetía contra mí durante aquella semana, la segunda en dos días. Normalmente, en una situación así preguntaría a mi mujer si va todo bien. Si esa irritación podía no ser una simple irritación superficial, sino que en realidad tenía una causa más profunda.

Pero no lo hice. Bueno, tengo que decirlo de otro modo: no nos preguntábamos nunca si pasaba algo. Nunca. Esperábamos con paciencia a que el otro tomara la iniciativa. No por desinterés, sino por respeto. A veces el otro simplemente tiene un mal día, y entonces es muy molesto que te pregunten enseguida si pasa algo. Seguramente al día siguiente ya se te habrá pasado.

—¿Pasa algo? —pregunté ahora, después del incidente de la pasta de dientes, rompiendo nuestro acuerdo tácito—. No sé, pero estos últimos días te molestas a la mínima. Quiero decir, se trata sólo de pasta de dientes, no es para tanto, ¿no?

Sylvia apartó rápidamente la mirada y fingió que intentaba leer la fecha de caducidad de una lata de atún.

—Déjalo, Robert. Creo que sólo estoy un poco cansada. Pero también me jode que no puedas hacer ni un recado.

Esta vez no repliqué. Pero al día siguiente la situación se repitió. Estábamos sentados juntos en el sofá viendo las noticias. Algo sobre una mujer paralítica de Texas que reclamaba el derecho a la eutanasia.

—¿No deberías llamar a tu padre? —preguntó en un tono que buscaba pelea sin ambages—. Que lo pospongas un poco, vale, pero ya han pasado varias semanas.

En aquel momento podría haber dicho algo en tono conciliador, o sacar del armario algún cliché sobado. «¿No crees que deberíamos hablar tú y yo? Creo que aquí en realidad pasa otra

cosa.»

Pero no lo hice. Me apetecía más forzar la situación.

—Deberías estar contenta —respondí—. ¿No te parecía tan ridículo e infantil que mis padres quisiesen poner fin a su vida? ¿Tan holandés? Quizá resulta que valora la vida más de lo que te pensabas. Quizá ha redescubierto la vida.

En cuanto lo dije, me di cuenta de que hasta entonces no había considerado esa posibilidad. Las últimas semanas había llamado a mi padre un par de ocasiones y lo había ido a ver una vez. Me había dado una impresión de desánimo, como si le diese vergüenza seguir aquí. No se lo había preguntado directamente, pero en nuestra última llamada había sacado el tema él mismo.

—Estaba pensando hacer algo por última vez —dijo—. Algo memorable, quiero decir. Una despedida por todo lo alto. Es raro, chico. Sin tu madre ya no puedo disfrutar de la vida, pero me doy cuenta de que cada vez valoro más las pequeñas cosas. Cosas normales: que salga el sol, los pajaritos en el jardín. El otro día estaba en la cama, todavía no tenía ganas de levantarme, y en un momento dado me di cuenta de que ya llevaba al menos media hora mirando el tronco de un árbol de fuera. Las hojas del árbol. «Esto también es vida», pensé. Mira, éste es el tipo de pensamientos banales que tiene tu padre hoy en día. Pero sí que me pregunté enseguida si no fue un gran error, todo esto.

Un par de días más tarde pasé a verlo. No se puede decir que la casa estuviese patas arriba: no había montañas de platos sucios en el fregadero, y él también iba relativamente aseado. Sin embargo, se notaba en los detalles, en las cosas que ya no estaban: un jarrón de flores frescas, un frutero lleno hasta los bordes, la cama, que aunque estaba hecha, no tenía las sábanas tan tirantes como cuando la hacía mi madre. Mi padre llevaba unos pantalones de chándal gris y su chaleco marrón favorito; quizá no se había afeitado ese día, pero el día antes o el anterior, sí. Tenía una manchita de pasta de dientes en la comisura izquierda de los labios. Así que todavía se lavaba los dientes, pero al parecer después ya no se miraba al espejo.

—Hablaste de hacer algo grande —dijo—. Una última cosa memorable.

—Sí.

Estábamos en la cocina con una copita de ginebra cada uno.

Tomé un sorbo.

—Dentro de poco es tu cumpleaños. ¿Podría ser una idea? Vamos a algún sitio, salimos de la ciudad. A la costa, por ejemplo. Un lugar donde se coma bien. Sólo tú, Sylvia, Diana y yo. O hacemos algo en casa, que Sylvia prepare algo rico. Y tú invitas a quien quieras.

—Pero ¿tú te estás oyendo, Robert? ¿Una fiesta después de lo que ha pasado? Ya me imagino a la gente. Quizá no se atreven a preguntar directamente, pero lo piensan, seguro. No, chico, no me apetece para nada.

Miró un momento el teléfono que tenía sobre la mesa de la cocina, al lado de la copita de ginebra. Un iPhone novísimo.

—Ya me tocaba un teléfono nuevo —me había dicho poco después del funeral de mi madre—. Pero tu madre..., ya sabes cómo es. Cómo era. Estas cosas le parecían tonterías y despilfarro. «¿Qué tiene de malo tu teléfono viejo?» Ya te la imaginas, ¿no? Entonces vi el anuncio de una oferta. Tenía que cambiar de número, eso sí, pero pensé: «Total, ¿a quién voy a dárselo?» A vosotros, y ya está.

Me explicó que en casa y delante de mi madre había seguido usando su viejo Nokia. No había

tenido ganas de defender su adquisición.

—A lo mejor es un poco infantil —dijo—. También habría podido explicárselo. Pero ya la conoces, con una mirada te lo decía todo. Y me pareció que me lo merecía, algo sólo para mí, sin tener que dar explicaciones. —Rellenó los vasos medio vacíos hasta el borde—. A veces era agotador, era como si considerase que yo no me merecía mis caprichillos. Un ejemplo; y avísame si ya te lo he contado. Era el Día de la Reina, o a lo mejor ya era el Día del Rey, no estoy seguro; a mi edad, creo que tengo derecho a seguir llamándolo Día de la Reina. Habíamos salido a dar una vuelta por el barrio y acabamos en el café Elsa's. —Inclinó la cabeza hacia la mesa, acercó los labios a la copita y sorbió la primera capa de ginebra—. Bueno, pues en un momento dado tu madre se fue al baño y tardó bastante, a lo mejor se encontró mucha cola. Entablé conversación con dos chicas muy majas fuera, en la terraza. A ver, entiéndeme, yo ya había bebido un poco, pero aquellas chicas se terminaban las copas de vino el doble de rápido que yo los vasos de cerveza. Una de las dos era muy guapa, la otra era más normalita, pero maja, ya sabes qué quiero decir. Bueno, para no enrollarme, de repente me fijé en algo: vi que la guapa entornaba los ojos cada vez que me miraba. Yo estaba contándoles no sé qué tontería, ya ni me acuerdo qué decía, pero a lo que iba: la chica entornaba los ojos, y cuando se reía tiraba la cabeza hacia atrás y después se sacudía el cabello de una manera... Chico, eso sólo podía significar una cosa. Estaba flirteando conmigo abiertamente. Conmigo, ¡a mis noventa y cuatro años! «¿Qué he hecho para que se interese por mí?», me dije. Pero al mismo tiempo pensé otra cosa, concretamente: que tampoco me sorprendía tanto. Soy un hombre simpático, cuento historias que pueden hacer reír a una chica de diecinueve años, eso no es algo que pueda decir todo el mundo. Y a lo mejor ni siquiera les importaba mi edad. Sé muy bien cuántos años tengo, pero eso no quiere decir que haya de subestimarme; en ese caso, frenas antes de llegar a ninguna parte y nunca te pasa nada interesante.

Le miré la cara, aquel rostro viejo, y tuve que reconocer que era muy probable que tuviera razón. Tenía buen aspecto para su edad. Y podía imaginármelo perfectamente encandilando a dos chicas de diecinueve años con su cháchara entretenida. Seguro que había desempeñado con ahínco su papel de viejo gracioso. Me alegré de no haberlo visto.

—Fue superemocionante. Me lo pasé en grande. Fingí que me gustaba más la menos guapa, le dediqué más atención. Es lo que siempre hacía antes, cuando había dos chicas en juego. Todo el mundo va a por la guapa, yo no. Dejé que la coqueta jugase sus cartas, con aquellas carcajadas exageradas y lo de soltarse el pelo, pero vi perfectamente que resplandecía. ¿Sabes lo que es, no, Robert, cuando una chica está resplandeciente? Es lo mejor que hay; como hombre, darías cualquier cosa por conseguirlo. Estaban las dos resplandecientes, por cierto. La otra también. A veces es un resplandor literal y se les encienden las mejillas; otras es una especie de calidez, y entonces lo que resplandece son sobre todo los ojos. Bueno, el caso es que perdí de vista el tiempo. Había llegado el momento de dejar a un lado a la menos guapa para centrar toda mi atención en la más guapa, así que me di un poco la vuelta, sin dar la espalda del todo a la otra chica, pero dejándole claro con lenguaje no verbal que a partir de ahora ella ya no pintaba nada. Y al darme la vuelta, vi a tu madre. Estaba al lado de una mesa alta llena de vasos de plástico vacíos, totalmente sola, y la mirada que me dedicó, chico... Creo que no hace falta que te la describa. Estaba bastante lejos, pero casi vi cómo arrugaba la nariz. Lo mismo que haría si viese esto —señaló su iPhone con el índice—. «¡Menudo juguete!» ¿No te la imaginas? «Déjalo con sus juguetitos, en el fondo siempre ha sido un niño de cinco años.»

Se llevó la copita de ginebra a los labios y se la terminó de un trago. Después se secó los

labios con el dorso de la mano, pero la mancha de pasta de dientes no desapareció. A mi madre se la habría limpiado yo con el pulgar, tal como le había quitado los trocitos de cangrejo de los cabellos en el Oriental City, pero ni se me pasaba por la cabeza hacer lo mismo por mi padre: las cosas eran así, siempre habían sido así y siempre lo serían.

—Era hora de despedirme. Visto en perspectiva, quizá era un buen momento, porque ¿adónde quería ir a parar? Quiero decir, en realidad sabía que la cosa no iba a pasar de ahí, de flirtear un poco y de un rubor en las mejillas, no soy estúpido. Pero me dio un buen subidón, no sé de qué otro modo explicarlo: estas cosas me ponen de un buen humor que ya no se me pasa. Pero a tu madre se le da... se le daba muy bien acabar con mi buen humor. «¿Qué te crees que hacías ahí? ¿Cuántos años te crees que tienes?» No, no le había hecho ninguna gracia. Se pasó todo el camino a casa dándome la lata por aquel comportamiento tan inmaduro. En un momento dado, me harté. Sabía que recordar el éxito que había tenido con aquellas chicas me haría feliz durante varios días, y en aquel momento lo único que quería era que ella se callara de una vez. Chico, me apena decirlo así, pero es lo que sentía en ese momento. Así que ¿qué hice? Antes había bebido un poco, claro. Y ahí en Elsa's quizá un par de cervezas de más. Y demasiado rápido, para más inri. Aunque ya me tambaleaba un poco, todavía podía caminar relativamente erguido, pero entonces tuve una inspiración. «No estoy fino», dije, y me medio desplomé entre dos coches aparcados. Así se acabaron las protestas de tu madre. A partir de ese momento me convertí en una víctima, una pobre víctima, un viejo que ha pillado una buena cogorza. Dejé que me ayudara a levantarme, intentando que no se me viera el plumero. Como ya he dicho, había bebido demasiado, pero no podía fingir una borrachera todo el camino hasta casa, tarde o temprano se habría dado cuenta. Aun así, la cosa fue bien, había hecho aflorar la enfermera que tu madre llevaba dentro. Una vez en casa me tumbó en el sofá, me quitó los zapatos y me preparó dos sándwiches. «Todo da vueltas», dije yo aún, pero luego pensé que más valía no exagerar.

Negó con la cabeza, se frotó los ojos y volvió a llevarse el vasito a los labios, pero no pareció darse cuenta de que estaba vacío.

—Después hice algo de lo que no estoy orgulloso —continuó—. Al día siguiente, cuando desayunábamos, tu madre volvió a sacar el tema. Las chicas y lo borracho que yo iba. Pero a mí no me apetecía hablar de eso. Quería guardarme las chicas para mí. Así que fingí que no me acordaba de nada. «Pues debía de estar muy borracho, sí, porque no me acuerdo de nada de eso —dije—. ¿Cuántos años dices que tenían esas chicas?» Y entonces fingí lo que seguramente ella quería ver: que me sentía muy avergonzado. «Ay, querida mía, ¡cuánto lo siento! Debiste de pasar mucha vergüenza. ¿Me perdonas?» Bajé la cabeza, puse cara de cónyuge al que han pillado mintiendo, de cónyuge que se muere de vergüenza. Pero al instante siguiente, cerré los ojos y volví a ver a las chicas. Aquella tan guapa, que me miró tanto rato con una mirada que tan sólo podía significar una cosa, y pensé: «Pues ya vuelven a ser mías.»

—La semana que viene va a venir mi hermano —anunció Sylvia.

Al final, después de un par de comentarios quisquillosos de mi mujer sobre mi padre, nuestra conversación se había desviado a aguas menos turbulentas; por lo visto habíamos esquivado definitivamente una pelea con todas las de la ley. Hablamos un momentito sobre *Emmy*, nuestra gata, que ya llevaba un par de semanas desaparecida.

—Ha llegado la hora de volver a colgar carteles —había dicho Sylvia—. Diana también me lo dijo ayer. Los otros están casi deshechos por la lluvia, o se los ha llevado el viento. He imprimido

otra foto de mi teléfono, una en la que se ve mejor, en color. Pero Diana está a punto de hacer los exámenes finales y prefiero que no pongamos su número en los carteles. Este tipo de distracción no le conviene.

Yo no había replicado, dando por hecho que mi mujer se ofrecería a poner su móvil debajo de la foto de nuestro gato. Pero lo que dijo fue:

—¿Podrías ocuparte tú de esto, Robert? Normalmente no me importa atender a la gente, ya lo sabes. Pero ¿podrías hacerlo tú esta vez?

No me miró mientras me lo pedía, había doblado las manos sobre la falda y se frotaba los pulgares. La manera de decirlo («atender a la gente») hacía que sonara como si a partir del día siguiente o el otro fuesen a llamar decenas de personas para informar del paradero de nuestro gato.

En un primer momento no dije nada. La observé: su rostro, cómo se frotaba los pulgares con los dedos doblados, esperé una señal, un signo de debilidad (no me habría extrañado que se echara a llorar: «¡Ha roto conmigo, Robert! ¿Cómo se atreve? Me ha dicho que me había convertido en una carga para él, que nunca se lo habría podido explicar a su mujer»).

Me di cuenta de que estaba invadiéndome una furia súbita contra el concejal Van Hoogstraten. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a aparcar a mi mujer de un día para otro como si nada? Pero me controlé enseguida.

—Vale —dije—. No te preocupes, yo me encargo de lo de la gata. Pero ¿haces tú los carteles? Puedes poner mi número de móvil.

No sé qué esperaba exactamente. ¿Gratitud, porque la había dejado salirse con la suya a la primera? ¿Una sonrisa cálida, una mano en mi antebrazo, dedos que me apretaran levemente la muñeca? Un «Gracias, eres un encanto». O algo muy distinto, un primer indicio de lágrimas y una confesión a trompicones: «Ay, ¡no sé qué mosca me ha picado! Oh, cariño, ¿podrás perdonarme, por favor?»

Por primera vez se me ocurrió otra posibilidad: que quien había puesto fin a la relación no fuese el concejal, sino mi mujer. Un Van Hoogstraten desesperado que no dejaba de bombardearla con mensajes de texto, que la esperaba a un par de portales de nuestra casa, que la acechaba... Un concejal lloroso que amenazaba con sacar a la luz su aventura si ella no volvía con él.

¿Perdonarla? Sí, podría hacerlo. Si me lo confesaba todo, primero tendría un ataque de ira. Pero no sería un estallido, sino un silencio furioso, eso se me daba mucho mejor. Labios fruncidos, la cabeza entre las manos, un suspiro profundo de vez en cuando. Pasearía por la habitación con las manos en los bolsillos, me plantaría delante de la ventana, miraría al exterior sin moverme, y mientras tanto sus gemidos y súplicas subirían de volumen a mi espalda. Pero la perdonaría. Ya estaba perdonándola de antemano, ahora, viendo cómo se frotaba los pulgares, el cabello que le cubría la cara. Algo se rompería sin remedio, una grieta en un jarrón que te gusta demasiado para poder tirarlo. Jarrón y grieta estarán a la vista para siempre, los vería sobre la mesa un día tras otro, cada vez con flores distintas, pero la grieta siempre sería la misma. Yo ya sabía qué haría para poder vivir con la grieta. Mostraría gratitud. Gratitud porque el jarrón no se había hecho añicos y no había tenido que tirarlo a la basura. Era una actitud que adoptaba a menudo cuando personas o situaciones conspiraban contra mí. A veces me pasaba media noche despierto por culpa del comentario celoso de algún compañero de partido. Un compañero de partido que nunca, jamás de los jamases, sería alcalde de una ciudad como Ámsterdam. No, qué digo, ni alcalde de un pueblo remoto de cuatrocientos habitantes en la frontera con Alemania.

Nunca, ni ahora, ni en su siguiente vida.

Resoplando de rabia, me imaginaba cómo se lo haría pagar al compañero de partido. La insinuación que se me escaparía en alguna reunión futura: una indirecta mortal.

Y entonces, sin ser consciente de en qué momento se había obrado el cambio, pensaba en lo que tenía. En mis únicas y valiosas posesiones. Mi esposa. Mi hija. Sylvia. Diana. Escuchaba la respiración de mi mujer, oía a mi hija trasteando por la cocina al llegar a casa a las seis de la mañana después de una fiesta, y con eso me bastaba. En comparación, durante un par de segundos el compañero de partido no era sino patético, y al instante siguiente ya había desaparecido de la vista.

Sí, eso haría. Abrazaría el jarrón, con la grieta contra mi pecho para que nadie pudiese verla.

26

Por eso a la mañana siguiente, a primera hora, me paseaba por los canales de Ámsterdam con un fajo de fotocopias, una caja de chinchetas y un rollo de cinta adhesiva. Empecé lo más lejos posible de casa, en la esquina de Utrechtsestraat y Prinsengracht —había decidido limitarme a dos o tres manzanas esa jornada—, y coloqué una fotocopia cada dos árboles.

¿ME HAS VISTO?

[foto]

ME LLAMO EMMY

[número de móvil]

Mi número de móvil. Y por primera vez aquella mañana, me pregunté qué estaba haciendo. Me había puesto expresamente gafas de sol y la gorra negra North Face. Así era como me paseaba por la ciudad cuando no tenía ganas de tener que devolver el saludo a alguien cada veinte metros. Pero el disfraz no era infalible. En la esquina de Keizersgracht y Reguliersgracht se me acercó una mujer algo mayor con un perrito mil leches a manchas negras y blancas.

—¡Buenos días, alcalde! —exclamó, muy animada; el perrito husmeó el árbol donde yo acababa de clavar una foto de nuestra gata, y levantó una pata trasera—. Ah, ¿es suyo ese gato? —preguntó, acercando la cara al árbol—. ¿Sabe?, yo vivo aquí en el canal, un poco más allá, en la misma manzana que usted, y veía el gato a menudo en mi jardín. Es decir, no sabía que fuese suyo, pero no hay duda, con esa raya negra en la cabeza, como un mechón de cabello. Ya estaré al tanto. Quizá se ha quedado encerrado en algún cobertizo, muchas veces se meten por curiosidad. O habrá entrado en alguna otra casa que tenga gato y gatera. ¿Es su número de teléfono?

—Sí —dije, un poco demasiado bajo, puede que recalcitrante: tuve la terrible corazonada de que esa mujer me llamaría al cabo de poco, con gato o sin él.

Un par de días después, iba en bicicleta por la calle Hogeweg al caer la tarde cuando me adelantó un deportivo descapotable de color rojo. Me pasó tan cerca, como si el conductor no me hubiese visto, que tuve que dar un bandazo con el manillar para que no me golpeará con el espejo lateral.

—¡Eh! —grité, y antes de tener tiempo de plantearme si era o no sensato que un alcalde actuase así, ya había levantado la mano y le había hecho una peineta al conductor—. ¡Vigila un poco, viejo!

Por lo visto el hombre —un viejo, eso ya lo había constatado, con un pelo gris cortado al

cepillo que me había recordado vagamente a mi padre— no había visto nada especial por el retrovisor: dio la vuelta a la plaza de la fuente con toda la tranquilidad del mundo, primero un poco hacia la derecha y después otra vez hacia la izquierda, y en esos dos instantes entreví su rostro de perfil.

Nunca sé con exactitud si en un momento así el corazón se acelera o se frena, o si simplemente te late con más fuerza. Quizá lo había visto mal, me dije a mí mismo, aun sabiendo que me engañaba. Quizá el conductor del deportivo rojo no era sino un viejo que se parecía mucho a mi padre.

Pero cuando el coche dobló hacia la derecha en la siguiente esquina, por Pythagorasstraat, y volví a ver la cara de perfil, ya no me quedó ninguna duda. Fue por la manera en que aquel viejo, mi padre, movía la mandíbula: como si masticara algo, un trozo de carne correosa. Siempre movía la mandíbula así cuando necesitaba toda su concentración; antes jugábamos al ajedrez a menudo, y cuando mascaba así, yo sabía que estaba a punto de hacer un movimiento decisivo.

Dejadme decir una cosa antes de continuar: el coche no era ni un Lamborghini ni un Ferrari, no, ni siquiera un Jaguar o un Porsche, sino algo francés, sospeché, y luego se vio que con razón. Yo no sabía nada de coches, pero me gustaban. Cuando pasaba un Bentley o un Aston Martin, siempre me volvía y lo seguía con la mirada hasta que desaparecía de la vista, del mismo modo que otros hombres se dan la vuelta para observar a una mujer. Claro que también miraba a las mujeres, a todas, pero si la alcaldía me había proporcionado algún sexto sentido, era la capacidad de saber exactamente cuándo mirar sin que nadie se diese cuenta.

Guardé las distancias; cuando entré en Pythagorasstraat; el deportivo rojo se había detenido en la siguiente manzana, pasada Copernicusstraat.

Luego —un par de minutos más tarde, pero también más adelante, los días, meses y hasta años siguientes— me he preguntado a menudo si mi padre había aparcado aquel coche rojo tan llamativo justo delante de su casa adrede, si lo que pretendía era que todo el mundo lo viera, justo en ese barrio donde prácticamente se veía todo. Era como las ventanas abiertas que los holandeses tienen patentadas, las cortinas que no se corren nunca para demostrar que no tienes nada que ocultar.

Habría podido dejar el coche un par de calles más abajo, o en algún aparcamiento cubierto. Me presenté sin avisar. Mi padre no podía saber que yo iba a estar al lado de aquella fuente y que lo vería pasar en ese coche. Un deportivo rojo aparcado delante de su puerta no tenía por qué significar nada, también podía pertenecer a otra persona.

Eso era lo que estaba pensando antes de llamar al timbre y de que él abriese sorprendido y me invitase a pasar. Más adelanté, me pregunté si en su reacción había algo de culpabilidad, o si simplemente estaba sorprendido. Al fin y al cabo, no tenía por qué sentirse culpable de nada, quizá el deportivo rojo de delante de su puerta ni siquiera era suyo. No, nada de eso era necesario, a no ser que me hubiese visto por el retrovisor al pasar al lado de la fuente, o luego, al doblar por Pythagorasstraat. Eso último tampoco me lo planteé hasta mucho más tarde.

Lo que pasó fue que mi padre sacó la ginebra del armario, nos sirvió un poco a cada uno, se sentó, se inclinó hacia su copita, sorbió la primera capa de ginebra, y entonces por fin me miró.

—Tengo que enseñarte algo —dijo.

Al instante siguiente estábamos en la calle. Era un día soleado, había dejado el capó abierto despreocupadamente. Quizá todavía tenía previsto ir a algún sitio, pensé luego. Señaló los distintos botones y mandos del volante y el salpicadero, y me los explicó brevemente.

—Éste es el control de crucero, y la S es el modo «Sport»; el coche es automático, pero así puedes conducir con un poco más de brío que con el «Drive».

Después propuso ir a dar un paseo. Y cuando me vio la cara, dijo:

—Sólo una vuelta a la manzana. Ya me imagino lo que debes de estar pensando, pero tengo que contarte algo.

La perspectiva de un paseo —un paseo de prueba, se me ocurrió ahora— con mi padre al volante de un deportivo descapotable se tradujo en una sensación de pesadez en mi estómago. Pero él ya había arrancado y pisó el acelerador a fondo un par de veces antes de poner el cambio de marchas en el modo deportivo.

—Tendrías que haber visto las caras de los vecinos la primera vez que lo aparqué delante de la puerta —comentó, mientras frenaba para la primera de las muchas bandas reductoras de velocidad de Pythagorasstraat; a continuación se metió, un poco demasiado rápido, un poco demasiado deportivamente, en Copernicusstraat—. No se atrevieron a decir nada, claro, pero vi lo que pensaban: la mujer se acaba de morir, y el viudo ya ha echado una cana al aire. Así que desde entonces siempre piso a fondo el acelerador antes de salir de la calle. Que piensen lo que quieran, me importa una mierda.

Yo no dije nada. Pensé en uno de los últimos almuerzos en el Oriental City con mi madre, cuando me habló de mi padre y su deseo de comprarse un coche nuevo; un deseo al que ella había quitado importancia; el comportamiento típico de un adolescente de noventa y cuatro años que nunca había llegado a la edad adulta.

—Pensaba que sólo daríamos una vuelta a la manzana —dije cuando alcanzamos el Galileïplantsoen y se dirigió a la calle Wethouder Frankeweg.

—No merecería la pena, chico —replicó—. Con tantas bandas rugosas, no se nota lo que puede hacer esta bestia. Un caballo tiene que poder galopar, es lo que siempre digo.

En Middenweg pisó el acelerador todavía más fuerte, noté que mi cabeza retrocedía contra el asiento mientras salíamos disparados hacia delante, pasando de largo el cementerio de Oosterbegraafplaats y el barrio de Betondorp, hasta la entrada de la autopista de circunvalación.

—Ya huelo campo abierto, chico —dijo, y me dio una palmadita en la rodilla.

Era hora punta, comprobé con profundo alivio que el tráfico estaba casi parado en los cuatro carriles.

—¡Joder! —gritó él. Dio un golpe al volante, y con dos maniobras bruscas adelantó con los intermitentes puestos un camión y metió el coche en el carril central—. Estamos en Holanda, se me había olvidado por un momento. Aquí encerramos a los caballos en establos. Maltrato animal en su más pura esencia.

Un par de centenares de metros más allá empezaron a parpadear carteles de velocidad: 50. Poco después, el tráfico se detuvo del todo. Mi padre suspiró profundamente.

—He estado pensando —dijo—. En aquello. Lo de mi cumpleaños, quiero decir.

—¿Sí?

—He decidido hacer un último gran gesto. Celebrar la vida una última vez, celebrar la vida como hay que vivirla. La semana que viene me iré a Francia, al mismo hotel en el que los últimos veinte años he pasado tantas vacaciones felices con tu madre. Por todo lo alto. Quiero decir que haré el viaje por todo lo alto, por eso me he comprado este coche. A tu madre no le habría parecido bien. ¿Tengo razón o no tengo razón?

Yo miraba al infinito, a la multitud de coches inmóviles; por encima de los carteles de límite de velocidad, el cielo se estaba tiñendo de gris oscuro.

—Voy a hacer senderismo una semana —continuó—. A comer bien, una botella de vino cada día. No voy a dar explicaciones, no diré a nadie que es mi cumpleaños. No sea que se les ocurra aparecer con una tarta, o que les dé pena. Seguramente ya les doy pena. Todavía no sé cómo voy a resolverlo. Hace años que nos conocen: aquella pareja mayor tan animada. Creo que se lo diré y listos: «Este año estoy yo solo. Lamentablemente, mi mujer ha fallecido.» La verdad es que hasta tengo ganas de ver las miradas sombrías. El camarero y el propietario del hotel dándome el pésame en francés. Quizá servirá para que después me dejen en paz.

Todavía estábamos parados, ese atasco no era uno de hora punta cualquiera. Algunas personas ya habían salido del coche, seguramente se había producido un accidente más adelante... En efecto, al cabo de poco pasó por el arcén una ambulancia con la sirena encendida.

—Y también he pensado qué haré después de mi cumpleaños —continuó mi padre—. Conozco la zona como la palma de mi mano. Hay un *gorge*, que dicen en francés, un desfiladero estrecho con acantilados empinados a los dos lados por el cual pasa un riachuelo, un poco como el Gran Cañón en pequeño. Por ahí sube una carretera, una carretera estrecha con muchas curvas que va muy por encima del río. Eso es lo que haré. En realidad es una muerte natural. Un hombre corto de vista, noventa y cinco recién cumplidos, conduce demasiado deprisa, se abalanza sobre el guardarraíl y se despeña. Muerto. Quizá antes me tomaré una botella de vino, para darme ánimos. En todo caso, me encontrarán un porcentaje de alcohol demasiado alto en la sangre. Esto encaja mejor conmigo que una muerte dulce en la cama. Dejar la vida por la puerta grande. ¿Qué te parece, chico? Bueno, ya sé lo que piensas, lo que llevas pensando desde la muerte de tu madre sin atreverte a decirlo. Lo que no tienes el valor de preguntar. Pues mira, ésta es mi respuesta.

27

—No tardes mucho en bajar, ¿vale? —dijo mi mujer—. La comida está casi lista.

Murmuré algo, o al menos hice un sonido con el cual transmití a Sylvia (y a su hermano) que la había oído. Al llegar me los había encontrado sentados a la mesa de la cocina con una botella de vino y dos copas entre ellos, y ni se molestaron en disimular que mi llegada interrumpía su conversación. El tipo de silencio con un murmullo casi inaudible de fondo, como cuando pulsas el botón de pausa del DVD porque tienes que hacer una visita al baño.

Mi mujer había ido aquella tarde a buscar a su hermano a Schiphol. Él todavía tenía la maleta al lado de la silla, y aún no se había quitado la chaqueta de cuero marrón.

Cuando se levantó para abrazarme, el cuero barato de la chaqueta crujió como cuando aplastas una botella de plástico. No nos besamos, pero nuestras mejillas (las suyas, sin afeitarse) se rozaron brevemente en un contacto rápido e incómodo.

Arriba, en mi despacho, abrí las puertas del balcón y salí. El sol ya había desaparecido detrás de las casas, pero todavía era de día; una columna de humo azul se elevaba un par de jardines más allá.

Como no vi enseguida el mirlo, ni en el césped, ni entre los arbustos, ni en los parterres, me incliné al máximo para comprobar si estaba en el alféizar de la ventana de la cocina. Ahí era donde lo había visto por la mañana, donde había estado todas las mañanas desde la desaparición de nuestra gata. Por la manera de colocarse, con el pico amarillo y la cabeza un poco ladeados, atento, curioso, casi no podías evitar tener la sensación de que miraba dentro de casa.

También lo había visto a otras horas. Un par de días atrás había llevado una caja vacía de cerveza al cobertizo, y el pajarillo salió de repente de entre los arbustos para posarse en el césped, y después me siguió todo el camino de ida y vuelta al cobertizo, como si quisiera acompañarme.

Sí, incluso le había dicho algo.

—Hola, ¿qué tal, todo bien?

Del mismo modo que algunas mañanas le había deseado buenos días. El día anterior por la mañana, cuando estaba al lado de la encimera esperando a que el café estuviese listo y que la tostada saltara disparada de la tostadora, también lo había visto. Me incliné poco a poco y acerqué la cara a la ventana. Creía que saldría volando en cualquier momento, sin entender que el cristal le ofrecía protección suficiente contra aquella cabeza humana enorme que estaba cada vez más cerca al otro lado de la ventana, pero no lo hizo. Me acerqué mucho, miré su ojo reluciente y negro como el carbón que no reflejaba nada. Alrededor del ojo había un círculo naranja muy fino, como si el mirlo se hubiese maquillado.

Esa tarde había caído un chaparrón corto pero intenso sobre la autopista de circunvalación. Habría podido ser una escena de una comedia de cine mudo: hombre de noventa y cuatro años de edad al volante de un deportivo rojo no encuentra el botón del capó; a su lado está su hijo, de sesenta años y alcalde de Ámsterdam; en pocos segundos ambos han quedado calados hasta los huesos. Ya había visto a un par de automovilistas lanzarme miraditas de reojo, y me arrepentía de no llevar las gafas de sol y el gorro.

Pero mi padre encontró el botón correcto mucho antes de lo que yo habría imaginado. Como si ya lo hubiese hecho otras veces, fue lo primero que me vino en mente. Sí, ¿desde cuándo tenía este coche, en realidad? Bueno, ¿qué importancia tenía eso? A mí me lo había enseñado ese día, pero eso no significaba nada. Quizá se lo había comprado mucho antes. Mucho antes. Si no me equivocaba, ese tipo de coches tienen una lista de espera de varios meses.

Existía la posibilidad de que hubiese encargado el coche medio año atrás. Pero un deportivo rojo era más difícil de ocultar a mi madre que un iPhone.

Mi padre sacó del congelador una botella de ginebra seca.

—¿Quieres quedarte a cenar? —preguntó—. No tengo mucho, un poco de estofado de endibias de ayer. Y media salchicha.

Le dije que aquel día llegaba mi cuñado, y que después de una última copita, me iría a casa. Lo observé mientras bebía a pequeños sorbos. Intenté imaginármelo cambiando de marcha por una carretera tortuosa del sur de Francia, pisando el acelerador y saliendo disparado por encima del guardarraíl.

—¿Cuándo te tocaba renovarte el carnet? —pregunté, por preguntar algo; en todo caso, para no hacerlo sobre los detalles de sus futuras vacaciones—. En junio, ¿no?

—Bah, eso ya no tiene importancia.

—No, quizá no.

Se bebió la ginebra de un solo trago y dejó la copa sobre la mesa con un golpe.

—No importa porque hace más de un año que no tengo carnet, chico. Ahora ya lo sabes.

Lo miré.

—Fui a ver al médico —explicó, girando el tapón de la botella de ginebra—. Le pregunté si no tenía algún amigo oftalmólogo que pudiese aprobarme, pero no quiso saber nada del asunto. Que no era ético, dijo. En cambio, hace seis meses, cuando le pregunté por primera vez cómo tu madre y yo podíamos poner fin a nuestras vidas con dignidad, fue muy pródigo en explicaciones y folletos y demás. Se moría de ganas de venir a nuestra casa y hacerlo él mismo. Así son las cosas en este país, chico. Si quieres morirte, te atienden a domicilio encantados, pero si quieres disfrutar de tu coche un año más, de repente todo son reparos éticos.

—Pero...

Me pareció que tenía que decir algo, replicar algo. Pensé en el día que fuimos juntos al cementerio de Ouderkerk siguiendo el río Amstel, el grupo de ciclistas que había tomado por un camión.

—Si me dices que es muy irresponsable, tendré que darte la razón —dijo—. Ya lo sé. El seguro, todo ese rollo. Por eso no te lo había dicho hasta ahora.

Había bajado la mirada, agarraba con los dedos el pie de su copita de ginebra y la hacía girar. En la mesa había una libreta pequeña, y al lado, las llaves del coche. Miré el símbolo de la marca;

no supe identificarla enseguida, pero caí al cabo de poco. Un Peugeot. Al día siguiente, por la mañana, llamaría al concesionario. Miré la libreta. Había notas que no pude leer al revés, seguramente una lista de la compra u otras cosas que mi padre tenía que recordar.

Alguien había dibujado algo en la esquina superior izquierda de la libreta. Vi que era un pájaro.

—¿Me dejas ver? —pregunté mientras agarraba la libreta y la giraba hacia mí—. ¿O es personal?

—¿Cómo? Ah, no, es de tu madre. Lo había dejado ahí sin más. Quiero decir, esta libreta lleva aquí semanas.

Acerqué la cara al dibujo. Era un pájaro, sí. Mi madre siempre había sabido dibujar bien, pero no lo hacía con frecuencia. Pan, café, huevos, Ketel One, leí en la letra enérgica de mi padre, debajo del dibujo.

—Últimamente había vuelto a dibujar a menudo —dijo, como si pudiese leer mis pensamientos—. Sobre todo cosas del jardín. Recuerdo pájaros, flores, una telaraña. Es que aquí hay de todo. Petirrojos, arrendajos, una vez incluso se posó una cigüeña sobre el cobertizo. Es por el calentamiento de la Tierra. Todo lo del sur viene hacia el norte. Plantas que aquí nunca se habían visto. Todo tipo de bichos. Gente... —Lo miré—. ¡Es broma, chico! No pongas esa cara tan seria, no te pega.

—Y esto... —dije, girando la libreta hacia él—. ¿Qué pájaro dirías que es?

Se inclinó sobre el dibujo y entornó los ojos.

—No es tan difícil, la verdad es que está muy bien hecho. Es a lápiz, así que no se ven los colores, pero seguro que es un mirlo. Un mirlo hembra. Se nota por la cola y por el modo en que tu madre dibujó el plumaje. En realidad, los mirlos hembra son marrones y tienen el pico amarillo.

Después de cenar, mi mujer anunció que saldría un rato con su hermano.

—Daremos un paseo, o iremos a un bar o algo así. Casi no ha salido en todo el día.

Nosotros habíamos hablado poco durante la cena. Yo le había preguntado por su empresa, un negocio de tractores y maquinaria agraria de segunda mano, y él, a su vez, me había hecho un par de preguntas sobre la ciudad y mi trabajo. Le expliqué en pocas palabras lo de los molinos eólicos, tras lo cual me miró con cara de incredulidad y negó con la cabeza, riendo.

Podría equivocarme, pero tuve la sensación de que bebía más vino que de costumbre, o en todo caso de que vaciaba la copa más rápido, tras lo cual Sylvia volvía a servirle.

Pero cuando quise rellenársela durante el postre, puso la mano encima.

—No, gracias, Robert. Tendríamos que ir tirando —añadió, dirigiéndose a Sylvia.

Esperé a oír que se cerraba la puerta de la calle y abrí la puerta del jardín. Se estaba haciendo de noche, una veta de condensación desgarrada por el viento se iluminaba en color rosa por encima de los techos de las casas de enfrente. Se oía música salsa procedente de un jardín cercano, se notaba un olor suave a carne chamuscada.

Me senté en una de las sillas de jardín, apoyé las piernas en el bastidor de la mesa y me encendí un cigarrillo. Apenas había dado dos caladas cuando el pajarillo, del cual ahora sabía que era un mirlo hembra, se posó en el respaldo de una silla. Se quedó ahí un par de segundos, luego volvió a batir las alas y fue a la mesa. Oí los arañazos de sus patitas sobre la mesa mientras se acercaba todavía más al borde, hacia mí.

Miré el pajarillo, el mirlo —¡el mirlo hembra!—, y él me devolvió la mirada. No pude evitar la sensación de que me estaba observando, el cuerpo medio ladeado, la cabeza un poco inclinada para verme mejor, al menos con un ojo.

—Hola —dije.

Pensé en lo que Bernhard me había preguntado en el Dauphine: ¿Notas algo ya, con tu madre? Miré el mirlo y pensé en la última vez que había comido con mi madre en el Oriental City, en los trocitos blancos de cangrejo en sus mejillas y su cabello.

—¿Papá?

Di un respingo y quedé medio incorporado en la silla. El mirlo salió volando y se posó una planta más arriba, en la barandilla del balcón de nuestro dormitorio.

—Lo siento, papá, no quería asustarte —dijo mi hija mientras salía al jardín, retiraba una silla de la mesa y se sentaba delante de mí. Entonces me di cuenta de que todavía tenía un cigarrillo a medio fumar en la mano.

—Eh... —balbuceé con una mueca mientras apagaba el cigarrillo contra la parte de abajo de la mesa—. De repente... me ha apetecido. Me apetecía un cigarrillo.

Mi hija alargó una mano hacia mí.

—Pues dame uno —dijo—. Me vendrá bien. ¿Tenemos algo de beber en casa? Preferiblemente algo fuerte.

—Tu madre y tu tío han abierto una botella de vino. Pero a lo mejor se la han terminado. Si quieres, mira en el congelador, siempre tengo una botella de Grasovka.

Me saqué el paquete arrugado del bolsillo, cogí dos cigarrillos y le di uno.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —pregunté mientras le daba fuego y a continuación encendía mi propio cigarrillo.

—¿Qué? ¿Que vuelves a fumar? Desde Navidades, ¿no? ¿O me equivoco?

—Tráeme un vaso a mí también —le pedí cuando se levantó y se dirigió a la puerta de la cocina.

Oí que abría el congelador y alcé la mirada hacia el balcón de nuestro dormitorio, pero el mirlo había desaparecido.

—¿Qué tal va con...? —empecé cuando volvió a sentarse tras llenar los vasos, pero me di cuenta, demasiado tarde, de que no me acordaba del nombre de su novio.

—Hemos roto —respondió.

No dije nada.

—Fue ayer en el Club NYX —continuó Diana—. Yo había ido al baño. Cuando volví, estaba en la pista de baile besándose con otra.

Tampoco contesté, o mejor dicho, iba a decir algo sobre lo agradable que me parecía su novio, que seguramente no había tenido mala intención, pero me mordí la lengua justo a tiempo.

Besarse con otra... Me pregunté la gravedad del asunto. ¿Bastaba con algo así para terminar una relación?

—Ahora se arrepiente muchísimo —añadió Diana—. Hasta se puso de rodillas en plena calle. Fue patético, ¡todo el mundo lo vio! Y me manda WhatsApps continuamente. Mira, ahora llega otro...

Miró la pantalla de su teléfono.

—«Amor, amorcito mío —leyó—. No lo haré nunca más. ¡Lo siento muuuuuucho! ¿Podrás

perdonarme? ¡¡¡¡¡No puedo vivir sin ti!!!!!» ¡Cinco signos de exclamación! ¡Cómo se pasa! — Tuve dificultades para aguantarme la risa—. Se te está escapando la risa, ¡te he visto! Pero puedes reírte, eh.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer?

Mi hija rellenó los vasos y sacó otro cigarrillo de mi paquete.

—Primero voy a dejarlo sufrir —dijo—. Que sufra y suplique. Para empezar, no pienso contestarle. Tres días. Si viene a llorar a la puerta, no lo dejaré entrar. Y tú tampoco tienes que dejarlo pasar, papá, ¿me lo prometes?

Asentí.

—Te lo prometo. ¿Y después? Cuando pasen esos tres días, ¿qué?

—Le diré que volvemos. —Debí de poner cara de sorpresa, porque añadió—: ¡No me mires así! Claro que volveremos, me gusta demasiado. Pero tiene que ser con mis condiciones.

—Y ¿qué condiciones son esas?

—Que no vuelva a besar a otras chicas, por supuesto. Pero que tampoco las mire. Quiero sentir que soy la única, y él tiene que poder darme esa sensación. Si no es capaz, se acabó.

Agarró su vaso y lo levantó.

—¿De un trago? —preguntó.

Tosí. Me pregunté por un instante si no sería más sensato mantener la boca cerrada. Por un lado, sentí admiración por mi hija, por la seguridad que transmitía al defenderse a sí misma. Por otro lado, también pensé en el chico; mejor dicho, en el chico que yo llevaba dentro, en todos los chicos.

—¿No es un poco desigual? ¿No le estarás poniendo demasiada presión? —Mi hija me miró inquisitiva. ¿O la mirada inquisitiva iba dirigida a mi vaso? ¿Iba a bebérmelo de un trago, o era un viejecito que prefería sorbos pequeños?—. Tú vuelves con él, pero sólo bajo tus condiciones. A partir de ese momento, él queda supeditado a ti. Para siempre.

—¿Y qué crees que debería hacer? ¿Decirle que no pasa nada, que seguramente no lo hizo con mala intención? ¿Que a partir de ahora puede besarse con quien le dé la gana, que no voy a decirle nada? Entonces ¿quién quedaría por debajo, por decirlo así? ¿Él o yo?

—Podrías hacer lo mismo —repliqué antes de poder pensarme bien lo que pretendía decir exactamente—. Podrías besar a otro chico, así estaríais empatados. No, no es buena idea —añadí rápidamente medio segundo más tarde—. Para nada. No hagas caso a tu padre, por favor. Olvida lo que he dicho.

—¿Brindamos por eso, entonces?

—Vale. ¡Salud!

Nos bebimos los vodkas a la vez de un trago. Su teléfono emitió un pitido, dos..., tres, muy seguidos.

—No voy a leerlos —anunció mi hija—. Y todavía menos en voz alta, o aún me darás pésimos consejos otra vez.

Entonces los dos nos echamos a reír.

—Otra cosa —dije después de que Diana rellenara los vasos—. ¿Habías hablado con la abuela, últimamente? —Mi hija me miró—. Antes de su muerte, quiero decir. Poco antes. ¿Hablasteis alguna vez? ¿Te envió algún correo electrónico? ¿Colgó algo en Facebook?

—No, creo que no. Espera. ¿Cuándo fue la última vez...? Ah, ya me acuerdo. Aquella

semana... Un día, volviendo de la escuela, pasé en bici por delante de su casa. El abuelo estaba trabajando en el jardín. Y la abuela... Sí, ella también estaba en el jardín, en una tumbona, con una libreta de bocetos en la falda. Estaba dibujando.

—Dibujando.

Intenté que sonase lo más neutro posible, no como una pregunta, pero al parecer no lo logré, porque mi hija frunció el ceño y me miró intrigada.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—No sé, estás..., como estás últimamente. Como si algo fuese mal. ¿Pasa algo?

Dejé el vaso sobre la mesa.

—Me ha subido el vodka. Tengo que vigilar un poco.

Mi hija negó con la cabeza, me lanzó una mirada casi apenada, como si la hubiese decepcionado.

—No quiero decir eso —dijo—. Me refiero a que últimamente...

—¿Qué estaba dibujando la abuela? —la interrumpí.

—Yo qué sé. Cosas del jardín. —Diana entornó los ojos, se recogió el cabello en una coleta y la sacudió—. Espera, ya me acuerdo. Pájaros. Pajarillos. Me los enseñó. Muy bien hechos. Dibujaba superbién.

—¿Qué pájaros eran?

Me concentré en mi mirada, intenté con todas mis fuerzas fingir que no pasaba nada.

—¿Que qué pájaros eran?

—Sí —dije—. ¿Qué pájaros dibujaba?

Tumbado en la cama, miré la pantalla de mi móvil: 01:15, y Sylvia y su hermano todavía no habían vuelto. A medianoche casi le había enviado un mensaje, pero me había reprimido. Ya me los imaginaba, sentados en algún bar o pub, mi mujer mirando el móvil. «Robert. Pregunta dónde estamos tanto rato... Seguro que se aburre sin nosotros.»

No, yo no quería ser un marido de ésos. Nunca lo había sido. Había gente así en nuestro círculo de amigos: maridos que no podían dejar a su mujer sola ni media noche, mujeres a quienes les sentaba fatal que su marido pasara una noche con otros hombres.

«¿Dónde estás?», le pregunté por WhatsApp a la 01:27.

Tono ligero, me dije. No estaba preocupado. No era un controlador. Pero un silencio total por mi parte tampoco era bueno. Enviaba una señal equivocada. «Parece que no le importa dónde estoy ni hasta qué hora.»

Miré la pantalla. Una palomita: el mensaje se había enviado, pero todavía no se había recibido. Quizá tenía el teléfono apagado, no sería la primera vez.

«Me voy a la cama. Buenas noches. ¡Que os lo paséis bien! X.»

Oí pasos en la escalera, y a continuación en el pasillo: pasos que se detuvieron delante de la puerta del dormitorio.

—¿Papá? —Diana abrió la puerta de la habitación con suavidad—. ¿Estabas durmiendo?

Se sentó en el borde de mi cama y abrió su portátil.

—Quería enseñarte esto —dijo—. ¿Sabes lo que hablábamos antes en el jardín?

Encendí la luz de la mesilla de noche. Mi hija miró el edredón sólo medio abierto, la mitad de

cama a mi lado en la que no dormía nadie.

—¿Dónde está mamá? —preguntó.

—No lo sé —respondí honestamente.

—Mira —dijo Diana—. Es el perfil de Facebook de la abuela, todavía está activo. Y aquí está la foto que le saqué la última vez que fui a verlos. Mira cómo levanta la libreta, parece una niña que enseña orgullosa su dibujo.

Me apoyé con una mano en el hombro de mi hija y miré con ella.

—¿Puedes aumentar la imagen?

—Sólo un poco. Pero, espera, ahora que lo pienso, también la tengo en el móvil.

Un par de movimientos rápidos con los dedos y la foto apareció en la pantalla. Diana la aumentó con el pulgar y el índice.

—¿Ves?, pajarillos —dijo.

Las líneas de los dibujos estaban borrosas, pero se distinguían claramente tres pájaros. Tres pájaros que eran uno mismo, dibujado desde un ángulo distinto cada vez.

—¿Y eso? —pregunté, señalando la pantalla del portátil—. ¿Qué es?

—Es su foto de perfil. Ah, pero ésta es nueva. La última vez todavía no la tenía.

Diana hizo clic en la foto. Era una foto de un mirlo, al parecer sacada de una página web sobre pájaros, o de un libro de fotografías. «Mirlo hembra», podía leerse debajo de la foto que Diana había aumentado.

28

A las diez y treinta y cinco de la mañana siguiente, mi secretaria vino a darme la noticia. Recuerdo perfectamente que justo estaba mirando el móvil para ver si había llegado algún mensaje de Sylvia. A esa hora ya debía de haber aterrizado.

Pero no había mensajes, claro: no había oído ningún pitido. Comprobé si había apagado el sonido por error, o si había puesto el teléfono en modo avión sin darme cuenta.

—¿Tienes un momento? —La señora Schreuder estaba en el umbral de la puerta. No la había oído llamar, pero enseguida vi en su rostro que portaba noticias de las que justifican entrar sin llamar.

Aquella noche yo no había dormido. No había pegado ojo ni un minuto. Me había levantado a las siete. Una taza de café. Un cuarto de hora debajo de la ducha con el agua ardiendo. Pero no me desperté del todo.

La puerta de la habitación de Diana estaba abierta. La cama estaba hecha. Tardé un poco en procesar que no tenía que preocuparme, que la noche anterior mi hija había dicho que iría a ver a su novio (en aquel momento todavía ex novio).

—No sé, papá, pero suena muy desesperado —dijo—. Creo que no debería pasarme de dura.

Me miró con aquellos ojos negros enormes. «¿Tú qué crees?», preguntaban.

—Tienes que ir con cuidado de que no te chantajee —dije—. Que no te haga chantaje emocional, que no se convierta en uno de esos hombres que lloran o suplican de rodillas. Si cedes a eso, sabrá que en el futuro siempre puede recuperarte de ese modo. Y entonces te quedarás con las manos vacías. No obtendrás el resultado que querías.

—No —había dicho Diana—, tan grave no es. Dice que me echa de menos, y si te soy sincera, yo también a él.

A las tres de la madrugada había enviado otro mensaje: «¿Sylvia? Cariño [usé la palabra “cariño” en su idioma], dime algo. Estoy preocupado. Sólo quiero saber que todo va bien. X.»

A las cuatro la llamé. Saltó el contestador después de sólo dos tonos.

Encendí la lámpara de la mesilla de noche de su lado de la cama. Me levanté, cogí los pantalones de la silla y saqué el paquete de cigarrillos y el encendedor del bolsillo. ¡Fumar en la cama! ¿Cuánto tiempo hacía? Saqué los tres cigarrillos que quedaban y usé el paquete como cenicero.

Dos cigarrillos más tarde, debían de ser las cuatro y media, llamó Sylvia.

—Robert, ¿estabas durmiendo?

—No, estoy despierto, no podía pegar ojo. ¿Dónde estás?

—Robert, lo siento, me habría gustado llamar antes. Tenía la esperanza de que te hubieses acostado, pero entonces he visto tus mensajes y la llamada perdida. Tenía el teléfono en la bolsa y no lo he oído.

A mi pesar, exhalé un profundo suspiro que probablemente pudo oírse al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás? —pregunté otra vez.

—Escucha, cariño —ella también usó la palabra «cariño» en su idioma, algo que en aquel momento aún interpreté como una buena señal—, estoy en el aeropuerto. Estamos en el aeropuerto. ¿Me oyes?

—Sí.

—Ah, es que había tanto silencio que pensaba que a lo mejor se había cortado. Escucha. Lo hemos sabido esta noche, estábamos en el Schiller. Justo cuando cerraban. ¿Damian, sabes?

—Sí.

Unos cinco años atrás, mi cuñado se había casado en segundas nupcias con una mujer treinta años más joven con la que después había tenido su único hijo.

—Mi cuñada llamó presa del pánico —continuó Sylvia—. Ayer Damian volvió de la escuela con mucha fiebre, así que lo puso en la cama, pero luego por la noche le salieron manchas marrones por todas partes. En la espalda, en los brazos, en las piernas. Se lo llevó al hospital de inmediato. ¿Sabes aquel hospital que hay a sesenta kilómetros de su casa?

Me acordaba. Fuimos una vez con Diana, unas vacaciones que le picó una avispa y le salió una erupción roja por todas partes. Tenía cinco años.

—Mi hermano ha querido irse a casa enseguida. Nos hemos subido a un taxi en la Rembrandtplein. Yo ya había visto en el móvil que había un vuelo tarde. Pero lo ha perdido por los pelos. Ahora sale otro, a las seis cuarenta. Llama a su mujer cada media hora, pero todavía no saben qué es, y tampoco ha mejorado. Oh, Robert, me da tanta pena... Está llorando a mi lado. Eso es lo que quería decirte, que no puedo dejarlo solo así. No puedo dejar que se suba solo al avión ni que esté solo todo el vuelo de regreso a su casa, ni de camino a aquel hospital. Así que yo también me he comprado un billete. A él le ha parecido ridículo, ya sabes cómo es. Pero somos familia, Robert. No nos abandonamos en momentos así.

• • •

Mi secretaria entró en el despacho. Aunque estábamos los dos solos, habló en voz baja, casi susurrando.

—Es Maarten —dijo—. Debería haber venido a una reunión a las nueve y media. Al ver que eran las diez y no había llegado, he intentado llamarlo. Y como no he podido dar con él, he probado con su mujer. Primero tampoco me ha contestado, pero a los diez minutos me ha devuelto la llamada. Maarten... Maarten ha tenido un accidente, Robert.

Sentía los ojos pesados después de una noche insomne. Sólo pude quedarme mirando a la señora Schreuder.

—Todavía no tengo todos los detalles, pero lo encontraron por la noche. En un túnel para carril bici, cerca de su casa. Con su bicicleta. Seguramente se cayó o chocó con algo, su mujer tampoco lo sabía. Está en el hospital AMC, todavía no ha recuperado la consciencia. La cosa pinta mal. Por ahora no hace falta que vayas a verlo, Robert. Prefieren no tener visitas. Pero

quería comentar contigo qué hacemos con la prensa. ¿Espero un poco antes de enviar un comunicado? Lo descubrirán pronto por sí solos. ¿Qué te parece?

29

Tardé un par de semanas en entender que Sylvia no iba a volver. Al principio intercambiábamos mensajes de texto a diario, pero en algún momento de la tercera semana, cuando llevaba tres días sin responder a mi último mensaje, la llamé. La conversación fue breve:

—Espero que entiendas que en las presentes circunstancias más vale que me quede aquí una temporada, Robert —dijo. Seguramente fue su frase más larga.

Contesté que lo entendía. Recuerdo que por primera vez en mi vida, o mejor dicho, por primera vez durante mi mandato, se me ocurrió que también se podían hacer escuchas al teléfono de un alcalde. Me pregunté si «en las presentes circunstancias» era suficientemente impreciso, o si daría lugar a más preguntas del comisario jefe.

Me lo imaginé en mi despacho, con una transcripción de la llamada en la mano, el rostro rígido. «¿Seguro que me lo has contado todo, Robert?»

—¿Sabes si Maarten van Hoogstraten tenía enemigos?

Eso me había preguntado la primera tarde después del accidente del concejal.

—¿Enemigos? —pregunté yo.

—En principio lo estamos tratando como un accidente —dijo el comisario jefe—, pero no podemos excluir nada. Al final del túnel del carril bici hay unos bolardos. Todo es posible, pero según los médicos que lo tratan, no todas sus heridas corresponden a una caída en bicicleta. Él no se acuerda de nada, ni siquiera sabe si se cayó o chocó con algo.

Recuerdo pocas cosas de las primeras semanas sin Sylvia. Como ya había pasado un mes desde que la periodista me mostró las fotos en las que mi otro yo tiraba un ladrillo a un agente de policía, llamé al periódico *de Volkskrant* para preguntar cuándo tenían previsto publicar la entrevista. Después de que me pasaran de una persona a otra unas cuantas veces, acabé hablando con alguien que me pidió mi número de teléfono y me aseguró que me responderían cuanto antes.

No me lo esperaba, pero me llamaron a los cinco minutos. Una voz de hombre que se presentó como el redactor jefe.

—Es una cuestión muy peliaguda, alcalde —dijo—. Quiero pedirle que sea comprensivo, pero primero deje que le explique la situación.

—Faltaría más —respondí. Pensé en las fotografías, en las consecuencias directas que podrían tener para mi día a día—. Usted dirá.

—La situación es la siguiente: hace poco tuvimos una situación similar —dijo el redactor jefe—. Un becario que resultó que había copiado la mayor parte de sus artículos de otros medios.

Pero esto es un tema mucho más gordo. Al parecer, esta periodista se ha inventado desde cero parte de sus artículos. Años y años. No lo entretendré explicándole de qué artículos se trata exactamente, pero créame si le digo que son artículos de los que dan que hablar. Follones de la Casa Real, un director bancario pedófilo, una entrevista a Hillary Clinton totalmente inventada, de principio a fin. Así de gordo es el tema.

—Ya veo —dije. Volví a pensar en las fotos, pero ya de otro modo, como si estuviesen en el fondo de alguna caja, una caja que no sabes con exactitud dónde has guardado—. Dos asuntos así tan seguidos son uno más de lo deseable —continuó el redactor jefe—. Ni que decir tiene que hemos desautorizado a la periodista, pero hemos acordado con ella mantener este asunto en silencio el máximo tiempo posible. Y eso mismo quería pedirle a usted.

—Pero aquella entrevista que me hizo no era inventada. Las cosas ocurrieron así realmente.

Me pareció oír que el redactor jefe suspiraba, pero también habría podido ser el viento, quizá estaba sentado al lado de una ventana abierta. La verdad es que a toro pasado debo admitir que ya sabía de antemano que la entrevista no se publicaría. Que nunca se publicaría. Pensé en mi mujer. Había tenido la esperanza de que una entrevista que diese que hablar, una entrevista que pudiese provocar mi dimisión, la hiciese regresar.

—Ya veo —dijo el redactor jefe—. Pero espero que comprenda que en este momento no podemos arriesgarnos. La periodista está «de baja por enfermedad», ésa es la explicación que damos si alguien pregunta por qué ya no aparecen más artículos o entrevistas suyos. Habría podido decirle lo mismo a usted, pero debido a su cargo y a la naturaleza de la entrevista, he decidido hacer una excepción.

—¿Y las fotos? —pregunté—. ¿Qué pasa con las fotos?

—Podemos utilizar los retratos que le hicimos en el despacho del ayuntamiento y en su casa en otra ocasión, por supuesto. Si le parece bien.

—No, no quiero decir ésas. Había otras fotos. —Ahora fui yo quien suspiró. Un suspiro claramente audible, un suspiro evidente para la persona al otro lado de la línea—. Unas fotos de altercados —continuó—. Unos gamberros que dan una paliza a un policía.

Utilicé expresamente la palabra «gamberros», una palabra que yo nunca usaría de manera espontánea, para dejar clara de antemano mi repulsa por los chicos de las bufandas y los cascos de motorista. Pero quizá el redactor jefe ni siquiera se había leído la entrevista.

—Ahora mismo no tengo las fotografías a mano —respondió—. Pero se las puedo buscar, si quiere. ¿Unos gamberros, dice? ¿Qué tenían que ver con el artículo?

—No, no, no se moleste —dije—. No tiene importancia, en serio.

De repente supe que la serie de fotos en cuestión no estaba con las fotos oficiales. Al fin y al cabo, ¿qué podía esperarse de una periodista que se había sacado de la manga una entrevista con Hillary Clinton? Me asaltó una sensación intensa de cansancio, como un principio de gripe. No pude evitar recordar las palabras del redactor jefe. Según el comunicado de prensa, no habían desautorizado a la periodista, sino que estaba «de baja por enfermedad». Quizá también era la mejor opción para mí, quedarme «enfermo» en casa. Al contrario que la mayoría de las mujeres, que suspiran en cuanto sus maridos empiezan a mostrar síntomas de gripe y en el fondo creen que son «unos flojos» exagerados, con la marcha de Sylvia se había echado a perder una magnífica enfermera. Si yo soltaba una tosecilla o me sonaba la nariz con fuerza un par de veces, me obligaba a quedarme un día en casa. Y si tenía la gripe de verdad, se pasaba el día arriba y abajo con caldos, antitérmicos y leche caliente con coñac. Me llevaba el periódico a la cama y me ponía

una mano fresca sobre la frente caliente.

¿Y si...?, me preguntaba ahora. ¿Podría conseguir que volviese a casa con una voz muy ronca y enfermiza por teléfono?

Aseguré al redactor jefe que podía confiar en mi discreción, y colgué.

Unos diez días después del accidente en el túnel del carril bici, Maarten van Hoogstraten recibió el alta hospitalaria.

—Es muy extraño, Robert —me dijo, un par de días más tarde, cuando lo visité en su casa—. Es como si de repente hubiese desaparecido un trozo de mi vida. ¿Te ha pasado alguna vez?

Estaba tumbado en un sofá azul claro en el salón, la cabeza apoyada en dos cojines blancos. Seguramente era por aquel blanco y azul claro que las tonalidades de su rostro parecían más oscuras de lo que habrían resultado contra un fondo más neutro. Había más variantes y tonos: un cuadro al óleo fue la primera asociación que se me ocurrió, un Vincent van Gogh. Ocre oscuro debajo del ojo izquierdo, trazos azul marino en la mejilla derecha, una mancha negra en la frente, justo encima de la ceja derecha. Debajo de la nariz y en el labio superior tenía costras marrones.

—Fragmentos de tu vida desaparecidos: las últimas horas de una fiesta que hicimos en casa, mi sexagésimo cumpleaños. Al día siguiente mi mujer me explicó lo que ocurrió en las horas borradas. «Debería darte vergüenza», me reprendió, y la verdad es que así era, pero enseguida se echó a reír y añadió: «Bueno, por otro lado, fue muy gracioso. En lo que a mí respecta, puedes comportarte así más veces.» Ni siquiera recuerdo de dónde venía ni adónde iba —continuó el concejal—. Sólo un par de retazos de la tarde, un café en el bar del ayuntamiento, un plano desplegado en mi escritorio. El plano de una plaza. Algo sobre la reforma de aquella plaza, diría, pero de qué plaza se trataba, ni que me maten.

Quizá era característico de la rigidez de Maarten van Hoogstraten que no fuese capaz de captar la ironía de sus propias palabras. «Ni que me maten.» Sí, también habría podido terminar así, pensé. También habrían podido matarlo.

«Habrían.» ¿Era la primera vez que lo pensaba en plural? No estaba seguro. Durante los escasos momentos de la semana anterior en que había intentado imaginarme lo acontecido, o mejor dicho, los momentos en que había permitido la entrada de aquellas conjeturas en mi cabeza, el hermano de mi mujer había actuado solo. Eran imágenes borrosas, en blanco y negro, mal iluminadas, como en la reconstrucción de un crimen en un programa de televisión de esos que buscan criminales. En todo caso, el hermano de mi mujer había estado solo esperando a la salida del túnel del carril bici.

De camino a casa de Maarten van Hoogstraten, yo también había pasado por ese túnel. A la salida, había bajado de la bicicleta y había echado un vistazo a mi alrededor. Había examinado los adoquines de uno en uno. No sé qué buscaba exactamente, quizá alguna pista, la cubierta de un timbre de bicicleta, salpicaduras de sangre en la piedra rojiza de los adoquines, un botón de chaqueta. En las películas y series de detectives antiguas, el inspector a cargo siempre encuentra algo en un momento así. Una colilla de una marca determinada. Un pendiente. El recibo de una lavandería concreta, un pantalón a rayas acabado de planchar que conduce al autor del crimen.

Pero no encontré nada. Intenté recordar las palabras del comisario jefe, pero ya no sabía si había dicho «al final del túnel» o «al salir del túnel». Miré a mi alrededor. ¿Dónde sería el mejor lugar para tender una emboscada? Había un par de árboles y algunos arbustos, pero ningún árbol grueso detrás del cual esconderse. Había unas escaleras de piedra que conducían al viaducto que

pasaba por encima del túnel. Retrocedí un par de pasos y miré hacia arriba. Intenté imaginarme a mi mujer, con las manos en la barandilla, su hermano haciéndole señas. «Ya viene...»

—¿Quieres un té, Maarten? ¿Y tú, Robert? ¿Té también, o prefieres alguna otra cosa? ¿Vino? ¿Cerveza?

No había oído entrar a la mujer del concejal, que un cuarto de hora antes había abierto la puerta de la calle y me había hecho pasar. Nos habíamos abrazado; que yo sepa, eso era la primera vez que ocurría.

Después de liberarme del abrazo, había mirado brevemente en sus ojos. Buscaba algo, aunque no sabía si quería encontrarlo. ¿Cuánto sabía, ella? ¿Sospechaba algo, o ni siquiera eso? ¿Habían mantenido ella y Maarten van Hoogstraten una conversación seria, una conversación con largos silencios y algún sollozo, durante la cual ambos habían decidido que se separarían inmediatamente en cuanto él se recuperara, y quién se quedaría a los niños de lunes a viernes y quién los fines de semana?

Pero en su mirada sólo vi las emociones que eran de esperar en las presentes circunstancias. Alivio, porque dentro de lo que cabía, la cosa había acabado bien. Quizá, como mucho, cierta resignación por el hecho de que la culpa era sobre todo de su marido. «¿Cómo has podido caerte de la bici de una manera tan tonta?» En todo caso, ninguna recriminación por no haberlo ido a visitar al hospital. Podría haber ido. Habría sido la mar de normal que el alcalde visitara en el hospital a uno de sus concejales después de un accidente grave. Pero ¿qué habían tenido de normal las últimas semanas? ¿Qué habría podido contestar a su mujer si me hubiese recriminado algo? ¿«Tenía otras cosas en la cabeza»?

Ahora, mientras se acercaba al sofá a ahuecar los cojines y pasarle una mano por el pelo con ternura, tampoco parecía que hubiese nubes en el horizonte. Aunque tal vez fuera todo teatro, una paz fría, con la que el matrimonio Van Hoogstraten mantenía las apariencias ante el resto del mundo. En cuanto el visitante se fuese a casa, no intercambiarían más que miradas glaciales. Un matrimonio como un paisaje invernal, un silencio tozudo, en el que sólo penetra un viento cortante. Después, cuando el concejal se recuperara del todo, se efectuaría la disolución del matrimonio, y vasos y platos volarían por las habitaciones.

—Una cervecita, por favor —dije.

La seguí con la mirada cuando salió de la sala, y al volver a mirar al concejal, vi que había cerrado los ojos.

—Maarten —susurré—. Maarten...

Su mujer estaba en la cocina, de espaldas a mí, mirando a la encimera. Para no sobresaltarla, golpeé suavemente el cristal mate de la puerta de la cocina.

—Marianne —dije, y me alegré de haber pedido a mi secretaria que buscara el nombre de pila de la señora Van Hoogstraten. Ella sonrió, cogió la lata de Jupiler que tenía sobre la encimera y me la alargó.

—¿Quieres vaso?

Negué con la cabeza.

—Marianne —dije—, quería preguntarte una cosa. ¿Dijo algo, Maarten? Quiero decir, después del accidente, ¿dijo algo? Acerca de... ¿acerca de cómo ocurrió? A ver, yo acabo de pasar por ese mismo túnel. Al final hay unos bolardos. ¿Chocó con uno?

—No se acuerda de nada —respondió, sacando una tetera del fuego y sirviendo agua caliente

en una taza—. Ni siquiera recuerda nada de los tres primeros días, en el hospital. Ha desaparecido todo. No sé cómo funcionan estas cosas. Se lo pregunté a los médicos, eso sí. Dicen que tal vez recupere la memoria más adelante, pero que también puede que eso no llegue a pasar.

Sacó una bolsita de té de una cajita y la metió en la taza. En aquel mismo momento vi la bolsa en el alféizar de la ventana de la cocina. Era una bolsa de color amarillo y marrón, la reconocí enseguida porque yo también había tenido bolsas como ésa muchas veces; eran de la tienda de animales, ahora no recordaba si se llamaba El Palacio o El Paraíso de los Animales.

Como el que no quiere la cosa, di un paso a un lado para poder mirar mejor a través de la puerta del jardín. Pero ni siquiera hacía falta, veía la jaula desde donde estaba. A unos cinco metros de la puerta, en una terraza embaldosada, contra una valla verde.

A partir de aquí mi memoria es incapaz de seguir la cronología. Ya no sé qué ocurrió primero: la larga conversación telefónica con Sylvia en la que comentamos el futuro inmediato, no sólo nuestro futuro juntos, la duración de su estancia en su país natal, sino también el futuro de nuestra hija, Diana.

—Este verano va a venir a pasar un par de semanas de vacaciones aquí —dijo mi mujer—. Con su novio, ya lo hemos hablado.

Recuerdo también que en aquellas primeras semanas pregunté regularmente a mi hija si había tenido noticias de mamá, y que siempre me contestaba que sí, aunque no se explayaba. Yo nunca insistía. Intenté continuar con mi vida con la máxima normalidad. Mi hija estaba en plenos exámenes. Su madre estaba cansada. Agotada. Esquivé la palabra «estresada». Echaba de menos a su familia, su país. No cuestioné en voz alta por qué no podía esperarse a tener aquel ataque de morriña después de los exámenes de su hija; mientras Diana no hiciese aquella pregunta, no me parecía necesario responderla. Tampoco se lo pregunté a Sylvia.

—¿En verano? —dije, en lugar de hacer la pregunta que quizá debería haber hecho—. Pero ¿cuánto va a durar esto, Sylvia? ¿Cuánto tiempo vamos a aguantar así?

No, no la llamé por el nombre. La llamé «cariño» en su idioma. Desde que había visto la jaula de conejos, escuchaba su voz de otro modo. Percibía todas las entonaciones, y todo lo que había detrás de cada entonación. Intenté, en la medida de lo posible, recuperar las conversaciones de los últimos meses, desde aquella noche en el Schiller, después de la recepción de Año Nuevo, cuando me contó aquella «historia tan graciosa» de conejos que roen cables de televisión. La escuchaba de otro modo, igual que ya no puedes escuchar del mismo modo una pieza musical después de oírla en el funeral de un amigo o de un ser querido. Su historia de la amiga engañada en París. ¡Sadako! Un nombre que no se te olvida... Y ese nombre también me empezó a sonar de un modo distinto a la primera vez.

—Tienes que darme tiempo, Robert —dijo mi mujer—. Ahora mismo aquí es donde estoy mejor.

Y eso hice. Le di tiempo. Esperé. No sé qué esperaba exactamente, pero sí que esperaba una cosa distinta que antes de descubrir la jaula de los conejos.

En algún momento de aquella espera recibí un mensaje de Bernhard. Era a media tarde, yo estaba en el Van Dobben comiendo un panecillo relleno de carne picada de ternera cruda con cebolletas. El mensaje iba con foto. Una foto del Gran Cañón. «Lo que comentábamos el otro día: nuestro planeta sin vida. Bonito, ¿no?»

Volvía a pie al ayuntamiento cuando se oyó un estruendo sordo. Un estallido profundo y

pesado, como un único trueno. Pero el cielo estaba despejado. No fui el único que alzó la mirada y observó el cielo azul intenso. Tampoco fui el único que finalmente descubrió dos puntitos blancos. Dos puntitos blancos, que de vez en cuando parecían plateados, que se entrelazaban; entornando los ojos pude distinguir también las alas de los dos cazas.

En el paso de cebra que va al puente Blauwbrug tuve que esperar un momento a que arrancara un bus turístico; al otro lado de la calle, un deportivo rojo se detuvo para dejar pasar a una familia con niños pequeños y un cochecito.

Miré la gorra a cuadros del conductor, sus gafas de sol, el pañuelito al cuello —este tipo de pañuelos se llaman *choker*, y sólo están de moda entre los hombres de una cierta edad—, la camisa de *tweed*, también a cuadros, y después desvié la mirada hacia la mujer del asiento del copiloto. Su edad era difícil de calcular debido a las gafas de sol y al pañuelo de flores que le cubría la cabeza, llevaba los labios pintados de un rojo vivo, pero desde esa distancia no se veía si la piel de entre el labio superior y la nariz ya presentaba arrugas.

El conjunto no parecía real; esa pareja imitaba algo, una película de finales de los cincuenta, principios de los sesenta. Una película francesa en la que Alain Delon va en un deportivo rojo como ése y aminora para ver mejor las piernas de las chicas que pasean por la calle.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Contesté mientras el deportivo aceleraba y cruzaba el puente.

—¿Hola?

—Hola, ¿es usted, alcalde? —dijo una voz de mujer ya no muy joven—. Al habla la señora Van Drimmelen. Seguramente usted no sepa quién soy, pero hace un tiempo nos topamos en el canal. Usted colgaba cartelitos porque había perdido el gato.

—Sí.

—Pues mire, he encontrado su gato. Está un par de casas más abajo. Un abogado y su mujer. No hace mucho que viven ahí, y al parecer su gato se ha instalado a vivir con ellos. Lo vi por casualidad desde el balcón. Estaban en el jardín, y su gato estaba tumbado en una silla. ¡Como si llevara ahí toda la vida! Esta mañana los he llamado, y me dijeron que sí, que el gato había aparecido por allí hace más de un mes.

Caminé más rápido y crucé el paso de cebra. En el Blauwbrug ya iba corriendo. El deportivo rojo pasó por delante del Stopera en dirección a Mr. Visserplein.

—¿Hola? —dijo la voz en mi oído—. ¿Sigue ahí?

—¿Puedo llamarla más tarde? —dije, y colgué sin esperar su respuesta.

El deportivo redujo la marcha un momento en el semáforo, pero salió disparado en cuanto se puso en verde: la mujer del asiento del copiloto se sujetó el pañuelo que se agitaba con el viento mientras el coche doblaba a la derecha en la Jonas Daniël Meijerplein y desaparecía de la vista.

Esto fue un par de semanas después de mi visita a Maarten van Hoogstraten, porque apenas había vuelto a mi despacho cuando el concejal llamó suavemente a mi puerta. Quizá era el día que se reincorporaba, o el siguiente: su cara todavía mostraba huellas difusas del accidente, un trazo oscuro en la mejilla, una mancha blanca sobre el labio superior.

—¿Tienes un momento? —preguntó.

Lo invité a sentarse en la silla que había delante de mi escritorio; tomó asiento y cruzó las piernas.

—Es una cuestión delicada, Robert —dijo—, y espero que tú también la trates como tal.

Me tensé en la silla. No se presentaba en mi despacho para confesarlo de repente, ¿no? Una

confesión era lo último que yo quería oír. Significaría la destrucción fulminante de todo lo que había construido en las últimas semanas: una estructura aún tambaleante, en la cual había depositado todas mis esperanzas de un futuro junto a mi mujer.

Pero había otra cosa más. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo debería reaccionar ante una confesión? ¿Estallar con furia? ¿Levantarme de la silla y agarrar al concejal por las solapas con las dos manos?

Sí, podía hacer todos los pasos, seguir al pie de la letra el guión que se espera de un marido engañado. Dentro de un cierto grado de civismo, por supuesto. Se ahorraría un puñetazo en plena cara (la cara magullada, se me ocurrió ahora). «Alcalde propina bofetón a concejal.» Un buen titular. Un titular inexplicable, también, hasta que lees el artículo que lo acompaña. El público se mostraría comprensivo. Los medios de comunicación se volcarían sobre el tema, tal como se habían volcado en el caso de otros alcaldes que habían dado que hablar.

Pensé en el país de mi mujer. Todos hemos visto las imágenes de miembros del Parlamento pegándose puñetazos, tirándose agua o gas lacrimógeno en la cara. Esas cosas ocurren en países ante los cuales sólo podemos encogernos de hombros. Países que nos dan risa.

Pero en esos mismos países, un cónyuge engañado tiene más margen de maniobra que en el nuestro. La comprensión del público no se limitaba a un bofetón. Pensé en la Jericho que tenía en el escritorio. Podía inclinarme y abrir el cajón. «Tengo el expediente por aquí...» En menos de medio minuto habría cargado las balas sueltas en la cámara de la pistola. En el país de mi mujer me absolverían. Circunstancias atenuantes. En Holanda, iría años a la cárcel. Eso no beneficiaría a nadie. Pensé en mi hija. Diana. Seguro que iría a visitarme, no tenía dudas al respecto. Pero sería un lastre para ella, acababa de hacer los exámenes de acceso a la universidad, todavía era demasiado joven. Intenté componer una expresión de interés en la cara y quedé a la espera de lo que tuviese que ser.

—Dentro de poco podría comentarse un tercer mandato, Robert —dijo el concejal—. Sé lo que piensas al respecto. Sé que te gustaría seguir en el cargo seis años más. Tu popularidad entre la ciudadanía está por las nubes, de eso también soy consciente. Pero ahora ha salido algo a la luz..., algo que... Lo he visto. Me lo enseñó una periodista. Y ahora me pregunto si eso podría perjudicar tus planes de un tercer mandato.

Respiré aliviado, un alivio ni demasiado intenso, ni demasiado leve, pero aliviado al fin y al cabo. La estructura tambaleante no se vendría abajo. Ese día no, al menos.

—Me preguntaba si tú también lo has visto —continuó Van Hoogstraten, mirándome muy serio—. La periodista me lo dijo, me dijo que a ti también te lo había enseñado. Así que entiendo que sabes de qué te estoy hablando.

—Así es, Maarten. Yo también he visto esa serie de fotos. Y hace mucho que tomé mi decisión al respecto. Había pensado en decírtelo, pero justo entonces tuviste ese... ese accidente, y no encontré el momento.

Al pronunciar la palabra «accidente», miré atentamente al concejal, pero no hubo cambios en su expresión ni en su mirada.

—No es buena señal —continuó—. Un alcalde que participaba en altercados de joven, aún se puede hacer la vista gorda. Pero un agente de policía inválido para toda la vida es ir demasiado lejos. Me parece exagerado dimitir de inmediato, pero si esto queda entre nosotros, te aseguro que no iré a por un tercer mandato.

CUARTA PARTE

30

Esta mañana he atravesado la zanja que hay detrás del jardín y he subido a la colina por el sendero tortuoso. Arriba, en una hendidura entre las rocas, me he sentado en un bloque de piedra bastante grande que por arriba es casi plano.

El hotel viejo y polvoriento donde hace treinta y tres años Bernhard y yo alquilamos una habitación todavía existe. Me da la sensación de que no tiene muchos clientes; el turismo de masas sigue evitando esta zona.

Esta mañana, en la colina —desde ahí arriba sólo veía las tejas rojas del hotel—, he recordado la noche en que Bernhard tuvo que convencerme para salir a tomar algo más.

Muy brevemente, unos cinco segundos como máximo, diría, me he permitido pensar: «¿Y si esa noche nos hubiésemos quedado en nuestra habitación? Al día siguiente habríamos seguido el viaje hacia la capital, como teníamos planeado, y yo ahora no estaría sentado en esta roca.»

Diana no habría nacido, no habría existido.

Los cinco segundos siguientes he pensado en el rostro de mi hija, en su sonrisa, la melena larga que siempre se tiraba para atrás cuando le parecía que yo había hecho un comentario estúpido.

¿Quién me habría avisado de la estupidez de mis comentarios, entonces? Otro hijo, otros hijos, hijos de una mujer que no sería Sylvia.

También habría vivido aquella vida como si nada, aunque fuese en otro sitio. Ahora quizá estaría desayunando en algún lugar de los Países Bajos y esa otra mujer me habría preguntado en qué estaba pensando. Y ¿qué habría podido responder a esa pregunta? ¿La verdad? ¿Que estaba pensando en aquella otra vida, la vida que no había vivido porque una noche treinta y tres años atrás me había quedado con jaqueca en la habitación del hotel?

El bar del que Sylvia había salido con su hermana un año y medio más mayor también sigue en el mismo sitio, aunque desde donde estoy no se ve. Las sillas de la terraza son de un modelo más nuevo, aunque continúan siendo de plástico.

He cerrado los ojos. Bernhard había entrado en el otro bar, el que cerró hace un par de años y luego volvió a abrir convertido en una especie de quiosco que vende frutos secos, caramelos y refrescos; en todo caso, hace treinta y tres años Bernhard había querido comprar cigarrillos antes de tomar nada.

En aquella otra vida paralela, la de la mujer y los niños holandeses, Bernhard había tenido suficientes cigarrillos en el bolsillo y nos habíamos dirigido juntos a la terraza desierta, al otro lado de la plaza polvorienta. Sylvia había pensado enseguida que uno de nosotros era el más guapo.

Llegado a este punto no he seguido pensando. He recordado el funeral de Bernhard, o mejor dicho, la breve ceremonia en la que se esparcieron sus cenizas. Había dejado instrucciones detalladas sobre dónde y cómo había que hacerlo, y quién tenía que estar presente y quién no.

Así que nos encontramos un pequeño grupo en la orilla del salar, cerca de la carretera de acceso a Death Valley. El mismo salar a orillas del cual Bernhard y yo habíamos conducido juntos dieciocho años antes, donde habíamos asistido a una simulación de combate aéreo entre dos cazas que daban vueltas uno alrededor del otro. Donde habíamos hablado sobre la existencia de Dios y la tenencia de armas. Y ahora volvíamos a estar ahí. Un puñado de personas, como ya he dicho. Christine, los hijos de los matrimonios anteriores de Bernhard, dos colegas de Harvard y Stephen Hawking. Como ocurre con la gente a quien ya conoces de haberla visto en infinidad de fotografías, imágenes de televisión, e incluso, en este caso, recientemente en una película sobre su vida, era difícil ver al científico en su silla de ruedas adaptada como una persona, era como si no dejase de ser el personaje en ningún momento. Me sorprendí a mí mismo mirando a mi alrededor por si había una cámara plantada en algún sitio y un director dispuesto a gritar «¡Acción!».

El cartel con la notificación de que no había una gasolinera en los próximos doscientos cincuenta kilómetros todavía estaba en el mismo sitio. Dieciocho años atrás, Bernhard y yo nos habíamos detenido allí para observar la superficie blanca e infinita del salar, los dos puntitos brillantes de los cazas arriba, en el cielo intensamente azul; esta vez, estábamos ahí para dispersar sus cenizas. Al final, las palabras que se me ocurrieron en aquel momento, por muy absurdas que pudiesen sonar, fueron las únicas verdaderas.

Más de una semana antes, Bernhard había abandonado el hotel de Las Vegas, en el que llevaba dos días, para asistir a un congreso sobre la curvatura del tiempo y se había dirigido al Gran Cañón en un coche de alquiler. Cuando aquella noche no regresó al hotel, no saltaron las alarmas enseguida. A primera hora de la mañana siguiente, dos *rangers* se fijaron en un coche solitario estacionado en el aparcamiento del North Rim. Una primera búsqueda no dio resultado. No encontraron su cuerpo hasta que se sumó un helicóptero. Que había resbalado, fue la conclusión provisional ante la ausencia de nota de despedida u otros indicios de suicidio.

—No estaba deprimido, ¿verdad? —pregunté innecesariamente a Christine cuando la abracé, una vez esparcidas las cenizas.

—¿Bernhard? ¿Deprimido? *Are you kidding?*

Pensé en la última vez que había hablado con él, en el Dauphine, cuando me preguntó si había notado algo inusual después de la muerte de mi madre. Y que a continuación había mencionado el Gran Cañón como «la mejor prueba» de que un planeta sin vida humana, sin ningún tipo de vida, quizá había sido la intención original, y que lo que teníamos en el presente en realidad era el resultado de un error.

Ahora, al reconstruir los hechos, estoy seguro de que mi madre ya debía de estar muerta cuando aquella noche bajé las escaleras para buscar la fotografía en la caja. El mirlo me estaba esperando en el jardín, ésa había sido mi primera impresión al abrir la puerta; en perspectiva, la única intuición correcta.

A las 21:45, mi padre me había enviado el mensaje en que decía que lo iban a hacer ese día, al día siguiente. Pero a las 06:41 había enviado otro mensaje. O lo había recibido. En todo caso, a aquella hora había estado conectado.

Me planteé llamarlo por su cumpleaños, pero finalmente no lo hice. Me dio miedo oír algo, o mejor dicho, no oírlo. Un silencio forzado, el tipo de silencio que se produce cuando pides

explícitamente a alguien que guarde silencio. Un dedo en los labios. En esta representación de los hechos, siempre veía (y sigo viendo) el pañuelo de flores. El mismo pañuelo de flores que vi hace cinco años al lado de mi padre, en el deportivo rojo, sobre el Blauwbrug. En mis pensamientos, aquel pañuelo estaba (y está) colgado del respaldo de una silla, en un rincón de la habitación de un hotel francés.

La semana que viene mi padre cumplirá los cien. Todavía recuerdo lo que dijo la última vez que lo visité, hace unos meses. «Cuando cumpla cien años, nos haremos una foto juntos —dijo—. El alcalde se fotografía con todos los que cumplen cien años.» No lo contradije. No le dije que ya no soy alcalde.

Pero es que en mi época tampoco lo hacía. Cada dos o tres semanas recibíamos la solicitud de la familia de algún centenario. Hace cinco años, ya declinaba educadamente todas aquellas peticiones.

Lo del alcalde fue en uno de sus momentos de lucidez. No es que mi padre ya no me reconozca, tan sólo que se despista de vez en cuando.

En mi última visita, fuimos a comer abajo, al restaurante de la residencia. Una albóndiga, puré de patatas, compota de manzana y natillas de vainilla. El tipo de comida que la gente de mi entorno menosprecia y comenta con sarcasmo y negando con la cabeza. Pero recuerdo cómo me supo a mí: con cada mordisco me sumergía en una época que creía perdida. ¿Cuándo había comido una albóndiga así en los últimos cincuenta años? ¿O puré de patatas? ¿O compota de manzana? Miré a mi padre, la concentración con que hurgaba con la cucharilla para sacar los últimos restos de natillas de vainilla del tarrito de plástico. Me sentía al mismo tiempo ahí y en otro lugar.

—Bueno —dije, cuando nuestras bandejas quedaron vacías y retiré la silla—. ¿Te llevo otra vez a tu habitación?

—¿Una habitación? —preguntó—. ¿Tengo una habitación aquí?

Le expliqué que su habitación estaba en la primera planta, que una hora antes nos habíamos subido al ascensor para bajar al restaurante.

—El restaurante —dijo; en sus ojos había aparecido una mirada pensativa—. Este restaurante, quieres decir. Pero lo que yo me pregunto es: ¿dónde está este restaurante?

A eso me refiero con lo de sus momentos de lucidez y desorientación. Y hubo otro momento, como una especie de extra, mientras quitaba el freno de su silla y lo empujaba hacia el ascensor, aunque a estas alturas todavía no sé si fue un momento de lucidez o más bien lo contrario.

—Mañana tu madre y yo iremos a las montañas —dijo—. Tú siempre fuiste demasiado perezoso para eso.

Cinco años atrás, había vuelto de Francia. Cuando me imaginaba aquel viaje de vuelta, a veces iba él solo en el deportivo rojo, otras tenía en el asiento del copiloto a la mujer del pañuelo de flores. En todo caso, no se había salido de la carretera, no se había estampado contra el guardarraíl para a continuación despeñarse por un desfiladero.

—No lo sé, chico —dijo, cuando lo invité a almorzar en el Dauphine, un par de días después de su regreso—. Se me hacía raro, no se me ocurre otra manera de describirlo. Caminé muchísimo por lechos de ríos secos, cascadas... Subí a la montaña, hasta el castillo medieval que el año pasado todavía visité con tu madre. Es tan bonito ese sitio, puedes verlo todo cien kilómetros a la redonda. No se oye nada, sólo el viento que sopla entre los muros antiguos. Y mientras estaba ahí, pensé: ¿hemos hecho bien? ¿No fue una estupidez intentar coger las riendas del destino? Quizá fue

una idea arrogante querer ser más listos que Dios, aunque yo no crea en Dios. Eso fue lo que pensé. También pensé que habría podido estar ahí con tu madre en ese mismo momento. Desde la cima de esa montaña, le pedí que me perdonara. Por si acaso actuamos mal, por si actué mal. Pero también pensé otra cosa: me planteé si era posible. Si era posible que en aquella montaña de Francia hubiese recuperado las ganas de vivir. ¿Tengo que sentirme culpable de eso los próximos años?

Esta mañana he observado la pequeña ciudad; primero a lo lejos, los campos en que ya no hay edificios y las siluetas borrosas de color gris azulado de la sierra en el horizonte, y después cada vez más cerca, por encima de los tejados rojos, hasta nuestra casa. El jardín en el que celebramos nuestra boda hace treinta y tres años. Arrojaré un poco de luz sobre el asunto. El animal, ese animal entero que daba vueltas poco a poco ensartado sobre una hoguera, era un cerdo. Las salchichas y jamones que colgaban en el cobertizo, y que hoy siguen colgando en el mismo sitio, son de cerdo. Recuerdo la grasa que goteaba sobre las llamas, un mechón de pelo que prendió y chisporroteó, los hombres con cuchillos largos. Había música, los niños jugaban al escondite detrás de los árboles y entre los arbustos.

Hace cuatro años, cuando acababa de instalarme aquí, me senté con el hermano de Sylvia al pie de esta colina, en la zanja. Desde entonces se ha convertido en el lugar al que siempre acudimos cuando tenemos que comentar algo. Nos fumamos un par de cigarrillos —ahora ya vuelvo a fumar de verdad, no tengo que esconderme en ningún sitio para encenderme un pitillo; aquí fuma todo el mundo— y hablamos de las cosas del día. Cosas sencillas: cómo va el negocio, el nuevo supermercado de la capital de provincia, a sesenta kilómetros de aquí, una tienda del pueblo que cierra, los próximos partidos de la Champions League.

Hace cuatro años, su hermano —siento no poder decir su nombre, explicaría muchas cosas, quizá todas, y por eso no lo hago— volvió a ponerme la mano en el cuello, como la tarde de la boda.

—Robert —dijo; esta vez, sin masajearme los hombros, su mano estaba inmóvil—. Han pasado cosas, por supuesto. No hace falta que dediquemos muchas palabras al respecto, y después de hoy, no hará falta que lo comentemos nunca más.

Yo no respondí, ya me había predispuesto a no decir nada, ni a Sylvia ni a nadie: cuanto menos se dijese ahora, menos habría ocurrido a la larga, pensé ya entonces.

—Aquí, en nuestra tierra... —siguió su hermano poco a poco—. Nadie se tomaría mal que... que hicieses algo. —Yo seguí en silencio, noté el peso de su mano en el cuello, pero no me atreví a moverme—. Entiéndeme: es mi hermana. Si hicieses algo, yo a mi vez me vería obligado a hacer algo. Pero me contendría, no con mis sentimientos, sino con la razón, teniendo en cuenta cómo van las cosas aquí. Cómo se restaura el equilibrio.

Sentí que me sofocaba, quería moverme, habría preferido levantarme y fingir que esa conversación nunca había ocurrido. No sé si fue justo antes o justo después de la boda, en todo caso Sylvia me contó una tarde qué había ocurrido en esta zanja muchos años atrás, en una época —y aquí tengo que ir con cuidado, no puedo permitirme una referencia más específica, de momento con el detalle del cerdo me parece suficiente— en que este país, el país natal de mi mujer, vivió un periodo turbulento. Los padres de Sylvia todavía eran muy jóvenes, no habían cumplido ni los treinta. Vivían con los abuelos por parte de padre. Habían salido a primera hora de la mañana para ir al mercado de la capital de la provincia, y no regresaron al pueblo hasta la noche. Era pleno verano.

Vieron el humo desde lejos. De su casa también se elevaba una columna de humo, aunque no estaba calcinada por completo: sólo el interior había quedado reducido a cenizas, unos lametones negros salían de las ventanas y subían por las paredes.

No tuvieron que buscar mucho. Los abuelos de Sylvia estaban juntos en la zanja; en paz, inmóviles, como si se hubiesen tumbado a echarse una siestecilla. Pero ya se oía el zumbido de las moscas; no muchas, justo un poco más de lo normal una calurosa tarde de verano.

Más adelante, me contó Sylvia, cuando la situación mejoró, ellos hicieron algo parecido, algo comparable, en otro pueblo, o en el mismo, no me acuerdo.

Después de la conversación con el hermano de mi mujer, pudo haber una ocasión. Fue una noche en la que el viento procedente de las llanuras del sur bramaba alrededor de la casa y hacía repiquetear los postigos. El viento cálido cuyo nombre se podría traducir libremente como «el que suspira». La gente está más quisquillosa cuando sopla «el que suspira», lo he experimentado varias veces; empieza con una ligera presión detrás de los ojos, y acaba con un dolor de cabeza intenso. En un juicio, «el que suspira» se considera atenuante: quizá el sospechoso no habría agarrado el hacha si aquel día no hubiese soplado el viento.

Sylvia estaba colgando las fotos enmarcadas del tren de mercancías americano. Aparte de una treintena de fotos de nuestra hija, eran las únicas que me había traído de Ámsterdam. Había tardado un par de meses, pero un día Sylvia había llegado a casa con los marcos. Repartió los vagones entre unos veinte marcos, aproximadamente tres vagones en cada uno, y los colgó a intervalos regulares, a unos cinco centímetros de distancia el uno del otro. Desde la pared de la cocina, pasando por una del comedor, hasta nuestro dormitorio.

Me quedé en el umbral de la puerta con las manos en los bolsillos. Primero me preguntó si el último marco estaba recto. Después se dio la vuelta.

—¿Te acuerdas del ruido que hacía el tren? —preguntó—. ¿La bocina? Tres veces. El maquinista nos saludó y nosotros le devolvimos el saludo.

Los postigos repiqueteaban. En algún lugar del patio, el viento había atrapado un cubo o algún otro objeto metálico que ahora rodaba por encima de la gravilla y acabó golpeando la pared exterior de la casa.

—¿Qué pasa? —susurró Sylvia; abrió mucho los ojos, se cubrió la cara con las manos—. Robert, dime, ¿qué pasa?

No dije nada. Si pasaba algo, ya era cosa del pasado. Mi mujer ya no me miraba asustada, si acaso fría, desafiante. Negó con la cabeza. Se había casado con un holandés. «Los holandeses a veces fantasean —decía con aquella mirada fría y desafiante, y con aquel movimiento de cabeza—, pero al final no pasa nada.»

Fue el momento. El único momento. Después estábamos el uno al lado del otro ante la encimera de la cocina, Sylvia enjuagó nuestros dos platos, dos vasos, dos tenedores y dos cuchillos bajo el grifo. Yo lo iba secando todo. Es nuestro ritual. Quizá alguno de nosotros comentara alguna vez la posibilidad de comprar un lavavajillas, pero la idea se desvaneció tan rápido como había aparecido. Creo que los dos temíamos lo mismo: temíamos perturbar algo.

No hablamos mucho, a menudo no decimos nada de nada. En todo caso, hablamos menos que antes. Pero estamos juntos. Estamos el uno cerca del otro.

Esta mañana, sentado en la roca de la colina, he visto que Sylvia salía de casa. Ha caminado un poco por el jardín y ha mirado a su alrededor, y después hacia arriba. La he saludado con la mano y me ha devuelto el saludo.

«Ahí está —he pensado—. Mi mujer.»
Me he puesto de pie, y he bajado.

NOTAS

[1] Se refiere al accidente del vuelo 1862 de El Al ocurrido el 4 de octubre de 1992 en un barrio de Ámsterdam con un elevado porcentaje de población inmigrante. (*N. de la t.*)